
HAMBURGO
EN LAS
BARRICADAS
La reportera
más roja del siglo xx
Larisa
Reisner
POPULAR
fce



La reportera más roja del siglo xx
HAMBURGO EN LAS BARRICADAS
Larisa Reisner
POPULAR
fce

COLECCIÓN POPULAR

751

HAMBURGO EN LAS BARRICADAS

Traducción

ISABEL VERICAT

LARISA REISNER

Hamburgo en las barricadas

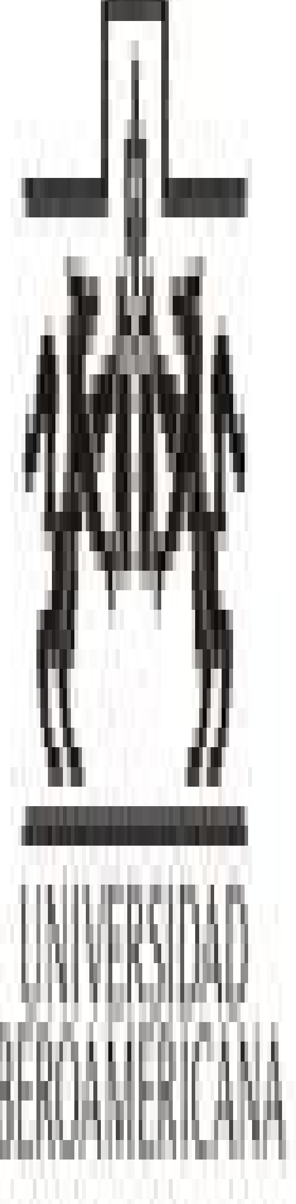
Y otros escritos

sobre la Alemania de Weimar

Edición de

RICHARD CHAPPELL

FONDO
DE CULTURA
ECONÓMICA



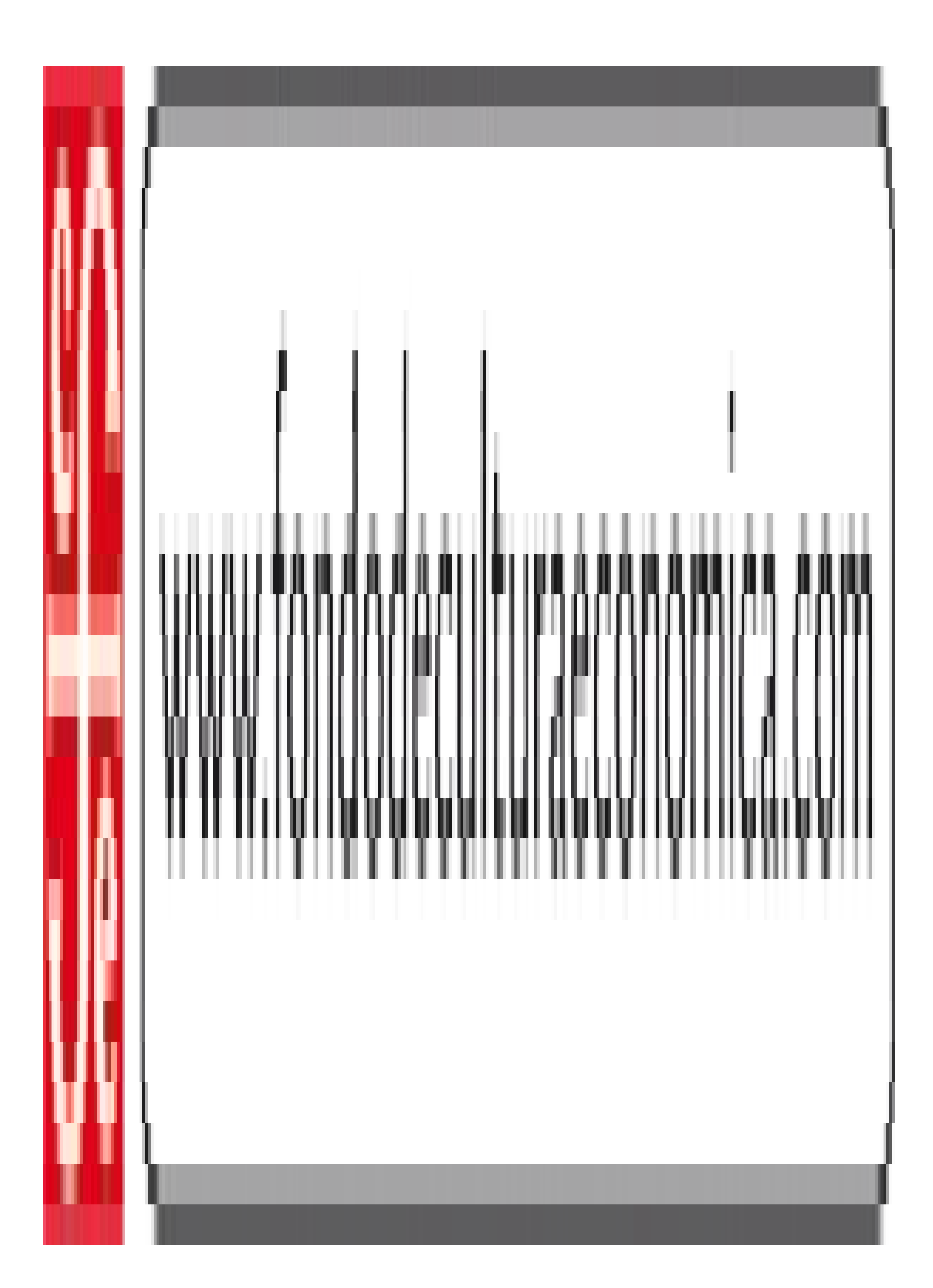
Primera edición FCE, 2019

[Primera edición en libro electrónico, 2020]

Título en idioma original: Hamburg at the Barricades

Diseño de portada: Rafael López Castro y Guillermo López Wirth

Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México


www.fondodeculturaeconomica.com

Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com

Tel. 55-5227-4672

Prol. Paseo de la Reforma, 880; Lomas de Santa Fe;

01219 Ciudad de México

ISBN 978-607-16-6625-3 (ePub)

ISBN 978-607-16-6492-1 (rústico)

Hecho en México - Made in Mexico

ÍNDICE

En memoria de Georg Jungclas (1902-1975),

internacionalista revolucionario

durante sesenta años

RICHARD CHAPPELL



Alemania, 1923.

NOTA A LA EDICIÓN INGLESA

FUENTES

Berlín, octubre 1923 (Berlín v oktyabre 1923 goda) fue publicado por primera vez por la MOPR (Organización Internacional para la Ayuda de los Combatientes Revolucionarios), en Moscú, en 1924, como apéndice a Hamburgo en las barricadas.

Hamburgo en las barricadas (Gamburg na barrikádaj) se imprimió por primera vez en la revista Novaia Zhizn núm. 1, 1924, aunque sin el último capítulo. Aparecieron extractos en Izvestia, núm. 40, 1924 (titulados “Hamburgo, ciudad libre”) y en Molodoi Leninets, 25 y 29 de octubre de 1924 (con el título “Barmbeck en lucha”). Salió por primera vez en forma de libro publicado por la editorial Noraia Moskva en 1924 y reimpreso por la MOPR en 1925 (en la edición a la que nos hemos referido supra). Más tarde se publicaron otros extractos en Molodoi Leninets; 27 de febrero de 1926 (con el título “Hamm”) y en el libro En las batallas por el octubre mundial publicado en Moscú en 1932 (bajo el título “Elfriede de Schiffbek”). En 1926, en los estudios VUFKU, se filmó una película basada en el libro con guión de S. Schreiber y Y. Yanovsky, dirigida por Ballyuzek. Molodaia Gvardiia publicó otra edición en 1932.

Los apuntes que constituyen En el país de Hindenburg se publicaron por primera vez en Izvestia, núms. 185, 187, 194, 201 y 227, en 1925. Esta serie no incluía “Frau Fritzke”, “Pantuflas” ni “Él es comunista y ella católica”, que aparecieron por primera vez en la versión en libro titulada En el país de Hindenburg: apuntes sobre la Alemania contemporánea (V strane Gindenburga: ocherki sovremennoi Germanii), publicada por Pravda, Moscú, 1926. Esta edición no incluía “En el Ruhr. Bajo tierra”.

“Leche” se publicó por primera vez en el periódico Gudok, núm. 258, 1925.

Todos estos trabajos se han reimpreso en diversas recopilaciones de los escritos

de Larisa Reisner publicadas en la URSS, a saber, Sobranie Sochinenii (en dos volúmenes, aunque dista mucho de ser una edición completa) en 1928, Izbrannye Proizvedeniia en 1958 e Izbrannoe en 1965. En las últimas dos ediciones se omitió “Junkers”. En las dos ediciones de la posguerra se eliminó un corto párrafo en “Krupp y Essen” que se refiere a la labor diplomática de Karajan en China.

Neue Deutsche Verlag de Berlín publicó en 1925 una traducción al alemán de Hamburgo en las barricadas (Hamburg auf den Barrikaden: Erlebtes und Erhörtes aus dem Hamburger Aufstand 1923) sin incluir el último capítulo. En 1926, la misma editorial publicó una recopilación de los trabajos de la autora titulada Oktober, traducida por Eduard Scheimann. En ella se incluían las notas de Hindenburg con excepción de “En el Ruhr. Bajo tierra” y “Él es comunista y ella católica”, con un prefacio especial a En el país de Hindenburg subtitulado “Un viaje a través de la República Alemana en 1924”. Oktober se reeditó en 1930 con alguna ligera variación del orden de los artículos. Dietz de Berlín publicó, en 1960, otra recopilación traducida al alemán que incluía también los apuntes sobre Berlín y Hamburgo.

La bibliografía más detallada de las obras de Larisa Reisner, a pesar de estar incompleta, incluye artículos de crítica sobre ella y se encuentra en Russkie Sovetskie Pisateli: Prozaiki, volumen 7, segunda parte, Moscú, 1972, pp. 65-83.

Los textos que se han utilizado para la presente edición son los siguientes:

Berlín, octubre 1923 en Izbrannoe, 1965.

Hamburgo en las barricadas (excepto “Los mencheviques alemanes después del levantamiento”) en Zhizn, 1924.

“Los mencheviques alemanes después del levantamiento” en Izbrannoe, 1965.

En el país de Hindenburg, prefacio a la edición alemana; Octubre 1926; “Krupp y Essen”, “Las barracas y la esposa de un remendón”, “Una cruz de hierro”, “En el Ruhr. Bajo tierra”, “Ullstein” y “Junkers”, en Izvestia, 1925; “Frau Fritzke”, “Pantuflas” y “Él es comunista y ella católica” en Sobranie Sochinenii, 1928; “Leche” en Izbrannoe, 1965.

“Larisa Reisner” de Karl Rádek, prefacio a Sobranie Sochinenii de Larisa Reisner, Moscú, 1928.

“Una muerte sumamente absurda” de Viktor Sklovski, Gamburgskii Schet, Moscú, 1928.

“En memoria de Reisner”, de Borís Pasternak, Stijotvorenie i Poemy, Moscú, 1965.

“En memoria de Larisa Reisner” de Lev Sosnovski, Lyudi Nashego Vremeni, Moscú, 1927.

“Hombres y máquinas, por Larisa Reisner” de José Carlos Mariátegui en Obras completas, ed. Amauta, Lima, 1959-1972, t. 7, pp. 100-104. Comentario a la traducción al español de En el país de Hindenburg aparecido en 1929 como Hombres y máquinas en la editorial Cenit de Madrid.

IDENTIDADES EN HAMBURGO EN LAS BARRICADAS

Rádek, en el artículo que se publica en el “Apéndice” de este volumen, relata las peculiares circunstancias en las que se escribió Hamburgo en las barricadas. Debido a la persecución policiaca de los comunistas e insurgentes, Larisa protegió la identidad de la mayoría de los participantes a los que se refiere en sus escritos, mencionándolos únicamente por las iniciales de sus nombres. La primera edición alemana, en la que se utiliza solamente la X o “un camarada” para denotar individualmente a los combatientes, era incluso menos específica. Se omitieron también de esa edición, presumiblemente por razones de seguridad, las anécdotas personales de K. y la escena de la tregua en una taberna de Barmbeck.

De los tres hombres que componían el Estado Mayor efectivo de Barmbeck, T., C. y Kb., sólo se identifica a T. como Ernst Thälmann en posteriores ediciones soviéticas. Ruth Fischer en su obra Stalin y el comunismo alemán (Nueva York, 1948) menciona como líder del ataque frustrado a la delegación de policía de Von-Essen Strasse a Hans Botzenhardt; el hombre al que Larisa se refiere como C. Kb. podría ser Hans Kippenberger, jefe de la organización militar del Partido

Comunista en Hamburgo, y el relato que hace Kippenberger del ataque a la delegación de policía de Von-Essen Strasse y del curso de los acontecimientos durante el levantamiento (véase A. Neuberg: La insurrección armada) nos sugiere que Kippenberger podría haber sido el líder no mencionado con quien, según nos dice Rádek, Larisa revisó su material de regreso a Moscú, a principios de 1924. Kippenberger se había refugiado en esta ciudad y escribió su relato en mayo de ese mismo año.

La figura principal del levantamiento en Schiffbek fue, según un relato posterior, Fiete Schulze; posiblemente es a él a quien Larisa se refiere como S.

Las memorias de Richard Kres (Jan Valtin, Rompiendo la noche) desafortunadamente no aclaran la identidad de ninguna de estas figuras. Las otras memorias publicadas de un insurgente (W. Zeutschel, Im Dienst der Kommunistische Terror-organisation, Berlín, 1931) están, según Ruth Fischer, excesivamente noveladas y son poco confiables en los detalles, aunque su autor, efectivamente, tomó parte en el asalto a Von-Essen Strasse bajo el alias de Burmeister.

Otros trabajos eruditos más recientes resultan de poca utilidad. La monografía de Heinz Habedank, Zur Geschichte des Hamburger Aufstandes 1923 (Berlín, 1958), se concentra en el papel supuestamente decisivo de Thälmann y también de Stalin (sic), pero no menciona ni una sola vez la participación de Kippenberger y mucho menos la de cualquier otro individuo en concreto. Werner T. Angress en su obra Stillborn Revolution (Princeton, 1963) está exclusivamente interesado en averiguar cómo llegó a darse la orden del levantamiento. Declara también, incorrectamente, que Larisa Reisner fue testigo presencial de los hechos.

Como antídoto a las notas a pie de página invariablemente inexactas y trilladas, que la vida y la obra de Larisa han provocado en el material disponible sobre los albores de la historia y la literatura soviéticas, publicamos, como apéndice a la primera edición inglesa de sus escritos, una selección de algunas apreciaciones más respetuosas hechas por prestigiosos amigos y contemporáneos.

En 1937 el poeta Ósip Mandelstam observó que Larisa tuvo la suerte de haber

muerto a tiempo; para entonces, como él lo expresaba, todas las personas del círculo de Larisa habían sido “destruidas al por mayor”. En su funeral, el 11 de febrero de 1926, cargaron el ataúd Rádek, Borís Volin, Enukidze, Lashevich, I. N. Smirnov y Pilnyak. Cuatro de ellos fueron asesinados por la burocracia de Stalin unos diez años después, en tanto que Lashevich, como Larisa, “murió a tiempo”. Hermann Remmele, el líder comunista al que se refiere Larisa en Berlín, octubre 1923, Lev Sosnovski, escritor, autor de la apreciación final incluida en este volumen, y Karajan, el enviado soviético en China, al que se alude en “Krupp y Essen”, fueron también asesinados en esta matanza. Y cuando Hans Kippenberger se apeaba del tren en Moscú, en 1936, fue arrestado acusado de “agente del Reichswehr” y ejecutado.

Quisiera hacer constar mi agradecimiento a las siguientes personas, las cuales, en formas diversas, me han prestado su valiosa ayuda, consejo y estímulo en la producción de este libro: John Archer, Patrick Goode, Colin Ham, Iwan Majstrenko, David Zane Mairowitz, Herman Müller, Ann Pasternak Slater, Anthony van der Poorten y Anita Wisniewska.

Debo también reconocer, con gran pesar personal, la colaboración insustituible prestada a éste y otros trabajos anteriores por mi madre, Winifred L. Chappell, cuya inesperada muerte me sorprendió en la etapa final de preparación de este libro. A lo largo de los años aportó de buena gana la mente de una lingüista inusitadamente versátil y dedicada maestra para resolver sutiles problemas de traducción, aunque haciendo siempre sus sugerencias con la gran prudencia y modestia que le eran tan naturales.

Permítaseme aprovechar la ocasión para expresar mi aprecio por el modo cortés y servicial con que respondió a mis ruegos y preguntas el personal de la biblioteca de la Escuela de Estudios Eslavos y Europeos-orientales de Londres y de la Biblioteca Británica.

RICHARD CHAPPELL

BERLÍN, OCTUBRE 1923

EN EL REICHSTAG

¡QUÉ PARLAMENTO! Si hay algo en él que pueda infundir respeto, deben de ser únicamente las enormes botas de mármol de Guillermo I irguiéndose en medio del vestíbulo. El viejo soldado, al que con tantas dificultades se le arrancó una constitución en su época, está ahí, de pie, con una mirada desaprobatoria, esperando el momento en que se le permita echar de esa mansión a las manadas parlanchinas de diputados. Los miembros del Parlamento pululan tranquilamente alrededor de sus famosas y pesadas botas, paseándose individualmente y en parejas, exactamente igual que las muchachas en el bulevar. De vez en cuando, a estas multitudes despreocupadas las interrumpe un anciano funcionario que guía a unos cuantos jóvenes con gruesos calcetines de lana y botas de suela claveteada que llegan, sudando por este acto de homenaje, a ver la Cámara del pueblo alemán. Alzando sus gorras escolares, clavan servil y turbadamente su mirada en los dorados ombligos de las doncellas de roble que soportan el techo, en los torrentes de levitas y en esos viejos lacayos tan meritorios que representan, al igual que un encumbrado personaje escribiendo sus memorias, a los únicos portadores de las viejas tradiciones parlamentarias. ¡Ay, ni rastros ni apariencias de la antigua grandeza! Ni una sola figura importante que pueda atraer siquiera el odio respetuoso de todos los partidos. Ni un solo hombre que se distinga por su integridad personal o por tener tras él unas cuantas décadas de juego político sin mácula. Cuando el viejo Bebel cruzaba este vestíbulo, sus enemigos se levantaban y hasta los intransigentes junkers prusianos se alzaban torpemente de sus apoltronados sillones rindiendo así homenaje a su nombre sin tacha; hoy, nadie, ni un solo rostro, ni un solo nombre. Allí, en medio de la nube del humo del tabaco, está el insignificante perfil de Levi, un rostro gris y reservado, que se ha ido adiestrando para resistir sin maquillaje teatral la curiosidad de las personas que lo escudriñan pensando para sí en la traición que cometió. Todo pertenece al pasado; miembros de previos ministerios convulsionados por el malestar público, hombres de Estado eructando, personajes del ayer que conservarán para siempre las manchas de una suciedad indeleble en las colas de sus indumentarias de diputados.

En términos generales, es fácil seleccionar entre la multitud varios tipos básicos de la fauna parlamentaria. En primer lugar, están los que ya han sido utilizados,

ocupando cargos ministeriales y arreglándoselas para inscribir sus oscuros nombres en algún documento internacional o en una de las lacrimosas súplicas dirigidas a la Entente. Aquí están los socialistas, famosos por disparar a los obreros, miembros del gabinete que asumió la responsabilidad de expoliar las reservas de oro de la República Alemana; en resumen, nombres que corren de boca en boca.

Todo jugador asiduo conoce perfectamente el dibujo del reverso de los naipes. Cuando se esté formando un gabinete, la mano de un gran tahúr nunca más escogerá estas cartas, así como tampoco volverá a extender sobre la mesa grandes coaliciones. La carta que ya se ha tomado una vez de la baza de un jugador y se le ha arrojado a la cara, una carta gastada y maltratada, continúa sobreviviendo en los escaños traseros. Pero ya pasaron sus grandes momentos. Esparcido por la alfombra roja del Reichstag, hay un extenso surtido de estos naipes descartados. Continúan votando, pero los jóvenes entusiastas que aún no han perdido su virginidad política se adelantan en pos de los honores políticos. A espaldas de los viejos bucaneros que transitan por allí, recuerdan con envidia y veneración las sumas de dinero que aquéllos recibieron; sus imaginativas traiciones y deslumbrantes escándalos. Una galería de fisonomías ignominiosas y ajadas que, no obstante, alcanzaron a beber un sorbo en la copa del dulce poder a su debido tiempo. Ellos, indigentes entre los indigentes, se pasean sin ningún sentido del pudor. Entre estas glorias pasadas, los más móviles, estúpidos y persistentes se reúnen en enjambres: son los gobernantes del mañana. Toda una bandada zumba y se arremolina alrededor de Breitscheid, a quien rodea la flor de sus partidarios políticos. Zumban muy levemente como mercaderes negros, pero en su gran mayoría melifluos, fragantes y comedidos. También aquí el orgullo y ornato del Reichstag pastorea: casi su único corresponsal político mujer, un negro y diminuto engendro envuelto en la hoja de un pequeño boletín cambiario. Los de derecha se pasean como en el hipódromo. Polainas blancas, brillantes espejuelos dorados bajo sus arqueadas cejas y el triángulo de un pañuelo en el pecho. A mitad de su buffet, completamente separado del comedor, el partido demócrata se pasea arriba y abajo como si estuvieran en un salón donde no se corre el riesgo de encontrar nada innoble. No obstante, justo al lado de las aristocráticas, envaradas, horribles y arrogantes damas genuinamente prusianas que tienen la costumbre de tomar su té de las cinco entre el tufo del chismorreo político, tropezándose con sus abrigos de pieles y arrastrando colas marchitas como viejas lagartijas, también deambulan los rechonchos patriotas banqueros e industriales, tan gordos y locuaces que las páginas del negro Boletín del Cruzado, que asoma por los bolsillos de los diputados de derecha, les impiden

pasar. Éstos son ahora, ay, los que tienen las bolsas del dinero y los almuerzos con los que se atiborran en los intervalos de las sesiones, son más copiosos, nutritivos y caros que los que alimentan a los junkers de raza.

En las mesas del Partido Socialdemócrata hay salchichas, café y ansiedad. Todas las entradas y salidas del Reichstag han sido acordonadas. La policía agarra por el pescuezo a los transeúntes; en las puertas están los lacayos más antiguos, eunucos del harén político, quienes, conociendo la cara de cada una de las esposas legales y cada una de las concubinas favoritas, revisan con sus propias manos y permiten el paso a los representantes del pueblo. En el interior, junto al quiosco de periódicos, hay un tipo robusto y jovial, el jefe de la policía de Berlín, que clava una mirada claramente escrutadora en el rostro de todos los diputados, tratando de detectar el elemento criminal. Los señores delegados fingen un rostro franco y honesto y pasan rápidamente ante él, dirigiéndose a sus asuntos. Aun así, a pesar de todas las precauciones, los comunistas armarán de repente algún escándalo. Un miedo —pánico— completamente absurdo de que Remmele irrumpa de repente, provoque un altercado, lance una bomba de humo y haga estallar todo el Reichstag. El nombre de Remmele se repite como una obsesión. Se espera su aparición como un disparo en un teatro. Se mastica, se traga, se eructa y se engulle de nuevo. Pero si este Remmele apareciera ahora con sólo una bocina de gramófono o si el sargento de piedra tosiera desde su pedestal de mármol, este Parlamento se dispersaría vergonzosamente. El general Seeckt también lo sabe y, por lo tanto, de momento no hace el clásico movimiento de rodilla, gesto descrito por Voltaire con maravillosa vivacidad en Candide, ou l’Optimisme.

El juego parlamentario no guarda relación alguna con el destino de Alemania y su revolución. La historia, como las enormes estatuas que se yerguen junto a la fuente frente al Reichstag, hace mucho que le ha volteado su espalda de hierro.

Y así conspiran, regatean y luchan por el poder.

Por el poder. ¿Se ríe usted, general Seeckt? ¿O no? Hace mucho que el poder ha abandonado esta encumbrada mansión; pero los incansables, implacables e indestructibles enjambres de filisteos politiqueros todavía se reúnen, como moscas, alrededor de las grasientas huellas que dejaron las manos sucias de diputados anteriores sobre las páginas de la constitución. Ha quedado una tira de papel negra, retorcida, rechazada que, aun así, ellos siguen embarrando, arrastrándose sobre ella y zumbando a su alrededor…

La Cámara de debates. Alguien habla. Estallan carcajadas. Le contestan de la derecha. Risas prolongadas y jubilosas. Gritos de la izquierda. Risas cínicas y huecas. Es la apertura del Reichstag alemán, su gran día.

LOS HIJOS DE LOS OBREROS

BERLÍN se muere de hambre. En las calles, todos los días se recoge a gente que cae desmayada de agotamiento en los tranvías y en las colas. Conductores muertos de hambre conducen los tranvías, maquinistas muertos de hambre aceleran los trenes a lo largo de los corredores infernales del metro, hombres muertos de hambre salen a trabajar o vagan desocupados, sin rumbo, días y noches, por los parques y las zonas periféricas de la ciudad.

El hambre se agarra en los autobuses, cierra los ojos en la escalera de espiral que lleva al piso superior del transporte mientras los anuncios, la desolación y las bocinas de los coches pasan tambaleándose como borrachos. El hambre monta guardia en los mostradores majestuosos de Wertheim y recibe veinte mil millones por semana, cuando una libra de pan cuesta aproximadamente diez mil millones. El hambre presta sus servicios ajetreada y atentamente en los cientos de grandes almacenes desiertos, atiborrados de bienes, dorados a la luz, y tan pulcros y respetables como bancos internacionales. Esta joven señorita en cuyo rostro triangular y puntiagudo sólo quedan unos nichos azulados en vez de ojos, un poquito empolvada y de sonrisa servicial, apunta como un perro de caza a un par de botas de diez dólares y a una alfombra de treinta. Mientras se desmaya de hambre, se está vendiendo por un pfennig y medio a la antigua cotización y aun así puede calcular con cabalidad puramente germana y a la velocidad del rayo los billones y trillones del especulador, ingresarlos en la cuenta con esa exquisita caligrafía que posee toda esta nación de gente con un grado tan alto de alfabetización; mientras espera la próxima ronda de reducciones de personal, se desabotona resignadamente su bata de empleada sin atreverse todavía a desprender de su rostro la sonrisa, hambrienta y servil.

Las paredes de los enormes edificios que voltean sus espaldas desnudas al paso fugaz de las ventanillas de los trenes están cubiertas de anuncios en los que el excedente acumulado de producción de ayer exclama y exulta engullendo la grasa dulce de una lata de leche condensada, en tanto niños gigantescos de mejillas redondas y rosadas como nalgas, y felices y blondas sonrisas, alzan tabletas de chocolate que parecen postes de luz sobre la ciudad. Pero los niños reales y existentes han dejado de ir a la escuela por el hambre; las madres los

llevan y piden al maestro que los deje regresar a su casa si empiezan a sentirse mal durante las clases. Porque ¿cómo puede un niño pequeño resistir durante todo el tiempo de clase si no ha comido nada aquella mañana o la noche anterior?

En los últimos meses, la mortalidad infantil ha dado un salto repentino en las negras curvas gráficas de las estadísticas alemanas. Una gruesa flema tuberculosa se adhiere a la vida de distritos como Wedding, Riksdorf y Oberschöneweide, sedes de poder de la compañía eléctrica AEG y de las empresas automovilísticas, escenarios de los lock-out más masivos, llevados a cabo con la cobertura de la artillería, y de los primeros mítines con miles de asistentes en los que en estos primeros días de octubre, tan diferentes de los nuestros, los obreros alemanes están aprendiendo a cantar la Internacional. Esta última parte del otoño europeo, que tan lentamente se extingue y tan vacilantemente congela las claras noches berlinesas, se ha llevado consigo a miles de hijos de obreros. En ningún momento desde la guerra ha devorado tantas vidas la neumonía lobular, vidas que se escupen y tosen gota a gota en las colas del pan o entretienen las horas de fiebre, asfixia e inanición en las interminables caminatas del desempleo.

¡Desempleado! No semanas ni meses, sino un año o incluso más. Y con el desempleo, claro está, la esposa, los tres o cuatro hijos y las ciento y un desgracias que irrumpen en la vida de un hombre cuando ya está decaído, agotado y hecho pedazos; enfermedad, incapacidad para el trabajo o alguna debilidad involuntaria en el momento crucial de la contienda salvaje por agarrar la oportunidad de un pedazo de pan. Pero por mucho que clamen sus necesidades, las capas más bajas de la pequeña burguesía, totalmente arruinadas y privadas de todos los medios de subsistencia, todavía se las arreglan para encorvarse y tratan de adaptarse en un intento por superar, de alguna manera, los “malos tiempos”. Ahorran y atesoran el dinero que para mañana se habrá convertido en un montón de basura, restringiéndose de todas las maneras posibles, aunque sólo sea para mantener la apariencia de una vida de fatigas, pobre pero decente. Viven en la pobreza, trabajan por absolutamente nada y, no obstante, cuando se agarran a los barrotes de la reja del cajero de donde cada tres días se les escupe una nueva suma irrisoria de dinero, perciben el silencio reconfortante de una caja fuerte, a prueba de incendios, repleta con el dinero del jefe que se interpone entre ellos y la amenazante revolución, dispuestos a lo que sea con tal de evitar la revolución social. De ahí ese puñado de dictadores, esas largas discusiones en los periódicos sobre el verdadero distintivo de un dictador

y esos retratos de generales con pómulos altos, malencarados, de la época guillermina. El pequeño burgués espera todavía que uno de esos idiotas de mármol, que se encuentran presentando armas en la Siegesallee, llegue a salvar al pueblo alemán de la anarquía de izquierda, de los golpes de Estado de derecha y de la ruina económica. Aunque en medio de las refinadas y civilizadas ciudades alemanas alfombradas de asfalto se haya instalado una desesperación tal, que el alma del insignificante escribiente, del oficinista y del burócrata esté dispuesta a caminar a cuatro patas y aullar como un animal, en el último momento, él o ella no saldrán a las calles sino al café. Sí, al café por un dedal de café a cambio de las sobras de dinero de toda la semana, para enturbiar su cólera sana y turgente con un vals húmedo y bamboleante, el dorado de las mesitas barrocas de patas abombadas y las ilusiones del humo del tabaco, la sacarina y los sombreros de cortesanas.

Todo oficinista, por muy humilde que sea, e incluso el obrero calificado de más alta categoría, tiene invariablemente muebles propios en su vivienda, reunidos a lo largo de una vida de riguroso ahorro y sacrificio. Varios sillones confortables, tapices estampados con las Sagradas Escrituras, un ángel alado, ramos de hierbas secas y siempre un Vertiko, especie de vitrina trunca, ese altar a la intimidad de la clase media en el que se exhiben los retratos familiares, una estatuilla que es indecente si se mira desde abajo y el ramo de bodas en una campana de cristal. Pero hasta que llegue el momento en que la política usurera de la burguesía se lleve el Vertiko y los cinco sillones de respaldo acolchonado, le quite las pesadas cortinas que cuelgan de las ventanas como enormes pantalones de terciopelo, el propietario no saldrá a la calle ni abandonará la esperanza del derrocamiento pacífico y sin derramamiento de sangre, que durante cincuenta años ha estado invocando el Partido Socialdemócrata a expensas del proletariado alemán.

Pero donde no hay Vertiko tampoco hay dinero ni pan, porque en los verdaderos fondos de la clase obrera, mientras el marido pasa las horas del desempleo deambulando por las calles, la madre se traslada de una institución filantrópica a otra. Si además está embarazada, el médico le examinará cuidadosamente el pesado vientre y una enfermera, igualmente hambrienta pero altamente respetable, inscribirá al niño no nato en el registro de los pobres, le dará un número e informará a la madre que en aproximadamente dos meses quizá le sea posible obtener leche para el niño con el 25% de descuento respecto al precio en el mercado.

La esposa de un obrero desempleado que ahora está embarazada será un cadáver

en el invierno de 1923.

Yace abatida en una silla, sobresaliéndole el vientre de su oscuro, hambriento y deteriorado cuerpo como si, por alguna razón, se hubiera escondido la cabeza redonda de un niño en el regazo, bajo el vestido. Ni siquiera la joven dama filantrópica se queda tranquila ante la visión de esta mujer con vida y su niño vivo y ya visible, cuando ambos ya no estarán ciertamente con vida en cuestión de tres meses, sin la menor probabilidad de pasar este invierno en un país donde el desempleado recibe sesenta mil millones por semana, en tanto una libra de pan costaba ochenta anteayer, ciento sesenta ayer, y puede que mañana llegue a los trescientos. Ella y su marido han estado desempleados desde enero pasado, es decir, diez meses completos. El próximo enero, justo en la época más fría y terrible del año, él dejará de percibir todo tipo de ayuda económica. Y esto con cuatro hijos.

—¿Por qué no fue su marido a trabajar al campo durante el verano en la cosecha de papas?

—Sí fue, pero se lastimó el pie. Pasó todo el verano en el hospital con envenenamiento de sangre.

En estos casos la desgracia no conoce fronteras ni límites razonables, sino que se desploma y amontona de un modo absurdamente irremediable sobre las cabezas de los ya desfallecidos. Sin duda esta mujer tiene tuberculosis: respiración sonora y dificultosa como si estuviera dormida.

—Entonces ¿dónde quiere tenerlo? ¿En el hospital o en casa?

—En casa.

Al principio, el doctor, prudentemente, trata de disuadirla tentándola con la limpieza, el calor y la comida.

Al final, con una sonrisa bastante insólita e irresistible, ella dice:

—Doctor, quiero morir en casa. Quiero que mi marido vea al niño y lo arrope él mismo en sus pañales.

Otra mujer: dos trenzas como espigas de centeno alrededor de la cabeza, cuello blanco y un chal amarrado cubriéndole todo el cuerpo.

Una mujer jovial, tan limpia y fuerte como el lienzo tejido a mano extendido a secar al sol de las montañas de la Selva Negra o de Bavaria. Sin trabajo durante un año y dos meses. Su marido, que la acompañó hasta aquí, espera en el vestíbulo. Lleva una blusa asombrosamente limpia, lavada en agua fría sin jabón; sus dientes, grandes y sanos, brillan en medio de una generosa sonrisa de labios de cereza.

En respuesta a la pregunta que le hace una monja marchita y surcada de arrugas como una caligrafía gótica pasada de moda:

—¿De qué va a vivir en el invierno?

Ella dice:

—No sé. O nos morimos o todo cambia.

Dos muchachas. Ambas desempleadas. Ambas embarazadas. Una de ellas hinchada por las lágrimas que acompañan los reproches y el hambre. La más joven, una niña de aspecto franco e indiferente a todo, entra acompañada por su minúscula y encolerizada madre que luce un sombrero de fantasía y una bolsa. La monja frunce los labios delgados y quiere cerrar la puerta que comunica con la sala de espera para evitar que se difunda la desgracia.

—Quatsch!* No es necesario. Sólo estamos haciendo obreros para remplazar a los que aniquilan.

La más pisoteada obrera alemana mantiene a sus hijos, su casa arruinada y saqueada y su familia depauperada y desempleada con una fuerza inconcebible.

Toda la familia ha estado muriéndose de hambre; ha pasado hambre durante meses. Pero mientras quede la menor posibilidad, el niño tendrá un cuarto de litro de leche y cincuenta gramos de papilla. En una sola habitación viven cinco o seis personas, dos con tuberculosis, pero el niño, al que la madre lleva sin falta cada quince días a una revisión, está inmaculadamente limpio y envuelto en un pedazo de tela impecable. Sólo muy gradualmente, después de seis meses y cuando la familia, que lo ha estado sosteniendo con los brazos abiertos muy por encima de su propia pobreza, se hunde finalmente en el marasmo del hambre, sólo entonces quedará sin color en la cara, sus huesos debilitados resaltarán más agudamente debajo de la piel fina y grisácea y los dedos del doctor palparán la abertura de un cráneo blando, hinchado y que se cierra lentamente bajo la fina

pelusa de cabello. En todos los hospitales para obreros —y hay docenas de ellos — el fiel de la balanza marca la pérdida incesante de peso de miles de hijos de obreros, todos los días. En estas balanzas reposa toda una generación proletaria que chilla, agita al aire sus delgadas piernitas y retuerce sus frágiles bocas desdentadas de un lado a otro; a medida que va adelgazando y empalideciendo, se disipa entre lágrimas de niños enfermos y la amarillenta espuma diarreica de la inanición. La clase obrera alemana no ha sido ni será derrotada. Pero hoy, precisamente cuando está todavía reuniendo fuerzas para formar un fuerte puño comunista, la lucha en su contra se libra con los medios más despreciables, es decir, golpeando sobre todo el futuro de los obreros, sus hijos. Y aquí, la mujer proletaria alemana se ha levantado con toda su talla en defensa de ellos.

Muy a menudo, el hombre simplemente no puede soportar los estragos del hambre, el llanto de niños sin comer, la inanición y la suciedad. Miles de mujeres obreras son abandonadas por sus maridos y amantes después de unos cuantos meses de desempleo. Es fácil distinguir entre una multitud de gente diferente a la mujer que prosigue una lucha frenética por la sobrevivencia a su propia cuenta y riesgo, por su rostro particularmente ceniciento, crispado por el exceso de tensión, y la cabeza sucia y sin sangre, reducida al tamaño y la forma de un puño. Por ella, y únicamente por ella, puede determinar un ojo experto si el desempleo empezó hace tiempo o recientemente, y si ha sido interrumpido por ingresos ocasionales de dos o tres días o de cuatro a seis horas. Porque el niño de la mujer que acaba de empezar a pasar hambre y el niño cuya cabeza cuelga hacia un lado de debilidad mientras le han empezado a aparecer las siniestras llagas del agotamiento detrás de las orejas, en las axilas y entre las piernas, están idénticamente limpios, acomodados en almohadones y cubiertos con el chal caliente de sus madres. Aunque, finalmente, con sólo los consejos del médico y los penosos cuidados no se llega a ninguna parte. Los niños tienen que comer y hay que comprar leche. Cuando empiezan a aparecer en el débil cuerpo del niño las primeras llagas se han de comprar medicinas.

Empieza con pequeñas menudencias: inflamaciones escrofulosas, un pedazo de piel húmeda que se tiene que desinfectar y empolvar. La enfermedad se extiende e invade todo el organismo. Acostado en pañales, hay un viejecito de siete u ocho meses con la boca inflamada, el arco de la nariz hundido, las piernas torcidas y el vientre hinchado. Su excremento es fétido.

Y éste es el final de muchos meses de lucha heroica. Un esperpento en vez de un niño sano, fuerte y bien formado.

Toda madre desempleada que llega invariablemente al hospital cada semana sabe que, tarde o temprano, va a terminar así. Lo sabe y, a pesar de todo, lucha con todos los medios técnicos que prescribe la ciencia para la lucha contra la inanición y la degeneración.

Con todas las fuerzas de la juventud y el amor y toda la entereza y cultura de la única clase obrera en el mundo en cuyas filas no hay ni hombres analfabetos ni madres analfabetas.

Cuando ha terminado de examinar al niño, el doctor se dirige a la madre:

—Muéstreme sus pechos.

Bajo el vestido no lleva siquiera una camiseta. Pero al primer tacto, del alto y sobrecargado pezón brota sangre blanca y cálida que rocía los papeles, los anteojos y la bata del doctor.

UNA FAMILIA OBRERA PRÓSPERA

EL ELEFANTE asoma su trompa entre los barrotes de la reja y, por unos segundos, mira a nuestra Hilda con ojos sabios y hambrientos. No, la niña no va a darle nada.

El sabio de los sabios se retira al fondo de la jaula entre el crujido de su piel seca y blanquecina por la edad batiendo sus orejas con desaliento. El zoológico está vacío y frío y los animales, igual que las personas, se mueren de hambre. El elefante morirá pronto; es evidente por las costillas y la flacidez de su trompa. Un esqueleto consumado, un cabal espécimen de zoológico de un animal salvaje que ha pasado cien años exhibiéndose en medio de un museo, pero que todavía puede caminar y comer un poco de forraje. Este ejemplar, al que todavía no le llega el momento de expirar, aún está envuelto en los pliegues crujientes de su vieja piel, hasta que quede despojado de ella. Al principio, Hilda está muy asustada y cierra los ojos, pero después de mirarlo por el rabillo del ojo, pregunta: "Dime, ¿tiene cara?" Entonces, toca la fría baranda de metal y se siente bastante a salvo cuando se da cuenta de que la montaña está en una prisión.

—¡Qué lindo es, tío!

Frente a la jaula de los monos, unos emigrados rusos ofrecen cajas de cerillos vacías, pedazos de basura y sobras al viejo y avisado mandril. El animal está profundamente molesto. Cuando percibe el sonido de alguna disputa familiar dentro del pabellón aguza los oídos con curiosidad humana y se apresura a unirse al alboroto, cerrando de golpe la puertecita y exhibiendo la parte morado-azulada de su anatomía a nuestros compatriotas rusos.

—Vayamos un poco más rápido, Hilda, si no llegaremos tarde a la cafetería. ¿Has visto este animal?

—Sí, pero ¿me invitarás un pedazo de pan con mantequilla?

Hilda nunca ha pasado hambre. Su padre es obrero calificado de alta categoría.

Su madre hace calcetines, suéteres y guantes abrigados en una máquina de tejer. La suya es una de esas pocas familias obreras en cuya mesa nunca faltan el caldo, el pan, las papas, la manteca y el café. Y así como todo el sistema planetario de las preocupaciones domésticas, conversaciones, deseos y miedos gira alrededor de un Stulle* caliente embadurnado con una gruesa capa de margarina blanca y firme, sacos de papas escondidos debajo de la cama y comida colgada o almacenada en la alacena, del mismo modo el alma de Hilda se ha ido formando de ricas y gruesas salchichas que rezuman manteca; cuando este espíritu crezca, tendrá la fuerte y lustrosa grupa de un caballo de tiro y el aroma tosco y nutritivo de la cerveza.

Hilda no quiere fijarse en el ibis ni en ninguna de las aves egipcias de aspecto escéptico y largas plumas, que portan en su contorno y en cada pliegue de su plumaje gris el estilo y las convenciones de pasados milenios. El ibis se pavonea arriba y abajo con la calva cabeza y la larga nariz de un viejo sensato luciendo capa, pero sin pantalones; tan largas y desnudas son sus piernas. De pronto, el éxtasis y la íntima complacencia:

—¡Mira, mira, las plumas de la cola son como las del sombrero de tía Guillermina! Tía Guillermina esta mañana pasó a visitar a mamá para tomarse una taza de café gratis. La gente se está volviendo muy descarada.

Una noche de nevada. En la Puerta de Brandenburgo sopla una ventisca cortante como un cuchillo a través del asfalto. El Tiergarten reposa en las negras sombras como un oscuro mar azotado por el viento. Estacionados junto a las banquetas vacías, como a lo largo de un muelle, hileras de automóviles con los faros encendidos y mojados.

A las 5:30 hay una manifestación del Partido Comunista. Por Unter den Linden marchan los desempleados. Resuenan los instrumentos musicales en las bolsas que llevan cargando en las espaldas, las orejas enrojecidas por el frío asoman por debajo de sus gorras, van con los cuellos de las chaquetas alzados destacando entre las aberturas sus pechos desnudos. El viento les sopla a la cara. En las oscuras calles laterales la policía arranca los pequeños carteles que por un día habían cubierto todo Berlín. En las calles laterales la policía apalea con macanas de hule y rompe las manifestaciones y de entre la multitud salen policías acarreados con rostros fracturados. En esta tarde azotada por la ventisca, los diez

mil obreros que inundaron el Lustgarten y Unter den Linden hasta Friedrichstrasse recibieron con risas a un carro armado en tanto la policía no podía hacer acopio de valor para disparar un solo tiro a la manifestación comunista. Esta tarde la madre de Hilda remienda calcetines a la luz de la lámpara. Hilda come pan y manteca y, cuando ya está bastante llena, se rocía con agua la panza satisfecha.

—Hilda —le dice su madre—, cántanos La internacional.

Hilda canta La internacional y después una canción de un árbol de Navidad y un famoso popurrí de salmos.

—Hilda —le dice su madre—, dinos cómo saludan los niños buenos a su tío el día de su santo.

Tía Guillermina, esposa de un obrero desempleado, asiente envidiosamente y prodiga calurosos elogios.

—Hilda —yo le pregunto—, ¿qué te gustaría para Navidad? ¿Una muñeca, un libro de imágenes o un camello de verdad como en el zoológico?

—¡Oh, tío, dame un poco de salchicha de hígado!

—Tonterías —dice la madre de Hilda a tía Guillermina—, yo ahora no creo en ningún tipo de manifestación. Lo que necesitamos es un levantamiento armado, una verdadera revolución, y no estas procesiones en la calle como la de ahí afuera.

La cafetera borbotea muy quedamente en la estufa mientras un furioso viento bate los postigos tras las ventanas y brama endemoniadamente.

—No —dice la madre de Hilda, golpeando el mantel blanco de hule con su aguja de zurcir—, ha sonado la hora undécima. Ya no nos van a convencer de que salgamos a la calle por muy atractivas que sean las frases que nos digan. Lo que necesitamos es una batalla decisiva y no una manifestación. ¡Todo lo que hemos hecho durante cinco años ha sido pasearnos arriba y abajo!

Tía Guillermina está indecisa:

—Mi viejo ha salido. Dios santo, ¡qué terrible noche de invierno!

—Ven a nuestra fiesta de bodas de plata, Guillermina. Lo celebraremos. Habrá pastel de queso, de carne, ensalada de huevo, papas frías y manzanas. Y morcilla de sangre, aunque tuve que vender la máquina.

—¡Oh, mamá, morcilla! ¿Me darás un poco?

—Todo está cada vez más caro y la vida se está volviendo imposible. De todas maneras, es un poco culpa tuya, Guillermina. Todo depende de la mujer. Si ella es prudente, frugal y ahorradora, la casa nunca llega a derrumbarse del todo. Tienes que vigilar tus cosas, necesitan un cuidado constante. Este armarito para la loza o la cama, por ejemplo, tienen veinticinco años, quién lo diría. No se nota para nada. Lo único que hay que hacer es quitar el polvo a los estantes todas las mañanas, cuidar con esmero las patas laqueadas y no sentarse muy a menudo en los sillones delicados.

—Mamá, ¡el hijo de tía Guillermina acaba de robarse un terrón de azúcar de nuestro azucarero azul!

—Lo principal es llevar los contratiempos con valor, no dejarse destrozar y en ningún caso vender los muebles. Mientras tus cosas permanezcan intactas, la familia todavía aguantará. Es más, no hay que caer en las provocaciones del gobierno. Hasta que no tengamos una batalla decisiva, nada de estupideces como estas manifestaciones. Un poco más de paciencia, de resistencia y de solidaridad. Tenemos que apoyarnos unos a otros. Mira al tío Kurt, por ejemplo. Llevaba sin trabajo más de un año, claro, y toda la familia tuvo que vivir en chalets de verano fuera de la ciudad. Su pobre Minna había estado achacosa durante dos años hasta que finalmente murió de cáncer. En su caso puede verse cómo, a fin de cuentas, depende mucho de la mujer. El hogar quedó deshecho. Absolutamente todo acabó en la completa ruina. Bueno, como es natural, nosotros los parientes nos cooperamos y le arreglamos un funeral decente y como es debido. Los obreros tenemos que ayudarnos unos a otros. Yo le presté al pobre viejo el antiguo sombrero de copa de mi marido. Bien, por lo menos pudo ir en el cortejo fúnebre vestido con propiedad.

La pequeña Hilda duerme en un rincón de la cama con su camisoncito blanco, sus pantuflas blancas y un pedazo de pastel de huevo a medio comer en el regazo. Para Hilda disfrutar es eso, correr un poco de un lado a otro, jugar un

poco, comer hasta llenarse y después silbar dichosamente por su naricita rosada mientras el espléndido lazo rosa que lleva en la cabeza resbala suavemente hasta caer en el hombro del tío Franz. La celebración de las bodas de plata resultó verdaderamente bien. ¡Y qué regalos! Jabón, margarina, flores y dos libras de mantequilla. Los parientes se cooperaron para regalarles una vajilla para seis personas y seis cucharitas. Hubo que vender la máquina de coser y los muchachos rompieron uno de los búcaros con hierbas secas que estaba en el anaquel bajo el espejo. Pero, con todo eso, toda la cuadra se enteró de que la madre de Hilda celebraba el veinticinco aniversario de bodas realmente bien y toda la calle hablaría de ello.

—Los sindicatos se han doblegado, claro. ¿Para qué siguen existiendo?, ¿de dónde sacan sus fondos? Del patrón, del industrial. Pero nosotros hemos sido más listos que la empresa, ¿no? Y esos caballeros se imaginan que los antiguos dirigentes sindicales van a defender verdaderamente sus intereses sólo a cambio de los miles de millones que a duras penas les ha repartido la dirección.

El tío de la pequeña Hilda guiña disimuladamente el ojo.

—Oh, no. Estos tipos no se dejan comprar. Puede que reciban su salario de los capitalistas, pero nos están ayudando a nosotros, no a ellos. Estamos más cerca de ellos; por Dios, hemos trabajado juntos treinta años y nos conocemos unos a otros. Van a conseguirnos esos salarios a la cotización del oro, no te preocupes.

Una de las tías de la pequeña Hilda es viuda de un comunista asesinado el año pasado. No podía dar nada, de modo que lavó los platos durante toda la tarde en casa de los parientes ricos. Se seca las manos enrojecidas por el agua caliente, se quita el delantal, se para junto a la mesa de la cocina para beber un vaso de café y comerse los dos últimos sándwiches que sobraron; después, pide al sobrino que dirige la banda de música de la familia —guitarra, violín y mandolina—:

—Toquen Fuiste víctima.

En el cuarto de atrás, los mayores habían apagado la luz y, al reflejo del alumbrado de la calle, cantaron una y otra vez sus canciones de juventud con voces roncas y descoordinadas, El vals de la luna y La rosa en el claro del bosque; aunque ahora todo está callado y sólo se oye el tintineo de las tazas de café. Pero aquí, en la habitación delantera, rentada generalmente a algún huésped, los jóvenes se apretujan estrechamente unos a otros y bailan al ritmo,

primero lento y cada vez más acelerado, de la trágica marcha fúnebre de la revolución. La menuda Hilda duerme. Está soñando con margarina y en cómo tía Guillermina se esconde un pastel de pasas y manzana bajo el delantal.

9 DE NOVIEMBRE EN UN BARRIO DE CLASE OBRERA

ANIVERSARIO de la revolución de noviembre. Un vasto salón medio vacío como una cueva. Varios cientos de obreros más explotados, taciturnos e inmóviles que de costumbre, miembros del Partido Socialdemócrata (SPD).

Sobre el estrado, en una lívida claridad, inscripciones doradas en lienzos rojos. Mucho más parecidas a versículos, siguiendo el modelo de esos proverbios devotos que decoran las paredes de las tabernas, las tarjetas de felicitación o los tirantes del novio.

“Viva la Internacional.” No se dice cuál.

“Abajo la tiranía del capital.”

“Libertad y trabajo.”

Nadie mira, nadie cree. Tras esos sagrados estandartes mancillados, del percal rojo que refleja el color de sangre fresca y de esos inofensivos e inocuos extractos de las Sagradas Escrituras, ninguno de los cuales ha marchado a la batalla encabezando al proletariado revolucionario, se alzan los cinco años de una república burguesa vil y disipada que ha disparado a los obreros alemanes y los ha chupado hasta dejarlos secos bajo la cobertura de frases revolucionarias diluidas y emasculadas.

No se ve en una sola mesa la redonda tapa vistosamente bocarriba de una jarra de cerveza. Sólo de vez en cuando algunos jirones de humo de tabaco se mezclan con el frío húmedo y gris. Un pedazo de pan duro sacado furtivamente del bolsillo basta para celebrar el acontecimiento.

Los obreros han acudido a este inhóspito aniversario con sus esposas e hijos. Parecen emigrantes sentados en los bordes de algún muelle, desalentados ante la desesperada empresa de conseguir un pasaje. Los maridos charlan con sus esposas; los niños, cabizbajos e instintivamente aburridos, se acurrucan junto a las madres.

Mientras tanto, los fascistas han planeado su golpe para este mismo día, 9 de noviembre. Se han propuesto vastas manifestaciones para la mañana siguiente, posiblemente con luchas callejeras, matanzas masivas de obreros y pogromos, en suma, un golpe Blanco. Esta lastimosa celebración de noviembre puede que resulte ser la última reunión entre los dirigentes del Partido Socialdemócrata y las masas en que se apoyan, cuyos intereses se han comprometido a defender, el último encuentro entre el alto mando de la burocracia dirigente y el proletariado contra el cual los blancos han prometido desencadenar a sus asesinos en las próximas veinticuatro horas. Pero ¿qué es lo que este "partido obrero" consideró necesario decirles la víspera del putsch? ¿Les dio armas? ¿Un plan elaborado de lucha? ¿Puntos de reunión, consignas, liderazgo político y militar? ¿Qué hubiera costado organizar una defensa revolucionaria en una ciudad inundada por cientos de miles de desempleados, todo un ejército de mujeres lanzadas a la calle, de incapacitados a los que el gobierno paga una indemnización miserable y, finalmente, de manadas de obreros organizados, de los cuales más de veinte mil están ya condenados a morir de inanición? ¿Qué otra cosa, en verdad, era posible que se dictaminara en este mitin, sino un llamamiento a la movilización y al alzamiento del partido que se dice obrero y socialista, que acaba de ser expulsado ignominiosamente del poder pateado por la bota de un soldado?

Las personas reunidas esperaron al representante del partido inusualmente inquietas y lo saludaron en absoluto silencio con la pregunta tácita: ¿qué vamos a hacer ahora?

Había llegado un refinado intelectual del partido, escéptico y despectivo, miembro del grupo que forma el ala izquierda del SPD —ningún socialdemócrata de derecha había reunido el valor necesario para dirigirse a alguno de los numerosos mítines que se celebraban ese día—. Habló con elocuencia y extensamente durante casi dos horas. ¿Acerca de qué? Es difícil recordarlo. En cualquier caso, ni una sola palabra sobre los blancos. Nada en absoluto sobre el golpe planeado para el día siguiente. Sobre la amenaza que representaba para el proletariado un golpe de este tipo, cómo impedirlo, cómo organizar la defensa, evitar provocaciones y un baño de sangre, nada. Sólo un tranquilizador y comedido panfleto parlamentario.

Unas cuantas frases plañideras sobre cómo esta celebración se había convertido en algo poco alegre aquel día, y que Alemania no tenía en realidad ningún motivo de regocijo el 9 de noviembre. El pan estaba cada vez más caro y el desempleo aumentaba, perversos generales estaban conspirando contra la

república y los campesinos no querían entregar su buena cosecha a cambio de pedazos de papel falsos, embarrados con tinta de imprenta sólo por un lado.

Para entonces reinaba en el salón un silencio totalmente fúnebre. El rostro del delegado era a tal grado objeto de fría hostilidad, confusión y desesperación, que decidió salpicar el final de su discurso con unas cuantas conclusiones idealistas y después dispersar inmediatamente hacia sus hogares a este proletariado desmoralizado que en unas cuantas horas más tendría que enfrentarse a las ametralladoras, la artillería y las bayonetas del Reichswehr con las manos vacías, sin fe en sí mismo y sin siquiera el derecho a tenerla.

¡Ah, qué brisa filosófica tan arrebatadora pudo hacer flotar de repente en el aire de ese frío, hambriento y vigilante mitin este doctor en leyes! Una esperanza vulgar y miserable, pero seductora, que no puede engañar a nadie ni todavía ha defendido a ninguno, pero que a pesar de todo trepa penetrando en el corazón proletario como un piojo en la costura sólo para ser aplastado por la uña de hierro de la dictadura burguesa. Y, no obstante, este traidor de un partido que se pudre en vida a hombros del proletariado, envenenándolo con su tomaína azucarada, tiene aún otra oportunidad de esquivar los claros y simples lemas combativos de una ruptura con el gobierno burgués y en pro de esa odiosa revolución social.

Simplemente escuchen.

—Nuestra vil burguesía nos ha golpeado, desarmado; desempleado y robado. Esta celebración podría denominarse con todo acierto la colación fúnebre de la revolución. Pero, queridos proletarios, no se entristezcan ni irriten: el tiempo, la historia y el destino social están de nuestro lado. No es posible dar marcha atrás a la rueda de la historia y, por lo tanto, a pesar de que carecemos totalmente de preparación para la lucha, los fascistas no triunfarán; vayan en paz y no teman a Ludendorff. Él tiene las armas, pero nosotros tenemos la lógica de la historia. Buenas noches y hasta que nos encontremos de nuevo, no en las barricadas sino en el próximo jubileo que, con la ayuda de la providencia social, resultará más feliz que el de hoy.

Eso es todo.

Después, un coro de por lo menos cincuenta o sesenta personas canta canciones sentimentales durante una hora y media; en el escenario una impecable

compañía de obreros, divididos en dos filas por el vuelo de los faldones de un sacristán socialista, escudriña a través de sus gafas las lindas e intachables partituras y con celo y fervor canta exultaciones de bienaventuranza idílica y amor puro.

—¡Oh, golondrina! —Un obrero de la construcción de aspecto sano y anchas espaldas inicia el canto, sobresaliéndole penosamente la nuez por encima del sudado y tieso cuello postizo. Su voz suena como si le apretaran las botas.

—¡Oh, aquellas flores de mayo! —responde tiernamente un pelotón de ensambladores y estibadores desde el coro de la izquierda. Las ajustadas chaquetas crujen sobre sus magníficos y protuberantes músculos. Ni un balbuceo ni una sola nota desafinada. Es evidente que estos hombres han estado ensayando la representación conjunta por lo menos dos meses a pesar del hambre, el desempleo, los alaridos de niños sin comer y los preparativos fascistas para la guerra. No, nada puede desviar al SPD de los pacíficos ejercicios culturales y educativos.

A continuación, un verdadero manicomio. Han arrastrado al escenario a los hijos de todo un vecindario obrero, una multitud de adolescentes y un destacamento de mujeres y niños. Con la más total dedicación se entregan a la declamación de una obra nauseabundamente lúgubre.

A la señal de la batuta del director, los hijos hambrientos de los obreros se quejan y lloran ante un auditorio de obreros hambrientos:

—¡Mamá, quiero pan!

Y después, hombres, mujeres y niños juntos:

—¡Hermanos, nos morimos!

En el salón, lágrimas y sollozos histéricos de las mujeres.

La multitud se dispersa desfallecida, irritada e impotente. Por la cloaca de un pseudoarte debilitador se ha hecho desaparecer toda su saludable rabia y su enorme descontento, el arsenal de la revolución. “¡Astutos, esos socialdemócratas!” Hacia el final, el mismo coro que heroicamente había llegado al do mayor, canta, entre otras canciones líricas, La internacional. Esto es para cultivar en el proletariado la impresión de que esta música no está

indisolublemente vinculada a la acción revolucionaria, y que sus tambores no tienen que resonar únicamente entre la sangre y el humo de la pólvora.

No, hay que domesticar de antemano este peligroso grito de batalla y enjaularlo en el gallinero general de canciones de modo que, el día de la guerra, antes del ataque, no agite los oídos del proletariado ni se despliegue en su cabeza como una bandera nueva ondeando al viento.

Otro mitin del SPD. Hertz, miembro del Reichstag, trata de hablar. Los obreros, en la medida de sus posibilidades, se lo impiden. Del lado del miembro del Reichstag: la campanilla del presidente, estadísticas, historia, economía política y lógica. Del lado de los obreros: estridentes silbidos, desempleo, hambre y un instinto social sano. Hertz considera que en los últimos cinco años, el SPD ha cometido algunos errores pero no merece la pena hablar de ellos ahora. El auditorio, por otra parte, no quiere hablar más que de estos errores y en docenas de notas que se le envían al doctor Hertz se le dice en blanco y negro: “El SPD es un cadáver pestilente que ya es hora de enterrar”. Cuando el miembro del Reichstag muestra con la mirada que no puede leer en público lo que está escrito, se le repite en voz alta.

La mesa no quiere conceder a un comunista el derecho a responder.

Los obreros votan firmemente a su favor y el comunista habla durante cuarenta minutos con el permiso del presidente de la mesa, y otros cuarenta, a pesar de su orden en contra. Entonces el diputado Hertz, abriéndose paso de algún modo a través del ruido, el pataleo y las interrupciones sarcásticas, hace un esfuerzo frenético, se agarra de repente a algo y sale triunfalmente a flote.

Ha descubierto aliados y nombres, nombres que convierten a los obreros en estatuas de sal.

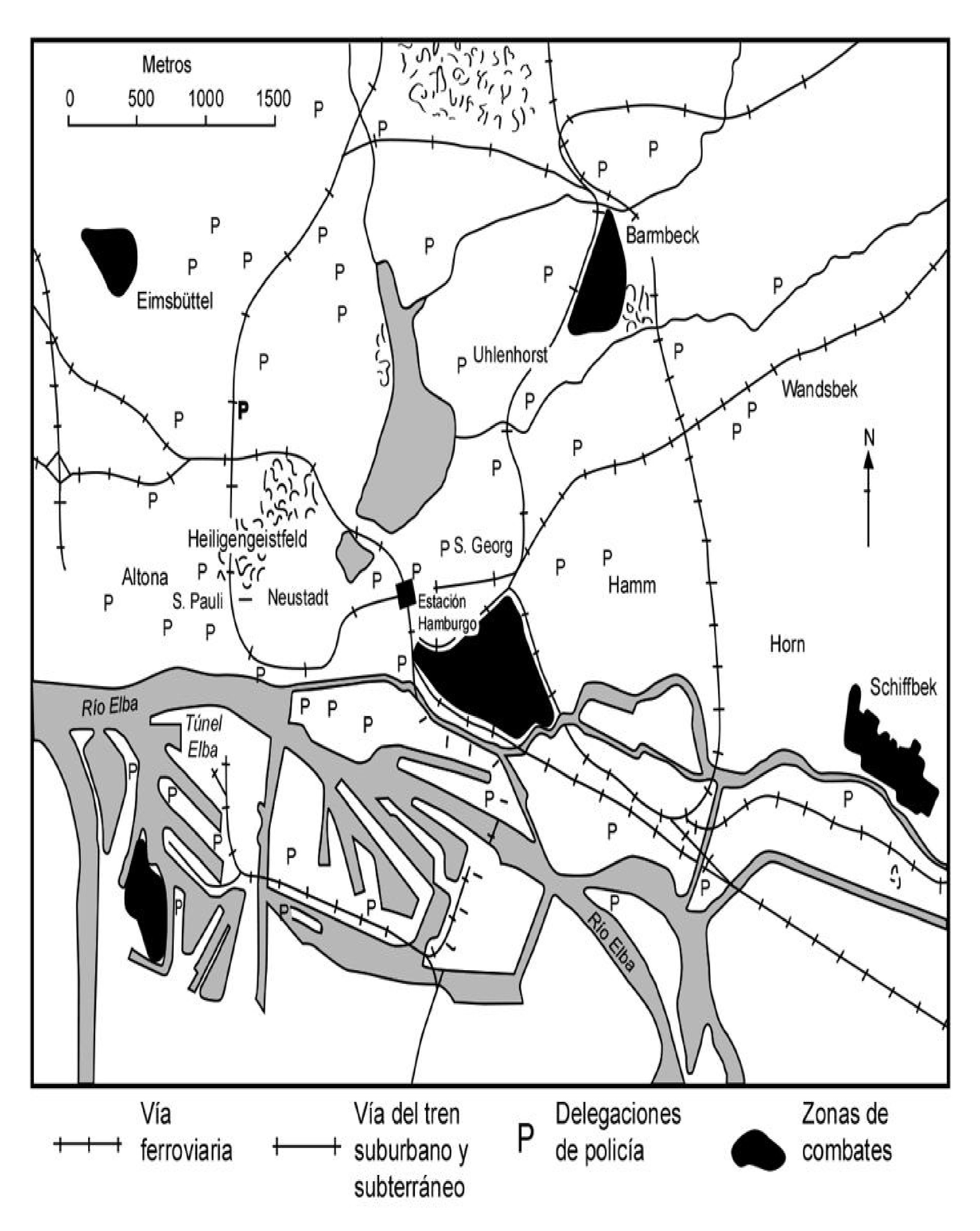
—Cualquier resistencia a los blancos es inútil —chiflidos. —Durante los cinco años que se ha sentado con ellos en el gobierno, la socialdemocracia ha tratado de defender los intereses de los obreros. —El ruido aumenta. —La socialdemocracia hizo lo que pudo, pero los ministros de las centurias negras presionaron tanto a Stresemann y Ebert que estos desafortunados camaradas no podían rechazar un cuantioso subsidio mensual al gobierno Guardia Blanca de Kahr en Bavaria. —Insultos al orador. —Lenin… —Silencio profundo; Hertz puede tomar aliento. —Lenin demostró que Alemania no existe como entidad

política y económica autosuficiente. Su destino está ligado al de la revolución o la reacción en Francia, Bélgica, Inglaterra e Italia. Basándonos en la opinión de Lenin, podemos determinar con toda seguridad que en el momento actual queda absolutamente excluida en Alemania la posibilidad de una revolución social…

Se ve, por el movimiento de su boca, que el doctor Hertz aún sigue hablando, pero ya no pueden oírse sus palabras.

HAMBURGO

EN LAS BARRICADAS


Metros
0
500
1000
1500
Eimsbüttel
Barmbeck
Uhlenhorst
Wandsbek
N
Heiligengeistfeld
S. Georg
Altona
S. Pauli
Neustadt
Estación Hamburgo
Hamm
Horn
Schiffbek
Río Elba
Túnel Elba
Río Elba
Vía ferroviaria
Vía del tren suburbano y subterráneo
P
Delegaciones de policía
Zonas de combates

Hamburgo.

EN LAS grandes ciudades, un levantamiento pasa sin dejar rastro. Una revolución tiene que ser grande y victoriosa si ha de conservar sobre la piedra y el hierro, aunque sólo sean unos cuantos años las huellas de los estragos, sus heroicas abrasiones y las cicatrices blancas de las balas dejadas sobre los muros por las metralletas.

Dos o tres días o dos o tres semanas después, junto con los periódicos hechos jirones y los carteles vueltos guiñapos, arrancados a punta de bayoneta o deslavados por sucios chorros de lluvia, el breve recuerdo de las batallas callejeras, las revueltas avenidas y los árboles lanzados como puentes a través de calles como ríos y callejones como arroyos también se diluye.

Las puertas de la cárcel se cierran tras los convictos en tanto que otros compañeros de lucha, expulsados de sus fábricas, se ven obligados a buscar trabajo en otra ciudad o en un distrito lejano; los que están desempleados después de la derrota se refugian en los escondrijos más distantes y anónimos; las mujeres permanecen calladas y los niños, precavidos ante las preguntas zalameras de la policía de seguridad, lo niegan todo. Así pues, la leyenda de los días del levantamiento se esfuma, olvidada y ahogada por el ruido de la vuelta al tránsito y la reanudación del trabajo. En los rincones de los talleres un nuevo grupo de obreros que ha venido a ocupar los puestos que otros han dejado vacíos en las fábricas puede que todavía repita uno o dos nombres y recuerde los golpes especialmente afortunados, pero esto también va desapareciendo.

Para un obrero no hay historia dentro de los confines del Estado burgués, la lista de sus héroes la llevan los tribunales de guerra de campaña y el guarda de la fábrica perteneciente al sindicato menchevique.* La burguesía, una vez que ha aplastado con la fuerza armada, sofoca el indeseable recuerdo del peligro de que ha escapado tan recientemente.

Ya han pasado varios meses desde el levantamiento de Hamburgo. Pero, por muy raro que parezca, su recuerdo se resiste tercamente a desaparecer; no obstante, las huellas de las barricadas se han allanado cuidadosamente en todas partes; los trenes corren tranquilamente a lo largo de viaductos que una vez sirvieron de parapetos defensivos u ofensivos y que ahora son estructuras donde se posan numerosas gaviotas.

Tres consejos de guerra improvisados lanzan mecánicamente, como molino de

carne, a los combatientes callejeros a la cárcel; médicos e inspectores carcelarios hace ya tiempo que devolvieron a los parientes más cercanos, los últimos cadáveres brutalmente mutilados e irreconocibles. Todavía perdura el recuerdo de aquel temerario octubre. No hay ninguna cantina ni reunión de obreros o familia proletaria en la vieja ciudad libre de Hamburgo en donde no se vuelvan a relatar las asombrosas escenas que tuvieron lugar en esas calles de las afueras, con el orgullo de un participante o, por lo menos, con la involuntaria admiración de un observador.

La explicación de esta obstinación con la que el proletariado de los muelles mantiene y vela la memoria de los días de octubre reside en que el levantamiento de Hamburgo no fue aplastado en un sentido militar, político o moral. Las masas no se quedaron con la hiel íntima de la derrota.

El prolongado proceso revolucionario que las había impulsado a las barricadas en octubre no fue interrumpido ni el 24, cuando toda la fuerza policiaca y una unidad de primer orden de centurias negras formada por marinos y fuerzas del Reichswehr fueron movilizadas, ni el 26, cuando formaciones compactas de la policía, destacamentos de caballería e infantería constituidos por millares de soldados y pelotones enteros de carros armados irrumpieron finalmente en los suburbios revolucionarios que varias horas antes habían sido voluntariamente abandonados por las centurias obreras. Por el contrario, el movimiento que salió a la superficie en octubre para gobernar la ciudad durante sesenta horas, aplastando la cabeza al enemigo dondequiera que se atreviere a lanzar un ataque a las hábilmente emplazadas barricadas, sólo costó diez muertos a los obreros, contra decenas y cientos de muertos y heridos a la policía y a las tropas, y después condujo tranquilamente fuera de las líneas de fuego a sus combatientes, salvó y escondió sus armas, llevó a sus heridos a refugios seguros en una retirada planeada y volvió a la clandestinidad para poder resurgir al primer llamamiento a la revolución en toda Alemania.

El comienzo del movimiento revolucionario ha de empezar a contarse no a partir de octubre sino de agosto del año anterior, cuando Hamburgo se había convertido en el escenario de batallas sucesivas amargamente libradas en defensa de la jornada de ocho horas, paga basada en el equivalente en oro y toda una gama de demandas no sólo económicas, sino también estrictamente políticas: gobierno obrero, control de la producción y otras. Estas batallas sindicales fueron acompañadas por una creciente fiebre huelguística y estallidos turbulentos de un odio revolucionario creciente: asaltos a almacenes de

alimentos y ataques a policías y esquiroles. Fue especialmente en estos meses cuando las mujeres obreras de Hamburgo se distinguieron por ser, como todas las mujeres de los grandes puertos, mucho más ingeniosas y maduras políticamente que sus camaradas en la mayoría de los centros industriales de Alemania. En agosto de este año, fueron ellas las que impidieron la entrada de sus maridos y compañeros de trabajo a los astilleros en huelga. Ni las bayonetas de la policía ni las pusilánimes muchedumbres de obreros dispuestos a reconciliarse con sus patronos, cualesquiera que fueran las condiciones, pudieron hacer retroceder a esta cadena humana más allá del túnel del Elba. Uno de los enfrentamientos terminó desarmando y apaleando a un destacamento de la policía y, en especial, al teniente que lo dirigía; éste se ahogó en las frías y sucias aguas del Elba.

Este movimiento, que comenzó en agosto, no podía haber terminado en un fiasco como alardeaba la burguesía. Tampoco podía haber caído con la brillante manifestación militar del 23 al 26 de octubre, sino únicamente con la derrota o la victoria de toda la clase obrera alemana. En esta continuidad y en este constante y prolongado crecimiento que marca la labor de los camaradas de Hamburgo, está la distinción crucial entre un levantamiento armado y el denominado putsch político.

Un putsch no tiene pasado ni futuro, sólo victoria total o una derrota igualmente irrevocable y fútil. Una revolución, si ha de ser poderosa y estar guiada por un partido fuerte y flexible dispuesto a la batalla, tiene que ser capaz de brotar, retroceder y retirarse aun después de la avanzada más temeraria. Pero un proletariado débil, políticamente desentrenado y sin temple, vivirá sólo con la esperanza de un golpe breve, un estallido y un esfuerzo muy incisivo, sangriento pero no sostenido. Un golpe así de breve puede que cueste enormes sacrificios y el más profundo esfuerzo, pero las masas frágiles y sin cohesión se enfrentarán a cualquier cosa con tal de que más allá del ataque momentáneo se vislumbre alguna esperanza de una victoria final efímera, pero incontestablemente total. Si después de un intento tal de toma del poder viene, por una u otra razón, un contratiempo, estas masas saldrán de las filas, abandonarán cualquier organización y reforzarán su derrota con una autocrítica mordaz. Por otro lado, los cuadros regulares de las masas políticamente maduras regresarán a sus viejas trincheras después de una operación de asalto con la misma actitud firme respecto al largo, agotador y lento asedio, al trabajo de zapa en la clandestinidad y a las operaciones diarias de hostilización. El levantamiento de Hamburgo, en virtud del prolongado proceso político que condujo hasta él y, aún más, en virtud

del trabajo absolutamente brillante llevado a cabo en los días y las semanas inmediatamente posteriores a su liquidación, constituye el clásico ejemplo de un levantamiento verdaderamente revolucionario en el que se desarrolló una notable estrategia de batallas callejeras y una retirada impecable, única en su género, que dejó a las masas con un firme sentido de superioridad sobre el enemigo y la conciencia de una victoria moral.

Sus resultados son indudables: hasta estos días de octubre, nunca había alcanzado proporciones tan grandes el derrumbe de las viejas organizaciones sindicales. Del 25 de octubre al 1º de enero abandonaron las filas de los sindicatos mencheviques más de treinta mil miembros, todos con muchos años de antigüedad. Después abordaremos con más detalle el tímido papel desempeñado por la burocracia sindical y su ala derecha durante los días de octubre. La Unión Republicana y las Ligas para la Defensa de la Patria actuaron en calidad de guardia menchevique doméstica y prestaron públicamente su ayuda a la policía en los distritos más tranquilos, permitiendo así que ésta se concentrara en sojuzgar los barrios de Hamm y Schiffbek. Hablaremos más tarde de esto; aquí únicamente observaremos que todas estas proezas belicosas de la socialdemocracia motivaron que se rompieran muchos carnets de partido, que se arrojaron por montones a las puertas de las oficinas de reclutamiento.

Los carnets se amontonaban en las puertas de entrada y cientos de obreros, corriendo el riesgo de ser arrestados o asesinados por las patrullas del Reichswehr, se abrieron camino hasta llegar al local de los sindicatos y lanzar su carnet a la cara de la burocracia manchada por la traición. Toda una serie de importantes sindicatos de la región costera como, por ejemplo, el sindicato de Obreros de la Construcción y Conexos, reventó por todas sus costuras después del levantamiento de octubre. Era físicamente imposible conseguir que los miembros se abstuvieran de un elocuente éxodo masivo de los sindicatos. Yo logré asistir al mitin de uno de los ramos de la construcción en el que se había decidido, los ochocientos miembros en pleno, abandonar el sindicato y organizar una asociación propia. Había entre los presentes, hombres de edad madura, no todos miembros del partido, maestros en su oficio y que no carecían de ofertas de trabajo, hombres que habían pagado sus cuotas durante décadas.

En este mitin, viejos sofocados por la furia exigieron una ruptura total e inmediata con los “bonzos”. Ningún comunista hubiera podido odiar más fuertemente o percibir más profundamente la inconmensurable decadencia del viejo partido. Los miembros del Partido Comunista (KPD) hacían vanos

esfuerzos por disuadir a la reunión de que formara un “sindicato disidente” e insistían en socavar la burocracia desde adentro, formando una sólida oposición que pudiera ir extendiendo cada vez más su influencia…

Los obreros desconocen al sindicato como algo profundamente sucio que no merece que se contribuya a sus fondos con un solo centavo ganado a fuerza de tantos trabajos. Están ya profundamente convencidos de que el obrero que permanece en un sindicato menchevique por un día hipoteca su honor proletario y se convierte en parte interesada en la falsedad, los crímenes y las traiciones del SPD. Después de octubre, permanecer en el sindicato, incluso para un obrero de edad madura que no perteneciera al partido, equivalía a prestar servicios en la Sipo o en la Eins A.†

El partido comunista y las masas que lo siguen se han fortalecido infinitamente, tanto externa como internamente. Su actividad no ha disminuido a pesar de los numerosos arrestos —incidentalmente, hay que decir que la mayor parte de los camaradas no fueron arrestados durante el levantamiento sino únicamente después, a raíz de denuncias voluntarias hechas por obreros y vecinos pertenecientes al SPD—. Por el contrario, todos los muros de Hamburgo están decorados con inscripciones imborrables. En todos los cruceros de calles y en la esquina de cualquier edificio público invariablemente está pintada esta inscripción: “El partido comunista está vivo. Nadie podrá prohibirlo”.

Quizá el Parlamento vote a favor de una Ermächtgungsgesetz;‡ Seeckt puede gozar de poderes especiales y una dictadura blanca tal vez se trague las últimas heces de las minúsculas libertades contenidas en la legislación laboral, pero las paredes de todas las barracas para el registro de desempleados están recubiertas con los nuevos cartelitos comunistas como si fueran papel tapiz. Se lanzan como copos de nieve desde el auditorio en todos los mítines del SPD y están pegados en los muros de las tabernas, en los tranvías y en las ventanillas del metro. Las mujeres de los barrios periféricos, en los que toda la población masculina está prófuga o en cárceles diversas, piden que se les envíen carteles y volantes y, si de algo se quejan, es de la falta de un periódico comunista barato. Todo esto se asemeja tan poco a una derrota, que los jueces de las cortes marciales improvisadas, bajo la presión de la silenciosa amenaza de las masas, tratan de mitigar las sentencias. Los convictos van a dar a la fortaleza o a un campo de trabajos forzados con el orgullo y la tranquilidad de los vencedores, con la inexpugnable certidumbre de que la revolución nunca permitirá que corran los cinco, siete o diez años de sus condenas, y con el más profundo y burlón desdén

hacia las leyes del Estado burgués, la cobarde brutalidad de su fuerza policiaca y el peso aparentemente triunfante de los muros de sus cárceles. Una fe así no puede errar.

¿Por qué, pues, no apoyó todo el país el levantamiento de Hamburgo?

En los días de octubre, toda Alemania estaba dividida en dos campos que se confrontaban uno al otro esperando la señal para la ofensiva. Pero, para entonces, Sajonia ya había sido inundada por la policía y el Reichswehr. Por lo tanto, en el momento del levantamiento de Hamburgo, una de las principales cabezas de puente de la revolución había dejado efectivamente de existir. Numerosos grupos de desempleados aún llenaban por la noche las calles de Dresde, pero, marcando fuertemente el paso con sus botas, a los lados y enfrente de ellos, las unidades del Reichswehr, armadas, insolentes y provocadoras, taladraban el asfalto. Si en ese momento se hubiera dado en Sajonia la señal para la batalla, ésta se habría convertido probablemente en la señal para la matanza masiva de los obreros sajones. Durante esos mismos días, en Hamburgo, una asamblea de obreros empleados en los grandes astilleros de Hamburgo, Lübeck, Stettin, Bremen y Wilhelmshaven exigía el emplazamiento inmediato a una huelga general y los líderes de esta conferencia, convocada únicamente para decidir políticas, a duras penas pudieron conseguir que se pospusiera la huelga unos días; no obstante, la asamblea de obreros en Chemnitz se negó a aceptar la huelga general. Para entonces, Sajonia estaba en apuros y el proletariado, entregado al ala izquierda de la socialdemocracia hasta el fin, se alejó instintivamente de una colisión desfavorable que quizás hubiera podido ser fatal para la revolución.

¡Berlín! Quien haya visto Berlín en los días de octubre guardará con seguridad un sentimiento de asombrosa ambivalencia o, mejor dicho, de ambigüedad como el rasgo característico de su agitación revolucionaria. Las mujeres y los desempleados conferían a las calles un tono especial. En las filas del pan y frente a los escaparates de las carnicerías, golfillos espabilados silbando La internacional se abrían camino a empellones entre los nudos de mujeres desesperadas. La caída del marco, las irrisorias indemnizaciones que se pagaban a desempleados, incapacitados y viudas de guerra, las tasas inflacionarias, los precios asombrosos de los productos básicos, la ruina de la pequeña burguesía, la total desvergüenza de la Gran Coalición, la ventosa en que se había convertido el Ruhr, la represión de los franceses, las calladas fechorías cometidas por los capitalistas alemanes que la prensa había sacado a la luz del día y eclipsado

todas las columnas de los periódicos, el espectro del Ruhr ensangrentado y cubierto de carbonilla, todo ello era claro presagio de una revolución al alcance de la mano. Los automóviles de los ricos procuraban evitar el paso por los suburbios y la policía pretendía no ver el saqueo de las panaderías. En las afueras de la ciudad, la artillería avanzaba retumbando sobre los cascajos de piedra, acercándose cada vez más a las fábricas en huelga; el bramido de los camiones cargados con dos hileras de policías en perfecta formación no aminoraba sino inflamaba aún más la furia de las multitudes que asediaban los mercados y los puestos de periódicos.

Pero al mismo tiempo, vastas masas de obreros totalmente pasivos se adherían todavía a la socialdemocracia; ocultas tras las espaldas de los desempleados y de los comunistas estaban las extensas capas del proletariado aburguesado, aferrándose codiciosamente a un pedazo de pan, la comodidad doméstica y a una libra de margarina por muchas que fueran las horas que costara ganar todo esto. Una mayoría cobarde, chillona, disgustada, dispuesta a quedarse sentada dos o tres días en casa, junto al fuego, detrás de una taza de escaso café y el último folletito del Vorwärts, hasta que se apaciguara el tiroteo en la calle, se retirara a los muertos y heridos, se desmantelaran las barricadas y el vencedor, quienquiera que fuera —bolchevique, Ludendorff o Seeckt—, hubiera encarcelado a los vencidos y ocupara el poder un gobierno legal. Junto a una vanguardia sumamente activa estaba esta retaguardia distendida, apática y expectante dispuesta a denunciar, en caso de derrota, al vecino comunista que se hubiera agazapado en una trinchera bajo la ventana de la casa de algún funcionario socialista benemérito oculto tras sus cortinas de tul.

En Berlín como en Hamburgo —exceptuando únicamente algunos barrios con una población sólidamente obrera—, el proletariado tuvo que resistir a la gendarmería y a las tropas del general Seeckt en un aislamiento total y sin el apoyo activo de las amplias masas, sin la esperanza de recibir refuerzos en los momentos más difíciles y, a veces, como en Hamburgo, virtualmente sin armas. A pesar de todo, el levantamiento emprendido en Hamburgo en las mismas condiciones desfavorables, o casi las mismas, no sólo no llevó a la derrota, sino que produjo resultados bastante asombrosos. Lo cierto es que detrás del levantamiento estuvo toda la Alemania obrera que, invicta después de haber librado una batalla abierta contra la contrarrevolución, pudo cubrir material y moralmente la heroica retirada de los pioneros de Hamburgo.

De todas maneras, la labor de un partido que sale a la conquista no consiste

simplemente en mantener una febril vigilancia respecto al momento histórico, la llamada “doceava hora de la burguesía”, cuando las manecillas del reloj de la historia vacilan por un instante y mecánicamente empiezan a contar los primeros segundos de la era comunista.

Una vieja leyenda alemana cuenta que un valiente caballero pasó toda su vida en una cueva mágica esperando que una gota de agua, que se iba engrosando lentamente y brillaba en la punta de una estalactita, cayera finalmente en su boca. En el último momento, siempre sucedía algo absurdo que le impedía captar la gota agónicamente esperada y ésta caía inútilmente en la arena. Lo peor de todo esto no es, obviamente, el momento real del fracaso, sino la pausa muerta y vacía de las expectativas frustradas entre un intento y otro.

En Hamburgo no esperaron a que el rocío les cayera del cielo. Lo que aquí ellos llaman tan pulcra y concisamente die Aktion se vincula a una fuerte cadena de lucha ininterrumpida, enlazada con lo que había sucedido antes y encontrando su punto de apoyo en un futuro, cuyos días, ya sean de éxito o de derrota, están bajo el signo de una victoria que aplastará al mundo como la cabeza de un martillo pilón.

Además, el levantamiento no tuvo lugar en la provincia de Brandenburgo, ni en Prusia ni en el Berlín del Parlamento, el Siegesallee y Seeckt, sino en el Wasserkante: a la orilla del mar.

HAMBURGO

HAMBURGO se extiende a orillas del mar del Norte como un gran pez mojado que, al alzarlo recién sacado del agua, todavía coleara.

Sobre los puntiagudos y escamosos tejados de sus casas se posa una niebla eterna. Ni un solo día es fiel a su caprichosa, pálida y borrascosa mañana. Al flujo y reflujo de la marea le siguen sucesivamente humedad, tiempo apacible, sol, frío gris de mar abierto y la interminable e implacable lluvia que empapa el reluciente asfalto como si alguien estuviera en la playa recogiendo del mar una vieja cubeta de barco —como las que se utilizan para achicar el agua de los botes agrietados cuando se inundan en una fuerte marea— y la desparramara por encima del alegre Hamburgo. Hamburgo, impermeable como el chubasquero de hule de un timonel, rezumando humedad, humeante como cachimba de marinero chamuscada por las combustiones en las barras del muelle y, aun así, firme bajo la lluvia torrencial con las piernas separadas como en cubierta, plantada sobre las márgenes a derecha e izquierda del Elba.

A lo largo de las playas de este maravilloso estuario industrial, la naturaleza ha sido erradicada de todas partes como si se tratara de algún prejuicio que el siglo XVIII hubiera excluido de nuestras vidas. No hay ni un centímetro de terreno vacío. En una franja de aproximadamente veinte millas hay dos árboles que se asemejan más a mástiles después de un incendio en el mar, que los inútiles seres vivos que son; el que hay en el muelle está encorvado como una anciana caminando contra el viento sobre cuyas gruesas medias de lana y piernas temblorosas el viento arrojará espumarajos de rabia; el otro está en las oficinas de los astilleros más grandes de Hamburgo, Blohm & Voss.

Éste se mantiene derecho únicamente por miedo; debajo de él hay un asqueroso canal negro en donde por las bocas abiertas de las tuberías se vierten los desechos de las fábricas como vómito manchado de tinta. Un puente, la garita del vigilante y, en la margen opuesta, a la pálida luz de las cinco de la mañana, nada excepto las ventanas iluminadas de bloques de edificios invisibles, sin paredes ni techos, remontándose fila tras fila por todo el puerto tratando de alcanzar con su electricidad a tocar la misma aurora.

Pero las mayores de todas estas maravillas, las formas más proporcionadas en este reino de metal bien cincelado, son los ligeros y sombríos pescantes de las grúas más grandes del mundo arqueándose sobre el puerto. A sus pies, como juguetes, están los trasatlánticos de las compañías marítimas, completamente equipados con sus hileras de portillas iluminadas y sus partes vergonzosas bajo la línea de flotación como cisnes fuera del agua con sus partes subacuáticas igualmente horribles.

Aquí hay tres turnos de trabajo convulsivo y despiadado.

Aquí, exprimiendo a los obreros como a la ropa lavada, la burguesía alemana lleva a cabo sus últimos y vanos intentos por superar la crisis que la paraliza: construye, crea nuevos valores y puebla los océanos con sus buques blancos de chimeneas negras en cuyas popas ondean los viejos estandartes imperiales negros, blancos y rojos con postillas republicanas apenas perceptibles en una de sus franjas.

Como dicen ellos, Hamburgo lo tiene todo: el humo de las chimeneas de las fábricas, las trompas de elefante de las grúas con las que los mamuts de hierro destruyen presas y llenan los depósitos de piedra, los puentes ligeros y suavemente inclinados que cruzan los barcos recién construidos en sus diques húmedos, el ulular de las sirenas, los estridentes alaridos de los silbatos, la marea alta y baja del océano que juguetea con pecios y gaviotas que se posan en el agua como boyas, y las nítidas y cúbicas masas de ladrillo rojo oscuro de los almacenes, oficinas, plantas industriales, mercados y agencias de aduanas, todas edificadas en línea recta semejando montones oblongos de carga recién apilada por los estibadores.

En estos astilleros trabajan ejércitos y legiones de obreros en la carga y descarga de barcos, en las innumerables plantas de ingeniería, refinerías e industrias químicas, empresas manufactureras diversas a gran escala y vastas instalaciones industriales que cubren la parte posterior de Hamburgo, esa pantanosa y arenosa región interior con un caparazón inquebrantable de cemento y acero.

El Elba, vieja y sucia cochera de agua cálida para vagabundos del mar, se está extendiendo continuamente y construyendo sobre sus patios posteriores de cemento.

Aquí los caballos de mar descargan su bagaje, tragan petróleo y carbón y se

dejan limpiar y lavar mientras los capitanes acceden a entregar sus cohechos en la aduana, arreglan las facturas y se afeitan antes de ir a tierra para ver a sus familias; mientras tanto, los miembros de la tripulación bajan al puerto y son atrapados en masa en San Pauli, un barrio de bares, pandillas, ropa confeccionada, casas de empeño donde el mismo vestido de mal gusto, corte pretensioso y caro, puede empeñarse a la mitad de su precio y, finalmente, los burdeles más sorprendentes. Las callejuelas del barrio de San Pauli han estado separadas de la ciudad desde la época medieval por fuertes rejas de hierro que se abren sólo en la noche. Están finamente trabajadas con todo tipo de adornos concebibles y detalles caprichosos, orgullosamente decoradas con los emblemas y el escudo del gremio de artesanos. En los atardeceres, sobre todas las puertas que dan a los callejones, se abre una ventana iluminada y allí, en exhibición, sonriendo en medio de la oscuridad y la lluvia interminables, están las reinas de estos paraísos marineros. Lucen vestidos escotados, ceñidos en la cintura y ribeteados con lentejuelas y plumas, vestidos en los que han perdurado hasta nuestros días las modas de finales del siglo pasado, como en las envolturas de dulces y en la imaginación de los marineros ávidos de mujeres, y que siempre se han concebido como la encarnación del gozo supremo de vivir.

Esta hilera de carne viva se vende con la mayor simplicidad. Los clientes pasan de una ventana a otra, examinan las mercancías en exhibición y desaparecen adentro para salir volando poco después a la calle refunfuñando y maldiciendo: los porteros de San Pauli son famosos por su musculatura.

En las pequeñas tabernas de este barrio resuenan todas las lenguas y se mezclan todos los países. Son famosas por su ingenio salvaje, sus bebidas alcohólicas con huevo (grog) y una inmunidad total frente a la intervención de la policía. En resumen, una maravillosa mezcla de valor, alcohol, fervor revolucionario, humo de tabaco y el último pecador irremediablemente caído y abatido; la mujer se mece sentada al borde de una mesa empapada de cerveza amarga y, mientras come un pedazo de pan con mantequilla, repite apresuradamente a algún Adán borracho sin rostro ni nombre la mentira más inefable de todas, la del amor.

La lengua que se habla aquí es por norma la de Hamburgo.

Totalmente remojada en el mar; salada como el bacalao; redonda y jugosa como un queso holandés; áspera, picante y festiva como la ginebra inglesa; resbaladiza, rica y ligera como las escamas de un grande y extraño pez de altamar que jadease lentamente entre las carpas y las regordetas anguilas,

agitando sus húmedos tornasoles en la canasta de la esposa de algún pescador. Sólo la letra S, aguda como una pínula y garbosa como un mástil, testimonia el gótico antiguo de Hamburgo, la época de las ligas hanseáticas y la piratería de los arzobispos.

No sólo el lumpenproletariado sino toda la ciudad está impregnada del animado y bullicioso espíritu del puerto. Formando un anillo cerrado, éste rodea por todas partes a los barrios burgueses situados alrededor del Alster, un lago formado por las mareas en el que todavía puede sentirse el pulso de este flujo y reflujo del Báltico. Las villas abrazan estrechamente la orilla dejando apenas suficiente espacio vacío para pasar a través de los pulcros jardines recubiertos de flores como trajes de baño y de canchas de tenis que se encuentran bajando los tramos de escaleras que van hasta la orilla.

El aliento excitado e impuro de los suburbios por todas partes resopla hacia las casas de los patricios. Un anillo de trenes eléctricos ciñe firmemente los suburbios estrujándolos contra los barrios elegantes como una banda de acero; a lo largo de su trayectoria, llenando los vagones con olor a sudor, alquitrán y aliento alcohólico, un turbio torrente de obreros emerge dos veces al día biseccionando toda la ciudad camino a los muelles.

En consecuencia, todo Hamburgo está igualmente atento a la sirena que anuncia la hora de comer en los astilleros, al silbato del contramaestre y la lectura de la lista de presentes por la mañana y la tarde a orillas del Elba, lo mismo que el estanque más pequeño y la charca de ranas más diminuta atiborrada de niños escuchan los estremecimientos del distante océano, el océano que envía a Hamburgo su riqueza y sus vientos elásticos como velas.

El burgués, el digno ciudadano, está tan poco asegurado contra el contacto y la proximidad de los proletarios como lo está su casa. La dama que va al teatro se encuentra aplastada entre dos trabajadores portuarios que con toda la naturalidad colocan sus bolsas grasientas en los mullidos asientos.

Una joven preciosidad de San Pauli se sienta fríamente junto a la esposa de un funcionario, hace guiños a sus vecinos y se baja en su parada del brazo de uno de ellos; el obrero acaricia a su esposa o a su novia; el estibador ahúma a todos los que están a su alrededor con un tabaco increíble, los amigos de un marinero lo acompañan a casa después de una parranda y todo el vagón se ríe con ellos, pensando, hablando y carcajeándose en el Platt* hamburgués más puro, que

puede convertir cualquier lugar en un jovial castillo de proa.

Nada de esto es de mucha consecuencia desde nuestro punto de vista. Pero después de Berlín, donde un obrero con sus herramientas sólo tiene derecho a viajar en un vagón especialmente sucio y viejo; donde la superioridad de la primera y segunda clase es casi defendida por la policía; donde un obrero desempleado, frotándose las orejas moradas por el frío, no se atreve a sentarse en una de las innumerables bancas siempre vacías del Tiergarten; después del exultante Berlín burgués, el aire mismo de Hamburgo, con su espíritu libre y natural, huele a revolución.

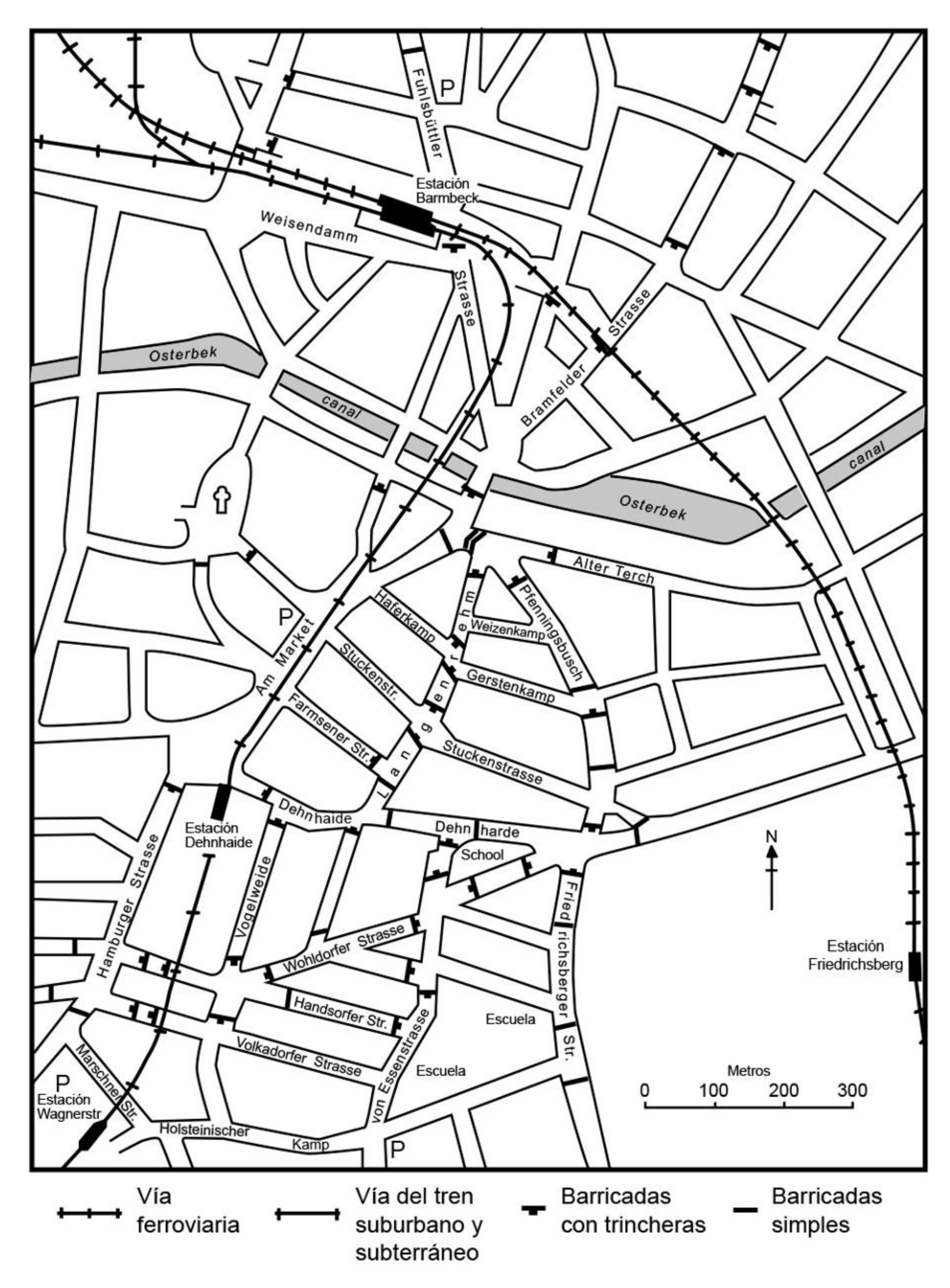
A las 4:00 o 5:00 de la mañana, el lumpenproletariado está durmiendo, dondequiera que sea; o es conducido a la delegación de policía.

A las 5:45, todavía con las luces eléctricas encendidas, comienza la primera oleada de obreros.

Por encima de las líneas de los tranvías marcha suspendido en la oscuridad un ferrocarril, y encima de éste, las cintas brillantes y fugaces de los trenes eléctricos lanzan al pavimento un ejército de trabajadores portuarios, cientos de miles de obreros y cientos y miles más de desempleados que asedian los embarcaderos con la esperanza de algún trabajo casual. Cada unidad se reúne alrededor de su capataz; en la negrura de chaquetas alquitranadas y por detrás de las espaldas encorvadas con los sacos de herramientas, brilla una lámpara de aceite como si fuera una mina de carbón superpoblada. Después de pasar lista, los regimientos de obreros se dividen entre los cientos de buques de vapor que los distribuyen por los astilleros y las plantas industriales. Entran derramándose en la ciudad industrial atravesando cuatro puentes. Las tropas y la policía están ojo avizor vigilando que ningún “paisano” penetre en las islas industriales. Pero ni los puentes ni los cientos de buques de vapor que juegan moviendo sus lámparas y reflectores sobre el río, en una especie de carnaval único en su especie, en una Venecia negra y oleaginosa, bastan para este denso oleaje del turno de la mañana. Para bombear a las legiones de obreros de una orilla a otra cada mañana y cada tarde, se ha construido un tubo brillante y seco que recorre en profundidad las aguas del Elba por debajo.

En cada uno de los extremos de este túnel, unos elevadores elefantinos suben y bajan a este torrente humano, llevándolo y trayéndolo de las salidas de cemento.

Estos dos elevadores se mueven chirriando sus torres parecidas a tornillos, como dos palas que alimentaran incesantemente con combustible humano los cientos de fábricas semejantes a hornos. En esta fragua se forjó el levantamiento de Hamburgo.



Fuhlsbüttler
P
Estación Barmbeck
Weisendamm
Strasse
Bramfelder
Strasse
Osterbek
canal
canal
Osterbek
Alter Terch
P
Am Market
Haferkamp
Weizenkamp
Pfenningsbusch
Stuckenstr.
Gerstenkamp
Langenrehm
Farmsener Str.
Stuckenstrasse
Estación Dehnhaide
Dehnhaide
Dehnharde
School
N
Hamburger Strasse
Vogelweide
Wohldorfer Strasse
Friedrichsberger Str.
Estación Friedrichsberg
Handsorfer Str.
Escuela
Volkadorfer Strasse
von Essenstrasse
Escuela
Metros
0 100 200 300
P
Estación Wagnerstr
Marschner Str.
Holsteinischer Kamp
P
Vía ferroviaria
Vía del tren suburbano y subterráneo
Barricadas con trincheras
Barricadas simples
P Delegaciones de policía

Barmbeck.

BARMBECK

LOS OBREROS de Hamburgo viven a gran distancia de las fábricas y los astilleros en una parte de la ciudad denominada Barmbeck. Este barrio es un enorme cuartel para obreros donde todas las viviendas tienen el mismo aspecto, dormitorios comunes en barracas alquiladas, unidas unas a otras por los sucios, vacíos y húmedos corredores de las calles. A los extremos de estas calles, abriéndose como resquebrajaduras, se encuentran unas lóbregas plazas que parecen más bien cocinas o servicios públicos y en cada una de ellas una triste fuente bajo el cielo de hojalata. A través de este suburbio ya inmundo y asqueroso, se arrastra la oruga gigantesca del viaducto del ferrocarril describiendo un semicírculo de acero. Sus piernas ligeramente arqueadas se aferran al asfalto con ventosas de cemento. Una cabeza de serpiente de cascabel que encaja perfectamente entre dos bloques de edificios se desvanece por la parte posterior de las casas con sus grietas, paredes sin aberturas y barrancas atestadas de apretados racimos de vertiginosos balconcitos en los que ondea la ropa tendida y cabos de yedra marchita que ya se han saturado de humo y humedad. El edificio de la estación coloca un enorme pie plano sobre la cola de la línea del ferrocarril, dejando una grieta para que pueda pasar el torrente de pasajeros.

Exactamente enfrente de la estación, detrás de una cerca de púas de la que cuelgan jirones de viejos decretos, se erige una de las delegaciones de policía de lóbregas ventanas semejantes a gafas ahumadas de detective. Un guardia de servicio, esa monotonía picada de viruelas de las delegaciones de policía y el abrumador aburrimiento y despecho del oficial, masticando una y otra vez, como una colilla recogida del suelo que ya se ha fumado y tirado dos veces.

El puerto está abierto a los obreros sólo a ciertas horas. Al amanecer absorbe un ejército de obreros y en la tarde los escupe a todos y cada uno. Las tropas permanecen en esta fortaleza industrial abandonada para custodiar los puentes giratorios, los torniquetes y los pasadizos subterráneos por los que el denso torrente de obreros se vierte hacia el muelle. En el recinto del puerto no vive ni un solo obrero. Únicamente los viejos servidores de confianza de los señores de la industria gozan de este privilegio; las luces desparramadas y obsequiosamente

rutilantes de sus viviendas se acurrucan tímidamente en las gigantescas sombras de los edificios de las fábricas, que exhalan lentamente a la noche y la niebla el calor humano que han tragado durante el día. Los guardias se pasean por los muelles arriba y abajo apuntando con las bayonetas para impedir el paso a cualquier extraño del que quieran cerciorarse, e iluminando su rostro con las linternas inquieren:

—¿Quién es usted? ¿A dónde va? ¿Por qué? Contraseña.

En Barmbeck, la inquietud comenzó una semana antes del levantamiento. El miércoles 17 de octubre, las obreras y las esposas de los oficinistas toman los mercados y obligan a laborar a los comerciantes saboteadores.

El jueves y el viernes, forman una cadena enfrente de los astilleros y envían de regreso a casa a sus avergonzados maridos. Ese mismo día, quince mil desempleados, hombres y mujeres, se manifiestan en el campo Heiligengeist. El sábado, tiene lugar un mitin impresionante en la sede de los sindicatos, de donde parten miles hacia la alcaldía y penetran en la zona restringida que la rodea.

Esa misma tarde, por las calles, decenas de miles de obreros se pasean interminable y tercamente, resueltos y furiosos, por las aceras. La policía arresta a más de un centenar de personas, pero las sombrías caminatas no cesan. La noticia de la matanza de obreros en Sajonia a manos del Reichswehr se extiende como una fiebre. Una terrible excitación se apodera de las masas. Es la víspera de la revolución.

El domingo 21 de octubre, hay una conferencia de obreros portuarios provenientes de toda la costa del Báltico: Bremen, Stettin, Swinemünde, Lübeck y Hamburgo. La mayoría de los delegados pertenecen al SPD, pero muchos han ido en representación de industrias que están en huelga desde hace varios días. Estos obreros ya habían devuelto sus carnets de afiliación al sindicato de metalúrgicos, que había declarado “no autorizadas” estas huelgas. Hubo un fuerte enfrentamiento entre un antiguo SPDMann, delegado de Stettin, un hombre recubierto de musgo y humus tras veintiocho años de ocupar cargos en el sindicato socialdemócrata, y T., un obrero robusto, de poderoso esqueleto y cejas pobladas, que golpeaba con su puño cerrado como un astil e iba a tomar las riendas del levantamiento de Hamburgo en sus manos de hierro.

Aquí, en esta conferencia, T. tenía que incitar y contener simultáneamente.

Como un viejo cochero acostumbrado a conducir sus pesados y cargados vagones por las empinadas y heladas pendientes de los puentes, T. tenía que atizar y desanimar a la vez, manteniéndose apenas en su pescante mientras azotaba a los socialburócratas con lacerantes latigazos, aguantando las bridas espumosas con todo el peso de su autoridad y dominando a los militantes encabritados que ya no discutían, ciegos como estaban por la ira.

La conferencia apenas permitió que la huelga general se pospusiera unos cuantos días. Sólo gracias a esta resolución se pudo llegar a convencer a un turbulento mitin de funcionarios de tiempo completo y ponerlo en orden.

El domingo por la noche mi mensajero trae noticias (falsas) de un estallido en Sajonia. Se pasa inmediatamente la orden de una huelga general por los diversos barrios. Decenas de empresas importantes apoyan a los astilleros Deutschewerft que están en cierre desde el sábado.

El segundo turno de obreros abandona los talleres, rompe los cordones de policía y regresa al centro de la ciudad. A las 4:00, el puerto queda paralizado. Una multitud de cien mil personas deambula por las calles de Hamburgo confiriéndole el aspecto de una ciudad que ya es presa del levantamiento.

Un segundo correo: habla en los mítines de Altona y Neustadt y transmite noticias totalmente fantásticas que dicen que el ejército ruso se está movilizando y que sus submarinos han zarpado para acudir en ayuda de Hamburgo.

En plena noche, una conferencia de los “jefes” en la que se da la orden de combate a los dirigentes de la organización militar, los cuales la reciben con un sentimiento de profunda e íntima satisfacción. T., que ha estado peleando durante varias horas por un aplazamiento, tapando todos los agujeros por los que el movimiento podría haberse derramado prematuramente a las calles, ahora levanta todas las compuertas y abre todas las llaves que aún retienen el torrente del levantamiento.

K. también estaba complacido. Hablemos un poco de él.

Obrero. Sargento instructor en la guerra, que abominaba con todo su ser, de lo que se denomina der preussische Drill* en las trincheras. Había sido promovido a oficial por su valentía. Después, en una de las ciudades de la Galitzia ocupada, le sucede un importante incidente que casi le cuesta sus bonitas y flamantes charreteras. Cuatro semanas de cárcel por sacudir en público las orejas de un

comandante. En 1918, K. es miembro del consejo de representantes obreros de Hamburgo. Toma parte en la Acción de Marzo. Ya se había afiliado al KDP inmediatamente después del Congreso de Unificación. Uno de los miembros más activos de la organización de Hamburgo. En suma, adiestramiento militar, valor, rudeza, la jovialidad de un portuario, la velocidad precisa y abrupta del viejo sargento instructor y el tino para dar severas reprimendas, todas estas excelentes cualidades le conquistaron popularidad entre las masas y una cauta, casi remilgada reacción de die Intellektuellen. Y no podía ser de otra manera, ya que a los filisteos no les gusta la gente sonriente con un invariable aroma a Köm† y el lenguaje marcadamente soez del puerto.

La alegría, la rudeza y una ligera intoxicación en la sangre se consideran incompatibles con la vocación de aparachiki de un partido europeo.

Después de los disturbios de agosto, el partido sufrió literalmente un diluvio de espías. Uno de ellos, con el tacto de un viejo provocador, se ofreció para abastecer una caja de armas cuyo recibo hubiera llevado al desmembramiento de la organización militar. K. fue el encargado de desenmascarar esta trampa de la policía. Salió con el agente a recoger las armas. En uno de los puentes, agarró fríamente al hombre por el pescuezo y lo columpió sobre la baranda.

—Ahora canta, hijo de puta.

Cantó, recibió su merecido y desapareció.

En los periodos de calma, la salvaje energía del camarada K. lo convierte en un camorrista de taberna y un tirano, terror y orgullo de todo el vecindario.

Se encuentra con un grupo de socialdemócratas en una cantina; el soberbio Köm de Hamburgo, mezclado mitad y mitad con la excelente cerveza, agudiza al extremo la dialéctica de K. Finalmente, los mencheviques, enardecidos por las mofas silenciosas de este gigante de ojos estrechos, benignos y astutos, se levantan de un brinco buscando pelea. Agarrando al cabecilla como blanco, K. lo saca violentamente de entre sus correligionarios y lo lanza sobre un gran piano. Un incidente, la policía, narices rotas y los inimaginables acordes del desafortunado instrumento. La inactividad es terriblemente peligrosa para la gente como K. Pero en la lucha activa avanza hasta las primeras filas.

Durante el levantamiento fueron este mismo K. y el funcionario comunista Kb. quienes salvaron a Barmbeck del destrozo mediante una red de asombrosas

barricadas. Después hablaremos más acerca de ellos.

A medianoche, los líderes se dispersan para dar instrucciones y reunir a los miembros de las centurias obreras. La totalidad del partido, lo mismo que las amplias capas de obreros que no pertenecían a él, no iban a enterarse del levantamiento hasta la mañana después de la toma de todas las delegaciones de policía por los comandos de la organización militar. El asalto a los Polizeibüros estaba programado para la madrugada del 23 de octubre, es decir, simultáneamente en toda la ciudad a las 4:45 e, inmediatamente después de la toma de las delegaciones de policía, la captura y desarme del cuartel de Wandsbeck. Hasta ese momento, los líderes militares que habían movilizado a sus hombres y debían pasar el resto de la noche con ellos no podían permitir que nadie se fuera a su casa, prendiera una luz ni que bajo ningún pretexto saliera a "despedirse de la familia". Sólo gracias a estas precauciones se pudo sorprender a la policía verdaderamente desprevenida y desarmada, con las manos vacías. Hay que rendir homenaje a K. y a los demás camaradas que elaboraron este plan de batalla con él. La mitad de la partida estaba ganada, preludiando el levantamiento masivo con este golpe silencioso e inesperado de la organización militar, el cual: 1) dejó al enemigo sin los puntos de apoyo que tenía en las delegaciones de policía; 2) armó a los obreros a expensas de la policía; 3) produjo en las masas la conciencia de una victoria ya garantizada atrayéndolas más fácilmente a unirse a una lucha que apenas había comenzado. El gobierno rindió tributo a este descoyuntamiento causado por la revuelta. A continuación transcribimos las declaraciones del Polizeisenator‡ de Hamburgo —Hense, un socialdemócrata— sobre los acontecimientos: "Lo peor de este levantamiento no fue en modo alguno la inferioridad numérica ni la competencia de las fuerzas puestas a nuestra disposición. No, lo terrible fue que esta vez, a diferencia de los putsches anteriores, los comunistas pudieron llevar a cabo sus prolongados y minuciosos preparativos en tan absoluto secreto que no nos llegó ni una sola delación sobre los mismos. Generalmente, solemos estar informados de todo lo que se trama en el campo comunista. Esto no quiere decir que tengamos que mantener espías especiales en sus filas. No, el público observante de la ley, en el que incluyo a obreros miembros del partido socialdemócrata, generalmente nos mantiene informados de todo lo que sucede entre los comunistas sin ninguna coerción."

Esta vez, los mencheviques "observantes de la ley" mostraron ser incapaces de prevenir a las autoridades sobre el levantamiento que se estaba preparando. Éstas no sabían prácticamente nada de él, tan poco en realidad, que el estado de sitio

que había mantenido a la policía en alerta total durante la semana anterior había sido levantado por el gobierno el domingo, o sea, la víspera del levantamiento.

Pero retrocedamos unas cuantas horas. He aquí algunas trivialidades que reflejan el estado de ánimo del partido en el momento de la movilización, cuando se toma desprevenida a la gente, se la saca de la cama repentinamente y, agarrándola por el pescuezo, se la conduce quién sabe dónde.

Es la hora entre dos luces cuando, tumbado medio despierto y con un frío insoportable, uno quisiera volver a dormirse y todo está teñido de un color pardo y turbio; en resumen, no es exactamente el momento en el que uno se levanta para adoptar una postura heroica. Todo está, como dicen, pronto pero duro.

Uno de los líderes del levantamiento va recorriendo a sus Bezirksleiter§ para pasar la orden de la operación de la mañana.

Una calle sin vida, una casa dormida, una vivienda somnolienta, mal ventilada, con ronquidos. La familia de un obrero pobre. Se levantó y se vistió sin preguntar por qué, ni demorarse un minuto. Un tranquilo apretón de manos y la lumbre de un cigarrillo retirándose lentamente en la oscuridad.

Otro escondrijo, en uno de los barrios obreros. Abre la puerta la esposa, quien ayuda a su marido a recoger sus cosas y sostiene un cabo de vela sobre la mesa de la cocina, en la que hay un mapa extendido. Él reflexiona por unos instantes y después, del fondo del corazón, con un sentimiento del más profundo alivio, dice:

—Endlich geht’s los…¶

En una tercera guarida la esposa de un hombre que se demora en los preparativos:

—Nu mock di man fertig.**

Finalmente, el distrito de San Georg. Aquí no están dormidos. En una habitación trasera hay una lámpara prendida deshaciendo la trama del humo del tabaco. La casera contesta evasivamente: el hombre por quien preguntan está y no está en casa y ella no sabe nada. Pasos precavidos en la escalera y, de repente, el camarada R. aparece en el umbral, con la cara tiznada, descalzo, un hato de rifles bajo el brazo y los bolsillos repletos de todo tipo de municiones. En la sombra

puede verse la fisonomía alegremente sonriente de un personaje conocido en las tabernas del muelle por Rowdy.†† ¿Qué es esto? Ha desmantelado toda una armería. Este Genosse‡‡ no es, claro está, exactamente un Genosse sino sólo un simpatizante. Pero la velocidad y la destreza con la que destrabó el cerrojo y levantó la puerta de la tienda… Rowdy se enorgullece de la simplicidad de un gran ejecutor.

Entretanto, un camarada que ha recibido la consigna y el plan para la toma de la delegación de policía del barrio y todas sus armas, dice en un tono de profundo disgusto:

—*Mensch, den har ick dat jo nicht mehr neudig hat!§§*

Toda la batalla de Barmbeck, de tres días de duración, estuvo dirigida en su primera fase contra la línea de ferrocarril, columna vertebral de la zona, que los obreros no pudieron aplastar debido a la insuficiencia de armas y, principalmente, a la falta de explosivos. La posición la complicaba el hecho de que una de las delegaciones de policía más difíciles, Von-Essen Strasse, estaba situada en la retaguardia de los insurgentes y no había sido tomada por ellos; resistió e inmovilizó a un número considerable de fuerzas insurrectas a lo largo de la lucha. Esta delegación permaneció intacta por accidente. Cuando C., un hombre de gran tamaño que se distinguía por una sangre fría fuera de lo común, tan impenetrable y bien emparejado como asfalto fresco, había irrumpido con dos camaradas por la entrada principal, había golpeado fuertemente la mesa pidiendo la rendición inmediata, los azules y los verdes¶¶ ya habían empezado a desabrocharse vacilantemente las sólidas hebillas de sus cinturones, cuando un segundo destacamento de la misma unidad llegó por la parte posterior del edificio, penetró en el patio y, desconcertado por el profundo silencio reinante en la ratonera ahora ocupada, abrió fuego sobre las ventanas de la delegación. Los sipos y los hombres del Reichswehr volvieron en sí, vieron a tres obreros desarmados frente a ellos, cogieron a C. desprevenido y tiraron al suelo a los otros dos, se encerraron en el sótano y bombardearon a los invasores con granadas de mano. La unidad de obreros emprendió la retirada, pero en la primera bocacalle, Kb., que ya había colocado su pertinaz red de barricadas para recibir a las tropas, la detuvo.

¡Un oficial para todo el levantamiento de Hamburgo, pero cuánto hizo por él! En Barmbeck no había una sola calle, callejón, grieta o hendidura que no estuviera bloqueada con un par de tapones. Las barricadas parecían brotar de la tierra y

multiplicarse a una velocidad increíble. Cuando no había serruchos y palas se buscaban. Se indujo a los residentes a encargarse de este trabajo de excavación: sudorosos, cargaron piedras, rompieron el pavimento y talaron los árboles sagrados de los parques públicos; estaban dispuestos a hacerse polvo ellos mismos con tal de salvar sus armarios, consolas, camas y baúles de esta frenética obra de construcción.

Sólo una anciana, jalando de la manga a Kb., le hizo ademán de que subiera con ella para llevarse la cómoda grande y sólida de su lavamanos, sumamente útil para una barricada, orgullo de toda la casa. El armario se utilizó y resistió vigorosamente hasta el final, aunque sólo fue una excepción. En general, la vieja y romántica barricada ya pasó a la historia desde hace tiempo. La muchacha de gorro frigio ya no iza sobre ella una bandera harapienta, la versallesa con polainas blancas ya no abuchea al valiente gamin, ni el estudiante del barrio latino amarra su herida fatal con un pañuelo de encaje, en tanto un obrero dispara la última bala del largo y anticuado tambor de la última pistola. ¡Ay! El arte de la guerra ha relegado todas estas maravillosas y románticas cháchara a las páginas de los libros de texto, en donde perduran coloreando las leyendas y el humo de la pólvora de 1848. Hoy la lucha es diferente. Como muralla fortificada entre los rifles revolucionarios y el cañón del gobierno, la barricada ya hace tiempo que se convirtió en un espectro. Ya no sirve de protección a nadie, sino únicamente de impedimento. Es un muro ligero hecho de árboles, piedras y vehículos volteados que se cubre a sí misma con una profunda zanja, foso o trinchera para obstaculizar el paso a los carros blindados, los enemigos más peligrosos en un levantamiento. Es en esta trinchera donde se encuentra el significado de la barricada moderna. Pero la barricada de los viejos tiempos, ahora respaldada por la trinchera del campo que ha emigrado a la ciudad desde los muertos campos de batalla de la guerra a gran escala, sigue prestando sus servicios a los insurgentes con toda su buena fe, aun cuando lo hace de una manera muy diferente a la de sus heroicos bisabuelos de 1793 y 1848.

Apilada a través de las calles e impidiendo una visión adecuada de lo que está sucediendo en realidad más allá de sus alas amenazadoramente dentadas, consigue que la atención del enemigo se concentre en ella como el único blanco visible. La barricada recibe valientemente en el pecho todo el fuego desencadenado y ciego que las tropas lanzan copiosamente sobre su invisible enemigo. Sí, aquí encontramos de nuevo otra característica que ha cambiado totalmente el paisaje de la guerra civil y todas sus estrategias y tácticas. Los obreros se han vuelto invisibles, elusivos y casi invulnerables. El nuevo método

de la guerra ha ideado para ellos una cobertura de oscuridad que ningún arma de fuego rápido puede alcanzar. Raras veces los obreros luchan en las calles, que dejan enteramente a la policía y las tropas. Su nueva barricada, una piedra enorme con millones de pasadizos secretos e intrincadas cavidades, la constituye todo el barrio obrero con todos sus sótanos, buhardillas y viviendas; en esta fortaleza inexpugnable toda ventana a ras del suelo es una aspillera, toda buhardilla una batería y un puesto de observación. La cama de todo obrero es una camilla con la que puede contar un insurgente en caso de que caiga herido. Esto es lo único que explica las desproporcionadas pérdidas del gobierno, en tanto que los obreros de Barmbeck apenas contaron con una docena de heridos y entre dos y cinco muertos.

Las tropas se vieron obligadas a avanzar por las calles abiertas. Los obreros se unieron a la batalla desde sus casas. Todos los intentos hechos por las fuerzas regulares para tomar Barmbeck el martes fueron desbaratados por esta misma formación de rifles dispersa, invisible y evasiva que podía escoger sus blancos a sangre fría desde algún lugar de una ventana en un primer piso, mientras allá abajo la multitud de policías, indefensamente expuesta, inundaba literalmente de fuego las barricadas vacías.

Previendo un asalto armado, Kb. tramó la voladura de un puente que se creía que iba a estar allí para siempre, sin dinamita ni pólvora. Los obreros sondearon su arteria vulnerable, el conducto de gas, lo destaparon y le prendieron fuego.

Uno de los vehículos fue a dar por error a una calle tranquila y abandonada. Se detuvo para arreglar algo en el motor. Frente a él surgió una barricada. Se dio la vuelta; las copas caídas de los árboles talados estaban ya allí volcadas cruzándose en el camino.

El vehículo número M-14 avanza cautelosamente por debajo del puente del ferrocarril. En él van el conductor y cinco sipos. Desde detrás de una taberna o desde una esquina, no se sabe de dónde, pero de muy cerca, un disparo y después otro. Muere el conductor y también un policía. El vehículo queda hecho trizas y las juventudes comunistas esparcen los restos.

Las batallas verdaderamente campales siguieron todo el martes. Los primeros ataques fuertes pueden localizarse alrededor de las 11:00. La pelea más dura tuvo lugar cerca de la delegación de policía de Von-Essen Strasse y a lo largo de toda la línea de barricadas situada enfrente del terraplén del ferrocarril por

ambos lados. La policía conquista rápidamente la estación de ferrocarril. Sus destacamentos corren a lo largo de la vía tratando de ir eliminando uno a uno a los combatientes desde arriba. Han logrado pasar tranquilamente las dos primeras emboscadas. Sobre el tercer tramo del viaducto empieza una descarga mortífera. Están disparando no sólo desde la cobertura sino también desde todas las buhardillas del vecindario. Por todas las azoteas se han desparramado hombres provistos de rifles que mantienen calles enteras, cruces y plazas bajo su fuego.

Abajo, una zanja y una barricada. Hace ya varias horas que aguanta. Un destacamento de sipos avanza contra ella más salvajemente todavía. La posición se vuelve insostenible. Pero desde arriba gritan: “Die Barrikade frei”.*** La gente no se da cuenta de lo que sucede. Un tirador baja hasta ellos, un obrero de unos veintitrés años aparentemente herido pues sangra por el hombro, el cuello y la cintura. Da la orden de despejar la barricada porque el pelotón oculto en la azotea teme disparar sobre los de su propio bando. El obrero desaparece por una entrada y unos cuantos minutos después desde las azoteas obligan a la policía a retirarse.

Otra barricada que mantuvo una tenaz resistencia durante horas. Un cuarteto de francotiradores baja de una buhardilla. Desde su torreta de observación ya habían divisado un carro blindado que se aproxima a lo lejos y decidido que sería más conveniente recibirlo desde abajo. Con un disparo afortunado uno de ellos consigue perforar el radiador y paralizar el vehículo. Los hombres de los rifles regresan una vez más a su palomar.

Entretanto, las batallas en la estación de ferrocarril son aún más encarnizadas. Los obreros no sólo logran desalojar del terraplén a varias columnas blancas una tras otra, sino que tratan de pasar a la ofensiva. Pero el espacio abierto frente al viaducto está siendo bombardeado desde los carros blindados. Es imposible el paso. No importa, los obreros enfrentan el fuego cubriéndose tras unos enormes tablones que han conseguido en una maderería de los alrededores. Toda una selva de mástiles se alza y avanza hasta formar un perfecto fortín desde el cual los tiradores continúan su constante y metódico trabajo.

En ese momento se desencadena abajo el primer ataque masivo. Dos carros blindados cubren a seis camiones que descargan toda una horda de verdes a la calle. Esta unidad consigue desconectar al camarada K. de Kb. y sus hombres que avanzan desde el otro lado del viaducto. No sólo eso. Kb., que ha dejado

atrás a sus soldados, a unos doscientos metros, es capturado. Lo registran y encierran en el edificio de los ferrocarriles. ¡Si la policía hubiera sabido que en la figura de este hombre diminuto —con los ojos inofensivos de un joven maestro capaz de ser lo suficientemente temerario para salir a pasearse entre las barricadas— tenía en sus manos el corazón de la revuelta de Barmbeck! Sentado junto a una ventana, callado y tranquilo, Kb. llevó a cabo una revisión general de las fuerzas enemigas.

Observó el tránsito de enardecidos tropeles de policías, incitados por unos cuantos valerosos oficiales. Esos desventurados mercenarios se daban ánimos con disparos y gritos, se lanzaban cuerpo a tierra a cada cuatro pasos, hacían señas desesperadas hacia un flemático carro blindado que se había retrasado unos cuantos metros de su “vanguardia”. Desde esa misma ventana, Kb. también pudo observar la fría tranquilidad de varios obreros, y especialmente al pequeño D., de cuyo trabajo personal podía darse cuenta por las caras aterrorizadas de los ordenanzas saliendo del fuego ocho veces seguidas con camillas pesadamente cargadas. Finalmente, entre violentos gritos y disparos, el último pelotón de verdes desapareció por las calles desiertas del barrio insurgente, calles extrañas, absolutamente vacías, desprovistas de cualquier signo de vida como si hubieran sido abandonadas por sus ocupantes y defensores. La espera duró cuatro interminables y angustiosas horas. Alrededor de las cinco de la tarde, la ola de soldados y policías se repliega ruidosamente. Sufren enormes pérdidas.

Ay, la comisión directiva que tenía que haber dirigido el levantamiento en Barmbeck —encabezada por tres intelectuales comunistas, miembros del consejo de la ciudad— está ausente. Durante dos días nadie puede encontrarlos por ninguna parte. Dirigen las batallas Kb., C. y, cómo no, T., quien se instala con su equipo de radiocomunicación a cielo raso en uno de los parques públicos.

Cerca de las seis de la tarde Barmbeck sigue todavía en pie, ensordecido por la quietud, una tregua. Kb. se abre camino hasta llegar a una taberna amiga donde D., el pequeño tirador, para entonces está recostado en una banca tomándose el café caliente que le ofrecen. W., y ese espléndido tirador que es C., llegan también buscando un respiro. Y el impetuoso K. está tan jovial y cálido como si hubiera estado jugando a los bolos en un apacible descanso después de la comida o como si llegara de una de sus caminatas de veinte millas arrastrando tras él a una esposa quejumbrosa y exhausta; elige este lugar para dar instrucciones a sus centurias obreras.

Resumiendo: todos los valientes del reducto de Barmbeck llegaron a este lugar para darse un apretón de manos, lavarse la sangre y decidir: ¿y ahora qué? ¿Qué significa esta calma interrumpida sólo ocasionalmente por el golpeteo de una ventana abierta de la que cuelga una bandera blanca, llamado de algún herido o moribundo?

Mientras tanto, el silencioso Barmbeck, con la luz del crepúsculo descendiendo sobre él como una sábana de niebla sobre las camillas alineadas por las mutiladas calles, permanece calladamente dividido en dos mitades. Mil quinientos soldados separan al norte del sur de Barmbeck. Los puntos fuertes, en Wagnerstrasse, la 46ª delegación de policía, la estación de Friedrichstrasse y Pfenningsbusch, extienden silenciosamente sus brazos tratando de alcanzarse unos a otros en la oscuridad, como un cordón de policías empujando hacia atrás alguna inocua manifestación callejera.

De repente, el anillo se cierra con un chasquido; un anillo de músculos elásticos en el que las pesadas moles de los carros blindados avanzan de nuevo con ímpetu contra las barricadas, formados como sombrías piedras en un brazalete. Una mesa compacta sube rodando y penetra en la garganta de Barmbeck. Es cierto que nuestras guarniciones están todavía en su lugar. Pero el tiempo está en su contra. El enemigo gana ventaja con cada gota de oscuridad que la noche obliga a penetrar entre los dientes firmemente apretados del barrio.

Al final, los blancos son tan invisibles como los insurgentes y por lo tanto tan invulnerables como ellos. Y son más.

A lo largo de ambos lados de una de las calles trepa una doble hilera de patrullas. En una de las entradas, el oficial al mando agarra a un hombre de aspecto inocentemente intelectual y le hunde un revólver en las costillas. No ve a un segundo hombre que, con un rifle en las manos, ha retrocedido escondiéndose en la oscuridad y está inmóvil como una piedra. Por segunda vez en este día, los Landsknechte††† se han apoderado del foco principal del furioso Barmbeck y lo han dejado escapar entre los dedos. Una hora y media más tarde, Kb. daba órdenes a sus tiradores de disolverse y desaparecer de Barmbeck ya entonces rodeado, medio estrangulado y medio inundado por torrentes de enemigos invisibles.

Cada quien se abrió independientemente su propia línea de retirada; uno emprendió ese sendero montañoso a través de los escollos rocosos de los tejados

y sobre las barrancas de esos Alpes urbanos hechos por el hombre. Ninguno dio un paso en falso, no atraparon a nadie.

A la mañana siguiente ya se habían vuelto a reunir los treinta y cinco en el norte de Barmbeck y decidieron abrir trincheras en el amplio semicírculo del terraplén del ferrocarril. Y, de nuevo, durante varias largas horas hubo batallas, tiroteos desenfrenados, obstáculos taponando las calles aledañas, barricadas y muchas, muchas bajas del enemigo. Entran en servicio cincuenta rifles nuevos… desgraciadamente, armas de juguete que se han conseguido en un club local; y ante este levantamiento comprimido en ambos flancos por el terraplén, tres ataques derrotados, tres jaurías de sabuesos obligadas a retirarse con la cabeza destrozada; ese día costó cuatro hombres a los rojos. Cuatro camaradas excelentes: y el viejo Lewien pagó por ello con el precio de una sangre extremadamente dolorosa. Las ametralladoras infantiles, los rifles de los deportistas del club se habían encontrado en su jardín. A la anciana señora Lewien, que vivía en su casita con una consola anticuada, un gato, una cabra blanca, el retrato del viejo Liebknecht, la más vieja, casi centenaria tradición de un ateísmo valeroso y del viejo partido de la época de la ley antisocialista, le devolvieron primero el abrigo manchado de sangre del viejo y después un cuerpo completamente desangrado. El hijo mayor, un filisteo socialdemócrata, llegó a escarbar entre los cajones, vender los enseres y pedir a la anciana señora Lewien que firmara unos papeles. Pero ella tan sólo recuerda una cosa: al viejo de pie sobre el camión, solo entre una multitud de verdes, y lo pálido que estaba.

Aquí, en la tarde del día 24, los camaradas se enteraron casi simultáneamente de la caída de Schiffbek y de la calma reinante en el resto del país.

Ese miércoles, el 24, no habiendo recibido noticias del comienzo de la revolución alemana, el grupo dirigente tuvo que tocar a retirada. No porque los obreros hubieran sido aplastados, sino porque ¿cuál era el objeto de seguir la lucha sólo en Hamburgo, de relampaguear aislados con un derrumbe general por telón de fondo?

No fue tan fácil ordenar la retirada en una ciudad ebria de victoria, donde la defensiva está dispuesta en cualquier momento a pasar a la ofensiva y cientos de barricadas y decenas de miles de obreros están preparándose para un ataque resuelto y para el terrible acto de clausura de la guerra civil, la toma triunfante del poder. El primer mensajero que llevó a las barricadas la orden de retirada fue derribado de un furioso puñetazo. Era un viejo y honesto obrero que, junto con

su familia, había mantenido el peligroso servicio de correo a lo largo de todo el levantamiento. Pensando en este terrible puñetazo que tan injustamente le habían propinado sus camaradas, el camarada P. casi se moría y los ojos se le inyectaban de sangre tanto como su mejilla golpeada. Exactamente del mismo modo, toda la clase obrera de Hamburgo apretó las mandíbulas y se obnubiló de dolor cuando recibió la orden de liquidar el levantamiento. Era necesario disfrutar de confianza en las masas como T., que había crecido con sus organizaciones, y estar tan inextricablemente vinculado al meollo del proletariado, para poder dar tan impunemente como él esta abrupta vuelta de timón hacia la desmovilización.

De acuerdo, se retiraron. Contrariados y refunfuñando, despidiéndose por última vez a pesar de haber rechazado al enemigo de sus barricadas durante muchas horas. Aprovechando la oportunidad de la confusión, los tiradores abandonaron las zanjas, barricadas y puestos de centinela sin hacer ni un solo ruido. Partieron con sus armas, llevando consigo a muertos y heridos, borraron todas las huellas que iban dejando atrás y se dispersaron gradualmente en los suburbios ahora silenciosos. Esta retirada planeada se llevó a cabo bajo la cobertura de tiradores distribuidos por las azoteas. Ninguno abandonó su barricada aérea hasta que cinco pisos más abajo el último combatiente había dejado su trinchera y la última víctima, apoyada en los hombros de sus camaradas, se había ocultado tras la entrada de alguna casa a salvo. Aguantaron todo el día, contuvieron a los blancos sin cesar, corrieron de una zona a otra a lo largo de cornisas resbaladizas colgando sobre hondonadas, pasando huecos de escaleras abiertos como trincheras, pasando pozos y ventanas de buhardillas a través de las cuales la policía se abría paso cada vez con mayor insistencia olfateando el vacío y la derrota tras las desiertas y acalladas barricadas. La lucha se había convertido en una persecución. Toda la población escondió y puso a salvo a la heroica retaguardia del octubre de Hamburgo, mientras aquellos solitarios heridos, renegridos y acosados todavía disparaban sobre la ciudad desde algún lado y se enterraban inmediatamente después en alguna familia obrera desconocida; vestidos con harapos, las manos ensangrentadas, las bocas negras y resecas, mientras una cuadrilla de cazadores pasaba corriendo, bramando y profiriendo maldiciones, por la puerta que apenas acababa de cerrarse de golpe.

Uno de los últimos en retirarse fue el viejo camarada de partido W., quien, cayéndose de fatiga y ebrio de ganas de recostarse y dormir, no pudo ya aferrarse a alguna teja resbaladiza o al canto de una cortante chimenea. Finalmente, cuando allá abajo se abrió ante él una salida a la libertad en las sombras de alguna entrada lóbrega, se detuvo de nuevo para montarse el rifle y descargar los

últimos cartuchos con un júbilo malicioso. Toda la esquina en la que se estaba apoyando había sido lacerada por las balas. Por pura suerte ninguna de ellas le había rozado la cabeza, ahora, una sombra contra el muro de piedra coronada de rasguños y agujeros. Lograron llegar a tiempo de ponerlo a salvo. Alrededor del cuello, sobre una camisa abierta y un torso velludo y sudoroso, llevaba anudada una corbata deslumbrantemente elegante.

—¿Por qué llevas puesta esta Schlips,‡‡‡ compañero?

—Ich wollte festlich sterben.§§§

SCHIFFBEK

EXTENDIÉNDOSE un poco a las afueras de Hamburgo, donde una monótona hilera de postes de telégrafo emprende el camino en dirección a la plana, arenosa y demudada Prusia, se encuentra una pequeña población obrera con el nombre de Schiffbek, la cual se encuentra situada entre el Bille, un riachuelo lóbrego y liso, como hojalata, así como entre colinas en las que crecen árboles desparramados que se han ido quedando medio calvos y desgreñados con el viento, y también una serie variada de casitas de dos pisos de una colonia obrera.

En el centro, la iglesia evangélica se yergue vacía como una sombrilla oxidada, clavada en la tierra, puesta a secar después de la lluvia y olvidada allí para siempre. Como no cree en Dios, la población cosmopolita de esta colonia obrera no la visita. Hoy, después de las batallas, ahí está con un ojo amoratado, sin vidrios en las ventanas ni puertas: un sacerdote que se ha extraviado en el camino y ha terminado metiéndose en luchas ajenas.

Una gran fábrica de productos químicos se levanta sobre una pequeña isla en la parte más alejada del Bille; fría, ponzoñosa y llena de cristales que se van depositando en el agua negra helada, naftalina y venenos verdes que parecen cubrir el lecho del río con una película de musgo vitriólico fresco. En esta fábrica trabajan unos mil obreros.

En el interior de los hornos siempre ardiendo, un fuego denso como de planetas fundidos se vierte hacia afuera. Se observa a través de unas ventanillas diminutas. A veces, el calor blanco está recubierto de una ligera bruma carbonosa pero generalmente es tan blanco e inmóvil como la ceguera. Desnudos hasta la cintura, los obreros se abalanzan de los hornos flameantes hacia el frío de la nieve o la lluvia para huir de una atmósfera asfixiante. Sin embargo, las que en un tiempo fueron gigantescas marismas ahora se encuentran hacinadas en los rincones como montones de carbón.

A lo largo de ambos lados de un estrecho corredor de piedra se encuentran una enorme caldera de vapor y una enorme plancha rodante. La noche de Navidad, su chimenea, más alta que las demás, parece un huraño fumador que de repente

se hubiera quedado sin tabaco.

Las “chozas de hojalata” se extienden al borde de las manchas de desperdicios blancos ahora congelados. Estas instalaciones, como un largo cuerpo sin piernas, aprietan el vientre contra el suelo y tienen siete chimeneas, todas de la misma altura, colocadas en fila como minaretes desde los cuales todas las mañanas un estridente almuecín llama al trabajo.

Trabajar en esta fábrica es sumamente nocivo para los pulmones. Los más fuertes no resisten más de cuatro años. Hay que ser como S., un héroe del levantamiento de Hamburgo, para salir ileso después de trabajar varios años en el infierno. Pero S. es un gigante de cuya constitución está orgulloso todo Schiffbek.

Pregúntese a cualquier pillo y contestará que S. puede levantar en el hombro a seis hombres agarrados a una barra de hierro, que sus manos son mucho más grandes y de mayor cabida que los monederos que las buenas amas de casa de Schiffbek llevan al mercado, y que por la mañana, cuando columpia sus extraordinarias piernas fuera de la cama, todo el vecindario cruje y se tambalea al grado de que las vecinas sin reloj saben que ya es hora de despertar a sus maridos para ir al trabajo. De modo que, según hemos dicho, como S. es un coloso tal, un espíritu audaz, bolchevique y generalmente diabólico, las “chozas de hojalata” no le han perjudicado mucho. Pero el pequeño C. salió de ellas con una pierna chamuscada hasta el hueso y K. escupiendo flemas rojas en su sucio pañuelo.

Más arriba del Bille se encuentran las torres humeantes de Jute, una de las plantas manufactureras más grandes de Hamburgo. En ellas trabajan predominantemente mujeres mal remuneradas y escasamente organizadas. Ahí, el partido ha llevado a cabo año tras año una dura lucha en contra de los sindicatos mencheviques, la inercia de las mujeres —notablemente clamorosa e inflamable, pero fácilmente intimidable— y en contra del patrón y el sacerdote.

Las mujeres de Jute se resistieron tenazmente a cualquier organización estable. Siempre que se presentaba la ocasión, se quejaban de sus salarios y, después de los primeros días de huelga, iban quejumbrosamente a hacer las paces con el gerente, al principio rompiendo los cristales de su oficina y después informándole sobre quiénes eran los instigadores. A pesar de su propia forma de trabajo capitalista, la fábrica está entresacando de esta masa de mujeres,

imprecisa y fácilmente explotable, los primeros cabos de una fuerte solidaridad proletaria. Por muy dóciles que hayan podido ser las mujeres, los salarios han seguido bajando y bajando. Uno tras otro, los departamentos han sido sometidos a la frenética carrera inflacionaria de precios y salarios. No obstante, dentro de los confines de sus propios hogares, su economía doméstica y su fábrica, las mujeres siguen tan unidas como indiferentes son a los movimientos políticos que trascienden esos confines. Puede que no se enteren de una huelga general, pero nunca abandonarán a sus compañeros de la sección vecina. Así pues, hace ahora ya más de un año, Jute, básicamente apacible, afortunadamente no ha trabajado más de tres días de cada seis, ya que el resto del tiempo la fábrica sale a la calle a apoyar a la sección que en aquel momento está en huelga.

—¡Oh, ja! —Expresión favorita de todo verdadero hamburgués. —¡Oh, ja! —dicen los obreros que han estado haciendo labor de propaganda en la fábrica Jute durante meses y años; “el hambre las está convirtiendo en buenas comunistas”.

He aquí a una de las asombrosas mujeres que han salido de Jute. La llamaremos Elfriede y diremos que es hija de un velador de Schiffbek. El padre era conocido en la población por ser un menchevique ortodoxo, propietario de una espléndida carabina con la cual mantenía en orden y tranquilidad las zonas abandonadas y los edificios a su cargo, a los que los obreros llaman Hundebuden.* Y así era.

Pero si el velador defendía fielmente la ley de la propiedad privada con su carabina, Elfriede trastornaba y hollaba en todos los sentidos con su asombrosa belleza estos bastiones sagrados.

Elfriede no sólo era una perfecta comunista, una excelente compañera de trabajo y una muchacha heroica que luchó en las barricadas poniendo en pie a toda la población femenina de Schiffbek para organizar cocinas de campaña, llevando ella misma, en pleno tiroteo, café caliente y cartuchos nuevos amarrados alrededor de su delgada cintura a los tiradores en las trincheras. Encerró con sus propias manos a su viejo padre bajo llave, incrementó con su rifle anticuado el escaso material de guerra del partido y fue capturada finalmente por la policía en plena actividad criminal, a saber, cuando estaba pelando papas para los insurgentes, con las mangas arremangadas en medio de montones de peladuras recientes. No sólo fue una mujer valiente y activa, dedicada indisolublemente al partido, sino también fue uno de los primeros ejemplos quizá de un nuevo tipo de valentía, tan desafortunadamente falsificado en las páginas de la novela neoproletaria y en las homilías de los revolucionarios de salón.

Con ella llegó al distrito de Schiffbek, azotado por la pobreza, el espíritu de destrucción y libertad. Elfriede se negó a convertirse en la esposa de nadie. Su nombre evocaba el tímido respeto y el odio furioso de las esposas legales a cuyos maridos ella se llevaba por un día, un año o una vida, y de los padres y amantes.

Conquistaba a quien se propusiese, hacía el amor mientras en ese amor no hubiera mentiras y después devolvía arrogantemente la libertad a su cautivo. Pero a nadie pidió nombre, escudo o ayuda para ella o su hijo. Nunca, ni en la debilidad ni en la enfermedad, buscó apoyo en la ley que toda su vida había despreciado.

Del banquillo fue a la cárcel.

Pero primero una escena, una asombrosa escena que de hecho tuvo lugar en un pasillo de la alcaldía de Hamburgo de cuyo balcón fue cuidadosamente arrojado el doctor Laufenberg en 1918 y a donde fueron conducidos los comunistas detenidos el 23 de octubre.

En ese día siniestro, se encontraban alineados en el patio principal de la estación de policía de Schiffbek en filas de tres, cuatro o cinco, camiones cargados de obreros arrestados tendidos boca arriba y amontonados unos encima de otros.

¡Los rebeldes! Habían peleado en una batalla abierta siguiendo todas las reglas de la guerra honesta, arriesgando vida por vida frente a un adversario cien veces más fuerte y, aun así, apiadándose de los prisioneros y dejando ir a los heridos. Después de la derrota fueron tratados, claro está, como bandidos cazados, renegados fuera de la ley. La policía descargaba puntapiés sobre esas hileras de cuerpos ensangrentados, jadeantes, amontonados unos encima de otros. Hombres agonizantes, estrujados por sus camaradas que yacían sobre ellos, con los rostros aplastados contra los tablones tiznados de carbón, mientras que arriba los Wachtmeister† del Reichswehr los arrastraban jalándolos del pelo y golpeaban con las culatas de sus rifles las nucas de esos hombres inmovilizados que caían inconscientes.

Había tres hombres abatidos. S., ese roble entre los hombres, un superhombre por su asombrosa fuerza física, vomitó sangre y perdió el sentido. K. estaba agonizando y el pequeño y ágil L., debajo de la bota de su apaciguador, estaba dispuesto a abandonar de un brinco su destrozada existencia, igual que un ojo se

sale de la órbita cuando se llena de fuego y lágrimas. Hablaremos después sobre esto; no quiero referirme a Schiffbek empezando por la fase de las atrocidades de la policía. Éstas son meramente un sangriento y sucio epílogo a los tres días de levantamiento que no pueden ser borrados de la historia de una nueva humanidad obrera por la bota de un soldado. Porque, en verdad, cuán inalcanzable es la resplandeciente cumbre sobre la cual se alza la lucha de los obreros de Hamburgo por encima de la porquería sangrienta de los suelos de las delegaciones de policía, de las viles oficinas de los tribunales donde se escribieron y se rompieron, se rompieron y reescribieron, los procesos de los apestosos excusados de esta alcaldía ahora ilustre, en donde se obligó a los arrestados a lavarse, e incluso a ducharse, de manera que los miembros del consejo de la ciudad y los señores diputados socialistas que habían llegado para quedar convencidos del trato amable y humano de la policía con sus prisioneros de guerra no tuvieran náuseas al ver la sangre desparramada por todas partes o sentir el olor de la ropa de un adolescente, miembro de las juventudes comunistas de Hamburgo, apaleado hasta perder el control de sus funciones fisiológicas.

Y así fue como en este largo y blanco corredor al que la soldadesca ebria condujo la caza viviente de la revolución caída tras las líneas en su poder, hombres acobardados por los muros bajo el látigo y su olor a hule y sangre, en ese corredor, Elfriede, que tan celosa y laboriosamente había defendido su vida digna y solitaria, libre del báculo de cualquier moralidad oficial, y a pesar de todo tan pura y recta como una flecha, en ese corredor la hicieron zozobrar con el abuso y la burla más obscena y vil.

Cada cuarto de hora irrumpía en el vestíbulo un nuevo grupo del Reichswehr, levantaba del suelo a los que ya se habían derrumbado, golpeaba de nuevo a los que ya habían sido golpeados, revivía a los que se habían desmayado para derribarlos otra vez y, después, cada una de esas cuadrillas arremetía de nuevo contra ella, parada ahí como desnuda en medio de fieras salvajes.

—Perra comunista —gritaban.

—Puta —gritaban.

—No eres una mujer alemana, eres un animal —gritaban.

Y en esa horrible e interminable cámara de tortura que duró un día, una noche y

otro día, esta muchacha recordó: sí, había habido una gran mujer alemana, grande como una estatua de mármol, y nada desde su espantosa muerte había sido tan perfecto y cuerdo en la revolución alemana.

Y, lo que es más, había dejado tras ella un pequeño libro de cartas. Portada blanca con letras rojas. Cartas desde la cárcel.

Elfriede resistió en este satánico corredor, gritando sobre Rosa Luxemburgo hasta que la oyeron. Cuando una muchacha se arma con el nombre de Rosa es tan poderosa y temible como un hombre armado; es una guerrera y nadie se atreverá a tocarla.

Es imposible recoger lo que dijo y cómo o cuáles fueron sus palabras.

Pero algún sargento pidió disculpas.

Una de las cuadrillas salió con el rabo entre las piernas diciendo que “ellos no se habían enterado”. Quizá fue aprovechado este intervalo para apartar de los soldados a uno de los hombres heridos y arrastrarlo fuera de la jauría por el brazo.

Ésta es la historia de Elfriede de Schiffbek.

RETRATOS

1. UN PAR

Una pareja. En Schiffbek cuentan cómo vivía ese par, marido y mujer, ambos viejos e intachables comunistas. Hacía varios años que se habían separado, llevaban vidas independientes, habían formado nuevas familias y no se veían el uno al otro. Soberbio tirador, él estaba luchando en octubre tras una de las trincheras que cruzaban las estrechas y desnudas callecitas. Aconteció que su antigua esposa también estaba allí luchando junto a él, como antes en los días del levantamiento espartaquista y el putsch de Kapp. Capturaron al obrero y su esposa se entregó al día siguiente. Y de este modo, esta pareja de combatientes se reunió muy naturalmente al primer disparo, bajo el fuego. Juntos enfrentarán el juicio.

2. UNA CASA PROPIA Y EL LEVANTAMIENTO

Ella era miope, normal, una enfermera devota católica con la vista defectuosa. Hoy, después de la guerra, él es comunista. Un obrero excepcionalmente dotado, diligente y rápido. Se insertó en el partido como una de esas diminutas baterías domésticas que pueden proporcionar luz, hacer girar un rodillo para afilar cuchillos, o cuando son ocho, pueden impulsar un tren eléctrico en miniatura y, no obstante, no siguen siendo más que miniaturas o un milagro enorme de energía, el motor de toda una era de máquinas sólo que a escala minúscula. Cuando es necesario, la pequeña batería puede emitir verdaderas chispas incendiarias mayores que ella misma.

Este obrero de mentalidad práctica y altamente especializado fue atacado por una dolencia bastante especial y poco frecuente que afecta a una de cada diez mil personas y que es, en consecuencia, incurable. Le entró un gran y atormentador amor por la devota, huesuda y desgarbada enfermera.

Como es normal en estos casos, el sentimiento fue mutuo y al momento estaban transidos.

Se casaron saltando por encima de las creencias políticas de él y el catecismo de ella e incluso se olvidaron de ambos durante un tiempo. Después, el camarada L., que nunca flaqueó y jamás se separó del partido, empezó a ahorrar dinero para construir su casita en las afueras de las afueras, más allá del oasis de casitas blancas con tejados rojos que los miembros de la autoridad local, cinco viejos mencheviques, se habían donado a sí mismos con los fondos oficiales. Todos en un mismo lugar, exactamente igual que una gran familia.

El viento sopla alrededor de ellas y la población escupe cuando pasa por allí. De todos modos, estas gentes viven bien y tranquilamente.

L. trabajó; trabajó horas extraordinarias y noches y, en sus días libres, corría al terreno para ir alzando su casa con gran paciencia y afán, ladrillo a ladrillo, pedacito a pedacito, azulejo por azulejo.

Llegó el primer hijo y también el segundo. El partido se esfumó en la bruma y se convirtió en una perspectiva teórica sobre la vida, una idea encerrada con llave en un rincón desocupado.

A veces, en los momentos de descanso doméstico, L. oía su paso monótono y lo sentía esperar ahí parado escuchando a la puerta de su conciencia.

La esposa miope e industriosa finalmente pudo empezar a vivir en su propia casa, coser junto a su chimenea pulida y brillante, dormir en su cama, criar a sus hijos, limpiar los azulejos holandeses de la estufa, lavar a los cochinillos y fregar los relucientes suelos. Los domingos L. leía ahora en voz alta algún romance cortesano sobre el hijo inconvenientemente malcriado de un conde con boda al final.

La mañana del 23 de octubre, L. acababa de hacer la matanza del cerdo para la Navidad. Ya lo había desangrado, dejando escurrir la sangre en un barril para hacer morcillas. En aquel momento empezó el tiroteo. A pesar de la casa que había levantado con sus propias manos y pintado pedazo a pedazo con el sudor de su frente, a pesar del extraordinario amor por su mujer, el comunista tomó el rifle y partió. ¿Y qué pasó después?

Lo capturaron, golpearon y pusieron en libertad. Un juicio en unos cuantos días. ¿Qué hacer? ¿Quedarse en casa o huir?

El mismo instinto revolucionario que había llevado previamente a L. a las barricadas condujo ahora a este obrero alemán bien establecido, aburguesado y domesticado, a las calles en medio del fuego cruzado de las balas que pasaban silbando por las esquinas de las viviendas obreras y los miserables cobertizos, a enfrentar el contingente de tropas regulares de dos mil soldados que bombardeaban este avispero para tomarlo vacío. Ahora imperaba el despiadado instinto de clase: no abandones nunca más el partido, no te atrevas a desertar, tienes que pasar a la clandestinidad y continuar el trabajo.

Pero al día siguiente de su huida, la casa y sus pertenencias, hasta Lumpi, el perro guardián, serán confiscados por el gobierno. La esposa, dos niños y el tercero recién nacido se encontrarán en la calle. Además, por alguna razón, su mujer se está quedando ciega y ha empezado a rezar con frecuencia y largamente.

A pesar de todo, una noche llegaron a casa de C. —ella no llevaba sombrero ni

gafas—: y relataron toda su vida al camarada incluyendo esa maravillosa primera mirada que había decidido en otro tiempo su destino.

Al día siguiente, L. desapareció.

3. EL SIGLO XVIII, LA ALEGRÍA DE VIVIR Y EL LEVANTAMIENTO

En realidad, este retrato no atañe a la historia del levantamiento. Pero en toda galería hay invariablemente, como algo consabido, un Das Bildnis eines Unbekannten* y esos trazos tan anónimos pueden decirnos más sobre las peculiaridades inimitables de su periodo que todos los cuadros firmados.

Tenemos que dibujar una casa, barco hundido que se posa lentamente en algún lugar del fondo del mar, en un callejón oscuro donde de vez en cuando la iluminan las luces de los ojos blancos de un automóvil que pasa a la deriva. El farol sobre la reja irradia una luz semejante al resplandor de un árbol podrido.

Una entrada hedionda y ventanas próximas al suelo fisgándose siempre unas a otras.

La recámara, fría como el polo norte con los cristales de las ventanas entumecidos, armario y lavabo bostezante, se calienta con una bolsa de agua caliente embutida debajo de un helado cobertor de plumas. En el comedor —que es también sala y taller—, el calor denso, aunque rápidamente huidizo de una estufa de hierro; sobre la lámpara una oropelada pantalla de seda que parece las enaguas de una prostituta barata; en la cocina un fregadero apestoso, gas y un fuerte olor a humedad. Todo el contexto testimonia la indudable prosperidad de un obrero aristocrático; pertenece al camarada K., un artista de la madera. Está empleado en una de las fábricas más grandes de muebles, dedicada a construir e imitar antigüedades. Su especialidad es el siglo XVIII al que, aunque nunca ha leído nada sobre arte, siente en las puntas de los dedos. Con los ojos cerrados el maestro puede pulir impecablemente la fina chapa de color cereza con incrustaciones de metal y concha de tortuga y el mueble cuyos contornos decadentes, intrincados y graciosamente curvos surgen de la tabla, un pesado pedazo de madera humedecida que ha caído en esas manos asombrosamente creadoras, esforzándose tan poco como en el taller del famoso Boulle. En cada uno de los escritorios antiguos en los que supuestamente nuestras abuelas escribían sus cartas de amor, y en cada una de las mesas de juego en las que los Werthers rompían la tiza garabateando los nombres de sus amadas después de

haber colocado una vela junto a las pesadas pistolas, K., el artesano, ajusta, en aras del estilo, cajones secretos, pequeños nichos y resortes ocultos que, cuando se presionan accidentalmente, entregan en las manos del admirable burgués un par de cuartillas amarillentas, un manojo de no me olvides secos y ese aroma tan precioso del secreto ajeno. Todos estos elementos han sido rebuscados por ese mismo artesano, K., con un gusto y un sentido de la proporción inmensos.

El comunismo, para él, ha quedado guardado como un cofrecillo lleno de ideas, palabras y generalidades totalmente inaplicables a la vida práctica que constituyen lo más valioso e íntimo de la vida, el estilo político.

Huelga decir que en el levantamiento K. no tomó parte activa a menos que, claro está, se cuente la amplia hospitalidad que dispensó a los camaradas después de las batallas.

K. es un epicúreo. Un verdadero hombre del Renacimiento en su efervescente e irreprimible amor por la vida, sus placeres y su palpable y cálida belleza humana; su percepción de todo ello es tan infalible como su habilidad como ebanista; K. cree que el proceso mismo de la vida, con todas sus funciones fisiológicas y profundamente mundanas, se convertirá algún día en la base de la más grande y verdadera belleza. Esta estética social le confiere una afinidad con las cosas sobre las cuales escribió Edgar Allan Poe: esos jardines y palacios todavía no existentes que serán habitados por hombres sabios, y que K. puebla de obreros.

“Si el reino del futuro llegara repentinamente” —concepto puramente germano: sólo un utopista que no cree en sus fantasías podría expresarse de esta manera— él elaboraría maravillosos estantes, camas, mesas y sillas para los palacios de los obreros. Éste es su “cofrecillo’’ comunista ideal.

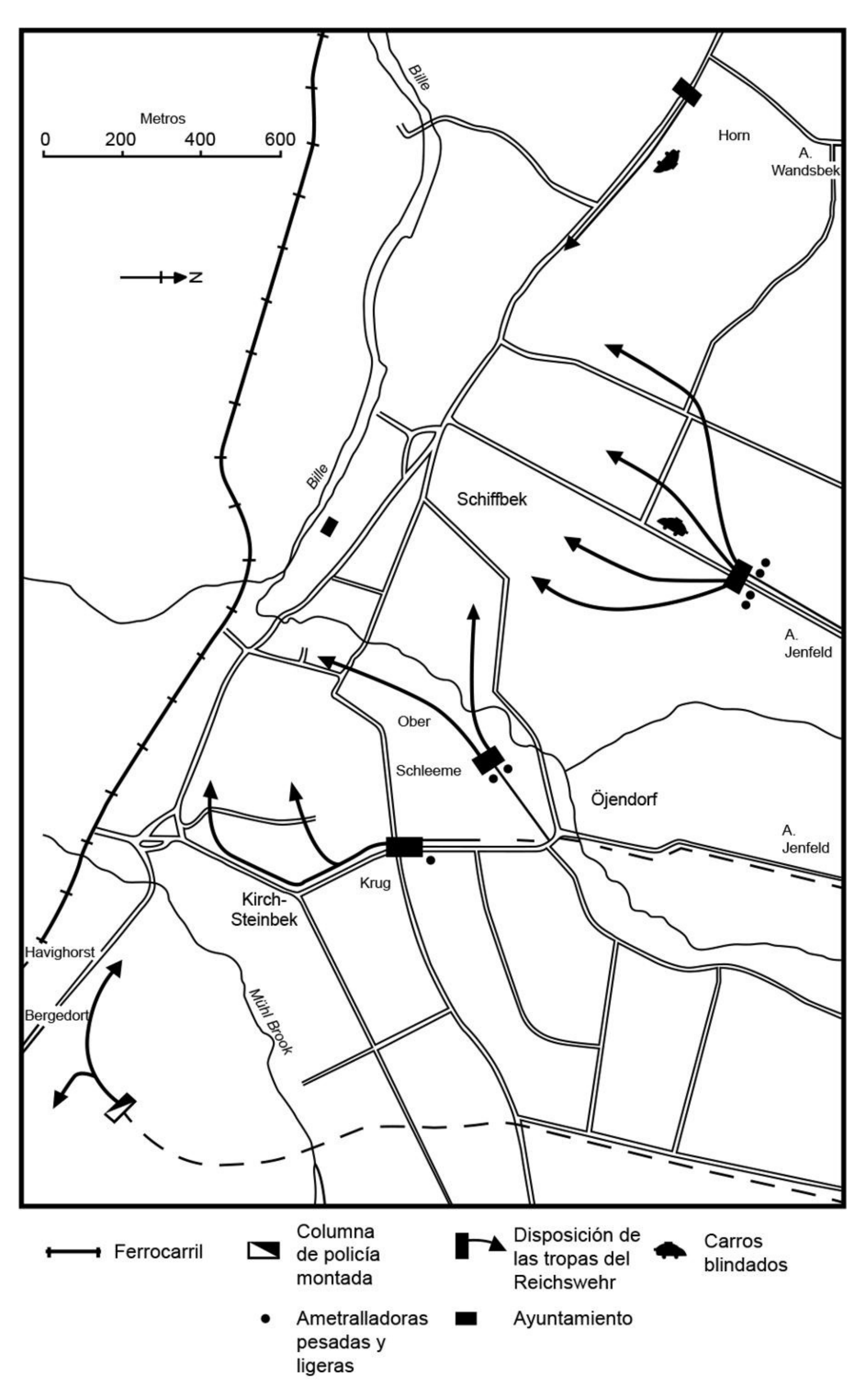
Pero ahora la práctica. ¿Por qué no se unió a la lucha en octubre? ¿Por qué sonríe cuando se habla de huelgas y de distribuir panfletos? Dadas esa pasividad deliberada e indiscutible deserción del campo de la guerra civil, ¿de dónde provienen esa arrogancia y esos modales provocadores de un vencedor sobre la burguesía? ¿Por qué a fin de cuentas este hombre, que fue creado para grandes placeres espirituales y físicos y que creía que el comunismo era el único camino mediante el cual él y su clase podrían alcanzar esos placeres, no levantó un solo dedo ni arriesgó el cuello una sola vez durante el levantamiento?

Resulta que está robando y saqueando a su burgués. Roba casi abiertamente, atesorando grandes sumas para la industria casera, llevándose al bolsillo ganancias inimaginables, mientras mira provocativamente a su amo a los ojos y mantiene en observación a los cobardes cómplices que lo asisten. Entonces, después de una semana de la más ardua tarea, trabajando diez horas diarias en tensión continua, llegan varias botellas de cerveza excelente; su menuda esposa, Eisa, luce ropa interior de seda negra y, desde el rincón mugriento donde el corcho de la Roederer golpea el bajo techo como un hombre alto que entrara errante y se golpeara contra el borde de este foso, a través de la bruma de un cigarro puro, a través de la niebla de la humedad transpirante y sofocante, a través de las doradas ilusiones que revientan en burbujas diminutas sobre la superficie de la jarra de barro en la que bullen en efervescencia uvas centenarias, el camarada K., con la sonrisa burlona de un conquistador, contempla a la burguesía a la que ha engañado tan astuta y descaradamente.

Éstos son sus momentos de gloria.

Las viejas canciones de Hamburgo son más antiguas y joviales que las nuestras. Hay una sobre la hija de un artesano que amaba a tres bulliciosos aprendices despedidos por su padre, otra sobre caballos de mar y mujeres, otra más sobre camorras y tabernas portuarias. Él las canta maravillosamente.

¿Cómo decirle a K. que a cambio de las migajas que el amo le permite arrebatar de su abundante mesa, de la gota de vino robado y de esas pocas horas de bendito olvido, él, insustituible artesano, está dando a su enemigo la médula de los huesos, su vida y las misteriosas y temblorosas fibras de su cerebro que llamamos talento, igual que cualquier trabajador da su sudor, sus músculos y sus huesos?


Metros
0
200
400
600
N
Bille
Bille
Horn
A. Wandsbek
Schiffbek
A. Jenfeld
Ober
Schleeme
Öjendorf
A. Jenfeld
Krug
Kirch-Steinbek
Havighorst
Bergedort
Mühl Brook
Ferrocarril
Columna de policía montada
Disposición de las tropas del Reichswehr
Carros blindados
Ametralladoras pesadas y ligeras
Ayuntamiento

Schiffbek.

SOBRE SCHIFFBEK DE NUEVO

LA DELEGACIÓN de policía de Schiffbek, las oficinas del ayuntamiento, el correo y, en general, todas las instituciones y los edificios públicos que personifican el poder del Estado en esta pequeña ciudad de clase obrera con su población cosmopolita fueron tomados por los comunistas al amanecer del 23 de octubre con la ayuda de una carabina y un cuchillo de monte de hoja dentada con mango de hueso.

Al igual que en el resto de Hamburgo, la delegación de policía de Schiffbek, repleta como estaba de sipos armados, fue tomada por sorpresa con las manos vacías, rápidamente y sin ruido. A la cabeza de todo el levantamiento y de la organización militar que elaboró y llevó a cabo su plan estaba el valiente y gigante S., uno de esos obreros verdaderamente revolucionarios de los que la Alemania moderna puede sentirse orgullosa. Quizá debido a esta misma fuerza física y a la conciencia de que con un solo movimiento de sus músculos de acero podía aplastar a cualquier adversario, había desarrollado en él ese sentido de la cautela tan valioso para un líder y la capacidad de calcular el efecto preciso de cada descarga de fuerza. Podía caer como un martinete de vapor sobre un yunque partiendo cuidadosamente una cáscara de nuez sin dañar el fruto y un minuto después doblar una barra de hierro.

Su patrulla armada, formada por miembros selectos de la organización local, resistió y luchó como hubiera luchado el mismo S.: cuando estaba rodeado por una chusma invasora que lo acorralaba contra un muro, derribaba a aquella gentecilla uno a uno sin contener el increíble alcance y poder de sus puños de hierro.

Después de haber ocupado la delegación de policía, los insurgentes de Schiffbek no permanecieron allí, sino que, apoderándose de dieciséis rifles y otros tantos revólveres, abandonaron el edificio que podría haberse convertido para ellos en la misma trampa que había sido para la policía a la que acababan de sorprender y desarmar.

Un buen tirador, con ocultarse tras los arbustos, los cobertizos de los jardines y

las esquinas de las barracas de los obreros, esparcidas a lo largo de las colinas que se encuentran al lado izquierdo de la carretera central que une Schiffbek con Hamburgo, podía defender bajo el fuego, y así lo hizo, la carretera, el puente y el terraplén del ferrocarril y contener a una distancia respetable a un enemigo diez, cien y, finalmente, durante los últimos ataques de la mañana del 26, hasta mil veces más fuerte.

Un francotirador, o Scharfeschütze como los llaman aquí, trataría, manteniéndose a salvo tras su escondite y disparando a largos intervalos cada cinco, diez o quince minutos, de alcanzar por lo menos a un hombre y frecuentemente a dos con una sola bala. A estos disparos aislados y siempre mortales, la policía respondía barriendo cuadras enteras con el fuego graneado de sus ametralladoras, segando las vidas de una multitud de mujeres y niños que habían caído accidentalmente en la mira de su impotente rabia. A pesar de todo, tras una breve tregua, un disparo proveniente de un ojo agudo, frío y calculador, zumbaba de nuevo, alcanzando al conductor de un carro blindado que acababa de asomarse por debajo de la escotilla de acero, quitándose su guante de piel para encender con alivio un cigarrillo, a un verde que había salido de un brinco de una esquina y a un soldado del Reichswehr agazapado detrás de un buzón, que acababa de detener en medio de la calle a la esposa de un conductor de tranvía cuyo rostro y la hogaza de pan que llevaba bajo su chal le habían parecido sospechosos.

El Reichswehr recluta a sus soldados entre torpes mozos del campo. Se trata de los hijos menores de campesinos ricos, una generación que maduró después de la guerra y la revolución. En el campo representan una carga para sus padres; manos campesinas, codiciosas, perezosas, consentidas, que no invertirán suficiente energía en la tierra, puesto que no cuentan para la futura herencia. Esos muchachos, cuadrúpedos políticos, se convierten fácilmente en Landsknechte y ven la guerra civil como un pogromo en el curso del cual tienen la oportunidad de ganar mucho arriesgando poco. Pero en vez de mujeres desarmadas y niños aterrorizados en las colas del pan y esa chusma urbana cobarde de la que el cura del pueblo hablaba con tanto fervor, desbordándosele la papada por encima de su alzacuellos blanco, esos pequeños campesinos bien alimentados se tropezaron con las centurias obreras y con los impecables disparos a sangre fría de viejos soldados que habían regresado de la Guerra Mundial con todas las insignias de distinción en precisión de tiro y en trabajo de zapa bajo el fuego de las ametralladoras enemigas.

Los papeles se han invertido. En Alemania, la revolución se hace con antiguos soldados que defienden sus barricadas de acuerdo a todas las reglas de la ciencia militar, y, pese con que el gobierno posee numerosas unidades, éstas son totalmente inexpertas y sin foguear, cobardes en la batalla aunque brutales cuando se enfrentan a un prisionero maniatado. No es casual que un oficial considerara necesario arrastrar revólver en mano a su destacamento de toscos reclutas al ataque sólo para eliminar a un tirador solitario parapetado en la buhardilla de su casa, quien estaba derribando con perfecta precisión a un soldado tras otro; mientras incitaba a su carne de cañón a proseguir, este teniente profería en voz alta ante toda la ciudad:

—¡Escoria de la tierra, cobardes…! ¡Con veinte de ésos —señalando la ventana de la buhardilla—, podría remplazar a miles de ustedes!

Pero incluso sin la ayuda del oficial, los obreros de Schiffbek —bajo el mando de S. y su jefe de Operaciones y jefe de Estado Mayor, el incomparable Fritz— resistieron la embestida de las tropas regulares. Adaptándose a las condiciones de la localidad, cambiaban constantemente sus tácticas. Allí donde las colinas dominaban la ciudad o donde las casas se alzaban como oasis en medio de terrenos baldíos, dividían sus fuerzas y se agrupaban en pequeñas formaciones de combate, cada una de las cuales se defendía por su propia cuenta y riesgo, avanzaba, se resguardaba y pasaba de una emboscada a otra. Pero allí donde los terrenos blancos y vacíos fluían entre las márgenes estrechas de las calles de la ciudad, se confiaban a la antigua y comprobada técnica de las barricadas, bloqueando los cursos de agua de las calles con firmes diques y excavando zanjas para impedir que los carros blindados se abrieran paso hacia los bloques de casas centrales.

A las 11:30, la policía, ya entonces en posesión de su vacía delegación, inició su primera ofensiva contra Schiffbek. Un destacamento de cincuenta hombres avanzó confiadamente a lo largo de la calle principal derribando a unos cuantos transeúntes casuales y avanzó hasta llegar a un edificio blanco con una escalera que sobresalía. Minna, belleza de ojos oscuros, pasó junto a los soldados mostrando sus dientes brillantes y haciendo un recuento de los invasores. Éstos ni siquiera se dieron cuenta del distintivo rojo que lucía sobre su pecho generoso. Su pañoleta amarrada en la nuca desapareció tranquilamente callejón abajo. Un muchacho, alumno de la escuela local, que había ido corriendo junto a ella, se volvió, empezó a hipar y se sentó en la banqueta. Una bala le había alcanzado el entrecejo.

En el campo de los insurgentes reinaba todavía un profundo silencio hasta que, a una distancia de sólo veinte pasos, varios disparos alcanzaron al sargento instructor y a la mitad de los soldados del destacamento invasor.

Una hora después, la policía, que en ese momento sumaba unos doscientos, avanzaba no en una sola línea sino desde varios puntos simultáneamente. Los obreros la hicieron retroceder desde sus barricadas y zanjas; desde todos los escondrijos esparcidos por las colinas rociaron a los invasores con ráfagas de fuego. Fritz, el tirador, disparó a la policía desde la esquina de su propia casa, rodeado de mujeres que llevaban los cartuchos en delantales desgarrados. Una imagen clásica: una gorra de tela con visera larga y puntiaguda amarrada con una pañoleta en la barbilla, una chaqueta hecha jirones y, debajo, un grueso suéter gris de estibador. Su pelo, el cual la bella Minna hasta hoy no puede recordar sin reírse, parece el de un bandido: después de cinco minutos de espera, un disparo, solamente uno. Con él, Fritz había alcanzado a cuatro hombres.

Hay que decir que Schiffbek es rico y renombrado por sus Fritz. Otro de ellos dirigió la defensa de las barricadas y las zanjas. Junto a S. parece casi bajo. Pero mientras S. creció al azar, ramificándose por todas partes con una copa bondadosa, poderosa y voluble, allá arriba en el cielo, Fritz es un arbusto rechoncho, firmemente agarrado a la tierra en algún lugar entre las piedras bajo una fuerte brisa de mar. Talones juntos, pecho como un tambor, con las manos en los bolsillos y un hombro un poco más hacia delante, el hombro de un boxeador entrenado, de un atleta. Un silbido, pullas insolentes y la capacidad de hacer sonrojar tanto a una mujer como a un policía mirándolos de arriba abajo. Además, poseía una audacia que le había ganado el intraducible apodo de Didlein, mote tanto despectivo como halagador que significa compañero, pícaro, vivales, temerario, mentiroso, pistolero, bellaco y pastelero, pero en general un buen tipo. En tiempos de paz, este Fritz había desconcertado bastante a los sosegados funcionarios del partido con su fuerte olor a muelle y su espíritu provocativo fuera de lo común, pero durante los días de la batalla hizo milagro tras milagro. Corría de ventana en ventana, incitaba, se contenía, reponía fuerzas, profería juramentos y daba órdenes como un centro nervioso entre la fuerza tranquila de S. y todos los nudos errantes de los insurrectos.

A la 1:30 el gobierno trepó hacia Schiffbek con quinientos hombres más un escuadrón de carros blindados. La refriega duró hasta las 6:00 de la tarde. Dos tiradores de primera pueden ser perfectamente capaces de resistir duramente un largo rato, pero al final el valor y la tenacidad tienen sus límites. A fin de ganar

tiempo, los combatientes abandonaron sus zanjas muy silenciosamente, se sumergieron en el portal más cercano y, hora y media más tarde, las narices de acero de sus rifles se asomaban por encima del borde de otra barricada, uniéndose sucesivamente a la batalla en las zonas más apuradas.

Entretanto, el enemigo todavía inundaba con fuego la emboscada ahora silenciosa. De vez en cuando la vehemencia amainaba; paraba el fuego ciego de la artillería y un explorador gateaba por la banqueta. Pero entonces, desde algún lugar en una buhardilla cercana, zumba un disparo solitario y se reanuda el bombardeo con mayor intensidad contra el foso vacío lleno de cartuchos vacíos, escombros y suelo chamuscado. Finalmente, el teniente, blandiendo su revólver en un gesto heroico, condujo a sus mosqueteros al asalto. Disparando ciegamente al aire y profiriendo gritos de guerra cayeron dando tumbos en el foso vacío.

Caía la tarde. Como un centinela, la puesta de sol dejaba caer sus sombras puntiagudas como de bayonetas a través de las calles. En los tableros de avisos de Schiffbek ya había aparecido un cartel proclamando una huelga general y saludando al gobierno soviético. Los treinta y cinco comunistas, asediados por miles de soldados, estaban convencidos de que toda Alemania se alzaba tras ellos. No obstante, incluso sin llamamientos, toda la población apoyaba a los comunistas. Ocho mil personas salieron a las calles y si no tomaron parte en la lucha fue simplemente debido a la falta de armas.

¡Pero la sagrada intelligentsia! Vale la pena recalcar que en el pequeño Schiffbek, lo mismo que solía suceder en Rusia y en todas las demás partes donde la revolución social acaba por alzarse en armas, los intelectuales disparan al lado de la policía y los soldados. Ni un solo profesor —¡porque qué profesores hay en Schiffbek!—, ni un maestro —los maestros tienen buenas intenciones pero son tímidos—, ni siquiera una comadrona —en Schiffbek las mujeres paren a sus hijos sin la menor ayuda médica—, tan sólo un anciano conserje de escuela, que se declarara a favor de los frutos de la Ilustración europea. Abandonado en sus locales desiertos, el miserable sesentón, con la cabeza saturada de sabiduría escolar, un obrero que había aprendido a despreciar los callos, el tufo de la pobreza y la ignorancia musculosa y joven, tan profundamente como él mismo era despreciado por los pizarrones implacables, los uniformes de los maestros y los sabios de yeso sobre el librero del despacho del director, este anciano conserje agarró su pistola y decidió disparar contra su propia clase, los alumnos que estaban estudiando el desorden en las calles en vez

de caligrafía y las Sagradas Escrituras.

Afuera llaman a la puerta. El conserje se esconde. Llaman de nuevo y las puertas se salen de sus goznes empujadas por el hombro airado de S. Entonces, levantando un brazo como en el monumento a Schiller, con aspecto cómico y amenazador y el cabello revuelto, el anciano disparó apuntando al amplio pecho del obrero y erró el tiro. Aquí finalizó la postura majestuosa. El conserje corrió hacia las escaleras perseguido por S. Éste subía a pesar de la pistola desenfundada y vociferando por todo el edificio:

—¡Viejo Karnikel* loco! Lo único que haces es vaciarles los orinales para apoyar sus conocimientos. ¿De qué le sirves a nadie? —Y le quitó el revólver al tío Paulus.

El viejo sollozó amargamente porque tantos años de borrar el álgebra blanca y los horarios de los pizarrones lo habían convertido en un verdadero intelectual; el desesperado y frenético martirio y, después, las lágrimas de impotencia lo demostraban.

S. le dio con los nudillos en la cabeza y lo dejó marchar. La situación era la siguiente: S. reía y blasfemaba horriblemente, sujetando al viejo y su infeliz arma con una mano, en tanto se limpiaba el tizne de la cara chamuscada por el tiro. Paulchen entre sollozos fue obligado a hacer pedazos su viejo y profanado carnet del partido.

Alrededor: niños, disparos, muerte y risas.

En la tarde, los combates habían amainado. Los obreros tuvieron que retirarse —S., hoy todavía, habla de esto con profunda vergüenza y vejación infantil—, retirarse quinientos pasos respecto a sus posiciones anteriores. Esto en el flanco de Hamburgo. Pero en la retaguardia los soldados habían logrado penetrar hasta la plaza principal donde los ricos residentes les arrojaron salchichas, margarina y felicitaciones en profusión. El cerco se cerró y amenazaba con convertirse en un estrangulamiento. Un pelotón de insurgentes llegó al rescate procedente del destrozado Barmbeck y no pudo abrirse paso a través del bloqueo de la policía. Para entonces, los vehículos del mando militar corrían por las calles de Hamburgo: los oficiales del Estado Mayor corrieron a inspeccionar la red de barricadas y se dieron cuenta de que sus posiciones eran magníficas.

Al romper el día, los obreros estaban de nuevo tirados en las trincheras, las

buhardillas y detrás de todo posible escondrijo. Pero el enemigo, al que el día anterior se había aplastado en tres asaltos, no dio señales de vida. Desde unas cuantas fábricas comenzaron a aullar las sirenas continua e inútilmente. Al final de todas las bocacalles que iban a dar a los campos, las patrullas se paseaban arriba y abajo relevándose regularmente. Desde lejos, estaban montando guardia sobre las barricadas como sobre un prisionero cautivo. Después, una amenazadora quietud. Al principio, esto los alentó. Después, los perturbó; y más tarde percibieron que un enorme peligro serpeaba hacia Schiffbek desde estos eriales silenciosos y se dispusieron a enfrentarlo.

Treinta y cinco contra cinco mil.

Alrededor de la una, apareció una unidad de cuatro carros blindados y seis camiones por la dirección de Horn y descargó un gran contingente de sipos en la carretera. Desde Uhlenfeld, al norte, veintiséis camiones cargados de verdes. En dirección a Eimsbüttel, caballería. Un aeroplano descendió muy bajo y voló sobre Schiffbek barriendo con una cortina gris de balas sus muros ya acribillados.

A pesar de haber sido abatido por los aliados, el ejército alemán va galantemente a la guerra contra sus propios proletarios. Pero el ejemplo es evidentemente contagioso, porque ahora son los obreros los que aguijonean a las fuerzas gubernamentales. Caballería, infantería, carros blindados, aviación y sobre el contaminado riachuelo Bille, toda una flota compuesta por cinco lanchas de policía fluvial, mientras un puñado de obreros, mofándose de esta tecnología y del hinchado y podrido caparazón de este ejército asalariado a expensas de las jugosas propinas de los patronos, sigue resistiendo hasta las 4:00 de la tarde. Finalmente, después de haber rechazado a las tropas a lo largo de frentes desparramados y desprotegidos, el sitiado Schiffbek, arremetiendo contra columnas contraídas y rotas de azules, verdes y de otros soldados valerosamente coloreados, irrumpe a través del anillo de emboscadas y emerge armas en mano hacia la libertad a través de esta sangrienta brecha. Es cómico relatarlo: tres hombres con rifles forman la retaguardia de este ejército obrero en miniatura. Mantienen a las “Fuerzas Navales de la República’’ a respetable distancia, mientras S. y sus hombres se abren camino hacia el campo por la estrecha brecha entre el río y la carretera principal.

Después, la celebración de los vencedores. El pandemonio de denuncias, registros, brutalidades, arrestos y servicios eclesiásticos. Todo esto durante casi

dos meses. Decenas de obreros se encuentran fuera de la ley. Muchos están detenidos y esperan juicio. Sus familias siguen escondiéndose en las húmedas barracas obreras; una a una, las mujeres de los insurgentes son despedidas de las fábricas y puestas en la calle. De vez en cuando aparece por sus casas un líder sindical, mensajero seguro: hinchado y amarillento por el yodo y la cabeza envuelta en blancos vendajes. Había sido capturado cerca de los "tugurios de hojalata" durante el levantamiento y golpeado hasta molerlo, por error de la policía. Ahora se está arreglando la dentadura, lleva a cabo labores de espionaje y funge de enlace.

Hambre, nevadas, camas sucias y heladas, la renta, los gritos del casero y el invierno abatiendo sus blancas varas de abedul sobre la carretera entre tu diminuto cuchitril que huele a gas, el retrete y la porquería fangosa y la bolsa de trabajo. La bolsa es un edificio gris que se alza saludando un campo abierto. La parte posterior de este edificio que se ha quedado como dormido en servicio está recubierta con nuestras proclamas.

De vez en cuando, las mujeres que han estado sometidas a todo tipo de presiones y a toda clase de privaciones son interrogadas por una partida policiaca o por un gendarme con papel y lápiz que las increpa. Y entonces, toda esta impotente pobreza eriza sus espinas y presenta la más rígida y valiente resistencia tanto al poder civil como al militar que bate sus sonoros espadones afuera en la escalera resbalosa por el agua sucia congelada.

La esposa de un insurgente de Schiffbek aprieta los brazos a ambos lados del cuerpo, el rostro rojo de ira, cerca de la estufa o el fregadero y gritándoles a sus hijos que lloran y al perro de áspera pelambre que ladra furiosamente debajo de la banca desvencijada, alza la voz en tono estridente, irritante, y aleja los papeles que le han puesto delante como si se cepillase hacia un lado los obstinados y sudorosos cabellos que le caen sobre la ceja; niega vehementemente y se escabulle y no pondrá su nombre en ningún sitio. Sus insultos caen irresistiblemente como de un lote de basura sobre las cabezas de los funcionarios, quienes emprenden la marcha. Estas mujeres, para las que no hay nada que comer y que al día siguiente serán expulsadas de sus guaridas, hostigan a la policía mofándose despectivamente de ella en público con sus cáusticas burlas.

La noche de Navidad se reúnen a coser docenas de muñecos para los hijos de los comunistas que han huido. C. se las ingenia para hacer una casa de muñecas con

viejas cajas, recubriéndolas con periódicos y reyes y reinas raídos de naipes descartados.

Vecinos hambrientos acuden con regalos: una pastilla de jabón, una muñeca o un par de calcetines calientes.

Finalmente, en la noche, un destacamento de obreros que llega de Hamburgo con una carretilla de harina y margarina de parte de los camaradas norteamericanos. Cincuenta kilos de manteca y veinticinco libras de azúcar para setenta familias, cada una con tres o cuatro bocas que alimentar.

El hambre alcanza su apogeo varios días antes de la Navidad. Respondiendo a una oferta de la rama holandesa de la Ayuda Internacional Obrera, Schiffbek va a enviar a cincuenta de sus niños a Holanda para que se alojen en casas de camaradas extranjeros.

Llaman a la puerta; llegan unos obreros con expresión apenada en sus rostros; sólo miran la ropa tendida sobre la estufa apagada o la pared sifilíticamente verde y preguntan por el tiempo, la salud, esto y lo otro.

Indagan la mirada vacía de la madre: ¿a quién se llevarán, un niño, una niña, de qué edad? Un cuarto de hora para prepararse. Sin equipaje. Unos cuantos minutos de dolorosos chillidos sobre las rodillas temblorosas de la madre. Pero las calcetas ya están bien ajustadas, todos los botones debidamente abrochados y la madre peina la mata de pelo alborotada de la hija con gestos bruscos y perentorios que son al mismo tiempo dilatorios y secretamente lentos. Un cuarto de hora después la criatura es arrancada para siempre de sus raíces en el desgarrado Schiffbek.

Dos madres no quisieron renunciar a sus hijos.

Una, cargada con cuatro muchachos y dos niñas —su marido estaba arrestado y a ella la habían despedido de la fábrica— y una ventana con periódico en vez de vidrios, mantiene a las seis bocas por encima de la línea de flotación, mediante economías inconcebibles. La otra ha llegado al máximo de suciedad, despreocupación, jovialidad y deterioro físico. Niños de todos los colores de piel, de muchos padres ardientes, aunque brevemente amados. Las niñitas vinieron al mundo sin que nadie les preguntara pero esplendorosas, igual que un maravilloso girasol amarillo dorado brota en un vertedero de una semilla caída accidentalmente en una franja de tierra sembrada de basura. Los niños son

robustos y listos y cuando se tengan que desenvolver solos serán como las firmes y verdes espigas del arce agarrándose al moho y a la carne de algún viejo muro de fábrica con su tronco rechoncho. Entre lágrimas, maldiciones y juramentos contra su involuntaria fecundidad, en medio de niños chillando y distribuyendo tirones de orejas, todo el tiempo en medio de la corriente de aire con su ligera falda que se les pega a las rodillas y un bebé chupando el borde de un sucio suéter un rato y el pecho exhausto y desnudo otro, esta madre se negó a enviar a ningún miembro de su animosa y hambrienta cuadrilla al exilio.

Entre esas familias desesperadas que viven en la agonía del Schiffbek ahora sometido, hay una tan feliz que las mujeres del vecindario acuden por las tardes a escuchar su poco común tranquilidad. Una mujer menuda, morena, envejecida prematuramente, pero de ojos negrísimos y color muy oscuro y algo sureño en su voz que crepita como castañas bien asadas cubiertas de cenizas que crujen bajo las ascuas en la helada. Sus hijos, cuatro, parecen planeados: o rubios con ojos azules, o de piel aceitunada y ojos negros. Pequeños checos y pequeños alemanes alternadamente. Su marido es el camarada R., un antiguo comunista que había sido golpeado en el ejército debido a su apellido polaco y a sus modales peligrosamente taciturnos, tras los cuales el sargento instructor percibió a un pacifista; miembro del grupo Espartaco, uno de los combatientes más antiguos del KPD Y herido en el putsch de Kapp.

En la vida de todo hombre hay periodos en que la pus se acumula y se ulcera. Cualquier aspereza —la enfermedad del hijo más pequeño, un intercambio desagradable con el jefe, encontrar a un espía justo al salir de una reunión ilegal —, todo adquiere un carácter sórdido y maligno. El camarada R., extranjero y cargado con una familia, sin trabajo la mitad de la semana y conocido desde hace mucho como comunista, sintió agudamente que él y los suyos podían caer en cualquier momento bajo la rueda. Estaban todos muy cansados, cada vez con más hambre y más frío.

Después las batallas. No obstante, octubre no había cantado la victoria en la que Schiffbek, este Verdún del levantamiento de Hamburgo, había creído tan fantásticamente. La policía no había logrado capturar a R., quien había participado tan enérgicamente en el movimiento.

Desde el extranjero envió a su esposa una carta y una visa. Uno de esos raros milagros que todavía ocurren.

Todo el mundo en la vivienda de R. suspiró, se relajó, respiró hondo y empezó a hablar en voz baja.

Esta carta llegada del extranjero fue como la raspadura de una pala distante que excavara para sacar a esos cinco seres humanos de la avalancha que había caído sobre su techo.

HAMM

EL BARRIO de Hamm. Este distrito no es nada adecuado para la lucha callejera a causa del trazado de las calles, anchas y rectas.

Es difícil atar sus expansivas avenidas con un cinto de barricadas. Las partes frontales de las barracas obreras, lisas y desnudas, caen a pico sobre el resbaladizo asfalto. Los muros no proporcionan ningún escondrijo a los tiradores solitarios que prefieren los bordes, vanos de puertas y elevados portones de entrada de las viviendas al viejo estilo. Las palas y las barras se mellan al tratar de excavar esta lava apisonada. Se necesita talar unos cuantos árboles muy crecidos para sellar una calle así. Pero en los barrios bajos suburbanos no crecen árboles. Es más, las calles rectas, vacías y lisas de Hamm, semejantes a canales de piedra, puede defenderlas fácilmente una ametralladora empotrada en un cruce. Hay kilómetros de espacios al descubierto que delatan sin piedad a los binoculares, cualquier figura agazapada que trate en vano de buscar refugio y protección en la magra sombra de esas fachadas inhumanas: una figura con gorra encasquetada hasta los ojos, una bufanda de lana enrollada hasta la barbilla y un rifle en las manos.

Todas estas características desfavorables no impidieron que Hamm se convirtiera en la arena de batallas breves pero muy intensas. Ni siquiera la heterogénea naturaleza pequeñoburguesa de su población pudo mitigarlas: como un solo hombre, los estudiantes que constituían una considerable parte de esta población ofrecieron sus servicios a la policía, no en su propio territorio sino después de haberse escabullido a zonas más seguras de la ciudad.

Un levantamiento armado presupone la presencia de gente en posesión de armas. El levantamiento de Hamburgo fue un levantamiento de obreros desarmados que se enfrentaron sobre todo a la necesidad de armarse a expensas del enemigo.

En la zona de Hamm había cinco delegaciones de policía ocupadas permanentemente por unidades de sipos; aparte de las armas que tuvieran los policías en sus manos, la organización militar esperaba apoderarse de los pequeños arsenales existentes en cada una de estas delegaciones.

Así pues, en Hamm, lo mismo que en otras partes de la ciudad, la lucha empezó con obreros desarmados apoderándose de las pequeñas fortalezas de la policía, custodiadas por centinelas y abarrotadas de contingentes militares y municiones de todo tipo.

Una de las delegaciones de policía más duras de roer fue tomada por doce obreros con una pistola anticuada.

En la misma puerta de entrada de la delegación de policía el destacamento pareció titubear. Entonces, uno de los camaradas cuyo nombre, Rolfshagen, puede mencionarse con orgullo —acaban de cerrarse tras él las rejas de un campo de trabajos forzados— hizo un ademán animado a sus hombres: “Nun man los!”* y sin detenerse a ver si alguien lo seguía, brincó los tres escalones con sus inmensas piernas e irrumpió en la delegación. Tras él llegó su amigo, un joven cajista, pero nadie más. El único revólver, descargado en aquel momento, apuntaba a la multitud de sipos. Al ver su indecisión, Rolfshagen bramó con una voz irreal y golpeó significativamente la mesa con su puño. Los papeles empezaron a volar, los sagrados óleos de los tinteros se esparcieron por todas partes y el poder estatal se tambaleó sobre sus cimientos.

—*Man los, hier wird nicht lange gefackelt!*†

Los policías se rindieron, alzaron las manos y fueron desarmados y encerrados bajo llave por los camaradas que los habían atrapado. ¿Qué iban a hacer ahora? ¿Resistir en el capturado Revier,‡ salir a la calle y esconderse bajo tierra, o correr en ayuda de Barmbeck desde donde llegaba a sus oídos el incesante ruido de las ametralladoras? Y no había ningún contacto con el centro.

Cuando permanecía sentado en un rincón en las reuniones del partido, chupando silenciosamente su pipa y acurrucándose en su hirsuta y acolchonada indumentaria impermeable de estibador, Rolfshagen nunca charlaba. No gustaba de las frases plateadas como los rayos de la rueda de una bicicleta, ni de los llamamientos a la lucha a los que son tan aficionados los intelectuales del partido. Concebía un levantamiento como algo simple y directo, sin retiradas, sin la menor vacilación ni desviación, como el barrido de una grúa agarrando su presa, la rectitud de la aguja de un compás y el infalible curso de un barco. Y así, sin recibir instrucción alguna, Rolfshagen cargó su rifle, apiló los cartuchos en montones prácticos y se dispuso a luchar afuera y morir junto a una ventana que con su alféizar proporcionaba una ligera cobertura.

Sus camaradas trataron inútilmente de arrastrarlo con ellos, convenciéndolo de todo el peligro que implicaba una posición que podía ser rodeada y aislada. Rolf decidió quedarse.

—Dat is Befehl ick blieb.§ —Y se quedó. Una hora después comenzó el duelo de este hombre con la policía que había inundado el distrito. Después de haber disparado su último cartucho, finalmente cayó, herido en la cabeza, el pecho y el estómago, y perdió el sentido de una terrible patada en las costillas.

Rolfshagen no murió en el hospital, en donde se le habían extraído seis piezas de plomo del cuerpo. Confiado en la rápida victoria de la revolución, rehusó escapar y aceptó con una sonrisa sarcástica los diez años de trabajos forzados que se le adjudicaron por "gracia" de Scheidemann. Aún a la salida del tribunal, se volvió hacia la multitud y gritó a los amigos esparcidos entre la densa maraña de burgueses del público:

—No se olviden de mantener limpio mi revólver. Pronto regresaré a recogerlo.

Ésta fue la captura de la delegación de policía de Fort Street.

Ahora, Mittelstrasse. Para empezar, Charli Setter, miembro del parlamento provincial a quien se le había confiado el liderazgo de una unidad de combate, no se presentó sino hasta justamente el final del conflicto y mostró una vergonzosa falta de resolución, apocamiento y pusilanimidad.

En segundo lugar, un obrero, ya no joven pero sumamente ágil y aufgeweckt, como dicen en alemán, cuyo largo rostro anémico estaba enmarcado por una barbita negra como un sobre de luto y crispado por el vago temblor de un dolor neurálgico. Había pasado toda la guerra sentado en las trincheras y salió de ella cojo, gravemente herido en la cabeza, sujeto a dolores angustiosísimos, ataques epilépticos e histeria. Su incapacitación no le había impedido, sin embargo, que su dañada cabeza revisara y reconsiderara sus viejas convicciones de socialdemócrata y funcionario del partido. Maldiciendo la guerra y el partido obrero que había actuado como proveedor de vidas humanas para la misma, rompió valientemente con la organización a la que había pertenecido durante más de quince años.

Los camaradas temían fiarse demasiado de K., a quien simples discusiones del partido lo habían llevado a accesos de cólera al comprender los engaños del SPD. Pero durante la Aktion no sólo aguantó, en batallas corriendo los mayores

peligros, sino que nunca se dejó llevar por sus nervios alterados. Su conducta fue irreprochable de principio a fin.

En el ataque a la delegación de policía número 23, dos extraordinarios hermanos marcharon junto a K. Rott, un gigante de cabeza ensortijada, de oficio obrero de la construcción. No puedo recordar la descripción exacta de su Branche. En cualquier caso, era una corta fórmula que incluía hierro, cemento y carbón. Tenía un sonido orgulloso como el lema de una cofradía laboral. En respuesta a todas mis preguntas este camarada sacudió meramente su cabeza sigfridiana y se negó tercamente a dar cualquier informe sobre la función que él cubría personalmente en el negocio. De modo que sobre este rostro severo y regular sigue posándose una larga sombra; una sombra parecida a la de las cariátides que mudamente sostienen toda una estructura. Junto a él estaba L., un carpintero altamente especializado y hombre de cultura y valor excepcionales. El color moreno de su cara, la vivacidad meridional de sus ojos y el romanticismo burlón con el que desenmascara y vacía los planos y laqueados lugares comunes de la jerga política —lo mismo que el artesano prueba la hoja de su herramienta en el borde de su banco de piedra—, parecen denotar sangre eslava y posiblemente judía. Un fogoso temperamento político y una fría sobriedad interior gracias a la cual L., como uno de los mejores y más destacados combatientes de Hamburgo, nunca olvida por un solo instante, muy dentro de sí, que las palabras más ardientes de la revolución están escritas en realidad con tosca pintura de aceite sobre percal barato rojo. Un entusiasta con un pequeño congelador en su corazón herméticamente sellado. Su consciente abnegación y la furia con que puede dejar de lado en los momentos requeridos la fría racionalidad que le importunaba son mucho más valiosas que cualquier valentía innata.

Tres hermanos anarquistas lucharon junto a Rott y L. Hombres valientes, que habían dejado el partido unos meses antes a causa de su inactividad, pero que tan pronto como circuló la consigna del levantamiento tomaron sus rifles. Toda su familia está compuesta por comunistas. La madre de sesenta años, las hermanas y los dos cuñados también participaron en el movimiento. En resumen, una célula familiar, un nudo soviet de los que hay bastantes en el fondo de los obreros alemanes. Este grupo —veintiocho obreros con dos revólveres y una macana de hule— saqueó la delegación de policía muy brillantemente rodeándola por ambos lados, desarmó a la policía y se apoderó de las armas que allí había.

Entretanto, alrededor de las siete, comenzó a despuntar el día. En las calles, el

tráfico se había detenido —por cierto, sólo unas horas en esta parte de la ciudad — y destacamentos de obreros armados paraban a sus colegas que salían en dirección al trabajo sin sospechar nada y los enviaban a sus casas.

—¿Qué sucede?

—Se ha declarado la dictadura del proletariado.

—Dat kun jo sen, ook io nich wieder gohn.¶

—Dan got wi werra nochüs.**

No a las barricadas, no a ayudar a las centurias obreras sino a casa.

También muy típico.

A pesar de la ausencia de órdenes ulteriores provenientes del Estado Mayor, la mayoría de los insurgentes abandonó las delegaciones de policía saqueadas y se dirigió a Barmbeck envuelto en humo, donde no cesaba el frenético tiroteo. Se había llegado a la única táctica sensata por instinto. No había manera de levantar el asfalto. No había casi árboles. Había muy pocas armas para que pudieran incorporar a masas más amplias. En consecuencia, los grupos armados se dispersaron en diferentes direcciones para infiltrarse individualmente en la zona de batalla.

Rott, L. y el destacamento de hermanos anarquistas, nueve rifles y doce revólveres en conjunto, procedieron en dirección a las más fuertes refriegas. En uno de los corredores de piedra fueron salpicados por el fuego de una ametralladora desde un camión. Los que llevaban rifles se tiraron al suelo y después, bajo un fuego cada vez más cerrado, se refugiaron en un callejón. Uno de los camaradas se dejó caer sobre una rodilla y alzó el rifle sobre el hombro. Cayó instantáneamente de sus manos. L. recuerda un arroyo de sangre que escurría por el pavimento arrastrando hacia la alcantarilla alguna colilla que alguien había dejado caer. De un lado llegó el estruendo de un segundo vehículo. Sin percatarse de los partisanos, se quedó muy confiadamente en una pequeña bocacalle con su pesado e indefenso flanco hacia dentro de la misma. Los insurgentes lo barrieron cabalmente con ráfagas de carabina. Entonces, el pequeño destacamento adoptó una formación de cuadro móvil y fue trasladándose de un lado a otro durante muchas horas, librando finalmente una verdadera batalla sobre el puente del canal central. Formaban un cuadro flexible

desparramado que, en el momento requerido, se aglutinaba y desaparecía como el agua en la arena. En el centro, tres o cuatro tiradores de primera ocupan una encrucijada o el cruce principal de varias calles importantes. En cada una de las esquinas adyacentes hay apostados observadores armados con revólveres, cada uno de ellos resguardado por un quiosco de periódicos, una cabina de teléfono o un tronco de árbol. Disparan únicamente a corta distancia durante las escaramuzas, mano a mano, y advierten a los carabineros de un inminente cerco. Precipitándose de un lugar a otro, defendiendo y abandonando puntos nodales sucesivos, este veloz pelotón de tiradores acaba consolidándose junto al puente del canal central, donde las estrías de piedra de las calles de alrededor convergen formando un amplio abanico. El puente arquea gentilmente su amplia espalda para pasar remilgadamente sobre la corriente de un descolorido y menguado canal de fábrica que es como una espina en su carne. Los tiradores están pecho tierra de modo que sólo sobresalen, por encima de la joroba del puente, los cañones de sus rifles. Creciendo dentro de corsés de barras de hierro más gruesas que sus troncos, hay unos cuantos árboles miserables que no han huido de este lugar únicamente porque el asfalto ha apresado los vástagos de sus raíces entre los terrones de tierra; ellos y un macilento poste de luz son la única cobertura de que disponen los combatientes distribuidos a derecha e izquierda de los tres cazadores más certeros.

A lo largo de toda la orilla, edificios inhabitables caen lóbregamente en el agua. Sólo ocasionalmente, alguna mirilla de bodega se abre en un muro empapado de humedad. Parece una boca bostezante y temblorosa que sale a la superficie para tomar un trago de aire y desaparece una vez más. Ésta es una Venecia obrera, donde los palacios de algodón, grasa y hierro no tienen amplias escalinatas de mármol, ni diques; donde el ladrillo y el concreto, lamidos por las venenosas aguas de albañal, están cubiertos por depósitos de belleza regia, capas de tintes verdes pálido, gris y café rosado, más caprichosas y variadas que el pórfido, el mármol y la malaquita; sangre, perlas y ceniza del alto Quattrocento. La grandeza de los escabrosos callejones cerrados está acentuada no por el tiempo sino por el carbón resplandeciente. Sus sombras son más trágicas que las que pintó la mano de Tintoretto para la floreciente Venecia. Esta laguna, que rodea y baña el industrial Hamburgo, no sabe de góndolas ni de noches románticas. Acarrea hasta el mar deshechos fabriles, humedad, frío y todas las enfermedades que empapan y traspasan las paredes, metiéndose en la vida, en los sueños, el trabajo y la sangre de millones de obreros. Como duque veneciano, las chimeneas de las fábricas se miran entre ellas en espejos nebulosos. El humo desciende desde sus hombros como un atavío esplendoroso y contraen

esponsales con su gris, frío y contaminado mar, no por el anillo dorado del Adriático sino por el aullido de las sirenas de los barcos que anuncian la llegada de materias primas preciosas. Las nereidas hace mucho tiempo que murieron en la fría suciedad de los canales. De vez en cuando, algunos chiquillos pescan del agua el cadáver blanco de un pez que flota con el vientre hacia arriba y las branquias dolorosamente distendidas.

Sobre este canal se entregaron a la lucha. De repente, los observadores informaron de la llegada de vehículos. Tuvieron que cambiar de nuevo de posición. Una vez más los mejores tiradores en medio del cuadro y los exploradores en los vértices. Un camión repleto de soldados aparece inesperadamente por una esquina. Con un tiro certero Rott logra darle al motor. Los sipos abandonan el vehículo y se llevan a los heridos. El destacamento hace de nuevo un esfuerzo desesperado y ocupa el eje del barrio contiguo. Esta vez es atacado por un carro blindado bajo cuya cobertura se esparce una línea de verdes. Los partisanos alcanzan con sus disparos al teniente, un denodado pero estúpido teniente que se había lanzado hacia adelante vociferando animosamente para conducir a sus hombres al ataque. Pánico entre los sipos seguido de una quietud enmudecedora; una quietud bastante apropiada para este fantasmagórico reino de canales abandonados, salpicada por los estandartes silenciosamente ondeantes del humo de las fábricas y las salvas lejanas del levantamiento que está siendo sofocado.

Los insurgentes continúan avanzando por calles vacías, junto a ríos inmóviles y vidriosos, por fábricas ociosas, cerradas como monasterios, y casas sin ojos con las bocas hostilmente apretadas; en los cruces de calles rompen su formación, tan ligera y conveniente como la tienda de un nómada. Finalmente, en medio de una total ausencia de vida, se acercó de nuevo el estruendo de ruedas por la calzada muerta. Esta vez era únicamente una camioneta cargada de periódicos. Olvidándose del peligro, meten las manos en los fardos firmemente amarrados con correas y echan una ojeada a las suaves páginas del Fremdenblatt sin encontrar en ninguna parte las únicas palabras que han estado esperando a lo largo de todo este día con más tensión y tormento que su propia victoria: noticias de la revolución en toda Alemania y de la nueva República de los Soviets. Rott estrujó un periódico y agarró bruscamente otro. L. lo leyó y palideció, Otto envolvió su mano herida en este trapo sucio negándose a creer sus informaciones y moviendo despectivamente la cabeza. Mentía. Sí, acallaba deliberadamente el levantamiento victorioso en Berlín, Sajonia, y en todas partes. No podía ser de otra manera.

Después, echaron los fardos al asfalto y les prendieron fuego. El viento arrebató las páginas flameantes arrastrándolas hasta el canal. Allí flotaron a la deriva como pájaros en llamas, cisnes ardientes.

Sonaban descargas en las calles cercanas. El destacamento emprendió lentamente la retirada, iluminado por el resplandor rojizo de la enorme hoguera que los soldados estaban tratando vanamente de sofocar con las culatas de sus rifles.

POSDATA:

LOS MENCHEVIQUES ALEMANES DESPUÉS DEL LEVANTAMIENTO

DURANTE el reciente levantamiento de Hamburgo, los trabajadores del muelle, que ya habían estado en huelga varios días, no unieron sus fuerzas a las de las masas en lucha. Deambulaban por las calles con las manos metidas en los bolsillos y preguntaban con inocente curiosidad a los camaradas que regresaban de las zonas cercadas por la policía: ¿qué sucede?, ¿por qué? Organizados por los socialdemócratas, miles de obreros se mantuvieron como espectadores pacíficos de los acontecimientos de Hamburgo. Los obreros portuarios —con excepción de los astilleros y las plantas procesadoras de desechos del petróleo, en donde los salarios han descendido a niveles ridículos— son aristócratas comparados con la masa del proletariado de Hamburgo.

Ganan más que los obreros más calificados del interior como, por ejemplo, los obreros de la construcción, los mecánicos o los ferrocarrileros y, por supuesto, varias veces más que esos parias del puerto de Hamburgo, los empleados en los astilleros. Durante la guerra, esta capa satisfecha trabajó celosamente para el Departamento de Guerra recibiendo pagas excelentes; estaban exentos del servicio militar y entraron en la revolución como una corriente fría y reaccionaria que combinaba perfectamente su modo de vida fofo, comodino, satisfecho y pequeñoburgués con un inofensivo carnet socialdemócrata. En 1918, esta masa de obreros acomodados, organizada por los mencheviques, luchó a más no poder contra el Consejo de Representantes Obreros (sóviet), por escurridiza y ambivalente que fuera su política. A las manifestaciones de desempleados, la prohibición de los periódicos burgueses y el desastre del periodicucho del SPD, El Eco de Hamburgo, que había salpicado sus páginas amarillistas con difamaciones diarias contra el sóviet, estos obreros habían respondido con una poderosa contramanifestación reaccionaria, el arresto del presidente del Soviet, la restauración del Senado burgués y una huelga de ferrocarrileros que impidió la expedición de fuertes unidades de voluntarios, movilizadas por el proletariado de Hamburgo para acudir en ayuda de la ciudad

de Bremen, sitiada por la división de oficiales del general Herstenberg. En suma, no era la primera vez que los trabajadores del muelle y otros obreros empleados en los innumerables almacenes del puerto prestaban un valioso servicio a la contrarrevolución alemana.

Y bien podían hacerlo. Los barcos mercantes procedentes de todas las partes del mundo convergen en el conveniente puerto de Hamburgo. Los navieros no tienen tiempo que perder, no tienen tiempo para estar regateando unos cuantos irrelevantes centavos. Por cada día de retraso tienen que pagar estadía; las fechas de entrega no pueden esperar; los fletes convenidos y las tarifas de ferrocarril caducan. Debido a todas estas circunstancias, los estibadores y los empleados de los almacenes gozan de privilegios económicos incuestionables mientras que otras categorías de obreros hace mucho tiempo que perdieron estas dos: la jornada de ocho horas y la mitad del salario de la preguerra. A lo largo de los dos primeros años de la revolución, nunca dejó de hacerse sentir la influencia reaccionaria del puerto. Estaba en contra de la socialización de los complejos industriales, de la restricción del comercio privado y de cualquier conflicto que pudiera debilitar el valor del crédito de la ciudad libre en el extranjero, fortaleciera a sus competidores en otros países y descongestionara la población de un puerto que vive del flujo y reflujo del mercado mundial.

Ya en 1919, los mencheviques de Hamburgo se imaginaron que Inglaterra perdonaría a la capital de la Uferland* a cambio de su virtuosa supresión del comunismo. Hoy no queda nada de esas esperanzas. La Entente ha masticado concertadamente las sobras de la Alemania socialista-burguesa y ha arruinado totalmente no sólo a los comunistas sino también a los mencheviques más moderados. Su bienestar se ha tambaleado, sus sindicatos reúnen limosnas y sus líderes, ahora expulsados de la Gran Coalición, votan por la dictadura de la burguesía; pero las viejas tradiciones tardan en morir. El puerto está pauperizado, aunque todavía es el mejor alimentado de los indigentes y se alimenta sin penosas interrupciones. La agradecida aristocracia laboral ayuda a la policía a quitar las barricadas y asiste a los mítines y concentraciones del SPD en masa.

Ayer fue un día de campo para ellos. La ciudad libre de Hamburgo fue honrada con la visita de un eminente berlinés, el director de Vorwärts, Genosse Stampfer. Cientos de obreros acudieron a escucharlo. Ni un solo obrero ruso, probablemente, tendría la paciencia de leer hasta el final un artículo en el que se detallan todas las deformaciones del pensamiento marxista que el experimentado menchevique tuvo la temeridad de exponer frente a un auditorio de clase obrera;

y esto en una ciudad en donde se acaban de rellenar las trincheras que habían zigzagueado los suburbios en todas direcciones, donde las viviendas de los barrios obreros están laceradas por las balas, donde los policías muertos se pueden contar por docenas y los obreros heridos, detenidos y golpeados por cientos. Y, aun así, hay que tener un concepto claro de todo el deterioro y la vertiginosa decadencia de la Alemania obrera y pequeñoburguesa, corrompida por medio siglo de pseudosocialismo castrado y amputado, para apreciar el tremendo acto de heroísmo que representó, en estas condiciones, el levantamiento armado de Hamburgo. Alzarse en esta ciénega, en este lodazal cobarde y profundamente reaccionario, era mil veces más difícil que bajo la vieja bota de nuestros soldados zaristas o frente a un renegado camisa negra fascista clara y fácilmente reconocible.

El doctor Stampfer no trataba de ser particularmente lógico. Después de todo, sentía que estaba en provincia, donde un buen jugador puede hacer trampa sin apuros con una carta claramente marcada. En primer lugar, todos los infortunios de Alemania emanan de la interminable multiplicidad de parlamentos regionales. Deberían ser abolidos y centralizados. En segundo lugar, sólo un poder estatal fuerte es capaz de proteger a la clase obrera de la ofensiva del capital. Sólo el Estado —gritos: “¿qué clase de Estado?, ¿burgués?”— puede defender la jornada laboral de ocho horas. Hasta los meritorios, corpulentos y canosos miembros del SDP empezaban a sentirse en cierta manera incómodos, pero los mencheviques alemanes tienen el remedio ingenuo y siempre efectivo del orador: en cuanto el auditorio empieza a silbar y los viejos comienzan a mirarse unos a otros impacientes y a murmurar: “¿Oh, de veras? ¡Nunca me lo hubiera imaginado!”, el orador saca a rastras al escenario a Guillermo. Vivo, con bigotes y de uniforme militar. Lo único que necesita el orador es pellizcarle la nariz, contar un par de anécdotas sobre la estupidez del ex emperador y tener el valor sin precedentes de insultar a Guillermo tratándolo de tonto, idiota y maniático para que los filisteos se estremezcan en éxtasis ante una blasfemia tal y el público quede conquistado. Después de haber escupido a Guillermo, el miembro del SPD pasa a los comunistas.

Resulta que son ellos los que han hecho pedazos el sagrado cáliz de la República. Desprovistos de todo tipo de estima por las formas legales de la democracia y por los nobles y filantrópicos métodos de la lucha parlamentaria, han mancillado las faldas de esta doncella inocente, la República, con la sangre de sus propios hermanos proletarios.

En medio de un gran silencio, Stampfer lanza su acusación:

—En Prusia los comunistas torturaron brutalmente a dos oficiales de la policía. ¿Es que este pobre Schupo† no es tan proletario como nosotros?

Desde algún lugar de la parte de arriba un lamento burlón muy penetrante sofocado por virtuosos gruñidos:

—¡Abajo Scheidemann! ¡Cuelguen a Ebert del poste!

—Ebert —dice el director del Vorwärts golpeándose su almidonado pecho—, Ebert, ese hijo del pueblo, ha llegado a las supremas responsabilidades del Estado gracias a su propio talento. El proletariado alemán puede estar orgulloso de que un hijo de sus entrañas haya alcanzado tal encumbramiento.

El papa Ebert aparece encumbrado en las nubes del parlamentarismo. La República se inclina para ponerle la corona de la victoria y señala a la urna electoral: sólo uno entre millones puede ganar doscientas mil libras o llegar a presidente. La divina lotería de la democracia.

Stampfer admite algunos errores del partido con franqueza desarmante. El partido ha ido aprendiendo. No se consigue nada sin penas ni sufrimientos.

—Pero ¿por qué nosotros siempre condenamos únicamente a nuestro partido? Esto nos debilita. Deberíamos hacer las críticas en privado, cara a cara. Vean por ejemplo lo que sucede entre el doctor Hertz, Breitscheid y yo. —Una nota de confianza e íntima simplicidad. —Ellos votaron en contra de la moción de confianza en el gobierno de Marx pero yo estaba a favor. ¿Y qué pasó? ¿Nos peleamos por eso? ¡Claro que no! Viajábamos en el mismo compartimento y no hablamos de política; estábamos ya hasta aquí de política —gesto de estar harto. —Y en la estación nos comimos juntos unas salchichas. Pero imagínense cómo habíamos discutido sobre esto en la facción, casi llegamos a los golpes.

Los electores siempre se sienten halagados cuando se les permite echar una miradita por el ojo de la cerradura y ver la cocina de la política a lo grande. Diez o doce oradores, uno tras otro, hablaron contra el meritorio Vorwärts. Pusieron de manifiesto las siguientes verdades elementales: 1) los socialdemócratas han dado a luz sin riesgo alguno a la dictadura de la burguesía; 2) esta dictadura se dirigirá exclusivamente contra la clase obrera; 3) el SPD es responsable no sólo moral sino también formalmente de esto.

Todos aquellos oradores que en sus diez fugaces minutos de turno, puntuados por la campanilla del presidente, trataron tortuosamente de dar consistencia a su más profunda decepción con el partido y la rabia que les inspiraban sus crímenes fueron recibidos con aplausos, gestos de asentimiento y fuertes ovaciones preparadas de antemano. Después, con uniformidad excepcional y una mayoría abrumadora, se concedió una moción de confianza a la facción parlamentaria del SPD. Luego de haberle dado a su representante una buena repasada, haberle metido la nariz en los pecados de los socialdemócratas y haber revelado la plena comprensión de sus trucos de tiburón, los electores limpiaron la nariz rota de Stampfer y lo dejaron ir a casa con un voto de plena confianza. Un tahúr no debe embaucar a su propio compañero porque perderá el juego. Pero hacer trampa en beneficio de la dilecta clase media y blofear a la odiada revolución, eso sí puede y debe hacerlo.

EN EL PAÍS DE HINDENBURG

PREFACIO A LA EDICIÓN ALEMANA

He viajado por Alemania, “el país de Hindenburg”, y la he contemplado con la mirada despejada de una visitante proveniente del país de los obreros y campesinos, el país de Lenin. Ustedes tienen castillos y museos, palacios de gobierno donde se sientan los ministros, avenidas de la victoria y monumentos a la victoria, manicomios, monumentos conmemorativos a la guerra, barracas, escuelas, cárceles y fábricas; millones de gentes exprimidas por la explotación y una burguesía con cultura, tecnología y todas las comodidades de una buena vida.

Pero mi deseo no consistía meramente en conocer las calles alemanas y ver quién pedía limosna, moría de hambre, paseaba, iba en automóvil o desfilaba en ellas, sino en ver los lugares desde donde invisiblemente todo se dirige y donde los millones de cabos y cables se reúnen: me refiero a los centros de poder de la opinión pública y a los talleres industriales del espíritu germano, la cultura germana y las ametralladoras germanas.

He buscado a Alemania en el seno de sus santuarios nacionales.

KRUPP Y ESSEN

LAS CIUDADES del Ruhr con sus calles, plantas industriales y minas están marcadas con el nombre de Krupp lo mismo que las cucharillas de café y las fundas de almohada de una familia hacendada. Essen no es más que un patrimonio heredado, una propiedad familiar que ha ido pasando de generación en generación. La familia, como si estuviera en casa propia, erige arbitrariamente monumentos a sus miembros difuntos en las plazas y los jardines públicos. La abuela encarga un monumento, los primos o hijos o nietos, que tienen sus propios gustos y placeres, otro. En todos los cruces de calles, un Friedrich-Albrecht de bronce, un Albrecht-Franz o un Franz-Friedrich. Los edificios, los tranvías, la gente y los vehículos ceden humildemente el paso a sus amos de hierro. El culto a los ancestros reina en el mayor de los centros industriales europeos. El último varón de la familia reinante murió hace tiempo y el ultrajante escándalo que lo acompañó a la tumba se ha olvidado después de tanto tiempo. Las hijas, viudas desconocidas, han heredado miles de millones por derecho de sangre y se han convertido en las soberanas autócratas de cientos de fábricas, minas, astilleros, ferrocarriles y puertos; se les asignan maridos para la continuidad del linaje y funcionarios insignificantes convertidos en príncipes regentes adoptan el nombre de sus esposas y se multiplican de modo que la gran ciudad de Essen no quede sin amos de pura raza, y cientos de miles de obreros con millones de máquinas pueden disponerse a trabajar tranquilamente para pequeños Krupps verdaderos y de pura sangre. La vida ha sobrepasado, por supuesto desde hace tiempo, las formas económicas patriarcales con las que el viejo Adolf empezó hace medio siglo; los negocios están dirigidos por consejos de administración de sociedades anónimas en vez de por un señor monárquico, y el coloso Krupp camina a grandes zancadas en una dirección fija y guiado en último término por un ejército de funcionarios expertos y no por la voluntad del brillante organizador y artífice que había sido Krupp II.

Hace treinta o cuarenta años, en el lugar que ahora ocupa la ciudad de Essen —donde hoy en día los gigantes de la metalurgia trabajan apiñados unos junto a otros, donde las plantas industriales se dan empellones y las chimeneas de las

fábricas estiran el cuello para no perderse de vista unas a otras al dividir el cielo tiznado de negro con gruesas franjas de humo; donde en lo hondo, muy por debajo de los pies de la ciudad, las minas roen cualquier pedazo de carbón (entre ellas se extienden negros caminos cubiertos como cables y cada mina hullera los agarra con cientos de manos y los jala hacia su lado); donde los grandes hornos de fundición que entretejen las ciudades del Ruhr formando el cuerpo de una planta industrial gigantesca nunca se extinguen—, en el lugar que ocupa este Essen hubo alguna vez campos y alquerías esparcidas de campesinos. Hoy todavía puede verse cómo la ciudad ha crecido a partir de una mina. Cemento y asfalto han meramente recubierto su desorden milenario. Las calles han formalizado los vericuetos y las veredas retorcidas que los primeros mineros recorrían entre la taberna y el trabajo. La ciudad se ha resignado a sus casas extrañas y desgarbadas que no reconocen ninguna disciplina. Como vagabundos convertidos en millonarios de la noche a la mañana, holgazanean aquí y allá, con las pipas entre los dientes, sin jardines —o sin pantalones—, con sus pechos de piedra desnudos expuestos libremente al viento. La ciudad, aplastada por la riqueza y agobiada por el olor a dinero, corre apresuradamente siguiendo su camino, pretendiendo que aquí no hay nada y construyendo puentes para evitar esos pies con toscas botas de minero que se extienden para cruzar la calle. Essen ha conservado, a partir de aquella época, una pasión por la reconstrucción y grandes e inútiles excavaciones. Disfruta de sentarse y escarbar en su saco de cháchararas, su viejo saco de herramientas. Extraer piedras de cuarenta libras del pavimento de las calles, excavar el suelo para que el hedor de la tierra desnuda, que no se ha quitado su camisa de piedras durante decenios, flote sobre la ciudad y después volver a colocar todo donde estaba, abrir una línea de tranvías y prender faroles en las calles. La ciudad, como las extremidades palmípedas de un ganso, se extiende principalmente entre las fábricas. Sus viviendas están estrujadas entre bloques de factorías, apiñándose contra las bardas y temerosas de ser las primeras en ocupar un solo pedazo de terreno vacante sin permiso del sindicato del carbón. Cualquier estrecho callejón multifamiliar no tiene más que dar unos cuantos pasos adelante para encontrar en su extremo una chimenea de fábrica irguiéndose como un vigilante que ondea una humeante bandera:

—Atrás, esto es Acero del Rin o Herkules o AEG.

Por eso esas casas diminutas tienen un aspecto tan contraído y los ojos saltones. Negras, medio ciegas, cargadas de espaldas y encasquetadas con techos de hojalata, se pegan a los muros de bancos plantas industriales y oficinas comerciales. Son minas llenas de gente que trepa hacia arriba debido a que la

terrible presión la obliga a subir desde bajo tierra.

Todas las plantas de la ciudad de Essen pertenecen a Krupp y todas sus viviendas son propiedad de Stinnes. La inefable escualidez de estas últimas todavía entraba, hasta hace poco, como partida en el activo de la fabulosa contabilidad de este emporio.

Pero incluso allí donde las fábricas tienen que apartarse para dejar paso a las calles y los tranvías a través de las fisuras, siguen siendo las dueñas; los callejones son tan estrechos que las mujeres podrían haber tendido la ropa colgando cordeles de una ventana a otra a través de la calle. Pero en vez de esto, las fábricas han extendido sus cables, tuberías y puentes a través del pavimento. Cruzan a grandes zancadas sobre los techos y bloques de viviendas como un gigante a través de chozas de liliputienses. Es bastante desvergonzado este señor y amo: tira sus desperdicios directamente a la calle, escupe vapor, cenizas, agua y mugre en las cabezas de los transeúntes. Cualquiera que pase corriendo por debajo de sus ventanas abiertas de par en par puede ver cómo golpea a su constante esposa, el dúctil pero inconmovible acero, con su martillo. Sus chirridos y chillidos despiertan a los niños en la cama. Día y noche, los dormitorios que abrazan a las fábricas escuchan llorar al hierro como a una criatura adolorida. En los hogares obreros, todos los objetos se estremecen como yunques —aun cuando los golpes caigan bastante lejos— y acompasan su respiración con los suspiros transportados por el viento. Inconscientemente, su corazón y su reloj —un reloj de minero, de plata, como una cebolla, con una manecilla gorda y negra como un dedo— el obrero los adelanta o atrasa para ponerlos en hora con la sirena de la fábrica. Todo está a la misma hora. Cientos de miles, un ejército de mineros y obreros metalúrgicos, se desplazan, duermen, trabajan, despiertan y toman su comida sin perder el paso, cayendo fuera de la columna o interrumpiendo su marcha, y nunca, ni siquiera en los momentos del más profundo olvido, dejan de oír esta música marcial del trabajo emitida desde las fábricas a la ciudad, a sus afueras y a toda la población trabajadora.

Hay un solo punto en todo Essen donde reina una quietud profunda y solemne. Y no se trata en modo alguno de las denominadas fincas, porque las fábricas hace mucho que las atraparon, tragándoselas enteras junto con sus lechos de flores y con las abejas muertas por el polvo del carbón. Tampoco es el club de campo donde se ha apartado especialmente una pizca de naturaleza con pasto, hojas y

un estanque de pesca para los empleados leales y sus hijos. (El club mira todo con un solo ojo mientras desvía fuertemente el otro para no ver las chimeneas de las fábricas que dejan flotando en el aire sucias nubes de humo incluso aquí, en este jardín de las delicias para empleados de sexta categoría.) No, la verdadera quietud, tan profunda que ni siquiera el mejor elevador deslizándose al descender y pasar cada piso puede sondear sus profundidades, quietud aislada y cortada del mundo exterior por muros de vidrio de silencio, está en el despacho principal y la sala del consejo de las instalaciones Krupp. No un despacho sino, estrictamente hablando, un ministerio. No un consejo sino un gobierno. Roble, cuero y vestíbulo como para coronaciones. Los retratos de reyes son sólo incidentales. En puestos de mucho más honor hay armas de fuego con sus esposas y madrinas; muestras de acero y certificados ganados en exposiciones internacionales. Hay algo en todo esto —esos espacios de los círculos oficiales, pozos profundos de reserva y grave respetabilidad— que es más propio del Quai d'Orsay y el Foreign Office o, en Petersburgo, de la vieja ribera o de la lóbrega mansión junto al canal donde hoy se encuentra la misión del Reichswehr. Los peticionarios que han engullido esta atmósfera caen desvanecidos en los sillones. Casi todos, incluso los técnicos especialistas con las mejores referencias, se van sin haber logrado nada. Krupp está en crisis y por lo tanto Krupp tiene la palabra. Muy pocos conocen la vida interna de la compañía. Hasta su propia gente comete errores.

—¿Puedo ver al comandante von R.?

El viejo empleado responde con una sonrisita:

—Querrá usted decir al coronel von R.

—¿Cómo? ¿Sólo desde el año pasado?

—Sí, señor cónsul…

Continúan escalando el escalafón de rangos que supuestamente dejó de existir después del 9 de noviembre. Caminan en fila india o se adelantan unos a otros en la lenta carrera de promoción, mientras en las sombras alguien traslada a sus fieles servidores de un escalón al siguiente. Los subtenientes se convierten en tenientes; los tenientes en capitanes, los capitanes en comandantes. Hombres bastante jóvenes ocupan los puestos vacantes en esta tropa sin combatientes, este ejército sin soldados rasos.

Su propio Estado Mayor y, naturalmente, su propio cuerpo diplomático en los últimos años se ha encogido de tamaño y se ha visto severamente reducido. El rey de los cañones hace ya tiempo que retiró a sus embajadores. Hoy se sientan alrededor de las casitas mandadas construir por madame Krupp para su antiguo séquito doméstico, reciben raquíticos salarios y comen colas de arenque con los más refinados cubiertos de la familia, mientras en los salones, donde el rostro equino del príncipe de la corona con un par de bolsas bajo los ojos los contempla, rememoran aquellos tiempos en los que una palabra del representante de Krupp en Pekín significaba más que todas las declaraciones de los enviados oficiales. Yuan Shikai viajaba regularmente a una pequeña casa china lejos del odiado barrio europeo en donde compraba consejo y encargaba armas. Después vino la guerra y ¡todo se perdió! No obstante, hasta este momento ¡qué fuentes de información y qué contactos tiene Krupp! En el Essener Zeitung, breves párrafos sobre asuntos extranjeros y, especialmente, orientales son indicio de la vasta operación que se está llevando calladamente entre manos. Mientras el ministro del Exterior anda a tientas buscando una ruta para las exportaciones alemanas, aquí en Essen hace ya mucho que han entendido lo que puede significar un mercado chino para la industria alemana. La lucha revolucionaria china se sigue muy de cerca, se ofrecen precios, se renuevan relaciones; vigilan y esperan. Tuve una discusión sobre China con uno de los gerentes de la Krupp. Para añadir un peso de elocuencia definitivo a su punto de vista, abrió de un jalón el cajón de un escritorio con un gesto impaciente, desdobló un informe reciente del que reveló primero unas cuantas líneas y después unas cuantas páginas; ¡era un informe de todos los movimientos y de cada una de las palabras pronunciadas por el camarada Karajan en Pekín!

La torre rectangular sobre el techo del edificio administrativo principal ha sobrepasado a todos los demás edificios fabriles en su senda hacia el cielo, alcanzando los agudos pináculos de un antiguo monasterio que laboriosamente envía al cielo sus repiques y lamentos acerca de las máquinas, cuya constante vibración desmorona los muros de la iglesia: “Oh, Señor, ¿quién se va a acercar a mi Cristo del siglo IV con gotas de sudor en la frente cuando un alto horno de veinticinco mil toneladas está ardiendo aquí junto? Oh, Señor, haz que no sea así”. Pero el cielo de Essen ha cambiado. Es sólo la bóveda sombría de una estación de ferrocarril, el techo de una inmensa fábrica. En los lugares en los que

hay vidrios rotos en las ventanas puede verse un poco de azul. Pero un ventilador celestial en lo alto rápidamente lo hace desaparecer.

Un elevador corta como una cuchilla una gruesa rebanada de la casa de Krupp. Primero, quedan atrás los peticionarios, después los pisos más bajos caen y desaparecen y, finalmente, en la cabeza del edificio los corredores son grises e inanimados como las circunvalaciones del cerebro. Una muchacha joven de cutis amarillento que sube y baja metida en su caja diez horas al día empuja la puerta. Qué raro. Hay un comedor preparado para diez personas, tan luminoso como un faro alrededor del cual el viento sopla y azota con lluvia y hollín sus muros de cristal. “Aquí”, susurra nuestro escolta, un antiguo oficial con una boca que parece una cicatriz y un guante negro en su mano de madera, “aquí almuerzan los semidioses”.

Desde la mesa puede verse Essen y todo el reino de Krupp. La historia del imperialismo alemán escrita en líneas de bloques de fábricas con las chimeneas como signos de puntuación. Todo el horizonte está garabateado con estos signos como notas al margen de un libro mayor de contabilidad. Como un empleado de la bolsa, el viento los borra del tablero del cielo a cada minuto y los lava con una lluviosa esponja para volver a escribir nuevos signos y cifras. El humo trepa en largas líneas erráticas como si representara el nivel de los dividendos anuales del señor Krupp. El cielo juega a la bolsa de valores, el cielo compra y vende.

Mucho más abajo, entre el cemento y el granito, se encuentra la pequeña casa de madera con dos ventanas donde el primer Krupp emprendió su trabajo hace un centenar de años. Había querido aprovecharse del débil estado de la industria británica durante las guerras latinoamericanas de independencia y forjar un poderoso rival con los yunques alemanes, pero perdió toda su fortuna, quedó arruinado y murió en esta casita, mientras el acero británico gobernaba invencible el mercado mundial. La crisis había terminado demasiado pronto, la burguesía alemana estaba todavía en pañales y su profeta, carente tanto de crédito como de dinero en efectivo, fue aplastado junto con sus experimentos y su único alto horno. Su hijo comenzó por el principio. Trabajó durante veinticinco años para preparar la victoria del acero sobre el hierro. La victoria del arma de fuego de acero forjada en una sola pieza sobre el viejo cañón de bronce. Envió un lingote de acero de la mejor calidad, de dos mil kilos de peso, a la exposición de Londres de 1851. Este pedazo, ganador de una medalla de oro, era una advertencia que nadie comprendió. Veinte años más tarde estaba destinado a aplastar a la industria bélica francesa. Frente a este lingote miles de

visitantes se habían parado extasiados.

En vísperas de la guerra franco-alemana, ya estaba terminado un prototipo del arma moderna de acero. Krupp se había convertido en un nombre mundial. Bajo y forjado de una sola pieza como su acero, retumbó primero en Europa y después en Asia. Su nombre se pronunciaba allí donde se conglomeraban nubes de tormenta. Krupp significaba “guerra”. Una nueva guerra cuyos horrores la humanidad todavía desconocía, un nuevo modo de morir y una nueva estrategia distinta a las que había habido hasta entonces. En el Ruhr, al oeste de Alemania, día y noche salía humo de las fábricas, ardían los hornos y se vertía y forjaba el metal fundido para producir armas de fuego pesadas, rifles, morteros, obuses y dispositivos explosivos para cualquiera que pudiera pagarlos. Era el arsenal del mundo.

Krupp nació alemán y patriota, en la medida en que un hombre de negocios puede ser patriota de un país. Esto significaba que el káiser alemán era recibido en la corte de Krupp con más frecuencia e informalidad que otros que buscaban su amistad. Cualquier nuevo invento se le ofrecía a él en primer lugar. La madre patria era el primero de los clientes. Pero si la madre patria no podía pagar o solicitaba un plazo, las mercancías pasaban a manos enemigas. Pinner escribe: “En la época en que Krupp lanzó por primera vez los cañones de sus armas al mercado, nadie se atormentaba con remordimientos de conciencia o prejuicios de tipo político. Todos estaban dispuestos a vender sin titubeos sus instrumentos de crimen tanto a amigos como a enemigos. Las guerras de Bismarck no fueron más que un terreno de pruebas, la prueba de fuego para sus armas.”

Si el gobierno francés se hubiera dado cuenta de la superioridad de las armas de Krupp y se hubiera apresurado a renovar el equipo de sus ejércitos, la guerra de 1870 habría podido terminar de manera diferente.

Los cuarenta años siguientes fueron el periodo de la mayoría de edad de la industria alemana y su imperialismo. Krupp se convirtió en todo un Estado. Fue uno de los primeros en reconstruir todo su proceso industrial a manera de un trust vertical. Todo incluido, desde las minas de carbón hasta las plantas de ingeniería, desde los depósitos de mineral hasta las plantas de electricidad. Todo de primera mano, todo su propio producto. Aseguró su retaguardia y declaró la guerra a intermediarios y a alianzas enteras de intermediarios para la

independencia de la materia prima: mineral, combustible y elementos químicos. Sus hornos, plantas y talleres adquirieron sus propias colonias extranjeras. Krupp conquistó para ellas territorios enteros y mares de petróleo. Estranguló a sus vecinos como a gallinas, tragándose sus haberes o fundiéndolos con los suyos en forma de sociedades anónimas.

En la víspera misma de la guerra, probablemente en 1913, Krupp emitió una brillante observación en un banquete para la prensa que pasó tan inadvertida como aquel pedazo de metal de hacía sesenta años.

—Una fábrica debe crear su propia demanda.

Krupp hacía armas y la guerra era su cliente. En 1914 estalló.

Las instalaciones nunca florecieron como durante los primeros años de guerra. Ciento treinta mil obreros trabajaban en la manufactura de armamentos. Cuarenta mil se sentaban a comer en las fábricas en un solo turno. Los viejos edificios entraron en desuso y fueron apareciendo los nuevos a una velocidad increíble. Sólo tomando en cuenta el primer año de la guerra, el giro de la empresa se elevó de 33.9 millones de marcos en oro en 1913 a 86.4 millones en 1914. Finalmente, en las afueras, donde en la actualidad los soldados franceses hacen sus prácticas de tiro y cantan esas alegres canciones, creció un lagarto de techo plano, un granero rojo oscuro debajo del cual la tierra se sacudía noche y día. La mayor planta de armas de Europa. Ésta, los talleres Hindenburg, se había erigido gracias a ese famoso plan para la militarización de la industria cuya paternidad se atribuye al mariscal de campo. El plan era simple: inundar la industria pesada con oro y cebar sus fauces con los últimos recursos del país, pero obligarla a producir más armas que todas las plantas de los aliados juntas. En este juego Krupp fue derrotado. Vickers-Armstrong y la Bethlehem Steel Corporation demostraron ser más fuertes. Hoy, el día en que se llevó a cabo el programa Hindenburg se considera la fecha del hundimiento final del marco, el comienzo de la caída y el principio de los años de inflación.

Nadie se enriqueció tanto con la guerra como Krupp. Nadie recibió un golpe tan duro con la Paz de Versalles como él. Las máquinas que habían producido las armas se destruyeron. En los talleres de municiones, las herramientas fueron destruidas o eliminadas. Barrios enteros se hundieron en el silencio y docenas de

chimeneas dejaron de humear. En Alsacia, Luxemburgo y el Sarre las minas y los pozos pasaron en su mayoría a manos de los industriales franceses que las trataron exactamente como hubiera hecho Krupp en caso de victoria. Los lugares que ocupaban las instalaciones ahora destruidas o paralizadas se han convertido en agujeros bostezantes. Las reservas frescas de materias primas, perdidas para siempre, al otro lado del Rin, tenían que buscarse en el extranjero.

Krupp hizo un intento por pasarse a los carriles del tiempo de paz. Hasta la fecha nunca había hecho cosas en el sentido aceptado de la palabra. Pero ahora está siguiendo en gran medida un camino original: con sus productos no se puede hacer sopa ni coser vestidos. Sus plantas no producen bienes de consumo sino medios de producción. Krupp es una escuela maternal para finos caballos de fuerza, establo de cría de máquinas de caballos que engendrarán a su vez innumerables generaciones de motores. Sus telares son como abejas reinas de las que emana la vida de toda la colmena. Sus esbeltos cuerpos de acero lanzan al aire millones de metros de tela y sus camiones y grúas trasladan miles de toneladas. Las ruedas del ferrocarril no son más que bobinas alrededor de las cuales se enrolla el espacio. Vagones autodescargables, motores de diesel, piezas de compresión para ferrocarriles elevados, cosechadoras y máquinas para plantar papas y rociar fertilizantes. Rastrillos y segadoras, palas y calderas de vapor para locomotoras, tanques para almacenamiento de aceite y tuberías, todos ellos embriones de fábricas, el esperma de nuevas líneas de aviación y ciudades y el tonelaje de flotas que transportarán las cosechas en las próximas décadas.

A pesar de todo, nada es una bagatela para Krupp hoy. Krupp no desdeña nada. Se le ha prohibido fabricar armas. De acuerdo. Fabricará dientes falsos, ligeros, duraderos, inmaculados, inodoros, insípidos, mandíbulas de acero. Tan buenos como los de platino y diez veces más baratos. Cayó sobre las lecheras, eliminó los trapos y coladores que solían usar para verter la leche en las botellas y les dio unas maravillosas desnatadoras a veinte marcos cada una. El gran Krupp ha entablado amistad con los más pequeños y oscuros cines en los que la hija del dueño toca el piano. Ahora le compran solamente a él sus proyectores. Tentó a las esposas de los porteros, pequeños empleados del correo, solteronas, maestros de escuela y farmacéuticos a que compraran su linterna mágica. Abasteció de cajas registradoras a miles de tenderos. Pero todo esto siguen siendo bagatelas, nada de esto es suficiente para cerrar la grieta. Krupp ha sido atrapado fuera de equilibrio. Tiene que dar un nuevo paso adelante y llevar a cabo una revolución tecnológica si va a vencer a los competidores extranjeros sin armas ni bayonetas.

Pero ahí siguen todavía, se les puede ver desde la torre. Todos los días, a la hora del almuerzo, los directores cuentan los caparazones vacíos con la mirada: los techos grandes y planos de los Talleres Hindenburg; ahí yacen rodeados de fábricas con un olor que cada día parece volverse más pestilente, como el cadáver de una ballena en putrefacción. Un polígono silencioso que parece un cementerio. Un edificio muerto debajo de una cúpula parecido al Almirantazgo de Petersburgo, durmiente, negro: es la fábrica que trabajó para la armada. Ahí están los interminables talleres de la planta de armas extendiéndose todo a lo largo como el cañón de un rifle, sellados por fuera y vacíos por dentro con tramos de escaleras visibles a través de los muros de vidrio como huesos a través de la piel. En algún lugar se oye el estampido no de un cañón sino de un martillo, una presa hidráulica que engendra cisternas y calderos para las plantas químicas. Pero muy pronto también este trabajo se detendrá. Hoy calderas, pero mañana de nuevo cañones. No, es mejor que todo haya reventado. La Comisión de Control es implacable.

La planta de ingeniería, que sufrió tan cruelmente, trabaja ahora a la mitad de su capacidad y es la mayor de Europa, ocupando un área de 47 000 metros cuadrados. El último encargo importante que recibió fueron locomotoras para Rusia, pero desde entonces han pasado muchos meses y ahora Rusia fabrica sus propias locomotoras.

A lo lejos, al poniente, hay hornos de reverbero con sus patios despejados, un lago gris y triste de agua subterránea, torres con las ruedas veloces del equipo de perforación —una de las pocas minas que todavía están en funcionamiento—, gasómetros, garajes para cientos y miles de vehículos, una casa encorvada —el laboratorio donde este año se descubrió un hierro inoxidable—, acerías, más hornos de reverbero, altos hornos, plantas químicas, plantas de maquinaria textil, todas resoplando. Algunas han sido voladas, otras están medio vacías, mientras que otras trabajan con tres turnos agotadores, estableciendo récords de productividad mundiales con los salarios más bajos y la jornada laboral más larga posible.

Desde esta altura todo resulta bastante claro: las plantas, las fábricas y los talleres no están de ningún modo quietos. Se mueven y sus movimientos están coordinados como en un tablero de ajedrez o en un plan de batalla. Algunos van circundando poco a poco sus cadáveres, pisando sobre sus patios y estructuras vacías, mientras que otros, debilitados e incapaces de mantenerse en pie, están destinados a la retaguardia, que se rearmen y llenen de nueva energía. Se les ha

quitado totalmente la carga de sus espaldas y se ha trasladado a otros más fuertes. Estos últimos tienen que soportar una carga doble, mientras las nubes de humo flotan sobre el campo de Krupp como los estandartes de los ejércitos.

Una crisis. Sí. En otros lugares, para la prensa, los acreedores y los obreros a cuyas expensas se está preparando la silenciosa revolución tecnológica, se trata de un golpe palaciego a cargo de las máquinas. Pero para estas últimas se trata meramente de una aguda crisis del carbón. Aparentemente, el carbón alemán ya no puede competir con el británico. Los periódicos del Ruhr están plagados de noticias que dicen que el carbón ruso, al que hasta ahora nadie había tomado en serio, está arrollando al carbón alemán y británico en los Balcanes y en todo el Cercano Oriente. Hay que hacer descender los costos de producción, porque si no la economía se derrumbará. Es la consigna de toda la prensa de derechas, demócrata y socialdemócrata. Y, en consecuencia, ya no más pensiones para los mineros, ya no más retiros ni vacaciones pagadas, abajo con la seguridad social y la legislación de seguridad en los pozos y fin a todos los derechos proletarios ganados en una lucha de cincuenta años.

A fin de demostrar la gravedad de la crisis a los obreros, la familia Krupp ha decidido tomar medidas drásticas. Ha despedido a no menos de cuarenta lacayos de su castillo y ha trasladado su domicilio a una casa bien situada en la ciudad, abandonando su palacio, tan grande y feo como un mercado cubierto. Los magnánimos caballeros comparten honestamente sus penalidades con sus obreros. Ahorrando los salarios de un par de mozos de cuadra, Krupp puede echar a la calle a otros miles con la conciencia limpia. El cuerpo herido de la industria pesada se encoge convulsivamente. Racionaliza su producción y deshecha todo lo superfluo, todo lo que produce muy poca o ninguna ganancia. En los últimos meses han sido echados a la calle unos cuarenta mil hombres en Essen y el distrito de los alrededores. Krupp no siente necesidad de ocultar el hecho de que unos cien mil más serán expulsados este invierno. El Estado —esto quiere decir el contribuyente y el obrero— alimentará a costa suya a estos ejércitos de desempleados y a sus familias para dar a Krupp y Stinnes la oportunidad de incubar su conspiración sin pérdidas innecesarias: la conspiración para un levantamiento de la industria manufacturera. El carbón, sí, contra él está dirigido el levantamiento. El carbón es el pan negro de las plantas industriales que durante más de cien años ha mantenido al mundo dependiente de sus precios y calidad. Para no ser totalmente derrocado tiene que adoptar una constitución, aceptar concesiones, disolverse, convertirse en líquido y compartir iguales derechos con el carbón color café que hasta ahora había despreciado.

El Tratado de Versalles estalló y detuvo la mitad de las fábricas de Krupp. Pero dejó en manos de la burguesía alemana su gran e inextinguible fuente de riqueza: la musculosa espina dorsal de los mineros y metalúrgicos del Ruhr. Krupp, apoyándose en esta columna vertebral, hace intentos convulsivos por salir de la crisis. No sólo remendar agujeros, sino dar un nuevo paso adelante. La socialdemocracia alemana y sus sindicatos están contribuyendo a la estabilización de Krupp con tanta lealtad como le ayudaron durante la guerra, porque solamente a su amparo puede llevarse a cabo el levantamiento de las máquinas, el 9 de termidor de la metalurgia.

UN CAMPO DE CONCENTRACIÓN DE LA POBREZA

LAS BARRACAS Y LA ESPOSA DE UN REMENDÓN

En Alemania, un hombre sin trabajo no está condenado a morirse de hambre. La subvención que recibe del Estado es, como dicen aquí, insuficiente para vivir pero excesiva para morir. Un hombre desempleado continuará existiendo al borde de la pobreza total. Carece de todo excepto de un pedazo de pan seco. Un hombre con familia no está en situación de poder pagar un departamento, por muy pequeño que sea, con el dinero de esta subvención. En cuanto se le expulsa de la fábrica, huye automáticamente del edificio, del vecindario y del barrio en el que ha vivido durante años y donde un comunista puede mantener contactos peligrosos. Entonces, las autoridades de la ciudad le asignarán alojamiento en algún lugar de las afueras en un cuartel vacío y abandonado, un establo perteneciente al regimiento, convertido en hostal, o un depósito de artillería desocupado. Éstos son los campos de multiplicación de la pobreza: barracones de piedra dejados de la mano de Dios, que el Imperio había edificado para la soldadesca, pero que ahora la República puebla con obreros de poca confianza.

En estos terrenos pisoteados por décadas de ejercicios militares prusianos no crece el pasto. Niños harapientos juegan en los charcos de desagüe alrededor de las garitas de los centinelas.

Estas estructuras enormes que escupieron ejércitos enteros a los campos de batalla se alzan vacías, lóbregas y profanadas. Qué cólera deben albergar los corazones de los antiguos oficiales que se han trasladado a los vecinos cuarteles del Reichswehr, cuando ven el carrito de mano de un obrero cargado con enseres y pertenencias usadas, tintineando y rodando a pleno calor del día sobre el campo de Marte hacia esta triste y lúgubre ermita.

Las esposas de esta pobre gente amarran tendederos de ropa en las viejas águilas que hay sobre las rejas y ponen a secar sus trapos en el alféizar de las ventanas de los antiguos cuarteles de los oficiales. Un renco y pelirrojo remendón, hace ya dieciocho meses sin trabajo por “razones políticas”, ha sacado a rastras de las barracas una vieja estufa de soldado y la parte en dos con una sierra a la luz del sol, preparándose para un crudo invierno.

Todos los esfuerzos que se han hecho para volver cálidos y humanos estos edificios muertos han sido en vano. Se han sacado los objetos de su intimidad natural y se han esparcido llamando fuertemente la atención a lo largo de la pared desnuda. Es imposible llenar barracones concebidos para cuarenta soldados cada uno con los restos de naufragios. El vacío se los traga. Un niño con los pies descalzos y patizambo se arrastra sobre el asqueroso piso de parqué, parte del cual se usó como combustible el año anterior cuando no alcanzaron los marcos de las enormes ventanas siempre abiertas como ojos sin pestañas. El segundo hijo murió.

Dos camas, una junto a la otra, donde duermen el padre, la madre y el niño con su hermana de catorce años. Un melancólico perro callejero se sienta entremedio y bosteza.

La esposa del remendón comunista lava todos los días el piso del interminable corredor con el miedo y el deseo de acallar de algún modo aquella casa hostil cuyos muros repiten en voz alta pero sin expresión los pasos y las palabras. Lo hace a fin de tratar de llegar a un acuerdo; ofrece a la caserna un voto de calor humano que los muros aceptan con la misma indiferencia con la que un mariscal de campo acepta un ingenuo soborno de un recluta novato.

Pero Frau Schumacher sólo necesita levantar la cabeza para perder su última esperanza. La vieja caserna con su rostro muerto repite desde las paredes las últimas palabras que le quedan: “Lerne leiden ohne zu klagen”* o bien “Ordnung regiert die Welt”.†

Y dondequiera que la pobre Frau aparezca con su cubeta y su jerga, la virtud de la caserna la saluda a cada paso con un puñetazo en la cabeza.

Con siete marcos por semana para cuatro personas, vivir en esta isla de los muertos y saber que por las noches, en este espacio atiborrado, su hija no puede conciliar el sueño durante un largo rato, sino que escucha morbosamente cada movimiento y cada suspiro de los padres, todo esto no es nada. Pero escuchar la incesante voz del pasado murmurar con su indolente lengua de hojalata sobre el valor y la obediencia, uniformes amarillos de ulanes y llamativos de húsares que ya hace mucho tiempo que se han podrido en algún lugar del Marne o en las nieves rusas, ya es demasiado.

Este invierno otro muchachito raquítico dejará quizá de existir. Quizá también el

remendón desaparecerá porque es difícil para él arrastrarse en los periodos de lluvia, frío y humedad hasta el edificio de la bolsa de trabajo con sus muletas resbaladizas. Pero estos espectros continuarán con vida y otra familia proletaria llegará a perecer en esta cárcel sin cerrojos, en la que las puertas de hierro han sido arrancadas de sus goznes, en la que el viento de las colinas barre las paredes de piedra que se desmoronan en los pasillos y de donde hay tan poca salida como de cualquier otra prisión, y será saludada por estos Federicos y el repique de los tambores de los huesos muertos.

“Furchtlos und treu für Gott, Kaiser und Vaterland”.‡ En la oscuridad del edificio apagado sólo brilla una ventana, un diente de oro en el seno de enormes mandíbulas muertas. Cuando oscurece y el tiempo es especialmente frío, las águilas pintadas en el techo encuentran el camino de salida hasta el negro patio y escarban en la basura buscando la carroña que las gallinas del remendón no lograron picotear.

Hunden sus cabezas de raza en los montones de porquería, adornadas con el plumón raído del viejo imperio.

FRAU FRITZKE

Madame Fritzke corre de un lado a otro con los pies enfundados en calcetas para no hacer ruido por aquellos pasillos. Es una Ninon de Lenclos de los desperdicios y, en su rostro, lleva empaquetada su vida amorosa en grandes bolsas grises.

La atmósfera de este edificio lacera su vida; la redecilla del pelo, los aretes y los polvos Kasan para la cara se disuelven en ella. A una luz discreta pueden verse los tubos de sus largos y estrechos calzones, clara y horriblemente, a través de su falda harapienta.

Madame Fritzke quedó viuda durante la guerra. Todos venderán lo que tengan: desde entonces, de sus pechos han jalado cientos, igual que se jala la cadena de un retrete, hasta que se han alargado y parecen estar siempre húmedos. Si se hiciera un corte a través de su golilla de encaje puede que cayeran al suelo y se derritieran formando dos grandes charcos. De este modo, frau Fritzke había salvado a sus hijos de la inanición en los años de la guerra y la inflación. El Estado, que les había arrebatado al padre y había gastado sus subvenciones de huérfanos en subsidios a Krupp y Stinnes, ahora ha decidido separarlos de esta madre inmoral. En unos cuantos días llegará un policía y se llevará al muchacho testarudo y gordinflón y a la muchacha de doce años, una imbécil con ataques continuos, a un orfelinato católico.

Augusto, el último amigo de frau Fritzke, se había casado con estos vestigios de amor para salvar a la familia. Se habían dirigido triunfalmente al registro; ella, patinando por encima del polvo con sus chinelas estrechas y laqueadas; él, con su cuello postizo de papel rezumando petróleo y con un aspecto tan solemne como el destino. Esta medida heroica dio de qué hablar a todo el campamento pero no sirvió de nada.

Fritzke reunió referencias de sus previos patrones de las que se desprendía claramente que no sólo había sido prostituta sino también afanadora y que si la policía de la moralidad reunía toda la porquería, estiércol, mugre y telarañas que

ella se había ido llevando cargando sobre las espaldas de las casas de otras gentes formarían una pirámide en honor a su escarnecido trabajo.

Pero los inspectores son inexorables. Frau Fritzke solloza. Los anillos alrededor de sus ojos son como los que se dibujan con una sombrilla en la arena.

UNA CRUZ DE HIERRO

Si vas a dar a las casernas, siéntate en sus profundidades y quédate quieta. Está bien que Frau Fritzke luzca un vestido de crepé georgette y se coloque parches especiales de hule en sus callos para que éstos no le agujeren los zapatos, pero tal es su profesión.

La esposa del remendón tiene derecho a calentar las tenazas rizadoras en la estufa comunal hasta que sus cabellos, y los piojos, crujan porque se casó con el remendón —todo el mundo lo sabe— por puro amor cuando él ya no tenía piernas. Pero nadie más se atreve a usar su peine. Aquí no tiene caso guardar las apariencias para impresionar a la gente con una falsa idea de un supuesto ingreso. Todos viven en la total desnudez, como caracoles aplastados en el camino retorciendo débilmente sus cuernos rematados por ojos que nunca desesperan. De modo que cuando alguien como el señor Boss se avergüenza de sus boletas de empeño y no permite que nadie entre en su habitación, no sea que descubran su lecho de plumas sin funda y las almohadas rojas de las que chorrean las plumas —lo cual, de todas maneras, todo el mundo sabe desde hace tiempo—: la afectación es ofensiva.

En esta casa, como en el paraíso o en el recinto de una iglesia campestre, la vergüenza de la clase media queda detrás de las puertas custodiadas por la espada ígnea del ángel de la pobreza. Si alguien trata de sentir vergüenza turba enseguida a los demás y ellos también tienen que gastar inútilmente sus energías en hojas de parra de pretensión que no pueden engañar a nadie. Por su parte, la casa desprecia a Boss y su cuello duro sobre el cuerpo desnudo, la medalla en su panza y esta voz que suena como si el día de hoy hubiera almorzado.

¡Pero si se supiera qué punzante humillación y amargura se ha ido acumulando dentro de esos viejos cuarteles de mariscal de campo suyos! Si alguien ha dormido sobre clavos y se ha carbonizado con cenizas calientes es este mismo Boss, quien durante treinta y cuatro años trabajó en una fábrica de pólvora del Departamento de Guerra.

Toda su vida estuvo separado de los hombres comunes por un juramento. Los hombres que habían hecho el mismo voto de silencio que este soldado no se afiliaban a ningún sindicato o partido, ni entraban en ninguna taberna de obreros. Hasta leer periódicos, de cualquier tendencia que fueran, se consideraba inadecuado y sospechoso tras las puertas de la fábrica de pólvora. Lo que los oficiales del Estado Mayor se callaban a cambio de mucho dinero, altos rangos, cascos emplumados y ringleras de condecoraciones en el pecho, los obreros de las fábricas de pólvora y plantas de municiones se lo callaban a cambio de nada, satisfechos con la confianza que se había depositado en ellos. Parecía que esto los hubiera transformado de meros obreros asalariados en socios del gobierno. El mismo káiser, por decirlo así, estaba en deuda con los obreros de las fábricas de armamentos por su modestia y desinterés. Amaban a la dinastía como indigentes cuyos centavos ganados con tantos esfuerzos se hubiera dignado aceptar un millonario en calidad de crédito. Y cuando llegó la guerra y se fundió el oro para convertirlo en pólvora y hierro, fue un gran honor en realidad para el señor Boss que el gobierno le tendiera la mano para pedirle su libreta de ahorros. Cuando esa consejera tan confidencial, la esposa del gerente, visitó su departamento con su hija y su sirviente para ofrecer al viejo obrero unos cuantos bonos de préstamo de guerra, ¡cuán grandes fueron el azoramiento y la abnegación con que Boss lanzó todos sus ahorros a ese abismo!

Las monedas de diez pfennigs se evaporaron en el aire como el rocío. Los marcos se convirtieron en humo antes de que Boss tuviera tiempo de secarse las lágrimas de emoción.

En cuanto a las monedas de oro, había 132 de ellas, y nadie oyó ni un ligero sonido cuando cayeron al fondo mismo de la inflación. Pero Boss estaba feliz.

Desde entonces han pasado cinco, no, más, siete años completos.

El mundo se empapó de sangre, hizo un intento espasmódico para liberarse, pero finalmente quedó recubierto con una delgada membrana de estabilización quebrada por negros agujeros helados de inanición y desempleo.

Cuando el Vertiko,§ la mecedora y el reloj, recibidos a cambio de veinticinco años de servicios irreprochables, fueron cargados en un carrito, Boss todavía creía en Dios y en la justicia.

Cuando llegó su esposa de la casa de empeños con un recibo en vez del reloj de

plata grabado con las iniciales de su nombre y el monograma imperial, Boss todavía se contuvo y no permitió que su esposa hablara en la mesa del hijo mayor muerto en acción.

Pero cuando ya se habían ofrecido todos los sacrificios y Boss, todavía paciente y devoto, comenzó a ser vencido por el gran cansancio que desciende de repente sobre un obrero cuando ya se acerca a los sesenta —sus ojos se fueron apagando, las manos se le debilitaron y le empezaron a temblar, y la saliva, envenenada de alcohol y éter, empezó a salirle como un rancio escupitajo amarillo—, entonces, Boss recibió la noticia: Dos billones en dinero falso y un cuarto en una caserna abandonada. De repente, se le ocurrió pensar que él también era obrero. ¡Qué terror! ¡Qué soledad! Despojado y aplastado en las ruedas de una maquinaria ciega, Boss, un grano de arena, Boss, una astilla, desplomándose de repente en el gran mar de su clase, justo hasta el fondo donde no hay luz ni esperanza.

Por encima de él se encresparon oscuras olas, 1919 y después 1921. Boss yacía inmóvil y sólo vio barcos revolucionarios que naufragaron en la batalla y descendían al fondo, de vez en cuando posándose junto a él, con banderas en sus mástiles rotos y hombres muertos en las cubiertas hechas añicos. Los mejores hijos de la humanidad, sus tempestuosos petreles, Rosa Luxemburgo, locamente audaz, y Karl Liebknecht.

En esas largas horas de miserable ociosidad, Boss sacaba una caja llena de dinero ahora sin valor de debajo de la cama y se sentaba sobre ella tardes enteras y días enteros.

El empapelado de las paredes del cuarto es gris con lunares rojos descoloridos por el tiempo como si por todas partes hubiera borboteado una fuente de vida humana salpicándolo y secándose después.

Las venas de las piernas de Boss se hincharon; su sangre cansada imploraba regresar a la tierra.

Alto y luciendo una chaqueta color café, con una medalla en la cadena del reloj y apoyándose en una muleta, va a encontrarse con su mujer que, a pesar de tener el pelo gris, ha comenzado a trabajar en la fábrica de tabaco. Todo el mundo en el barrio conoce a Minna, no hay otro rostro como el suyo. Es una máscara más blanca que el blanco, de una belleza tal que uno quisiera quedarse parado ante ella e inclinarse hasta el suelo. En su juventud Boss fue gritón, dominante e

insistente, considerando que era su deber atormentarla para mantener el equilibrio de la familia. Después del trabajo, este rostro con gotas diminutas de sudor en la frente brilla como yeso mate.

A través de los muros de los sótanos y las buhardillas, cárceles y fábricas, mana y fluye el apacible y silencioso río de la solidaridad obrera, transcurre formando arroyos, arroyos que se transforman en ríos y en mares. Con infinita paciencia pule las piedras y las barras de hierro, socavando, arrancando y acarreando un grano de arena tras otro para aparecer en la superficie en el día y la hora exactos formando un torrente de indignación.

A Boss también le llegó este día. Su vecino, el remendón, subió hasta el primer piso, descansó un poco, llegó hasta el segundo, llamó a la puerta y la abrió. Había ido a ofrecerle a Boss un ejemplar del Arbeiter Zeitung.¶

Un profundo silencio cayó sobre su morada. La blanca Minna palideció todavía más y se escondió en la cocina. El remendón tomó asiento. El periódico costaba veinte pfennigs. Boss, casi estrangulándose con su corbata, pagó los veinte y arrojó sobre la mesa otra moneda gris, espigada, con un pequeño anillo en uno de los lados.

—Toma esta mierda. Es todo lo que he ganado en mi vida.

La Cruz de Hierro.

*“Für Kriegshilfsdienst.”***

WR y una corona.

PANTUFLAS

Estas pantuflas son calientes y cómodas, hechas de pelo de camello. Todo el mundo piensa que son extranjeras, casi siempre inglesas, debido a su diseño de cuadros de ajedrez, y la gente las lleva para viajar en los vagones de los trenes internacionales. Cuatro marcos cincuenta pfennigs el par.

En realidad, estas lujosas “anglosajonas” están hechas en la ciudad de Hanau por costureras especializadas y, lo que es más, en su casa. Las pantuflas son arrogantes, temerosas de abrir la boca y respirar, no sea que revelen su humilde origen. Apestan a pobreza. Frau Kremer recibe cuatro marcos por cada cien pantuflas. En una hora puede terminar cinco. Su hija, sólo en su segundo año en este trabajo, puede coser siete pantuflas en cincuenta y cinco minutos. Estar aprendiendo durante cuarenta años para ser derrotada por la ventaja automática de la energía. Como el caballo de un cochero de punto. Por muchos años que haya matraqueado con sus cascos los caminos, su habilidad no va necesariamente en aumento. Aunque maneje la aguja a la velocidad del rayo, apretándola con su callo favorito, da lo mismo, ya es un viejo jamelgo. Cualquier potro salvaje la supera simplemente porque es veinte años más joven.

Por mucho que se esfuerce no puede ganar más. Cuanto más rápido corre la aguja, más fácil es que se rompa el hilo endeble y barato y su patrono también gana. Todo está calculado y medido tan mezquinamente que la costurera no sólo no puede ahorrar un solo pfennig sino que tiene que ponerlo ella.

Coser pantuflas rellenas de algodón es muy tentador. Una muchacha trabajadora joven que ignore el oficio cae fácilmente en la trampa. Por cada uno de esos confortables pares, el dueño de la fábrica paga no diez sino —quién lo creyera— quince pfennigs. Pero a la señora Kremer no se le puede engañar con este anzuelo. Que otros se quemen los dedos porque ella sabe que todo es cuestión de agujas. Dar la puntada a través de una doble suela es más costoso que en una simple. Pero para ambos tipos de zapatillas se proporciona exactamente la misma cantidad de agujas. Tres por cada ciento. Como si ella no supiera que con el relleno de algodón la costurera más diestra rompe por lo menos diez. Y eso no

es todo. Los trucos y las trampas con los que puede estrujarse la energía de un ser humano hasta la última gota son infinitos. Es más fácil velear una nave alrededor del cabo de Buena Esperanza que clavar una puntada en una suela abultada de modo que no se vea ni un solo punto.

Además, añádase, ¿cuántas pantuflas corrientes puede coser una mujer en una hora? Cinco. Pero con el relleno, sólo tres. Un pfennig extra se gastará en agujas, pero por los mismos sesenta minutos el jefe pagará diez pfennins menos. No es por nada que Frau Kremer con la espalda encorvada, harapos negros y una guata de algodón en el oído supurándole pus, parece una estatua de tristeza y desconfianza. Si la vida misma pasase hoy justo a su lado con los brazos abiertos, ella sólo apretaría los labios y escondería su acopio de pantuflas terminadas, alejándolas aún más de su camino.

A este cuarto, con el aparador sin cacharros, edredones morados de los que se salen las plumas, un orinal por vaciar y una cocina, sin agua ni excusado, con el techo sin pintar ni restaurar por diez años, descascarillándose de humedad, y a la misma Frau Kremer como un ratón caído en un hormiguero y medio mordisqueado a pedazos, sólo les queda un medio de defensa, la desconfianza total. Estas personas votan en contra de todo. Frau Kremer dice: “los socialdemócratas son unos bellacos, sólo dicen mentiras, y los comunistas son unos cobardes. Dejaron pasar de largo 1923”. ¡Qué le importa a ella que el partido no estuviera preparado para la lucha o cuántos meses o años más de trabajo insignificante y tedioso puedan ser todavía necesarios para conducir al proletariado a la victoria! ¿Y cuándo llegará ese día?

Necesita ayuda ahora, en este mismo momento, o si no nunca porque las energías de Frau Kremer están llegando a su fin y “se muere con el arnés puesto”.

Cuando un ratón está mortalmente aterrorizado empieza a sudar, se moja todo de puro miedo. De modo que, ¿por qué debería esperar Frau Kremer la revolución, cubierta como está con la transpiración del agotamiento final?

—No puedo afiliarme a un sindicato. En el sindicato está prohibido trabajar por una paga tan baja. Me pedirían que renunciara a mi trabajo.

Pero en casa de Frau Kremer hay grandes vacaciones laborales. Su único hijo, un muchacho de quince años, empleado en una fábrica de cajas de puros, está en

huelga por primera vez en su vida. La huelga comenzó hace tres semanas y participan 135 personas. Sin la menor esperanza de éxito: de los pueblos vecinos llegan los esquiroles en manadas.

La anciana calla. Ni una palabra de reproche, ni una sola queja. Para ser fiel a sí misma, actúa como si no sucediera nada, como si no notara su presencia. Al fin y al cabo, ella no cree en las huelgas ni en el socialismo, ni siquiera en la viruela. Todo lo que viene de los amos es una gran patraña. Escondió a su nieto del médico municipal durante todo un año. De todos modos, el otro día se lo llevaron al hospital a rastras y lo picaron por todas partes, ¿no tenía razón? En su bracito se habían abierto cuatro pústulas de viruela bajo la sucia camisa.

Pero ¡cómo le pone el plato en la mesa a su hijo la señora Kremer y cómo mira su espalda larga y viril holgazaneando por la despensa! Cómo comunica a sus vecinos, levantando las cejas y esperando cautelosamente un reproche:

—Mi hijo está en huelga.

Porque es fiel a su clase, por la solidaridad que se transmite de generación en generación, y el joven coraje que no recuerda derrotas pasadas, el viejo árbol muerto mece por él su última rama sin un solo rumor.

ÉL ES COMUNISTA Y ELLA CATÓLICA

Los obreros que han sido privados de sus medios de subsistencia debido a sus malos antecedentes políticos pertenecen en su mayoría no a la generación joven sino a la vieja. El joven mozo campesino que estorba en la casa va a trabajar a la fábrica por cualquier salario y por muy largas que sean las horas, aunque sólo sea para cobrar un par de marcos con los que pagarse la cerveza, comprarse una bicicleta y un traje a la moda con pantalones hasta la rodilla para los domingos. Come y bebe gratis en la casa de su padre. La vieja generación de obreros que ha pasado durante veinticinco años por la escuela del sindicato y la lucha revolucionaria es, a pesar de sus salarios relativamente altos y del lugar que ocupa en la aristocracia del trabajo, mucho menos condescendiente y no tiene ningún deseo de rendir sus últimas posiciones sin librar una batalla.

El resultado de cualquier resistencia, por muy cauta y moderada que sea, es el despido. Al principio el obrero no está deprimido. Goza de excelentes referencias que le cubren veinte o veinticinco años, en su ramo puede percibirse una renovación y mañana, si no es que hoy, algún puesto quedará vacante en algún lado. De todas maneras, su mujer trabaja como ayuda doméstica en alguna familia acomodada y gana un salario bastante decente.

Al principio nadie le recuerda que la ley cruel del desempleo entra en vigor por sí misma. El que alimenta a la familia se convierte en cabeza del hogar. De regreso de una dura cuota de trabajo, gusta de sentarse a la mesa ante un buen mantel, en una vivienda limpia y ordenada. Los niños tienen que estar lavados y peinados antes de su regreso, con las narices limpias y las tareas revisadas. Pero entonces, tres días después, el padre cierra de golpe la puerta de entrada tras la salida de la madre, se pone humildemente el delantal de ella y empieza las tareas domésticas. Limpia el polvo, lava las ventanas con un trapo, friega los platos, escurre las jergas con las que ha limpiado ollas y sartenes, tira el agua sucia, rocía el suelo de la cocina, hace la cama, pone a orear en la ventana el edredón de plumas y, cuando ya se ha calentado al sol, lo regresa a su lugar con un cuidado meticuloso.

Los rusos no tenemos la menor idea del ritual de limpieza y orden que desempeña todos los días en su casa la esposa de un obrero alemán promedio, hasta la del más pobre. Uno puede sentarse y observarla horas limpiando, lavando y restregando la cocina, los cacharros y la ropa blanca. No simplemente pasando por encima un trapo húmedo de vez en cuando como hacemos nosotros. No, por debajo del diván, detrás de la estufa, por el alféizar de la ventana y en los rincones más remotos donde nadie nunca fisgonea. Ahora, todo esto lo tiene que hacer su renuente marido. Y exactamente igual que en las buenas épocas del pasado pasaba un dedo por la estufa para comprobar que no había quedado ni una mota de polvo y no perdonaba a su mujer el olvido de una sola brizna ni de una sola mancha, ahora es él quien ha de responder ante ella. Ella es la cabeza de la casa, la que alimenta a la familia. Él es el subordinado, la obediente ayuda doméstica, una niñera con pantalones, una fregona en su propio hogar y casa. En el fondo de su alma, todo alemán mira a su mujer como a su sirvienta y menosprecia su trabajo. Cuando pasa la escoba de su mujer por los rincones, se sienta sobre un saco de papas y prepara la comida, el marido se siente inconcebiblemente degradado. Estos obreros ven las cosas como cualquier pequeñoburgués. Un excelente camarada, desempleado desde hacía varios años, me decía con profunda amargura señalando sus mangas arremangadas hasta el codo, con un cepillo en una mano y la bota de su esposa en la otra:

—Mire a qué condenada humillación nos ha llevado el desempleo. Yo, un hombre, tengo que limpiar los zapatos de la vieja.

Insultado y herido en su orgullo masculino, un padre trata de restaurar el equilibrio por otros medios. El día de paga, cuando su esposa extiende sobre la mesa con fingida modestia el dinero que ha ganado en la semana, se pasea todo el día arriba y abajo, abatido, irritable y acongojado. Durante la cena estalla una escena furiosa:

—¿Quién es el amo en esta casa, tú o yo?

Un puñetazo sobre la mesa. Arranca un viejo látigo de la pared. Los niños chillan. La madre implora perdón. Después de la cena, los padres se van a la recámara. Él la obliga a suplicar durante un largo tiempo. Ella se desnuda y lo mira fijamente con ojos implorantes. Él la viola con odio y la hace llorar tan fuerte que los sollozos pueden oírse desde las escaleras, enviándola finalmente a comprar cigarrillos a la calle. Jamás, ni en la época de dinero, había amado a su esposa con un amor tan celoso; nunca había ella deseado tanto sus caricias como

ahora que las tiene, en efecto, que comprar.

El marido se convierte gradualmente en el chulo de su mujer.

—Pronto me convertiré en su Alphonse —dijo el pequeño Kamm, que estaba limpiando las botas. Su situación es todavía más complicada por el hecho de que su esposa proviene de una antigua familia campesina y católica, con retratos del káiser y su esposa Augusta, con misas los domingos y con un abuelo que es el portaestandarte de la asociación de veteranos del Regimiento 166 de los ulanos amarillos y azules. La familia se opuso al matrimonio. ¡Por qué diablos tenía él, un menudo e inquieto herrero que cambiaba de patrón como de camisa, que casarse con la esbelta y perfectamente honesta doncella campesina! ¡Un maridito no puede mantener una familia…!

Ahora que Kamm depende económicamente de los viejos, la familia de ella pretende revisar toda la constitución de la familia en provecho de la esposa y los hijos y a expensas del disoluto marido. Cómo no, Lieschen, la nietecita, puede pasar todo el verano con abuelo y abuela y no costará ni un centavo. Los sábados enviarán pudín, manteca y ganso a la ciudad, pero la nieta tiene que ir a la iglesia y no perderse ni una sola misa. Si los jóvenes quieren que los mantengan, el padre tiene que decir a la niña que Dios existe y que todos los que no tienen Dios irán a parar al Infierno. ¿Qué hacer? Hay que aguantar. Afortunadamente, Lieschen comparte la mente escéptica de su padre y su astucia francesa. Se entienden uno a otro con indirectas.

—Lieschen —dice Kamm a su hija sentándosela en las rodillas—, ¿te acuerdas de que te dije que no hay Dios y que el cielo es sólo una historia estúpida para niños? Lieschen, mírame a los ojos: me equivoqué, no te dije la verdad. Dios está de veras sentado allá arriba en el cielo y ve y sabe absolutamente todo.

Los viejos están parados junto a él y observan la boca del yerno como si fuera la mano de un jugador de cartas. La pequeña asiente con la cabeza:

—Sí, papá.

Kamm conoce a los suyos. “Qué bueno que la niña sea tan fría como la nariz de un perro para todas estas patrañas”, piensa.

Hace tres años que Kamm está sin trabajo. Él lava los platos, hornea el pan y ha aprendido a remendar calcetines. Los reproches no acaban nunca. Lo llegan a

enloquecer a uno hablando continuamente de cómo el pobre tipo ha hundido a su familia en la pobreza, cómo el partido utiliza a los hombres cuando trabajan en la fábrica pero después los abandona en la pobreza.

“¿Qué has sacado de tus privaciones? ¡Ni siquiera te han nombrado funcionario de segunda categoría en el partido!” Él evade todo metiéndose en el trabajo. Es invierno, recorre los pueblos de agitador errante; sube al Vögelsberg y trepa las colinas Spessart. Fue el primero que se atrevió a hablar en público como comunista en una aldea de viejos waldensianos, en otro tiempo partisanos de las grandes guerras campesinas y ahora ricos campesinos que llevan una vida apartada, viciosamente avarienta, alejados del mundo. Todos ellos en realidad son ricos, con terrenos de hasta sesenta acres cada uno, pero sin un caballo o un labrador que les trabaje las tierras. La inflación les ha devorado el dinero, pero, sin maquinaria ni abonos, ¿cómo puede exprimírsele una cosecha a una tierra fría y brutal? Desengañada de la fe de sus padres y de la propia, la comunidad de la aldea sacó del caserío tanto a los capellanes como a los agentes de reclutamiento de los diversos partidos, los cazadores de votos para las próximas elecciones. Kamm todavía no ha conquistado un solo partidario entre estos viejos creyentes amargados, pero sólo a él dirigen sus saludos los ancianos de mirada torva con sombreros medievales de ala ancha y sus mujeres con capas blancas como papalotes almidonados.

Hasta en las aldeas más remotas de las montañas, donde es casi imposible labrar la tierra debido a las frecuentes lluvias que arrastran todo el estiércol colina abajo, conocen su rostro que podría pasar o por dieciocho o por cuarenta años de edad, su mochila llena de periódicos y su renco caminar.

—Este tipo no se contenta con ver crecer los frijoles —dicen de él los picapedreros de las minas de basalto, hombres rústicos, labriegos, cazadores furtivos de las selvas, los amigos más dilectos del ciervo del príncipe que gozan de una inmunidad en toda la selva del Rin como si fueran diplomáticos. Es cierto que Kamm no dispone siquiera de un jardín detrás de la cocina, ni de un lote de tierra fuera de la ciudad con una casa de verano y una parcela con lechugas donde el proletariado alemán holgazanea felizmente después de su jornada de trabajo. El vicario de Griesheim con quien se enredan los domingos después del sermón dijo de él una vez: “Una lengua malévola y mordaz” y “una arañita venenosa”.

Pero todos los senderos de la montaña llevan de vuelta al valle. Tras las largas

caminatas tienen que regresar a casa. Y allí lo espera la esposa maliciosa y pía, la hermosa y esbelta muchacha campesina con sus ojos perpetuamente bajos, imperiosos, codiciosos y ardientes. Veinte veces se ha ido Kamm para no volver nunca más y veinte veces ha regresado por Lieschen, por “su propia sangre”. Si él se va, ¿quién la protegerá de los curas, las ancianas y las falsas creencias de la madre?

La parte más horrible, la retribución y el castigo, comienza cuando los niños ya están dormidos, la puerta cerrada con llave y las ventanas selladas; todo el hogar de clase media está placenteramente callado y hace como si no viera.

Ahora ella se desviste. Un corsé de hierro y placas en los pechos salvajemente apretados, impenetrables, a prueba de fuego. Un espíritu extraño, hostil a cualquiera de los pensamientos de él y a los folletos de su mesa, ella es feliz con sus derrotas y se regocija con sus enemigos ¡aunque es más inescrupulosa en la cama que cualquier muchacha de la calle! ¡Qué no harán! ¿Qué prostituta podría evocar lo que la devota muchacha de clase media está dispuesta a hacer en el silencio de una base legal en su propia casa con las persianas bajadas? Con un marido obligado a amarla y satisfacerla aun cuando para ella él es, no lo quiera Dios, un incapaz para cualquier otra cosa a causa de sus idiotas ideas comunistas. El que no trabaja no come.

Cuanto más impetuoso el encuentro, más profunda la derrota que lo sigue. Habiéndose satisfecho, la mujer se recuesta como una garrapata hinchada para manifestar enseguida con el pelo apenas alisado y el camisón todavía arrugado, que “todo esto” no puede cambiar nada en su relación. Todo sigue igual que antes.

—No te olvides de recordarme, Hans, que mañana tenemos que comprar un libro de oraciones para Lieschen, ¿me oyes? El Viejo y el Nuevo Testamento.

EN EL RUHR. BAJO TIERRA

SIÉNTESE aquí y no se mueva. Si alguien la ve y le empieza a hablar, cállese la boca.

La puerta se cerró de golpe y una lámpara de minero se inclinó iluminando en dirección a la barraca de los trabajadores. Los haces de luz de las ventanas de la planta generadora cercana se extienden como hojas blancas a través de la mesa del Comité Obrero. Las paredes están desnudas y desde las sombras resuena un fuerte ronquido. O, por lo menos, eso parece. Es la respiración del compresor que empuja el aire hacia abajo en la tierra. Esos suspiros se cuentan y miden con una envidia infinita. ¿Es mejor o peor que en Rusia? Los ingenieros pasan camino al subterráneo para quedarse allí la noche. Sus sombras ondean como mangas en el suelo.

—Bien, vamos. Dé los pasos más largos. La mano derecha en el bolsillo. Y la gorra más abajo.

Ahora el elevador se lanza violentamente a un abismo. Una modesta jaulita. Porque la mina no es grande. En ella trabajan aproximadamente ochocientos hombres; ha sobrevivido únicamente porque desde ella puede verterse directamente el carbón al Rin. Y sin embargo, es el Ruhr, la región de Alemania más técnicamente desarrollada.

Doscientos, trescientos metros. Por las negras fauces del tiro hacia abajo centellean fisuras doradas que marcan los diferentes niveles. La plataforma rechinando de nuevo se detiene en tanto el limo húmedo de las paredes, el zumbido de las tinieblas y las profundidades corren a su encuentro a una velocidad indescriptible. Más largo que todo un tramo de escaleras y sólo dura unos cuantos segundos durante los cuales la jaula se refrena posándose cuidadosamente sobre unas palancas que se extienden hacia arriba para recogerla. Busca a tientas y a ciegas el nivel del suelo aunque hay una estación subterránea vivamente iluminada, con trenes y gente, justamente enfrente.

El aire que se había ido embutiendo en los oídos como algodón ahora va

filtrándose hacia afuera.

Desde las negras galerías, parece que alguien llama en ruso, tan inteligibles son los sonidos del par de rieles que desaparecen en la oscuridad convergiendo hacia el lodo revuelto y resbaladizo que hay entre ellos, el relincho del poni, el olor a estiércol de un establo vecino y el canto silencioso del agua entrelazando sus arroyos que forman trenzas sobre los carbones. Independientemente de dónde provenga, el extranjero leerá sobre estos muros alemanes los signos del trabajo internacional, con un íntimo estremecimiento y una firme y profunda excitación. Porque la quietud del pozo de la mina está saturada de una lengua muda común a todo el mundo. El alfabeto de la tierra es incluso más simple que el golpeteo en las paredes de las celdas en las cárceles. Sus únicos caracteres están hechos de pino tosco y de ramas y copas de roble. ¡Hasta se sonríe uno! Qué troncos tan delgados se usan aquí para la columna vertebral del pozo, qué árboles tan ligeros y esbeltos. Se yerguen como en el lindero de un bosque en la calma que precede a la tormenta, inclinados hacia un lado. El peso de las montañas reposa sobre ellos. Atienden el curso de estas cordilleras cuya imperceptible moción los doblega. Hay que detener con pedrejón la cavidad que se encuentra tras esos muros de contención. El capataz recorre arriba y abajo estas madrigueras tejidas con madera. Las piedras se asoman entre las ramitas y le tocan las manos con sus estúpidos hocicos y morros fríos de animal. ¿Ya no hay más que espacio ahí? ¿Ha entrado estrujándose por atrás esa gravedad demoniaca, triturando para sepultar? ¿Es que en verdad el capataz no puede abrir de repente esta tumba, estampar sus pies dentro del vientre de la tierra y empujarla con sus incansables manos?

¡Cuidado! Sobre la pared húmeda, el pozo de la mina escribe una advertencia tras otra con sus viguetas de madera, lo mismo que un sordomudo forma letras con cerillos. ¿No se da cuenta de lo mal hecha que está la construcción? Los desprendimientos de piedras producen un sonido hueco. El frío se filtra por las grietas. Aquí no hay nada, allí hay un hueco y más allá habrá un derrumbe que atravesará y se desprenderá. Y presiona, presiona hacia abajo insoportablemente.

A primera vista todo está en orden. El pozo pulcra y cuidadosamente construido parece casi una granja subterránea. No hay lujos ni signos de especial opulencia, pero todo está en su lugar y encaja bien. Las zonas de concreto son luminosas como la paja dorada y fresca que brilla en los establos. Cada uno de los rollizos

y bien alimentados ponis puede arrastrar quince vagonetas cargadas y empujar con el pecho hasta cuatro. El agua, acarreada hasta aquí desde otros niveles, murmura tranquilamente como en un molino de pueblo. Al final de la galería occidental, un embalse se interpone como un bastión. El pozo que hay tras él ha sido sellado: hace unos cuantos años un borracho bebió hasta atontarse y se ahogó. Trataron de adentrarse empujando en esta dirección, pero brotaron serpientes de agua con un silbido tan maligno y a una presión tan inesperadamente alta que tuvieron que taponar rápidamente la brecha con un tapón de concreto. Desde entonces, también en este sector ha habido orden y calma; los hombres de los ponis, como pastores, simplemente han dejado de conducir sus rebaños por estos caminos.

Pero persisten las señales de alarma a partir de los escalones que hay a lo largo de los primeros ramales que se bifurcan del tronco principal. ¿Por qué no se ha renovado el maderamen desde hace tanto tiempo? Más cerca de la luz hay troncos secos tratados con un compuesto especial que los protege de la humedad. El roble es como el hierro. Pero este costoso método ha dejado evidentemente de aplicarse desde hace años. La humedad aflora felizmente formando esponjas espumosas por todas partes. Hileras enteras de árboles limpios sufren de ella como de una dolencia grave. Aguantan en silencio ayudándose unos a otros a no caer. Sólo el agua se filtra silenciosamente, mientras el capataz picotea la piel porosa de los árboles con el gancho de su linterna y descubre inmediatamente la carne rojiza, mojada y suave.

No nos detengamos. Pronto nos encontramos en una oscura cueva lateral. Con las piernas separadas, camino torpemente por el andamiaje superior; el techo me presiona la cabeza y desciende todavía más. Aquí están las viejas galerías de las que ya no se extrae carbón. Parecen borrachines, vagando de un lado a otro, despedidos a puntapiés por la masa que presiona a ambos lados. Arreglándoselas apenas para encontrar la salida, dejan caer sus podridas muletas y sienten cómo el techo se les asienta en el cuello. Por todas partes hay entibos rotos, estallados, aplastados. Como después de un pogromo. Una huella desnuda de descuido, tacañería y pobreza se posa en todos ellos. A cada paso se tropieza uno con los rastros de un ahorro criminal y un mezquino miedo al gasto.

Los pasos que acaban de sonar lentamente junto a nosotros, detrás de la pared, son los del yerno del jefe, un antiguo oficial prusiano. Durante la crisis del carbón, las economías se extendieron incluso a la mezcla del relleno del pozo. En 1918 este joven no sabía nada de minería. A pesar de que no pudo terminar

sus estudios y obtener un título, ahora, en estos momentos difíciles, sustituye a un capataz despedido. Desde que se empezó a ahorrar madera, clavos y hasta aceite para las lámparas, la ansiedad ha llevado cada vez con mayor frecuencia al subterráneo a este hombre, con su sentido del deber de viejo soldado. Grita a los obreros despidiéndolos por derrochadores y por no saber ahorrar materiales. Por eso, tan pronto como los hombres se alejan, él corre al pozo, estudia los entibos, se estruja en cada uno de los rincones, pega golpecitos y escucha a hurtadillas el peligro con el corazón tembloroso. Este individuo sorprende a los obreros día y noche con sus apariciones repentinas y es difícil saber por cuál de las dos siguientes razones lo odian más amargamente: la afectada frialdad con la que los conduce al trabajo en lugares peligrosos y precariamente reforzados, sus miserables escrúpulos de conciencia y miedo a la responsabilidad que rezuman de cada poro de su pálido y entumecido rostro, o por esa infinita falta de confianza en sí mismo que mina el valor de los demás. Un rústico animal que no se preocupa por sí mismo y que corta por lo sano el miedo de otros hombres sería mejor que este miserable sargento en el que se pudre un anticuado sentido del honor que apesta como una muela careada.

En esta noche de andanzas subterráneas a pesar de todo, nos topamos con él en una de las encrucijadas de caminos. Estaba sentado en el suelo, recargado en la pared, con la lámpara entre las angulosas rodillas. Dos obreros en silencio estaban limpiando las piedras que habían caído sobre los rieles del tren, acompañados por su monótono y persistente murmullo. Las espaldas brillantes del sudor que escurría por las costillas trazándoles blancas cuchilladas sobre la negra piel. Entretanto, el administrador seguía sentado flagelándolos con la vara de abedul de su tedioso discurso. Los músculos de los hombres trabajando se abultaban y se arrastraban en silencio ante él.

—Voy a decirles algo: si no nos hubieran apuñalado por la espalda en 1918, todo habría sido diferente. Sí, también la jornada de siete horas, y nosotros no habríamos tenido que ahorrar hasta el último centavo. Por ejemplo, miren este techo, podría hundirse y matar a uno de ustedes. ¿Quién sería el culpable? Según ustedes, el patrón. No, el jefe no. Ustedes mismos. No habrían tenido que haber hecho la revolución.

El capataz se calló de repente y enderezó las orejas como un animal. ¿Qué es lo que lo atemorizó? Cierto, por allí cerca hay una caldera donde el aire al subir deposita su humedad. Cualquier espita, cualquier golpe resonando en la parte remota de la mina reverbera a través de sus profundidades con un murmullo

silencioso. La caldera está quieta, escucha y zumba como una concha de mar en la quietud.

¿Qué fue eso? ¿Imaginación mía? Por supuesto. La vasija de hierro forjado silba de nuevo como acunando a una criatura que llora en su sueño. Un miedo nauseabundo. Cuando uno ve vomitar a alguien, siente una extraña sensación. Uno de los obreros levanta los ojos llenos de un profundo odio, mirando hacia el capataz, pero éste se ha marchado a tiempo.

La mina es un libro negro. Cuenta cómo la tierra entabla la guerra con el hombre y también cómo aquí, bajo tierra, el hombre, el jefe, entabla la guerra con sus obreros. El agua se lleva las paredes, erosiona los techos y pudre las estructuras de madera. A espaldas de los mineros se pasea el dueño, obligándolos a trabajar rápida y descuidadamente, expoliando la madera de los entibos para su propio uso, haciéndoles arrastrar cualquier puntal superfluo de la galería, remolcar cualquier pedazo de madera de los muros serpenteantes y arrebatando todas las vigas sobrantes de los techos amenazadoramente voladizos. El patrón libera el peligro de sus cadenas y desata las manos de la muerte para ganar un centavo extra. Es un merodeador que saquea a su propio ejército y lo envía a la batalla con armas inservibles y posiciones que él mismo ha socavado, debilitado y rendido.

El Comité Obrero hace todo lo posible para obstruir esta “actividad empresarial” llevada a cabo por el dueño de la mina. Mi escolta, de la que no mencionaré ni su nombre ni su rostro —dejemos que el ala de su casco de minero cubra convenientemente sus rasgos tiznados de carbón—, mece su lámpara a derecha e izquierda para disipar la oscuridad inoportuna que abruma por todas partes y, de vez en cuando, da una palmada en la pared y acaricia el carbón como a un caballo negro con las crines húmedas de rocío. Dice con orgullo:

—Esto es obra nuestra. ¿Ve esas ménsulas de hierro que refuerzan las escaleras empinadas? Antes no tenían soportes. Un minero arriesgaba su vida cuando las usaba. ¿Ve esa boca de pozo oblonga en el suelo, cubierta con la compuerta de madera? La administración regateó hasta que a uno de los obreros se le apagó la lámpara, cayó por el agujero y se mató. ¿Ve esos pestillos de acero, esas dos barras salidas donde los rieles del ferrocarril se cortan de repente al borde del tiro? Costaron la vida a varios compañeros y las conseguimos a costa de una

huelga. No estaban ahí antes. Un poni trotaba alegremente avanzando con su vagoneta, descargaba el carbón en la plataforma y después regresaba. A veces el elevador se retrasaba y el poni, la vagoneta y el que los conducía caían en el vacío. En aquella parte del muro hay una adema nueva con varios clavos salidos. Yo tengo autoridad para arrancarlos todos y multar al capataz por negligencia, ya que en caso de que hubiera el menor desprendimiento de tierra, esta cosa con clavos al extremo puede matar a un hombre. Hace solamente dos o tres años no hubiera podido hacerlo.

Por toda la mina de carbón hay pruebas esparcidas de las pequeñas victorias del Comité Obrero, pero abajo, en las profundidades de los pozos, yacen sus derrotas en tumbas. Elevándose desde estos sótanos sellados por la reacción llega un gemido hueco. Allá abajo, aquellos que están enterrados vivos alzan sus puños hacia los techos de sus ataúdes de tierra con una rabia impotente. Allí todos están aplastados, desilusionados, llenos de desconfianza y desesperación.

La galería de carbón. Vistos desde lejos, los movimientos del minero parecen algo extraños. ¿O sólo lo parecen a la tenue luz de la lámpara? Si los lunáticos pudieran seguir haciendo su trabajo sin abrir los ojos, con los brazos apretados por el profundo amodorramiento, se moverían sin duda alguna como estos mineros de la galería que reparan la rampa del vertedero de carbón. El mayor de los tres compañeros de trabajo se ha sentado un momento en uno de los lados de una pila de tablas nuevas y mira cómo nos acercamos con los ojos completamente blancos. Está profundamente dormido y sus párpados, sin carbonilla, destacan en medio de su rostro como dos cataratas. Ahora ya escucha su nombre y la luz de nuestras lámparas golpea esas pálidas persianas; aun así, todavía no puede abrirlos. Finalmente, las levanta lentamente como una cortina de hierro.

—¿Por qué estás todavía aquí?

—Esta noche no nos vamos.

—Tu turno terminó hace mucho rato.

—Ya llevamos tres turnos aquí. No nos dejaron ir.

Con anterioridad el jefe había permitido a estos tres hombres que abandonaran el

pozo diez minutos antes que los demás, porque vivían a unos cincuenta kilómetros de D. e iban al trabajo en tren. No por bondad de corazón, sino porque la cuadrilla es virtualmente la mejor de la mina y perder a estos hombres sólo a causa de unos cuantos minutos no valía la pena. Hoy el capataz los encontró junto al elevador y los hizo regresar. Su tren, claro está, partió sin ellos. Regresar a casa en el próximo, en plena noche, significaba llegar tarde al turno de la mañana. Los retrasos significan despidos. Después de haber esperado en la estación dos horas, regresaron bajo tierra. De modo que volvieron arrastrándose aquí sin saber qué hacer, humillados, cansados, quizá ya desempleados. Debajo de sus picos centellea el carbón como la nieve de este crudo invierno en el que todos están pensando, elevando la cabeza anhelantemente hacia una estrecha grieta como si fuera a amanecer a través del espesor de la tierra.

Dos de ellos no pertenecían a ningún partido y uno era un viejo socialdemócrata convencido. Cuando se dio cuenta de lo que sucedía, el obrero menchevique dejó sus implementos en el suelo y se agachó como para montar guardia en el rincón más cercano.

—Pero relévenme cuando ustedes hayan hablado. Yo también quiero enterarme de lo que pasa en Rusia.

Tres veces había blandido la noche el pesado gong de su reloj y arriba el timbre había sonado tres veces, pero el pozo no podía oír esta llamada desde sus oscuras profundidades. Con las piernas colgando al borde de su agujero y acercando más las lámparas, los obreros de la galería, brillantes las linternas nocturnas de sus ojos ribeteados de carbón, establecían los elementos para una condena cuyos datos completos tomarían una larga noche de conversación. Lo hacían por turnos, pasando la historia de uno a otro, lo mismo que un obrero cansado le pasa el pico al de junto. Ninguno podía recordar la experiencia de la revolución en su totalidad. Para ellos era una historia que se extendía y abarcaba toda una década, historia de huelgas mal defendidas y perdidas. Un hombre no muere de todas las heridas que recibe. Cada uno de estos mineros ha perdido la fe en el socialismo a partir de un engaño específico o de un solo acto de traición. En este caso, el hombre viejo estaba envenenado por los gases tóxicos de los artículos del Vorwärts contra Rusia; los fragmentos de una huelga aplastada habían lisiado al joven obrero. Un discurso de Noske había reventado como metralla sobre el tercero. Hay también lesiones muy recientes de hace apenas unos días o

semanas.

Por ejemplo, el obrero socialdemócrata que estaba montando guardia se había perdido recientemente, en 1924, cuando los sindicatos rompieron la última gran huelga minera del Ruhr, solamente tres días antes del veredicto de la comisión conciliadora a despecho de lo que sintieran las masas y por más que la huelga hubiera durado veinticinco días y se hubiera podido mantener otro tanto. Aplastaron la solidaridad del movimiento, impidiendo que el sindicato de transportistas acudiera en ayuda de los mineros del carbón; de este modo ayudaron a los metalúrgicos a traicionar a sus camaradas, de manera que hasta hoy los obreros no han olvidado la traición.

Reavivaron la discordia, sembrando una hostilidad de casta entre los diferentes ramos laborales, salando y castigando esta herida en el cuerpo del proletariado. El camarada T., dejando de lado toda cautela, ya no hablaba, sino que gritaba elevando la voz cuanto podía. La barba, enmarañada por el carbón, destacaba en su rostro como una pira.

—El Sarre va a la huelga, pero nosotros trabajamos. ¿No se dio cuenta? Cientos de trenes preparados en todas las estaciones empezaron a funcionar en cuanto comenzó la huelga en Inglaterra. Hasta lo llamaban “carbón inglés”.

—Yo soy socialdemócrata y estos dos son trabajadores honestos pero todos juntos somos rompehuelgas. Y nuestro partido incita a los obreros a hacer el papel de traidores. Sí, claro, los sindicatos nos hablan como solía hacerlo el káiser: “Kumpels, raus order du kriegst eine”.* ¿A dónde irá a parar todo esto? ¿Qué van a hacer con cien mil desempleados? —El viejo se ríe; alrededor de sus ojos el rostro se le ha enturbiado como un pedazo de lona empapado de lluvia. —Bueno, nos meterán en una empalizada y colocarán ametralladoras alrededor. Sie habe noch Mätzger genug! Darum kriegen wir Schlag wie junge Hunde.†

Los comunistas habían ido a visitar al viejo y le habían ofrecido en vano su visión del mundo, impoluta de toda traición al proletariado. Después de la gran decepción que les ha acarreado la socialdemocracia, la gente es tan desconfiada y temerosa que ya no acepta nada de los demás. Vamos a ver si el comunismo golpea al capitalista como un buen rifle. Ellos lo romperán en pedazos —para ver si contiene alguna trampa— y volverán a amarrar todas las piezas dañadas para formar una ingenua arma casera: el sindicato. Las derrotas de los últimos años han demostrado que es imposible la lucha sin ellos. De modo que los

Kumpels, metiéndose en sus oscuras guaridas, habían concebido en sueños una utopía. Giraba alrededor del nombre de Lenin y de los fragmentos de sus enseñanzas que ya habían penetrado hasta aquí abajo en el subterráneo. Lenin había dicho que la célula debía estar en el lugar de producción. De un modo u otro había expuesto esta idea muchas veces. ¿Cuál es la causa de que el partido vaya tras los obreros en las fábricas y minas y no tema sus sucias viviendas, mientras que los sindicatos se sientan en algún lugar allá arriba fuera del alcance y sólo den órdenes? Tendrían que descender aquí, bajo tierra, al pozo, para que fuera tan fácil agarrar al sindicato por el pescuezo como alcanzar con la mano la botella sobre el muro para echar un trago.

—Kein Berlin, keine grossen Menschen. Hier, hier, mit uns!‡ —Al no saber cómo expresar mejor su idea, el camarada T. alza su lámpara hasta unos entibos nuevos metidos en la pared. Allí, a media luz, unas palomillas subterráneas grises y ciegas pululaban alrededor del leño de pino. Donde haya madera están esas mariposas semitranslúcidas; se comen la humedad y sorben la oscuridad juntas, moran juntas y se pudren juntas. —¡Así deberían ser nuestros sindicatos!

—Adiós, camaradas. Quizá volvamos a encontrarnos en circunstancias diferentes.

—No. Estamos bastante seguros de que no viviremos hasta entonces.

No puedo recordar en qué extremo de este laberinto subterráneo o si estaba más arriba o más abajo; probablemente era sobre el tablón del camastro de un conductor de ponis en un rincón escondido, donde el capataz no se asoma a fisgar con mucha frecuencia y uno puede estirarse durante media hora, descansar felizmente las piernas y sentir las corrientes de aire y un peculiar escalofrío que se filtra hacia arriba, como el aliento de la tierra a través de las grietas, y penetra hasta la dura cama y, a través de la ropa, hasta el cuerpo; probablemente era simplemente sobre una cama de tablón así donde encontré a un anciano fornido, un campesino bávaro. Alzándose tras él, en hileras como estacas en un campo, están los años que ha trabajado. No los ha contado ni ha mirado hacia atrás. No ha sabido de política, ha cortado carbón aferrándose al suelo con sus pies de campesino como si fueran tenazas. Estuvo dos veces en la guerra pero ni siquiera entonces despertó, un trabajador sin pensamientos, toda su vida un labrador. Únicamente la reciente ley del Reichstag lo obligó, incluso a él, a levantar la cabeza. De acuerdo con esta ley, los mineros de sesenta años no recibirán nada del Estado. Tendrán que regresar a la mina cinco años más para esperar el

reparto de limosnas. El viejo G. había caminado hacia su pensión pasando por montañas de carbón, como un buey de regreso del campo, soñando en un descanso y una noche de sueño. Pero de repente, justo adelante de la verja desde la cual podía olfatear cobijo, oír ladrar a los perros y ver las ventanas iluminadas, tuvo que darse la vuelta y regresar a la noche, el frío, la tierra profunda. Las inmensas manos de G., rastrillos con los que ha rascado tanto carbón en su vida, se posan pesadamente sobre sus rodillas y las mira fijamente: son demasiado pesadas. Quisiera quitárselas y dejarlas en el suelo junto a la pala y el pico.

—Después del trabajo me tomaré un vaso de vodka en la taberna. —Entonces, de repente, el dolor le invade todo el cuerpo: no tiene dinero para pagar este trago. ¿Cómo han hecho el cálculo? Ha trabajado sesenta años pero no tiene dinero para comprarse un Schnapps. —Schuften und schuften auf meine alte Tag.§ —Su abuelo y su bisabuelo fueron campesinos. También él es labrador y ha labrado toda su vida; se ha pasado del campo a la mina, ha cavado la tierra y ha sembrado en los negros surcos de la mina la semilla de sus fuertes años de campesino. Ha sembrado y sembrado y no ha crecido nada. No ha salido ni un solo grano. Ni uno solo ha dado una cosecha. En el interior más profundo de esa hondonada había un confuso pensamiento sobre el absurdo y la fealdad de la vida y una ironía que brota a través de los pedruscos de su cerebro abotagado como arroyo bajo una piedra.

—Espere a que me muera, entonces me meteré las manos en los bolsillos.

Sólo después de haber andado así errante bajo la tierra, calentándose primero junto a una lámpara y después junto a otra brillante como una hoguera de vigilancia en medio de las galerías de carbón, escudriñando docenas de rostros que emergen uno tras otro de las tinieblas y escuchando esas voces que salen de los oscuros agujeros de cerradura de la tierra, empieza una a darse cuenta de qué vincula hoy, en estos años de derrota, al obrero alemán con Rusia. No hay ninguna hondonada, ninguna guarida en el fondo de la cual no se hable del país de los sóviets, como hablan los exiliados en el extranjero de una patria distante.

Hasta los hombres más taciturnos, más retrasados y más derrotados sobre los que descansa todo el peso de la estabilización. Ligada a la idea de Rusia, hay otra esperanza que acarician y alimentan en la profunda oscuridad de los pozos y hay millares que piensan en ella, cada uno a su manera, guardándole celosamente del contacto corrupto de los vencedores. De momento no es más que un pálido y frágil retoño que brota sin luz del sol, junto a la luz de una lastimosa lámpara de

minero. La idea de la unidad de la clase obrera.

En la primera galería:

—Sólo el hombre ha hecho la guerra; ¿por qué, pues, es imposible en el mundo la unidad?

—Esperemos que regrese nuestra delegación. Lo que ella diga lo solucionará todo. Nach dem wird sich alles richten.¶

En otra galería:

—Wenn die Verbänd nicht in einem Topfgekocht werden sind wir kaput.**

—¿Por qué los capitalistas están unidos y nosotros no?

—¿Por qué se rieron los ferrocarrileros cuando nosotros estábamos en huelga?

—Mensch, man hat a Spass daran, wenn die Hand gehen.††

En la tercera galería, la más profunda y oscura: —Transmita por favor nuestro agradecimiento a los obreros rusos por el cereal que nos enviaron en la huelga de 1924, porque nos llegó cuando lo necesitábamos. Los sindicatos nos robaron todo lo demás; tragaron del fondo de la huelga a grandes cucharadas.

ULLSTEIN

NADIE corre a buscar las noticias a la oficina de telégrafos, llegan solas. Golondrinas salvajes picotean el suelo justo enfrente del escritorio del jefe de redacción y se extienden ante él ya terminadas y traducidas a la lengua humana, impresas mediante un pequeño artefacto sobre una angosta cinta de papel. Diez pequeñas máquinas reciben y teclean continuamente. Un oscuro monasterio con un centenar de celdas. Un centenar de cabinas de teléfono. En cada una de ellas, un eremita invocando al dios de lo sensacional con un grito salvaje:

—Aquí Berlín, B. Z.* Aquí Ullstein. ¡Aló! ¡Hable más alto!

Los mensajeros dormitan en las bancas de los parques como desempleados. Como pasajeros esperando trenes que no cesan de llegar, partiendo a cada minuto y nunca quietos. Un tren de noticias circundando el mundo. Muchos esperan desde la tarde anterior. Ya han recibido los trenes especiales de América y del Entente Exprés atiborrado de volátiles y pequeños boletines de la bolsa de cambio, esas aventureras hechiceras que pasan inadvertidas la frontera con un parco equipaje de noticias falsas, ese contrabando tan valioso y codiciado por los periodistas.

Bien, la mansión de Ullstein es lo bastante amplia para acomodar a todos los visitantes. Cuatro mil quinientas habitaciones, seis pisos, escaleras como huecos de elevador, doce talleres de imprenta separados unos de otros, los mejores molinos de Alemania que trituran una cosecha diaria de mentiras y verdades —y seis periódicos que amasan el pan de cada día para millones de berlineses, todas las capas de la población, de ambos sexos y de todas las edades, para toda Alemania y para cada una de sus ciudades por separado. Colonia no come lo que es del gusto de Berlín; el plato favorito de Dresde no tiene clientes en Fráncfort. Para el obrero portuario de Hamburgo, Knackwurst con cerveza oscura; para Dresde, Eisbein y col, y para los meridionales cualquier cosa ligera, nutritiva y sabrosa.

En la mansión de Ullstein nadie va a pie. Los holgazanes trepan escaleras. Aquí la gente vuela en elevador. Las jaulas abiertas pasan rápidamente por todos los

pisos. Se ha prescindido de la puerta y el elevadorista ha corrido la suerte del ictiosaurio. Este elevador no se detiene en ninguna parte ni espera a nadie. La gente brinca a una de sus plataformas en movimiento y se apea brincando también en movimiento. Pruebas, ediciones y telegramas siguen un curso de gimnasia práctica. Artículos editoriales, pesados folletines y comentarios políticos panzones, corpulentos y cortos de resuello se han convertido en acróbatas y artistas de circo. Corren de un edificio a otro, cruzan el patio sobre un cable, vuelan arriba y abajo, a una velocidad que eriza los pelos, consiguiendo apenas atrapar el canasto de cables eléctricos del cartero. Desde el día en que el Ullstein padre construyó su primer cobertizo en la Kochstrasse —una pequeña imprenta—, el negocio no ha dejado de ampliarse. Cuando llega a un cierto nivel de perfección, se detiene y engulle su viejo cuerpo. El día en que el espíritu siempre en renovación de la industria no se atreva y no pueda aporrear su propio cráneo o digerir en su estómago los modos obsoletos de organización, técnica y administración de empresas, se convertirá en el almuerzo de un competidor más flexible y potente. Tomemos como ejemplo el antiguo Berliner Morgenpost: surgió de un cementerio, no el de sus métodos obsoletos sino el de toda la prensa socialdemócrata destruida por Bismarck. Fue entonces cuando Ullstein demostró ser capaz de lanzar su moderada hoja de noticias callejeras, con un tiraje de cientos de miles, a un mercado de periódicos abandonado, en la brecha creada por la Ley Antisocialista. Era un periódico dirigido a la masa más amplia de la pequeña burguesía.

¡Cuántas veces han cambiado los métodos de trabajo desde entonces! De la elaboración manual a la mecánica, de dibujos a fotografías y, después, de fotos anémicas, tiznadas y sin color, al montaje artístico. Después de cada revolución tecnológica hay una breve incapacitación para todo el negocio como después de una vacuna. Después, un frenético salto adelante. La presa: cientos de miles de suscriptores nuevos, nuevos edificios, talleres, personal, choferes, camiones y teléfonos. En los últimos años de la posguerra se ha declarado de nuevo la apendicitis en el cuerpo de la planta de periódicos: ahora son las antiguas cajas de imprenta, máquinas inglesas que funcionan con gas y que hay que estar llenando siempre con estaño fundido ya que de otro modo no funcionan. Se han comprado máquinas alemanas para sustituirlas: devoran puro y simple carbón y se las puede atiborrar cuando se desea; de una matriz de cartón se pueden sacar treinta piezas fundidas de metal.

La industria no sabe de gratitud ni recuerda los servicios prestados en el pasado. De la vieja sección ha desaparecido la vida. Está fría y vacía y en sus ventanas

abandonadas se refleja el fuego perezoso que arde en el horno de sus rivales. El alegre ruido metálico de matrices y tipos al rozar sus bordes ardientes surge hasta la sección ahora cancelada como el ruido de cuchillos y platos.

Durante algún tiempo sólo se producía un periódico y se temía sacar otro en la tarde a menos que fuera de circulación reducida. Hoy en día, Ullster, como una madame lista, saca docenas de periódicos a la calle, con indumentarias claramente diferentes, que hablan lenguas diferentes y aterrizan en el pavimento en tiempos diferentes y sin obstaculizarse el camino unos a otros. Al igual que las prostitutas, comparten la calle y no se pelean. Cada cual tiene sus clientes. Por la mañana, el Vossische, destinado a la bolsa de cambio y a los bancos. Se agarra a los despabilados agentes de bolsa, mientras éstos, con los sándwiches en los carrillos y el tarro de cerveza en la mano, están parados en Aschinger. Sube con ellos al coche y tiene tiempo de hacer su trabajo con ellos en los cinco minutos que separan al restaurante de la bolsa de cambio o a la estación de la oficina. Un periódico astuto, prudente y muy bien informado, editado por uno de los mejores periodistas alemanes. Todo especulador espera que sus quince pfennigs le produzcan algo útil.

Mientras los maridos están en el centro de la ciudad, el Die Praktische Berlinerin, el Die Dame o el Blatt der Hausfrau de Ullstein llaman a las puertas de sus esposas. El último es una obra maestra de la técnica. Para que este agente comercial recorra casa por casa susurrando acerca de la cafetera más barata, la bata casera a 3.70 marcos, una cama matrimonial y algún remedio contra el embarazo, la técnica tipográfica ha realizado un verdadero milagro y el genio humano ha ascendido a un nuevo nivel. De un solo golpe, la máquina no imprime únicamente noventa y séis páginas de texto y portada sino que las corta, compagina y dobla lanzando la edición completamente terminada en una bandeja. De esta manera pueden producirse tres mil quinientos ejemplares en una hora. ¿Qué decir de la sección de bordado y de los patrones para gorros de noche baratos que el Die Dame proporciona gratis a sus suscriptoras? Antes de que haya tiempo para que algo cobre forma en la cabeza de la mujer, que instintivamente separa el dinero para una adquisición futura lo mismo que el pájaro reúne paja para su nido, las guillotinas de Ullstein ya han anticipado y recortado en papel de cigarrillo sus fantasías. Los espíritus de posibles abrigos, espíritus de blusas y pantalones posibles, asienten con la cabeza hacia el cliente desde la neblina del futuro y del país de oropel del nunca jamás de clichés frescos.

Hay caballos que pueden resolver problemas y perros que saben geografía, pero nadie sabe todavía la inconcebible inteligencia que una máquina puede llegar a adquirir. La Olympia mecánica de Hoffman cantaba canciones románticas y hacia reverencias, pero eso no es nada. En Ullstein, un obrero se sienta frente a una máquina y mecanografía en un teclado. Ha prensado una letra. Ésta se desprende de su lugar y se coloca al comienzo de la línea. Es el principio del juego. Después, una segunda y una tercera y, en dos segundos, queda moldeada la primera línea de plomo que brinca a la galera. ¿Qué hacen las letras después de que se ha formado la palabra y ya no son necesarias? Se desmovilizan. Se van a sus casas. El linotipo desciende su largo y negro brazo, arrebata la composición que se ha utilizado y la coloca en una pista especial en la que cada letra avanza hasta que cae como una llave en la cerradura.

La hija menor del viejo Ullstein sale a la calle al mediodía. Es un periódico similar a un lagarto o una mosca: la más rápida, persistente y accesible de las hermanas. Cualquiera puede atraparla por el ala y por casi nada. No tiene ni opinión ni voz propias; es una pequeña charca en la que se refleja el mundo entero. Puede volver a declarar en dos minutos, de la manera más cruda y simple, lo que dice y piensa ese día la gran prensa y en un lenguaje inteligible para cualquiera. No siga rumiando estas noticias, el B. Z. ya las ha masticado, humedecido con saliva y cocinado. Engúllalas y ya está informado. El hombre que no tiene tiempo para pensar o recabar su propia información no puede vivir sin este definitivo, bajo y funcional intermediario, este eco de las grandes ciudades, este gramófono callejero y efímero. Nace de las tuberías de desagüe de todos los periódicos y tiene media hora de vida. Su aparición se espera ansiosamente. Millones de personas miran sus relojes mientras esperan su cita con el B. Z. Pero a ningún otro periódico se olvida tan rápidamente, se abandona con tanto desdén en los asientos de los autobuses, las mesas de los cafés, el suelo o bajo los pies. De la espuma de las calles emerge todos los días esta reina de las sobras, una pequeña tigresa con un millón de clientes.

A las 0:10 se envía de la bolsa de cambio el primer boletín; 0:12, se recibe el último telegrama en la sala de composición; 0:15, los editores dejan de aceptar material; 0:16, la prensa rotativa se coloca su coraza de planchas centelleantes; 0:17, el ingeniero en turno prende la corriente. Las prensas rotativas más grandes del continente empiezan su trabajo matutino.

Las páginas fluyen como agua en un molino. Una palabra no es más que un microbio en su torrente. Las primeras copias terminadas y cotejadas se asoman a

la vista. Y se lanzan a viajar por el mundo con el vociferante staccato de una ametralladora. Es el asalto matutino, el fuego cruzado de la prensa, tiroteo que no yerra ni da en un blanco falso. Todas las páginas serán leídas por alguien. Todos los cartuchos caerán sobre alguien. El estampido de la ofensiva cuelga de las paredes. Generan vapor como cascadas o como el borde de una montaña en erupción. El papel da vueltas lentamente en el fuego de esta velocidad como una ballena blanca echando espumarajos. Rollos de papel cubren todo el suelo, capullos gigantescos de mentiras de los que surgirán revoloteando millones de efímeras mariposas.

La fábrica es como una fortaleza. Sus profundos patios, separados de la ciudad por montañas de granito, semejan los de una prisión. En caso de sitio, una fortaleza debe tener acopio de agua y pan. Ullstein tiene una fuente de energía independiente de la ciudad con la que puede alimentar a sus máquinas cercadas durante una semana. Una huelga o un levantamiento. Las puertas de planchas blindadas se cerrarán y en el lapso de los tres minutos de la señal de alarma, los generadores enviarán millares de caballos de fuerza de esquiroles eléctricos a las máquinas. De las verjas no entrará ni saldrá ningún empleado sin ser notado. Los porteros han recibido entrenamiento en personas y objetos. Pero a las 12:18, es decir, ocho minutos después de haber recibido el último telegrama urgente, se levantan todas las compuertas y se abren todas las puertas de par en par. La planta de periódicos se desborda a la calle. Tubos transmisores vomitan fajos directamente a los camiones. Motocicletas ligeras vibran preparadas, esperando su turno. Ciclistas sostienen abiertos sus sacos. Los mensajeros que viajan con periódicos a la estación o a provincia dejan sus almuerzos por terminar. Los sábados se carga un total de cuatrocientas toneladas. Veinte trenes correo para transportar un solo periódico del mediodía. Contando las otras publicaciones, resultan setenta y cinco vagones correo en tres cuartos de hora.

Un periódico le lleva ventaja al tiempo. El periódico rebasa las manecillas del reloj. El ser humano duerme la mitad de su vida. Roba para sí horas a la noche. El periódico despeja la valla de la velocidad pero se tropieza con un obstáculo insuperable: no puede saltar la barricada de ronquidos y gorros de dormir. Pero en las ciudades y en el asfalto que brilla como el hielo todo es relativo. El amanecer puede llevar pijama en vez de sus nubes matutinas pasadas de moda; a partir de ahora Europa será como Groenlandia o el océano Ártico. Su día eléctrico no acaba. A las 8:30 de la noche los vendedores de periódicos acuden a su turno matutino frente a Aschingers —y Aschingers hay en todas partes—. La edición de provincia del Vossische Zeitung, sin los últimos telegramas que se

imprimen y transmiten en la noche, sale a la venta en Berlín a las 8:40 de la noche. Una muestra del mañana, un pedazo del futuro, con los resultados del futbol, los nombres de los soñadores que han caído bajo las ruedas de los coches y los debates de la Cámara de los Comunes en Inglaterra, puede comprarse por quince pfennigs.

Ullstein es una de las grandes potencias que imponen una tasa sobre cualquier vulgaridad susceptible de importación a la conciencia humana. Sus oficinas son como un muelle en el que van a descargar buques trasatlánticos de frases que encajan en la conciencia como protectores de goma en los tacones de las botas, arrojando agudezas tan planas como suelas, anécdotas indecentes y eslóganes políticos. La obra maestra de este género, el que no tiene rival, es, por supuesto, el Berliner Illustrierte Zeitung, la revista de más amplia difusión en la Alemania moderna. Un millón seiscientos mil lectores. Y sigue en aumento. En seis meses alcanzará probablemente los dos millones. Los cimientos sobre los que se asienta Ullstein en la actualidad es una máquina de propaganda de vulgaridad. En realidad es una cifra, una nada, un cero. Treinta y dos páginas de alivio laxante. Una mirilla horadada en el tocador de una artista de cine célebre, una rendija a través de la que cualquiera puede espiar a mujeres bellas en el baño desde Spitsbergen hasta el cabo de Buena Esperanza. Un fragmento de novela picante y banal que puede leerse en el retrete. Anuncios. La boda de un príncipe. Otro anuncio. Diez páginas de anuncios.

El Illustrierte nunca ha sido enemigo de la Rusia soviética. Puede ser que los obreros alemanes hayan aprendido más en él acerca del rostro real y verdadero de la URSS que en ninguna otra parte. Proporciona todo lo interesante e inesperado. Rusia es algo sensacional. El Illustrierte proporciona Rusia. Sus calles, manifestaciones, multitudes, líderes, avenidas, ejército y hogares de niños.

El hombre de negocios práctico y sensato cree con más facilidad en un gobierno estable instituido que en uno que exista todavía únicamente en la mente de los residentes del Kurfürstendamm y Tauentzienstrasse. Si los bolcheviques aguantan otros cinco años, Ullstein tratará a los rusos blancos emigrados exactamente igual que el gobierno anterior trató a los estudiantes rusos después de 1905. Aquel que subvierta el poder legal, aun cuando éste sea soviético, será un revolucionario, un terrorista y un fulero. Pero si bien Ullstein se asegura frente a todo riesgo y generalmente se muestra amistoso hacia la URSS, imprime calladamente el Rul de la Guardia Blanca en uno de los rincones apartados de su

mansión.

La amistad está muy bien, pero cuando toda la prensa eleva un clamor de alarma contra los bolcheviques, Ullstein no puede quedarse callado. Después de haber estado imprimiendo noticias amistosas hacia nosotros en Rusia durante todo un año, de repente machaca con todas sus armas pesadas y, cuando se repiten un millón seiscientos mil veces, sus palabras resuenan más estrepitosamente que los Mandamientos de Moisés desde la antigua montaña de los hebreos. “Un nuevo crimen de la justicia bolchevique”, “Tres académicos alemanes sentenciados a muerte”. No sólo “tres académicos” sino tres veces un millón seiscientos mil “Kindermanns” y tres veces un millón seiscientos mil “criminales bolcheviques”. Y esto ya no es un cero sino un motor social de potencia y capacidad como hay pocos en Europa.

El Illustrierte no da sus breves y ácidas fórmulas políticas en columnas y curvas estadísticas, no, las tatúa sobre la piel aterciopelada de una artista de music-hall, la ropa interior de una bailarina famosa o un frasco de agua perfumada para quitar olores desagradables de las axilas. Ahí es donde las palabras indelebles “Guerra al bolchevismo”, “Guerra a la revolución mundial” y “Guerra a los asesinos del Kindermann inocente, miope y de pelo cano con su maletín de primeros auxilios” están de hecho grabadas al fuego, cosidas y escritas. Todo lema lanzado por Ullstein —a favor o en contra de Rusia, a favor o en contra de la Revolución china, a favor o en contra del pacto— vuela al cielo en balones de futbol marcados con estos lemas. Las lanchas motoras y los yates del B. Z. surcan los mares, sus caballos de carrera saltan vallas de alambres de púas, el favorito del B. Z. le rompe la nariz a un boxeador estadunidense de primera categoría y las motos del B. Z. logran un nuevo récord en velocidad, todo tiene preferencia sobre cualquier consigna política. Una exposición canina, tenis, natación, el premio al mejor toro de raza. Europa sigue todos estos temas con la mayor atención. Todo periódico que se precie tiene una página de deportes diaria. Sus campeones son mucho más conocidos que las figuras políticas más importantes. Ullstein fue casi el primero en descubrir esta mina de oro. Inauguró un nuevo departamento mientras otros todavía tenían al reportero de la fuente de incendios para cubrir las carreras y los partidos. Contrató a un editor especial, despachó plenipotenciarios a todos los despachos de apuestas de los hipódromos europeos y comisionó corresponsales especiales en todas las cuadras famosas.

Ullstein no entiende de arte. Para estas sutilezas y para el consejo editorial del Querschnitt, una revista estética impresa en papel vitela para unos cuantos

centenares de suscriptores, ha contratado a un caballero experto en porcelana antigua y en todas las cajitas de rapé del siglo XVIII que ha visto el mundo. Esta revista es un lirio que parece totalmente desconectado del medio en el que crecen hierbas tan vulgares como el B. Z. y el Illustrierte. Flota sobre la superficie de los millones de Ullstein, con la fragancia de la escultura negra y el brillo de las botas del viejo Friedrich en los cuadros de Menzel. Presenta dibujos muy artísticos y muy desnudos dirigidos al conocedor. Cuando el viejo Ullstein ve todo este refinamiento, resopla y maldice. Pero los otros editores, manufactureros de aquella terrible literatura sensacionalista, tienen prohibido intervenir en los asuntos de los estetas. Dejen que los Apolos se arraiguen por ahí ellos solos porque, aunque puede que no aporten ninguna ganancia, atraen a la gente de gusto y dinero al edificio. Siempre es bueno tener una venus clásica en el vestíbulo.

Pero para la elaboración de mercancías tales como el Der heitere Fridolin, el viejo Ullstein no tiene necesidad de ayudantes. Aquí él es el artesano y especialista. Nadie sabe mejor que él cuánta manteca, margarina y azúcar hay que espolvorear en esos pequeños folletos de diez pfennigs con un perro ciclista en la portada, especialmente diseñados para contaminar, envenenar y degradar las fantasías infantiles. Tienen un tiraje de treinta y cinco mil; setecientos mil al mes. Una mezcla de Pinkerton, circo y un noticiero de crímenes y tonterías sentimentales. El héroe es un perro policía que tiene alma de lector de suplemento dominical del Vossische Zeitung.

Hablemos ahora de estas novelas raras. Antes de la guerra, un librito de doscientos cincuenta páginas con una boda o un suicidio de nobles costaría alrededor de un marco. Hoy cuesta dos. No se leerá a ninguno de los “inmortales” igual que se lee a estos autores mercenarios. ¿Quiénes son Tolstói y Goethe en comparación con el señor Weber, autor de ¿Sí, sí, amor? El bueno de Ullstein trata a la literatura como un camello a los dátiles. Hace que el lector se arrellane y lo rumie de nuevo. Inmediatamente después de su publicación, todos los romances amorosos de Ullstein se filman en los estudios del país. La empleada de tiendas, la maestra de escuela y el funcionario de correos necesitan tener fe en la buena fortuna. El pequeñoburgués tiene que aprender que un hombre honesto puede lograr cualquier cosa —una villa, un coche, su propia tienda— sin derramamiento de sangre, sin violencia y sin lucha. La lectura no basta. Se ha de ver. De modo que Ullstein lo muestra. Cualquiera puede ir y convencerse de cómo la honesta Alicia, tan pulcra, de buena presentación y carita bastante linda, encontró su camino en el mundo de los financieros; se casó

con Stinnes. Con la salvedad de que este Stinnes es tan joven y de buen ver como un empleado del departamento de trajes de Wertheim. Gente mayor que ha trabajado cien años muere rica. Vean sus cortejos fúnebres. ¿No vale la pena ser obediente toda la vida si esto significa que uno puede dirigirse al "descanso" con esas borlas de adorno y sombreros de copa blancos? Por no mencionar a los obreros y funcionarios menores que sin excepción ganan regularmente doscientos y se casan con la hija del dueño. ¿Por qué una revolución? ¿Qué sentido tiene la política? Millones de obreros europeos viven soñando con Rusia. Millones de obreros socialdemócratas se aferran a una esperanza… Los obreros envían sus delegaciones a Rusia. Pero el lector de Ullstein, el pequeñoburgués, va al cine a ver su tierra prometida.

Ullstein no está solo, por supuesto. Compitiendo con él, y probablemente superándolo, hay editores de periódicos como la antigua Scherl Verlag, que creó un periódico "sin partido" en Alemania, ahora en manos de Hugenberg, un ex ejecutivo de Krupp. Después de haberse apoderado de lo que había pertenecido a un rey de los periódicos, Hugenberg convirtió estos periódicos "sin partido" a lo que el alemán reaccionario promedio se había ido acostumbrando, en portavoces de la más vehemente y amarga contrarrevolución. Además están Mosse y muchos otros que cada vez monopolizan más el mercado de periódicos y de libros. Hay muchos Ullstein…

¡El tributo que estas fábricas de ideología burguesa pagaron al gobierno durante la guerra no se puede subestimar! No había un solo poro del organismo social ni una sola célula de su cerebro que ellos no pudieran penetrar y para la que no se desarrollase una toxina especial. Ullstein, Mosse y Hugenberg introdujeron más de un clavo en el gran Hindenburg de madera que entonces se encontraba junto al Parlamento, enfrente de la Columna de la Victoria. Bajo los efectos de la cocaína de su letra impresa, ejércitos de hombres se dejaron sacrificar. Y sin la ayuda de los trusts de periódicos el gobierno nunca hubiera podido extraer de la masa de la pequeña burguesía todos los millones que le extorsionó para el préstamo de guerra.

JUNKERS

COMO cualquier verdadero científico, el profesor Junkers tuvo que romper con la universidad y abandonar sus muros para siempre a fin de dedicarse a la ciencia. Lo hizo en 1909 junto con su colega y ayudante, el doctor Mader, cuya inmóvil mirada, ligeramente de reojo, estaba fija en los motores de combustión interna tanto entonces como ahora, casi veinte años después.

Sin embargo, ninguno abandonó la escuela superior de Aquisgrán para dedicarse a la aviación. La máquina voladora no les interesaba más que cualquier otra máquina. Pero la universidad les exigía que enseñaran algunas materias a muchachos ignorantes. O sea que renunciaron a la universidad y prosiguieron con sus experimentos en paz y tranquilidad.

Si volar ha sido alguna vez un arte más que un oficio, fue ciertamente en aquellos años. Involucró a soñadores, deportistas, aventureros y mártires. Idearon unas cajitas chistosas hechas con material de vela, unos cuantos alambres frágiles y tablas, y sobre estos cometas de papel volaron o cayeron totalmente a voluntad del destino —visto desde 1925, un año de fríos cálculos de los inversionistas— irracionalmente, brillantemente y con profunda ignorancia. Casi todos los concursos terminaban en desastre. Dos o tres veces al día, los espectadores saltaban la barda y corrían hasta el lugar donde se extendía un montón de pedazos humeantes desparramados en medio del campo. Perecieron tantos aviadores pioneros en unos cuantos días como en la actualidad en todo un año. La humanidad se abrió camino al cielo con alas de papel salpicadas de sangre.

El profesor Junkers no tenía nada en común con esta noble demencia. Después de muchos años de esfuerzo en la tranquilidad de su despacho, tomó simplemente una de las alturas dominantes de la tecnología y a resultas de la conquista un área muy interesante y carente de investigación cayó en sus manos. Cuando se estaba contando a los prisioneros, apareció esa caprichosa aviación que nunca se había rendido hasta entonces a manos de nadie. De modo que el profesor Junkers decidió darle una educación científica a fondo.

Una de las ideas básicas de este científico que produjo una revolución en el campo de la aeronáutica era sumamente simple. Piénsese en esto: ¿qué pájaro, mariposa o pez, a cuya imagen debería construirse el aeroplano, vuela sin piel, con los huesos y los nervios al desnudo? ¿Dónde existe una criatura que lleve sus interioridades al aire? Sin embargo, el aeroplano de los viejos tiempos era simplemente así. Con el corazón en lo alto y sin ningún tipo de protección. El viento rugía y soplaba a través de sus extensos aparejos cargados de polvo, mojados por la lluvia y secados al sol. Toda esa trama, cuerdas y tablas aumentaban el área de superficie y su resistencia se decuplicaba a pesar de su obvia liviandad. Junkers decidió cubrir la desnudez del aeroplano; hizo una caja torácica para el corazón y un estómago para los intestinos. Las estúpidas salchichas del conde Zeppelin todavía atraían la atención del público y de la corte imperial: Guillermo, enormemente encaprichado con la escala y la apariencia francamente militar de esas máquinas voladoras, las lanzaba al aire a manadas mientras el profesor Junkers obtenía la patente del primer aparato hecho enteramente de metal. El piloto y los tanques de combustible estaban ocultos dentro de un cuerpo oblongo de aluminio blanco plateado.

Con la guerra, el profesor obtuvo recursos y fama mundial. Satisfecho de poder trabajar finalmente sin preocuparse por el dinero, el amable y humano Junkers, que parece más un capellán que un científico, envió modelo tras modelo y vuelo tras vuelo al frente. Sus cazas, después de los submarinos, se convirtieron en los favoritos del almirante Tirpitz. El zumbido de sus libélulas plateadas dejó un rasguño indeleble de miedo en la memoria de los millones que todavía viven y los millones que cayeron.

Después de la Paz de Versalles, los representantes de la Entente llegaron a la tranquila y pequeña ciudad de Dessau y destrozaron a martillazos cualquier cosa que pudiera servir a los objetivos de la guerra. Los planos de un avión portador de torpedos todavía por construir fueron a dar a París. La planta paró. En el plenilunio de la crisis inflacionaria, Stinnes y AEG, los grandes tiburones, se reunieron en las aguas tenebrosas alrededor de Junkers. Aquéllos eran años en que uno podía llegar a dirigir cualquier empresa si era lo suficientemente astuto para enviar unos dos mil dólares junto con su tarjeta de visita.

El profesor tenía ya bastante experiencia con los funcionarios del Departamento de Guerra para hacerse ilusiones respecto al destino que le esperaba en el bolsillo de un hombre de negocios de la empresa privada. El comerciante es enemigo de las innovaciones que no le son impuestas por la competencia. Debe

aprovecharse al máximo de lo que ya existe y exprimir lo más intensamente posible una idea que ya ha ganado el mercado. Al comerciante no le entrará en la cabeza remunerar al profesor por los experimentos que para entonces ya habían agotado todos sus medios y todas las subvenciones recibidas del gobierno.

Llegado este difícil momento, Dios envió a Junkers dos ángeles guardianes que lo sacarían de las voraces fauces de los especuladores: una caldera de fundición de aluminio y a Sachsenberg. Ocupémonos primero de la caldera de fundición. Todo Don Quijote tiene su Sancho Panza. Para permitir que los pensamientos del profesor vaguen libremente, cometan estupideces, errores, dejen de lado todo lo que se ha iniciado y comiencen de nuevo desde el principio cualquiera que sea el costo, debe tener detrás un burro dócil y abnegado y con sentido común práctico que lo siga. Lo sacará de cualquier situación difícil acarreándolo en su amplio lomo y, en las contrariedades, andará buscando a su héroe hasta encontrarlo en una zanja junto al camino y le lamerá el rostro enlodado con la caricia celestial de su cálida y áspera lengua.

Al borde de la planta había anidado desde hacía tiempo un taller de fundidores de aluminio avanzados. En la época de la revolución, cuando de repente los soldados comenzaron a arrancar las charreteras a sus apuestos tenientes, este horno de fundición dejó su prosaica indumentaria. Sus amplias espaldas y sus laboriosos puños sobresalieron de los despojos de la frágil libélula aérea. Y hasta hoy sigue reintegrando dócilmente todas las costosas incursiones del profesor en el país de lo desconocido.

Después de la guerra, la industria pesada alemana sufrió una importante crisis: el cambio a la producción de tiempos de paz. Krupp empezó a fabricar máquinas de moler carne y separadores de leche; el pesado Stumm, rey de los acorazados, emprendió la fabricación de juguetes para niños. El cambio fue más fácil en la planta de Junkers que en las otras. La Paz de Versalles sólo hizo que se expandiera en una nueva dirección. Esa diminuta ave de presa a la que podía divisarse fugazmente en el cielo de la guerra como un punto apenas perceptible descendió, creció y todo su cuerpo fue renaciendo gradualmente. Su cabeza aumentó de tamaño, su fuselaje se extendió y sus alas se ensancharon hasta formar una fuerte cruz metálica. E, impelida por el hambre, el águila de la guerra entró al servicio de correos.

¿Estaba sola? Las olas de la revolución se encresparon y gentes de pelo cano y nariz de pura sangre tuvieron una vida cada vez peor. Se alistaron en las legiones

extranjeras y los pequeños Estados del Báltico los contrataron como soldados. Encubriendo profundamente su orgullo de oficiales de la Flota Imperial, fueron ellos los que en oculto rencor les hicieron el sucio trabajo de la caza de bolcheviques a los letones y estonios. Pero los gobiernos de pequeños tenderos y acaparadores no tenían intención de permitir que esta guardia escogida del imperialismo alemán se sintiera para siempre en casa en sus países. Los campesinos letones todavía recuerdan las revueltas agrarias de 1905 y a la gente del campo colgada de las costillas en las tierras de los barones; no olvidan la burocracia de Ostsee, ese baluarte de la autocracia rusa, ni cuando el caudillo de la nobleza báltica entregó las llaves de la ciudad de Riga a Guillermo II. En suma, se utilizó a estos Landsknechte y después los echó a patadas. Miles de campesinos alemanes a los que se les habían prometido tierras y viviendas si hacían una pequeña guerra a los bolcheviques pagaron con sus vidas por la aventura conocida como Baltikum.

En 1919 uno de éstos regresó a Alemania virtualmente a pie. Los lobos a los que la guerra había abatido decidieron reiniciar la labranza aunque sólo fuera para no prestar sus servicios a la maldita república que todavía les parecía revolucionaria. Plantaron papas, acarrearon estiércol en sus carros y, cuando levantaban la cabeza del arado o la pala, seguían con una mirada anhelante al avión correo Junkers volando sobre sus campos. Sachsenberg, fundador de una granja para oficiales y organizador de especial habilidad, se puso muy rápidamente en contacto con Dessau y ofreció sus servicios al profesor junto con un elaborado proyecto de aerolíneas internacionales. Este selecto racimo de la vieja casta imperial de oficiales, odiados por el proletariado y la aristocracia adinerada y que a nadie le servía para nada en el país, optó por el cielo. En París, los emigrados rusos tienen reputación de ser especialmente peluqueros, meseros y choferes de primera categoría. Pero estas gentes muy pronto iban a convertirse en los mejores cocheros del cielo internacional, viajando por los horizontes de Europa y Asia tan tranquilamente como los emigrados lo hacen por los bulevares de París.

El lado comercial del negocio exige que un ciudadano pueda abordar un aeroplano con tanta facilidad como un elevador o un coche. La aviación tiene que ser destronada y hay que arrancarle todos sus rasgos aristocráticos para que no ahuyente al tímido burgués. Ésta es la razón de que el avión moderno sea tan infinitamente vulgar en su decoración interior. Los asientos parecen sacados de la sala de fumar de un banco, sus espejos trasplantados de un restaurante mediocre y toda la cabina está repleta del habitual lujo empolvado de los

ferrocarriles europeos. El lavabo con el letrero blanco en la puerta es consoladoramente familiar y totalmente pedestre; bolsas de papel imperturbables y serviciales hacen señas desde sus alcayatas en caso de náusea. Los accidentes son tan escasos, las escupideras tan oportunas y los guantes del piloto se posan tan serenamente en la columna de control que los pasajeros han dejado de tenderle la mano. Un paso más y el piloto será igual al sirviente y al chofer. El burgués se liberará finalmente de su miedo cuando vea a un aviador en uniforme. El día en que se empiecen a aceptar propinas en el aire, volar será diez veces más popular.

Hay una ironía especial en el hecho de que este destronamiento y desmitificación de la aviación haya atraído a los últimos románticos del antiguo régimen. Con rostros impasibles llevan sus aparatos a la pista frente al hangar y luego los frotan para eliminar todo rastro del mareo de sus pasajeros en las alas plateadas. Hay muchos de estos hombres voladores que se han quedado sin piernas varias veces durante la guerra, primero sin la propia y después sin las de palo. Incluso ahora las sacan de la cabina del avión en sus manos. Aun así…

El país pertenece a la república. Lo han recortado durante muchos años y dividido sin dejar desperdicio. Los puntos de la sutura que le hicieron la Paz de Versalles y Dawes no se los quitará, de momento, una bayoneta. Pero el cielo, un gran continente azul, no está todo descubierto ni totalmente conquistado. Hay profundidades insondeadas y caminos por trazar que nadie ha recorrido. Las nubes se arrastran a través de él como caravanas opulentas abiertas al saqueo. Y, además, aquí las fronteras no existen. El dominio del aire es el resultado del cambiante equilibrio de poder. Aun el vuelo más intrépido no deja un solo rastro, ni siquiera las ligeras caudas de espuma que deja tras de sí un barco en el océano.

Las grandes potencias lanzan al aire flota tras flota, pero sus naves en el momento presente se las traga el espacio, diminutas en comparación con los millones de millas que han de recorrerse. El cielo nocturno es el decorado de la nueva guerra; para rociar las extensiones nevadas de Rusia con dinamita y clavar a China en la tierra las fuerzas aéreas del enemigo tienen que permanecer como estrellas sobre las grandes llanuras agrícolas.

Surcando a través de un cielo extranjero, los aviones Junkers continúan ensanchando en un espacio vacío un imperio que ha dejado de existir. Se ha perdido China, Kiaochow ha sido tomada, el ferrocarril de Bagdad ha sido

arrebatado de las manos a Alemania y el Congo ha desaparecido. Pero queda el cielo de China, abierto a todos los vientos. La bandera de la fortaleza perdida del Pacífico puede verse ondear en sus nubes. Allá arriba en el aire, las rutas hostiles de los caminos aéreos se cruzan e interfieren unas a otras. La lucha por la conquista de estas colonias está apenas en periodo de calentamiento.

Los aviones Junkers no las están conquistando ni para ellos ni para su país. Los nudos de Versalles los amarran fuertemente. Trabajan para cualquier cliente o parroquiano.

Los tentáculos de la Deruluft* se extienden hasta Italia, Escandinavia y Suiza; Sachsenberg ha promovido una ofensiva para penetrar en los Balcanes y, a través de los Balcanes, en la Anatolia turca.

No hace mucho tiempo Dessau comenzó a agitarse como una colmena en alarma. Los aviadores que habían llegado volando de todas partes se sentaban taciturnos en las mesas de sus bares, siguiendo estrictamente el rango y conforme a la lista en la mesa de los oficiales. Uno acaba de llegar de Persia, otro había descendido a las arenas del Gobi, en tanto que sobre un tercero se aprecia el polvo y las quemaduras del sol de un verano ruso.

—¿Cómo está la salud del príncipe heredero?

—Muy buena, gracias. Su Alteza ha comprado otro caballo.

—El rey de Sajonia —pero éstas no son las grandes noticias que estos hombres están generalmente dispuestos a perseguir y rastrear a través de los cielos del mundo entero. Estalla la bomba.

—¿No se ha enterado? Junkers ha firmado una concesión con Polonia. Vamos a construirles una flota a esos bribones. —Durante toda una semana los tenientes beben lúgubremente en torno al grial y ajustan cuentas con sus cocheros, hastiados: miden las millas, pedazos de espacio que le rebanan al infinito. No hay otra cosa que hacer. Ésta es la ley del desarrollo capitalista. El comercio no es miembro de ningún partido y está internacionalizado.

El imperialismo germano sin hogar administrará parvularios de pequeños cazas tanto para sus enemigos como para sus amigos. Siempre con la esperanza de que sus alumnos no lleguen con demasiada rapidez a maestros, de que su propia gente se encuentre, en el momento decisivo, al timón y que la sombra de los

aparatos construidos por estos mismos ingenieros alemanes no se cierna nunca sobre los campos alemanes. Una vana esperanza.

La industria bélica de los países extranjeros está aprendiendo ávidamente de los pilotos y diseñadores de Junkers. Pero cuando apenas ha aprendido a caminar ya está sacando de sus puestos de mando a hombres en los que percibe enemigos irreconciliables. Todos los intentos de fortalecer su posición mediante un trabajo honesto y enteramente desinteresado son fútiles. Cuanto mejor es la escuela antes alcanza el alumno la madurez y se desprende del tutelaje extranjero. Cuanto más concienzudamente Junkers cumple con sus obligaciones, más se esfuerzan por liberarse de él. Las puertas de las plantas que él ha construido y puesto en funcionamiento se cierran una tras otra de golpe cuando él sale. La seguridad en sí mismos y la juvenil ignorancia de sus alumnos no hace más que acelerar su derrumbe.

Nadie sufre estas catástrofes con tanto dolor como el profesor. A los primeros telegramas intranquilizadores redobla sus esfuerzos. Invierte nuevos recursos en las empresas amenazadas. Esto lo ha llevado varias veces al borde de la ruina. A pesar de todo, un buen día, los constructores de aviones, amargados y una vez más desempleados, aparecerán en el umbral de su tranquila casita en Dessau.

Junkers es el más puro de los científicos. Para él los servicios aéreos son a fin de cuentas tan necesarios como el horno de fundición. Los dirige con la finalidad de nutrir sus experimentos sin sospechar quizá la colosal importancia política de la organización internacional que él ha creado. Claro, él da más a sus contratantes de lo que recibe de ellos. Pues qué es el dinero comparado con esta cultura de conocimientos, experiencia y organización que él esparce por el mundo como Mechnikov su yogur.

Pero a fin de cuentas el profesor no puede quejarse de falta de éxito. Bajo cualquier bandera que vuelen sus naves hoy en día ni un solo gobierno tiene a su disposición un cuerpo de empleados tan compacto ni aviadores, ingenieros y obreros tan magníficamente adiestrados y educados. Ni uno solo de sus hombres llegó ya formado. La mayoría de ellos comenzó el servicio como voluntario, sin recibir ningún pago durante dos meses, y sufriendo hambre y privaciones. Crecieron junto con sus aparatos. Comprobaron en la práctica cada paso adelante y cada nuevo invento. Los pilotos eran un sensible aparato monitor sin el cual el profesor no hubiera podido trabajar. De cuánta utilidad le fue incluso el pequeño Jüterbog, un cochero infatigable del aire deambulando interminablemente por el

Este. Vuela bajo, abrazando estrechamente la tierra. En tiempo tormentoso, el mar Caspio escupe espuma casi en sus alas, se desliza serpenteando por la niebla, tropezando con los postes de telégrafo de la East India Company, pero en ninguna ocasión el viento o niebla lo han detenido en algún punto de su ruta. Anda errante días seguidos pero hace llegar sin falta a su destino el saco de cartas y a los dos o tres comerciantes persas, amarillos por el balanceo. Éste es Jüterbog y no hay nada que no sepa sobre el rocío tropical, el polvo más fino del desierto y el efecto del aire, sol y humedad en el organismo de un aeroplano.

Tomemos otro hombre: promovido de simple mecánico hasta convertirse en uno de los aviadores más brillantes de Junkers en la actualidad. No se le envía al este. Todavía da vueltas en círculo alrededor de este pedazo de Europa más suculento, mojado y jovial. Antiguo marinero, es feliz en la niebla espesa, en el viento húmedo de Holanda. Cientos de millas a través de la densa bruma, los fuegos dorados de las tabernas de Ámsterdam le hacen señas. El señor N. es un piloto nocturno. Sus ojos saltones, enrojecidos como su cara, pueden ver en la oscuridad. Puede sentir la tierra nocturna debajo de él como el fondo del mar bajo una barca de pesca, y evita el peligro con una sensibilidad sorprendente.

Para los récords de velocidad y altura están los fríos haraganes. Suben a bordo de sus aparatos sin cambiarse de traje y salen impecables. Antiguamente clase media alta, sobrealimentados de vida, amantes de un riesgo que está congelado como una botella de vino en la atmósfera enrarecida. Para ellos el valor de la vida es equivalente al máximo de placeres nerviosos y agudos que todavía han de exprimírsele. El resultado es irrelevante. Una vez logrado el objeto no vale siquiera la pena hablar de él. No obstante, cuán deleitables son esos minutos de combate solitario a una altura de cinco mil doscientos metros donde el peligro se encuentra disuelto en el aire como un diamante en un vaso de agua.

Pero la llave maestra del negocio no está en las nuevas líneas aéreas ni en los despachos de los ejecutivos y los aeródromos, ni siquiera en los talleres principales de la renombrada fábrica de aviación en Dessau. El corazón de Junkers está oculto en una casita de un solo piso poco atractiva apartada de las oficinas comerciales, donde Sachsenberg y sus muchachos llevan el negocio y administran el aeródromo barrido y desnudo por los remolinos de las hélices. Ahí está su instituto de investigación científica, laboratorio químico y archivo. Los expertos dicen que no hay otro como éste en Europa.

Todo el trabajo de los científicos reunidos aquí se basa en la más profunda

desconfianza sobre los materiales. Sus laboratorios son el anfiteatro en el que los metales luchan por la supremacía como campeones. Cualquiera puede tomar parte en la competencia. Desde especímenes de las industrias más conocidas hasta jóvenes luchadores de los que no se ha oído hablar que llegan al mercado por primera vez. El orgulloso acero de Krupp ha de demostrar sus ventajas cada día. El primer vagabundo casual que se encuentre en la calle puede desafiarlo a un duelo. El metal que gane el primer premio en el modesto laboratorio de Junkers se convertirá en una celebridad a la mañana siguiente.

El brillante aluminio blanco triunfó sobre todos sus rivales y sólo entonces decidió el profesor modelar con él sus aeroplanos. Hasta la fecha más de doce competidores están raspando para encontrar el resistente material para el motor, para una rueda que emita calor más rápidamente que otras, un eje que no se parta al aterrizar, una estructura firme y un ala ligera. Un metal exhibe la piel de un esquimal que no teme al frío, otro es un negro creado para el calor africano.

La investigación de materias primas no empieza con el artículo terminado sino con los átomos. Se coloca el metal bajo un microscopio y después se le ilumina con rayos X para verlo en su interior. La más mínima irregularidad en la alineación de sus cristales es suficiente para que se rechace toda la hornada. El acero es un terrible ladrón. Le bastan minutos para apoderarse de cualquier aleación. En el laboratorio hay un mecanismo especial que lo obliga a revelar todo lo que ha ido reuniendo y ocultando. En su puño tercamente apretado se quema todo el carbón robado.

De este modo, a lo largo de los años, se ha ido acumulando un material científico absolutamente invaluable. Los sumarios de estos experimentos, cada uno de los cuales es estrictamente registrado, crecen hasta formar bibliotecas enteras. Notables científicos los cotejan. Antes de iniciar su trabajo, el joven practicante estudia todo lo que se ha escrito sobre el tema en cuestión. Se alza directamente sobre los hombros de sus predecesores.

Ningún metal pasa sin ser reconocido a través de la sección de control. Puede reconocerse cualquier aleación, como a un criminal por sus huellas digitales, merced a una marca que se le imprime con una bola en el aparato de pruebas. Tan estricto como el partido: los materiales que han pasado la primera purga no quedan exentos de la segunda. Cualquier idea que se sugiera, por muy convincente que pueda ser en el papel, se reviste enseguida de su cuerpo metálico y se defiende en la práctica. Hay largos y delgados tubos que han

prometido sostener todo el peso de un ala. Se carga un peso descabellado sobre un junco de aspecto frágil. Resiste 9 000 kilos, más de 40 por milímetro cuadrado, y se fractura únicamente cuando sobrepasa este peso. Las venas de acero vibran en un potro de tortura: se parten a los 5 200 kilos (50 por milímetro cuadrado). Tijeras mecánicas taladran a través de los hilos que se han utilizado para coser las piezas del aparato. Manos de hierro escogen entre millares de madejas la que resistirá 127 kilos, 25 kilos por milímetro cuadrado en corte transversal.

Un metal en este departamento es como un pecador en el infierno. Se le corta, muele, estira, desgarra y sacude. Una máquina especial impide que se duerma. Día y noche agita las tiras de metal y las somete a juicio, y éstas, enloquecidas por el insomnio, tiemblan con un ligero temblor febril, el temblor de un aeroplano volando a toda velocidad. En otro rincón, el resorte de una válvula en forma de bolo sigue agachándose y levantándose durante horas seguidas y un observador escudriña su núcleo resplandeciente a través de un tubo especial y anota los más ligeros cambios. En este lugar se induce al aeroplano todos los accidentes que le pudieran suceder. Se calcula el efecto de cualquier desgaste o falla y de cualquier catástrofe en cada uno de los componentes. Miles de objetos que sufren el efecto del peso, el calor, el frío, los choques y la tensión no son esencialmente más que un avión desmantelado hasta sus piezas más pequeñas. Este avión viaja alrededor del mundo, lucha contra las tormentas y el fuego, se hace añicos, se hunde y se quema, pasando por un millar de aventuras peligrosísimas sin moverse de donde está ni abandonar el diminuto laboratorio.

Los chinos no aprecian tanto a sus antepasados como el laboratorio a sus pedazos de hierro destrozado durante los experimentos. Se ponen a salvo en el orden más perfecto, colocándose a lo largo del camino recorrido por la aviación como una hilera de advertencias inolvidables. Un error puede corregirse, pero la memoria retentiva de la ciencia quedará alerta para siempre aunque sólo sea por un experimento fracasado entre un millar.

El avión es muy joven. Ni siquiera se ha determinado su expectativa de vida. En Dessau hay un aparato que ha volado desde 1919 y nadie sabe cuánto más aguantará. ¿De qué se alimenta, cuál es la comida más sana para su delicada constitución? Los químicos han revoloteado durante años alrededor del combustible. Pero no sirvieron de nada las intervenciones o advertencias. De modo que los viajeros, que toda su vida se han guiado por el olfato, se sienten ahora engañados y embaucados por esta gasolina frívola y voluble y ya en la

vejez se les ha ocurrido la idea del divorcio. Han desviado la mirada hacia el aceite diesel, pesado, confiable y poco caprichoso, hacia esos licores grasos que el automóvil bebe en los Alpes, las nieves rusas y el hielo del Ártico.

—Pero —dice el ecuánime viejecito que informa todos los días al profesor sobre el comportamiento del aceite en una vasija—, das sind nur Anhaltspunkte, Wir wissen noch Nichts!†

¿Nada? ¿Después de tantos años de esfuerzos, avances y descubrimientos? Contemplemos al científico viendo por rayos X alguna membrana microscópica y nos helaremos por dentro. ¿Cómo diablos volaron esos primeros aviadores sin ningún Anhaltspunkte aparte de su propia fuerza de voluntad? Junkers dispone de hombres muy valerosos, pero ¿cuál de ellos se hubiera atrevido a ascender sobre esas alas de hierro pesado que cuelgan ahora que las paredes como corazas de caballeros medievales?

A pesar de toda su perfección, la planta de Junkers semeja todavía una universidad o un taller artesanal más que una fábrica. La producción apenas está mecanizada. La máquina es la mano de recambio del obrero, le ayuda y se encarga de alguna de las muchas acciones que éste lleva a cabo, pero no realiza ninguna operación de principio a fin. Mantener una estricta uniformidad en el modelo cuando se usan las manos es asombrosamente difícil. Un eje de timón debe ser absolutamente idéntico al otro; uno de los garfios bajo la cola sobre el que se apoya el aparato cuando aterriza no ha de diferir en nada del otro. Los obreros no pueden distraerse de lo que están haciendo ni siquiera un momento. Se necesita todo el intelecto para cada juntura y cada tuerca. El ingeniero con los ojos entornados, el rostro plano y los pómulos de oficial de infantería puede pasearse alrededor todo lo que desee y darse de frente contra lo desconocido; dejémosle seguir la pista a todas las piezas que salen del taller, escudriñándolas y examinándolas a fondo como en un cuartel. La más mínima negligencia de un obrero será causa de una catástrofe en un día, un mes o un año. El miedo que acompaña a la responsabilidad aminora espantosamente la velocidad del trabajo. El obrero está sentado durante horas ante una bagatela y no se atreve a dejarla ir de las manos. Los obreros, absortos, ilustrados y acostumbrados a confiar en sí mismos, se están volviendo tan individualistas como los aviadores. Cualquier martillito habla su lenguaje propio. Los compañeros de banca no se entienden el uno al otro.

¿Por qué me vino a la mente la casa del profesor con las habitaciones

iluminadas, llena de gritos y niños corriendo cuando en la sección de talleres reina una quietud tan respetuosa y sólo se oye alguna pluma de dibujante rasgar el papel perforando el silencio como un pedazo de seda tirante? Los hijos del profesor Junkers. Uno los recuerda no sólo en la oficina de dibujos sino incluso antes, en el aeródromo donde veinte aparatos se extienden en una pradera terrosa como el plumaje de cisnes. Ninguno se parece al siguiente. Cada cual se ha ido desarrollando a partir de su idea embrionaria y no se le impide crecer y comprobar su fuerza. Para criar niños, máquinas e ideas como lo hace Junkers se requiere la enorme paciencia de un científico: para él, claro está, su casa es un infierno. Cuando alguno de sus ayudantes llega con algún escrito, le cuesta trabajo encontrar un rincón al que no llegue la animada charla de los maravillosos, autodidactas niños modelos que crecen de acuerdo con lo que les dicta su lógica interna. En la mesa es impensable cualquier conversación seria. Hay siempre una edad en la que cualquier situación parece terriblemente cómica. Y el niño baila una danza salvaje tribal sobre la prudente cabeza del padre. Pero echemos una ojeada al mismo principio en la oficina de dibujantes. Unos cuantos dibujantes de gran talento, contratados únicamente para pensar, dibujar o no hacer nada frente a sus mesas; no están intimidados por la tarea. Cualquiera de ellos puede escoger cualquier detalle o principio básico y pararlo de cabeza. La fábrica provoca una selección artificial de hombres que no temen el pensamiento independiente.

Entre los taciturnos tableros de dibujo ante los cuales los dibujantes están de pie con sus delantales blancos como anatomistas de las ideas, se ha instalado un recolector de ideas recién nacidas, un escritorio en el que se registran todos los descubrimientos. Un escribiente meticuloso extiende el certificado de nacimiento de una nueva idea tan pronto como la pesada cabeza del matemático empieza a iluminarse a través del ligero tejido de cifras y fórmulas. Esta sección considera que su joven ingeniero con más talento es un antiguo obrero, un aprendiz que adelantó a todos sus contemporáneos profesionalmente calificados en la carrera de la competencia febril. Es un hombre enfermizo, móvil e inusitadamente nervioso. Al colocarlo en uno de los puestos de más responsabilidad, Junkers pudo evaluar no sólo su talento sino también toda su fisiología, imbuida de una incisiva aversión por la fuerza bruta y por el esfuerzo físico bruto. No hay nadie que elimine los remanentes de la naturaleza animal del avión con mayor regocijo que el ex obrero advenedizo que desprecia a su clase “poco culta”. El futuro pertenece al cerebro. Los aviones, al igual que los ingenieros, científicos y todas las criaturas del estrato alto directivo en su totalidad, no deben tener un cuerpo. De modo que ahí, ante él, sobre un amplio

pliego de cartulina bristol está dando los últimos toques a la idea favorita de Junkers: se ha castrado, truncado y podado el aparato. El fuselaje —largo como el cuerpo de una libélula, o corto y grueso como el de una abeja— ha quedado reducido a nada.

Todos los pasajeros, y el propio interior del avión, están ocultos en su ala, embutidos bajo su brazo.

En estos astilleros del aire, los nuevos voladores aparecen casi terminados. Sobre ellos flota el violento olor a pintura y no está lejos el día en el que, ebrios del alcohol y el aceite con que los alimentan y limpian durante los preparativos finales, serán conducidos al campo.

Los martillazos resuenan como una marcha triunfal; un aparato sin brazos se prueba las alas y percibe por primera vez el peso, la solidez y flexibilidad sin precedentes de sus hombros. Entonces, aunque no sabe qué hacer con ellas, de repente se da cuenta de lo que significa el pedazo visible de cielo en el cuadrado del umbral de la puerta.

Obreros con clavos en los dientes todavía se arrastran por las cuencas vacías de sus ojos en una calavera tapizada de suave cuero por dentro, en tanto sobre el suelo desnudo se extiende un charco de petróleo.

Mea, por lo tanto está vivo.

LECHE

CON EL presente desempleo y los niveles actuales de los precios, una familia alemana de clase obrera tiene que agotar hasta el último esfuerzo para luchar por las vidas de sus hijos.

Las gotas de leche están contadas y se chupan afanosamente cuando no cada día, días alternos, y cuando no es de primera clase es de segunda. Mientras los niños beban leche hay esperanza. El que se extenúa es únicamente el presente. El futuro le chupa su teta opulenta y tiene las mejillas rosadas. En el lastimero juego de la vida, los niños son la última apuesta. Vagamente vinculada a ellos está la idea de la victoria a fin de cuentas: “Bien, si nosotros no podemos, lo harán nuestros hijos”.

Los pasos del lechero en las escaleras de una vivienda pestilente son los pasos del destino.

El lechero llega al despuntar el día: el primer heraldo del día que se tiene por delante. El sonido del timbre levanta a la gente de la cama. Le abren la puerta somnolientos en camiseta, pero sin ninguna vergüenza. Puede que la puerta sólo esté abierta por un minuto. A través de la estrecha rendija él puede verlo todo: qué sobras hay de la cena de la noche anterior, ya se trate de manteca que se enfrió en los platos o de un pedazo de pan duro sobre el mantel de hule vacío, vasos de cerveza sucios, el escaso sedimento de café de bellota —esa ilusión de comida, el primer sustituto— o la gruesa margarina de rostro pálido y fofo que hace su aparición allí donde hay entradas de dinero y el padre o el hijo todavía trabajan. El lechero echa una mirada por toda la habitación. ¡Ajá! Un montón de platos sucios en un rincón, el hedor de las botas del minero secándose sobre la estufa. Para su olfato este olor es más dulce que el incienso. Trabajan, por lo tanto están vivos.

—¿Le sirvo leche de primera clase, verdad, señora?

Y no se equivoca.

Con la suficiencia llega el júbilo. A veces los pies descalzos pisan tan alegremente el suelo hasta llegar a la puerta que se abre al ingenioso lechero con una sonrisa tan jovial. ¡Qué decepción! Unos ojos cálidos y amodorrados chocan con la pechera de mi delantal almidonado como si éste fuera una coraza helada.

—Oh, señor lechero, ¡hoy llega con retraso! Voy a hablar con su vecina para que lo despierte más temprano. ¿Qué es esto, tiene una nueva ayudante? —Y el portazo resuena como un disparo.

Esto era lírico. La mayor parte de las viviendas no tenían nada de lírico. A primera vista, me había parecido que el minero de Essen o el metalúrgico vivían mejor que los nuestros en Rusia. Cuello y peto de camisa duro, zapatos limpios y sombrero elegante. El almuerzo en una bolsa impecable. No llamaría tanto la atención ahora que obreros y campesinos van teniendo más comodidades en nuestro país. Para nosotros la mayor prosperidad va a parar en botas, abrigos de piel, bufandas calientes y guantes. Una comodidad pesada, afelpada, con olor a piel de oveja. En occidente, los resplandecientes grandes almacenes con sus saldos anuales están al servicio del obrero. Montañas de trapos elegantes, llamativos, apresuradamente cosidos. Precio: cinco rublos un abrigo, ochenta copeques las medias y tres rublos unas botas de aspecto perfectamente decente. Todo esto se deforma a la primera lluvia, se decolora a la luz del sol y tiene un terror mortal al aire, el viento y la lluvia. El obrero alemán se privará de las cosas más necesarias y escatimará comida y sueño para poder vestirse elegantemente y no destacar entre la multitud por su pobre indumentaria. Sus exigencias cotidianas son infinitamente más sofisticadas que las nuestras. Porque, en tanto la pobreza no le parta en dos los huesos, no se pondrá una camisa sucia ni tolerará un insecto o una cucaracha en su casa.

—Creo que usted quería conocer a un ferrocarrilero. Pues bien, mire, en el tercer piso toman seis botellas de leche y una de crema. Él es Lokführer,* veinte años en los ferrocarriles; su vieja es camarada nuestra. Suba, el perro probablemente no está de vuelta todavía. —Y, en efecto, no estaba. Una señorita encantadora abrió la puerta.

—Camarada…

Su cara sin marcas, el rostro de una muchacha de treinta años que no ha dado a

luz ni ha estado cerca del calor de una estufa en la cocina, un rostro blanco y gordinflón de oficinista, respingó y se volvió hostil:

—Yo no soy camarada suya. Vaya a ver a mi madre, está en la cocina.

Después de los agujeros en los que acababa de estar, este departamento claro, cálido y espacioso de aristócrata obrero parecía un paraíso.

La cocina estaba blanca como la nieve. Estantes, sillas, armarios, paños de manos, manteles, todo inmaculado. Una nube de fragancia fascinante sobre la cafetera, mantequilla, jamón y pan blanco sobre la mesa. Un gran piano en la sala, flores de papel, cortinas, una alfombra, dos camas magníficas en el dormitorio, una montaña de edredones y, de nuevo, ropa blanca inmaculada. Frau Rotte, la dueña de toda esta prosperidad y abundancia, era una mujer fornida pero inquieta, de unos cincuenta años, con un rostro bondadoso sobre el que brincaba un pestañeo neurótico; el ojo izquierdo se le contraía con un tic nervioso. Su marido estaba en casa. Había dejado tras él objetos que toda la familia detestaba: su vieja indumentaria formal, una chaqueta azul de puños rojos y un sable que le habían obsequiado por los servicios prestados durante un cuarto de siglo, del que Frau Rotte diría amargamente que habían hecho de su marido “un hombre”.

El comunismo inconsciente de Frau Rotte tuvo su origen en el momento en que, cuando tenía aproximadamente tres años, su madre, viuda de un labrador con hijos pequeños en sus manos, se preparaba los domingos para entretener al pastor de cuya ayuda económica dependían. Tan pronto como sonaban sus pesados pasos en la escalera, toda la familia se colocaba alrededor de la Biblia y empezaba a cantar salmos. Esta comedia continuó durante muchos años llenos de odio.

Desde entonces, Frau Rotte no podía ver los hábitos de un cura sin un estremecimiento. Se casó joven y, como decían las mujeres de la localidad, no pudo hacer nada mejor porque se casó con un Lokführer, hombre de carácter honesto, sobrio y firme, con buena reputación ante su jefe. Su marido llevaba religiosamente toda la paga a la casa sin guardarse nada para él. No obstante aquellos días de visita a la clínica psiquiátrica a los que él nunca faltaba, a Frau Rotte le quedó un sentimiento de amargura y frustración tales que incluso treinta

años después no podía perdonar. Herr Rotte dominaba a toda la familia con un puño de hierro. Los conducía a la iglesia y los sábados no les dejaba leer ni un solo periódico. A veces a Frau Rotte le parecía estar reviviendo la vida de su madre. Las pisadas del vicario de la parroquia resonaban continuamente en su cabeza. El viejo Rotte educó a sus hijos con puños y látigo. Todos terminaron de contables y técnicos. Heinrich es el que lleva toda la correspondencia en la empresa Mannesmann. Otto es cajero en un gran banco. Todos son fieles servidores de sus amos —los tacones de las botas de su padre les extirparon firmemente cualquier instinto de clase—, escribanos a los que la visión de la camisa de un obrero sólo inspira repulsión. Hace años, cuando la guerra, Heine hizo un intento de ir a algún mitin obrero. El pobre muchacho olvidó quitarse el monóculo, que usaba siempre por su miopía, y lo apalearon. Nunca perdonó a su clase el malentendido y no volvió a emprender su recatado intento de volver “a los suyos”. Frau Rotte había contemplado calladamente durante largos años cómo su marido lisiaba, castraba políticamente y enviaba a sus hijos uno por uno a los patronos. Sólo en 1917, casi por azar, se metió en un mitin comunista, bebió un sorbo de revolución y regresó a casa ebria. Entonces ya era tarde para los hijos mayores. Pero salvó al hijo más joven: hizo de él un obrero metalúrgico ordinario y lo envió a la Liga de las Juventudes Comunistas.

Desde entonces, los viejos Rotte han acordado no discutir de política en la mesa a fin de preservar la familia. Pero la pérdida de las hijas causa a la vieja mujer un dolor indecible. En esta familia que muestra un corte transversal de la estratificación social de los obreros mejor pagados, las muchachas representan todas las repúblicas burguesas desde Scheidemann hasta Seeckt. Odian a su padre por no haberles dado educación ni a una sola de ellas. Odian su monarquía y su uniforme, su voz y su puño.

Pero el comunismo de la madre les resulta del mismo modo infinitamente divertido. Después de todo, su padre las ha alzado sobre sus anchas espaldas y las ha depositado en el siguiente peldaño de la escala social. No han tragado emanaciones de fábrica ni se han atragantado con pan negro. Es sabido que un jefe no trata más cortésmente a su mecanógrafa que a un empleado. La bella muchacha, mecanógrafa en tres idiomas y con conocimientos de contabilidad, ahora está sin trabajo porque se atrevió a rechazar una insinuación de su jefe.

La madre pretende explotar su desconsuelo.

—Ven conmigo a la reunión. —Minna se limita a erguir su cuello suave y

todavía lozano.

—Se encuentra una con gente tan espantosamente ordinaria en esos lugares, madre. Una joven que puede ganar 125 marcos no puede permitirse estas idioteces. No, prefiero ir a un café. —Y entonces la anciana perdió la paciencia y con sensibilidad femenina le pegó en el lugar más doloroso y acolchado:

—Ahora tienes treinta años, espera y verás cómo en cinco años más estarás acabada. Ninguno de esos ricos se va a casar contigo. Estás esperando para nada. No te quieres casar con un obrero. Pero pronto los obreros tampoco te querrán. Vas a estar dando vueltas de oficina en oficina como un perro solitario. Has caído entre dos sillas. Luego ve y mírate al espejo, cansada, gris y agotada. Una fregona rendida como cualquier otra. Eres peor que tu padre. El viejo tiene algún tipo de convicciones aunque sean falsas, pero tú no tienes ninguna. Estarías dispuesta a renunciar muy tranquilamente al trabajo que tanto desprecias y hasta a tu cuerpo con tal de que alguien te llamara en la oscuridad gnëdige Frau sin intención alguna. Pero no lo van a hacer. Serás una obrera cuando te vayas a la cama y te levantarás hecha un pellejo desgastado. Du Klassenlose!†

Éste es el insulto más fuerte que un obrero puede lanzarle a otro. A través de los polvos de sus mejillas harinosas y blanquecinas, despunta un sonrojo…

APÉNDICE

LARISA REISNER

KARL RÁDEK

Nos estamos acercando al décimo aniversario del día en que, en una oscura noche para la humanidad, la estrella roja de los sóviets se alzó sobre las trincheras de guerra. Del fuego de los cañones, la sangre de los caídos, el sudor de los obreros en las fábricas de municiones y los sufrimientos de millones que se preguntaban cuál era el objeto de esos sufrimientos, nació la Revolución de Octubre. El bramido de la artillería y el aullido de la prensa burguesa y socialdemócrata trataron de ahogarla, pero se mantuvo firme y resuelta y toda la humanidad dirigió tímidamente su mirada hacia ella; algunos con bendiciones y esperanzas; otros con maldiciones y calumnias. Era la frontera entre dos mundos: uno que perecía en medio de la porquería y otro que estaba naciendo tumultuosamente. Era la piedra de toque del espíritu. Todo lo que había sido el “espíritu” del mundo burgués, no sólo sus sacerdotes y académicos, no sólo sus escritores y artistas, sino todos los elementos “intelectuales” del movimiento obrero —y esto significaba la vasta mayoría de aquellos intelectuales burgueses que habían condescendido a “salvar” al proletariado—, todos se espantaron ante el semblante de la revolución proletaria. Gente como Kautsky, Plejánov y Guesde, que habían estado invocando la revolución toda su vida, ahora le daban la espalda.

El sector de la intelligentsia europea occidental que tuvo una actitud de simpatía hacia la Revolución de Octubre vio en ella únicamente un final a la guerra, una rebelión contra la guerra. Sólo unos cuantos vieron en ella el inicio de un nuevo mundo y contemplaron con excitación este estremecimiento. En Rusia, sólo una diminuta porción de la intelligentsia se unió a los bolcheviques. Los intelectuales rusos, incluso contando aquellos que, como Gorki, se hallaban cerca del proletariado, no podían imaginar cómo este país atrasado podría abrir una brecha en el frente del capitalismo mundial.

Entre los pocos que aunaron fuerzas resueltamente con el proletariado en lucha

con una conciencia profunda del significado mundial de lo que estaba ocurriendo, una fe inexpugnable en la victoria y un grito de éxtasis, estaba Larisa Reisner. Tenía sólo veintidós años cuando redobló el toque de difuntos de la Rusia burguesa. Pero no estaba destinada a ver el décimo aniversario de la revolución en cuyas filas había luchado valerosamente y cuyas batallas había descrito como únicamente podía describirlas alguien a quien al alma de una gran poeta se le une la de una gran guerrera.

Una serie de artículos y libros pequeños, tal es todo el legado literario de Larisa Reisner. Su único tema es la Revolución de Octubre, pero, en tanto la gente luche, piense y sienta, en tanto se vean obligados a averiguar "cómo fue", leerán estos libros y no los dejarán hasta haber llegado a la última página porque tienen el aroma de la revolución en su aliento.

No es todavía el momento de escribir la biografía de esta extraordinaria mujer. Una biografía así no sólo debería incluir unas cuantas páginas arrancadas a la historia política de la Revolución de Octubre, sino que requeriría también un sondeo a fondo de la historia de la vida cultural en la Rusia prerrevolucionaria y de la historia del nacimiento del hombre nuevo. Aquí sólo puedo anotar unos cuantos pensamientos que quizá sirvan de orientación para un trabajo de este tipo.

Larisa Reisner nació el 1º de mayo de 1895 en Lublin, Polonia, donde su padre era profesor en la Academia de Agricultura de Pulawy. La sangre germano-báltica de su padre se mezcló felizmente con la sangre polaca de su madre, la herencia de varias generaciones formadas en la profesión legal germana combinándose con la ardiente pasión polaca.

Creció en Alemania y en Francia, donde su padre viajaba por negocios profesionales, y más tarde radicó como exiliado político. En el hogar de sus padres tuvo lugar ante sus ojos un amargo conflicto espiritual.

De ser un abogado conservador y monárquico, su padre se convirtió en republicano y socialista. El medio en el que creció Larisa cambió abruptamente. Los profesores rusos fueron remplazados por demócratas alemanes, Barth, Träger y los socialdemócratas.

Los ojos inteligentes y agudos de la niña observaron muchas cosas. Vio a Bebel y al jovial Karl Liebknecht al que el profesor Reisner, como consultor principal

en el juicio de Königsberg, tenía que ver a menudo. Larisa recordaría a lo largo de toda su vida las visitas a la “tía” Liebknecht. La humeante cafetera que aparecía en la mesa durante las mismas y la tarta con que la obsequiaba la “tía”, todo lo podía recordar como si fuera ayer. Todos estos recuerdos son la base del cálido afecto que Larisa alimentó hacia Alemania. Los hijos de los obreros con los que fue a la escuela en Zehlendorf, los cuentos de Teresa Benz, la mujer de clase obrera que ayudaba a su madre en la casa, todos vivían de tal modo en la memoria de Larisa que, en 1923, cuando residió ilegalmente en Berlín con una familia obrera, se sintió en casa. Tanto la vieja ayuda doméstica que le solía lavar el pelo y su nieta, con la que Larisa solía salir a pasear al Tiergarten, la veían como un ser humano y no como a una intelectual extranjera.

La primera revolución rusa, cuyas olas se agitaron a través de la frontera alemana, encontró respuesta en el alma de la niña. El padre y la madre mantuvieron constantes contactos amistosos con los revolucionarios rusos en el exilio. La muchachita, por supuesto, no podía estar enterada de que las cartas de Lenin al profesor Reisner se convertirían posteriormente en motivo de orgullo. Los camaradas que aparecían y desaparecían misteriosamente agitaban naturalmente su imaginación de un modo más profundo. Cuando llegó la revolución de 1905-1906, su padre pudo regresar a Rusia y Larisa se encontró en Petrogrado. Hasta aquí, la senda había ido derecha hacia la revolución. Pero aquí da una vuelta y se aparta; y aun así es sorprendente cómo ella nunca se desvió del verdadero camino, el camino de toda su vida. Su padre, profesor de derecho constitucional y marxista, entró en lucha contra los círculos liberales de profesores en la Universidad de Petersburgo. El gran mundo del saber es esencialmente un mundo diminuto de hombres doctos. Por consiguiente, no hay porquería, pequeñez o mezquindad que los grandes académicos no utilicen contra un enemigo. Empiezan a sospechar de los socialistas, ¿y de qué empiezan a hacer sospechoso a un socialista? Por supuesto de ser un agente secreto de los reaccionarios. Burtsev, el viejo traficante en chismes, se aferró a tal calumnia; tenía además sus propios rencores privados. El profesor Reisner luchó durante años por defender su honor político contra el “monstruo de un solo ojo” de Peer Gynt, contra la calumnia, los mitos, las campañas de cuchicheos e insinuaciones ante las que no se podía presentar ningún desafío ni entablar ningún proceso legal. Abandona la vida política. La necesidad, la preocupación y, finalmente, la amargura y la desesperación se apoderan del hogar. La niña, íntimamente unida a sus padres por lazos de amor, entendió perfectamente bien por qué su casa estaba cada vez más vacía, la voz de su padre podía escucharse cada vez con menos frecuencia y por qué se paseaba arriba y abajo durante horas. Estas

reminiscencias dejaron una profunda marca en su corazón y, aunque construyeron un muro entre ella y los círculos revolucionarios, no la distrajeron de los problemas del socialismo. Cuando todavía estaba en la escuela secundaria, en la que la estancia fue una verdadera agonía para esta muchacha despierta y dotada, escribe la obra de teatro Atlantis —publicada en 1913 por Shipovik— la cual, aunque no en forma consistente, ya indica la dirección de las ideas de Larisa. Retrata a un hombre que quiere salvar a la sociedad de la destrucción con su muerte. ¡La obra de teatro de una niña! Un "hombre" nunca podrá salvar a la sociedad de la destrucción. Pero la niña que había escrito esta obra se había pasado muchas noches sentada en la cama reflexionando sobre la humanidad y sus sufrimientos. El tema de este primer libro de Larisa está sacado de la Historia del socialismo y comunismo antiguos de Poehlmann. Esto todavía es más interesante si se tiene en cuenta que Larisa, por aquella época, había caído bajo la influencia directa de Leónidas Andreyev. Este importante escritor individualista no sólo fue su tutor literario, sino que también influyó en su desarrollo espiritual. Pero no la pudo desviar del sendero que ella había escogido para sí. Ni él ni los poetas del círculo acmeísta como Gumilev, que la había influido en la forma, pudieron hacerlo. En 1914, cuando todos estos poetas se convirtieron en los corifeos de la matanza imperialista, sin dudarlo ni un momento, ella y su padre salieron en defensa del socialismo internacional.

Empeñaron hasta sus últimas pertenencias para obtener los medios con que publicar el periódico Rudin y empezaron a luchar contra los traidores a la solidaridad internacional. Únicamente el aislamiento político de la familia Reisner, a la que la policía de seguridad conocía perfectamente, explica la aparición de un diario así. De otro modo, las maliciosas caricaturas de Plejánov, Burtsev y Struve hubieran bastado para que lo cerraran. Larisa, a sus diecinueve años, dirigió la lucha contra la censura y las penurias económicas. Dentro del periódico condujo igualmente una lucha de ideas en un verso brillantemente incisivo y con comentarios agudamente sarcásticos. Pero esta lucha tuvo que terminar. Como cualquier otra guerra, requería dinero y ellos no tenían dinero. Cuando ya no quedó nada para empeñar, el periódico dejó de existir. Larisa empezó a colaborar en Letopis, la única publicación internacionalista legal en aquel momento.

Desde los primeros momentos de la Revolución de Febrero Larisa empieza a trabajar en los clubes de obreros. Aparte de esto, escribe para la revista Novaia Zhizn de Gorki, la cual, si bien no se decidía claramente a promover el poder soviético, declaró una campaña contra la coalición con la burguesía. Su texto

contra Kérenski mostraba que gracias a su perspicaz sensibilidad artística podía apreciar inmediatamente la naturaleza decadente y hueca del gobierno de Kérenski. Sus pulidos apuntes y notas describiendo la vida de los clubes obreros y teatros en los días que iban a dar a octubre son sumamente interesantes. Estas notas sorprenden por la profunda comprensión de Larisa del impulso natural de las masas hacia la actividad creadora. En los torpes intentos realizados por obreros y soldados de representar la vida en el escenario —en los que la arrogancia de los intelectuales encontró un tema para la burla despectiva— ella supo percibir el surgimiento de los esfuerzos creativos de la nueva clase y de las nuevas capas sociales que querían no sólo percibir la realidad sino representarla y transmitirla. Su naturaleza profundamente creativa percibió el impulso creativo de la revolución y siguió sus requerimientos.

En los primeros días después de la Revolución de Octubre trabajó reuniendo y catalogando tesoros de arte para los museos. Como perita en historia del arte ayudó a salvar y conservar para el proletariado gran parte del legado de la cultura burguesa. Pero entonces empezaron las primeras batallas para combatir a la contrarrevolución. Tuvimos que defender en primer lugar nuestras vidas y nuestro derecho a la existencia a fin de poder colocar los cimientos del futuro trabajo creador de la revolución. Después de haberse afiliado al partido, Larisa parte al frente checoslovaco. No podía quedarse como mera observadora de la lucha entre el viejo y el nuevo mundo. Presta sus servicios en Sviyazhsk, donde el ejército rojo se forjó en la batalla contra los checoslovacos. Participa en la lucha de nuestra flota en el Volga. Pero no habla de esto en su libro El frente. En él relata las batallas del ejército rojo, dejando modestamente de lado su propia función. De modo que otro participante en estas batallas, A. Kremlev, camarada de Larisa, nos lo tiene que contar. Con motivo de su muerte, escribió el texto siguiente en Krasnaia Zvezda, órgano del Consejo revolucionario de guerra:

Ante Kazán. Los blancos lo arrasan todo a su paso. Nos enteramos de que en Tyurlyama los blancos han abierto una brecha en nuestra retaguardia, eliminado a los centinelas y volado dieciocho vagones cargados de municiones. Nuestro sector queda dividido en dos. El Estado Mayor está de este lado pero ¿qué les ha sucedido a los hombres incomunicados?

El enemigo avanza en dirección al Volga, no sólo en la retaguardia de nuestro destacamento sino también en la flotilla. El tren de Trotski se encuentra detenido

cerca de Sviyazhsk.

Orden: deslícense secretamente, localicen y establezcan contacto con los incomunicados.

Larisa parte llevando consigo a Vanyushka Ribakov, un joven marinero (¡un muchacho!) y alguien más que no recuerdo y salen los tres.

De noche, temblando de frío, soledad y lo ignoto. ¡A pesar de todo, Larisa marcha tan confiadamente por esa carretera desconocida!

En el pueblo de Kurochkino alguien los descubre, les disparan, se tiran al suelo; arrastrarse es difícil, una situación apurada. Y Larisa bromea y la angustia que oculta sólo hace que su voz suene más aterciopelada.

Logran deslizarse apartándose de la línea de fuego. Ya están a salvo. ¿Estás cansado, muchacho… Vanya? ¿Y tú?

Con su preocupación logra una sublimidad inalcanzable en este momento. Querían besar las manos de esta mujer maravillosa, negras por la mugre del camino.

Avanza caminando rápidamente a grandes pasos y ellos casi tienen que correr para no quedar rezagados.

Y en la mañana llegan a la base de los blancos. Tierra chamuscada, cadáveres, Tyurlyama.

De ahí, casi desfallecientes, parten a Shijrana, en poder del regimiento letón rojo y desde donde podía establecerse contacto con el tren de Trotski.

Ya estaba enlazado el frente. Y esta mujer de pálida sonrisa era el nudo de este frente.

—Camaradas, cuiden a mis muchachos. ¿A mí? No, yo no estoy cansada.

Después, en misión de reconocimiento por Verjnii Uslon, cerca de los dos Sorkvashes hasta arriba, Pyany Bor. ¡Ochenta verstas a lomo de caballo sin flaquear!

Por aquellos días los placeres eran bastante escasos. Sin embargo, la sonrisa nunca abandonó el rostro de Larisa Mijáilovna en esas rudas campañas.

¡Y después Enzeli, Baku y Moscú!

Y esto es lo que recuerda un marino de una de las fuerzas de desembarco.

En las campañas, los marinos llegaron a quererla entrañablemente y como a uno de ellos porque a su valor se añadían su naturalidad y benevolencia; no había ninguna falsedad en la actitud que tenían las masas hacia ella porque nunca a nadie le pasó por la cabeza que en el frente ella no sólo fuese una camarada de armas sino la esposa del comandante de la flotilla; se había casado con Raskólnikov en 1918. Exactamente del mismo modo, cuando fue comisaria en el Cuartel General del Estado Mayor Naval en Moscú en 1919, supo cómo establecer y mantener excelentes y amistosas relaciones con los especialistas navales, almirantes Altvater y Behrens. Su buena educación, sensibilidad y tacto impidieron que los almirantes de la flota del zar sintieran que estaban bajo el control de una forastera.

En 1920 viaja a Afganistán donde su marido había sido nombrado plenipotenciario. Pasó dos años en la corte de un déspota oriental tomando parte obligatoria en las glamorosas ocasiones diplomáticas, jugando el juego diplomático en una lucha por influir en las esposas del emir. Trabajo “glamoroso” aunque sucio en el que no hubiese sido difícil que una mujer joven se separase de la lucha del proletariado y acabara divorciándose de la revolución. Pero Larisa Reisner lee literatura marxista seria, estudia el imperialismo británico, la historia de Oriente y la lucha por la libertad en la India vecina. Distante, en las montañas de Afganistán, siente que es una partícula de la revolución mundial y se prepara para una nueva lucha. Su libro Afganistán nos muestra cómo se está ensanchando su horizonte y ella se está convirtiendo de una mujer revolucionaria rusa a una combatiente del ejército internacional proletario.

En 1923 regresa a la Rusia soviética. El país de los obreros y campesinos ahora tiene un aspecto totalmente diferente del que tenía cuando ella se fue. El severo y espartano comunismo de guerra, que había parecido un salto directo del capitalismo al socialismo, dio paso a la Nueva Política Económica. Larisa

comprendió, como todos nosotros, la necesidad de este paso. Había que dar un campo de acción a la iniciativa del campesino no sólo para obtener las materias primas para la industria, sino para que al menos no se muriese de hambre. Larisa entendió esto en teoría. Pero ¿cómo se podía llegar al socialismo por esta senda? Las respuestas que ella y el partido podían dar no podían calmar su íntima angustia. Se dio cuenta de que era imposible continuar con el viejo régimen del comunismo de guerra. Pero en el fondo de su corazón anhelaba un intento heroico de abrirse camino hacia el nuevo orden social con las armas en la mano. Sí, claro está, las calles de nuestras ciudades han vuelto a la vida. Camiones cargados de mercancías, tiendas abiertas, sirenas de fábrica que llaman a la gente al trabajo, pero ¿quizá también los elementos burgueses se están fortaleciendo además de nosotros? ¿Podremos hacerles frente? ¿Llegarán a infectarse nuestros ejecutivos industriales, obligados ahora a involucrarse en el comercio, con el veneno de la moralidad capitalista? ¿Alcanzará la podredumbre al organismo del partido? Todo el verano de 1923 Larisa está inquieta y mira a su alrededor con una íntima aprensión.

En septiembre acude a mí pidiendo que la ayude a irse a Alemania. Esto fue después de las huelgas masivas contra el gobierno de Cuno, en el momento en que las masas proletarias en Alemania buscaban una vez más deshacerse de sus cadenas. Poincaré ocupaba el Ruhr, el marco caía precipitadamente y el proletariado ruso seguía la situación alemana con la respiración jadeante. Larisa suspiraba por estar allí. Anhelaba luchar en las filas del proletariado alemán y hacer su lucha más inteligible a los obreros rusos. Su propuesta me complació enormemente. Así como los obreros alemanes no podían hacerse una idea clara de lo que sucedía en Rusia, los obreros rusos pensaban en la lucha del proletariado alemán de un modo demasiado simplificado y esquemático. Sentí el convencimiento de que Larisa podría establecer un vínculo entre estos dos ejércitos proletarios mejor que nadie. Porque ella no era una artista contemplativa sino una artista combativa que ve las luchas desde adentro y sabe cómo comunicar su dinámica, la dinámica del destino de la humanidad. No obstante, al mismo tiempo, sentí que su viaje a Alemania era también un modo de evadir sus incertidumbres y dudas.

Larisa llegó a Dresde el 21 de octubre de 1923 en el momento en que las tropas del general Müller ocupaban la capital de la Sajonia roja. Como soldado ella entendió la necesidad de la retirada. Pero cuando, días después, llegan noticias del levantamiento de Hamburgo, brinca a la vida. Quería partir al punto para Hamburgo y refunfuñaba por tener que permanecer en Berlín. Entretuvo su

espera en las tiendas, entre las multitudes de desempleados y gente hambrienta que trataba de comprar un pedazo de pan por millones de marcos, y estuvo sentada en los hospitales atiborrados de mujeres obreras extenuadas absorta en pensamientos y preocupaciones amargas. En aquella época yo estaba viviendo en la clandestinidad y me veía únicamente con dirigentes del partido que a su vez tampoco tenían oportunidad de mezclarse con las masas. Larisa vivía la vida de aquellas masas. Ya fuera hablando con los desempleados en el Tiergarten, acudiendo el 9 de noviembre a un réquiem socialdemócrata por la revolución alemana, o bien asistiendo a una fiesta de bodas de plata en casa de una familia comunista, pudo siempre encontrar un camino para penetrar en los sentimientos de la gente y arrebatar siempre un pedazo de sus vidas. Vivió entre las masas obreras de Berlín que le eran tan cercanas como las masas de San Petersburgo a los marinos de la flota del Báltico. Regresó orgullosa de una manifestación en el Lustgarten en la que el proletariado berlinés había mostrado visiblemente la existencia del “prohibido” Partido Comunista al general Seeckt y sus carros blindados.

Larisa, finalmente, tuvo la oportunidad de ir a Hamburgo para describir e inmortalizar para el proletariado alemán y mundial la lucha de los obreros de esa ciudad.

“Después de toda esta pesadez y lasitud, aquí se encuentra algo sólido, fuerte y vital”, escribía inmediatamente después de su llegada a Hamburgo. “Al principio fue difícil combatir la desconfianza y los prejuicios que tenían conmigo. Pero en cuanto los obreros de Hamburgo me vieron como una camarada, me pude enterar de todas y cada una de sus simples, grandes y trágicas experiencias.”

Vivió con las esposas abandonadas de los combatientes de la libertad en Hamburgo, buscó a los fugitivos en sus escondrijos, asistió a las audiencias de los tribunales y a los mítines socialdemócratas. En la noche leía a Laufenberg, historiador de Hamburgo y de su movimiento. El acopio de material que reunió en estas semanas indica cómo trabajó: con un profundo sentido de la responsabilidad y la sensibilidad de una persona para la cual el episodio más insignificante de esta lucha sonaba al Cantar de los Cantares de la humanidad. De regreso en Moscú, pasó muchas horas con un camarada que había dirigido el levantamiento y se había visto obligado a escapar. Revisó con él todo este material y entabló correspondencia con camaradas cuando le surgieron dudas respecto a hechos específicos. El pequeño libro, Hamburgo en las barricadas, no está escrito por una artista sutil, sino por una combatiente y para combatientes.

El proletariado alemán ha tenido cientos de encuentros, batallas y escaramuzas con sus enemigos pero ninguna ha sido descrita con tanto amor y deferencia como esta lucha de los proletarios de Hamburgo. Larisa trataba con generosidad a los que amaba y el meritorio tribunal del Reich no se equivocó al ordenar consignar a las llamas este delgado librito.*

Larisa Reisner regresó de Alemania entera a pesar de la derrota. En Hamburgo pudo ver el fuego bajo las cenizas. Pudo ver cómo la derrota incita a la gente fuerte a futuras batallas. Pero aprendió, a pesar de todo, que no podía contarse con una victoria rápida de la revolución.

Después de su regreso a la Rusia soviética tuvo que averiguar qué sucedía en el fondo de las masas que a fin de cuentas son las que dictan el curso de la historia. Como era una persona que podía captar inmediatamente la realidad no podía llegar a esta visión interna mediante lecturas y discusiones. Parte a las zonas industriales y de minas de carbón en los Urales y a la cuenca del Donets. Va a la región textil de Ivanovo-Voznesensk y a la Bielorrusia pequeñoburguesa. Pasa semanas enteras en vagones de ferrocarril, furgones y a lomo de caballos. Una vez más vive con familias obreras, baja a los pozos de las minas y participa en reuniones de consejos de fábrica, comités de talleres y sindicatos y tiene conversaciones con campesinos a diario, cada hora. Tantea el camino a través de las tinieblas, prestando íntima atención a la vida. Su libro Carbón, hierro y gente es fruto de este trabajo y muestra de una labor ardua tanto física como moralmente que pocos escritores han emprendido; no es, sin embargo, más que una pequeña parte de lo que ella experimentó, pensó y sintió.

Con este libro empieza una nueva fase artística e ideológica en la obra de Larisa Reisner. En este trabajo ella, como comunista, pisa un terreno ideológico firme y encuentra su estilo como escritora. Se disipan sus dudas. Ve a las masas obreras involucradas en la construcción. Están construyendo el socialismo, ora empapadas de sudor en un horno de fundición, ora descendiendo medio desnudas a los pozos de las minas o maldiciendo sus bajos salarios en tanto la mejor parte de ellas está firmemente convencida de que estos tormentos y el trabajo forzoso, todo es en nombre del socialismo. En un torpe y tosco administrador, ella reconoce a un viejo camarada del frente que aquí también tiene que agarrar las riendas con mano de hierro al mismo tiempo que escucha atentamente a las masas para tener en cuenta todos los factores. Ve la energía colosal que ha despertado la revolución en las capas más bajas de la población y esto fortalece su confianza en que podamos superar todas las dificultades

conectadas con el renacimiento de las tendencias capitalistas. Sabe que el elemento pequeñoburgués espontáneo forma una marisma que puede tragarse los proyectos más grandiosos y ve las extrañas flores que florecen en ese pantano. Pero también ve claramente la senda de lucha contra los peligros que amenazan a la república de los trabajadores y los bastiones en los que el proletariado y el partido comunista puede salvaguardarse. Cuando ya ha obtenido esta claridad y decide que su lugar está en esta lucha, se dispone a afilar el arma. Su arma es su pluma. Hasta este momento Larisa no pensó mucho para quién estaba escribiendo. Tiene un excelente conocimiento de la historia de la literatura y de las artes y su estilo, rico y refinado, refleja no sólo su aguda capacidad de observación sino también la cultura milenaria que tan cabalmente se encarnó en ella. No trata sin embargo de resultar "popular" para el lector de clase obrera. Quiere crear para los proletarios una obra de arte plenamente válida.

Larisa trabaja mucho a finales de 1924 y durante 1925. Tiene un puesto en la comisión de Trotski para el mejoramiento del nivel de los productos industriales. Lee muchos libros sobre economía mundial y rusa. No voy a pretender que le gustaran las cifras. Cuando acabó de leer, después de muchos esfuerzos, dos o tres libros de texto tedioso, me imploró que le diera algo "sabroso" sobre petróleo o cosechas de cereales y se relajaba con el libro de Delaisi sobre los trusts del petróleo o la obra épica de Norris sobre el trigo. Además, estaba estudiando a fondo la historia de la revolución. Preparaba conferencias sobre la revolución de 1905 para la célula del partido en la escuela de carros blindados y cuando, después de estudiar el material específico, llegó a los artículos de Lenin escritos en este periodo (1905-1906), descubrió la grandeza que había en la simplicidad del estilo de nuestro maestro y encontró la clave para una apreciación estética de sus obras, que previamente le habían parecido demasiado áridas. De este modo, el arte de Larisa absorbió nuevos elementos. Basta con leer las descripciones de las plantas de Krupp y de la fábrica Junkers en En el país de Hindenburg, o Los decembristas. Las dos primeras descripciones están escritas en un estilo técnico sostenido. Esto no significa que rellenara su lenguaje con términos técnicos, sino que su interés por la economía le había enseñado a pensar de un modo técnico. Percibe una máquina o el edificio de una fábrica no sólo visualmente sino como un concepto. El estilo de Los decembristas está influido por una perspectiva histórica. Aquí, de nuevo, tampoco nos encontramos ni con un artículo de imitación ni con un estilo artificialmente arcaico. Ve a la gente históricamente en foco.

Pero para ella la historia y la economía no eran fines en sí mismas. Investiga en

ellas las interrelaciones humanas: cómo vive el ser humano y cómo lucha en condiciones específicas. Junto a una colosal planta de Krupp describe unas barracas miserables de clase obrera; en el decembrista Kajovski nos muestra a un hombre “insultado e injuriado” y esboza un notable perfil del jurista alemán que había concebido una burocracia ideal para el zar pero que acaba su vida en las nieves de Siberia escarnecido y olvidado. Nos muestra unos patéticos gusanos aplastados por el gigante de la tecnología o la rueda de la historia.

Una vez madura como artista y revolucionaria, Larisa Reisner preparó una nueva obra. Concibió una trilogía sobre la vida de los obreros en los Urales; la primera parte sobre las condiciones de esclavitud de los trabajadores de una fábrica en la época de la rebelión de Pugachev, la segunda sobre la explotación del obrero en el zarismo y la tercera sobre la construcción del socialismo. Simultáneamente, estaba planeando una galería de retratos de los precursores del socialismo; no sólo retratos de Tomás Moro, Münzer, Babeuf y Blanqui, sino también retratos de los héroes olvidados de la revolución, empezando por los primeros pasos del artesanado y terminando con las luchas titánicas de nuestros días. A veces se aterrorizaba ante las tareas que había emprendido. Era muy modesta y dudaba con frecuencia de la capacidad de su talento. Pero sin duda alguna hubiera cumplido estas tareas porque ese poder crecía con ella cada día.

Pero no estaba destinada a revelar todo lo que dormía en su interior. No cayó en la lucha contra la burguesía en la que con frecuencia había mirado fijamente el rostro de la muerte, sino en la lucha contra la naturaleza a la que amó tan apasionadamente. Cuando estaba gravemente enferma, en medio de sus últimos parpadeos de conciencia, se exaltaba ante el sol cuyos rayos le enviaban su último adiós. Hablaba de lo bueno que sería para ella pasar su convalecencia en Crimea y lo maravilloso que sería cuando su cabeza fatigada se llenara otra vez de nuevas ideas. Hizo el voto de luchar por la vida hasta el final y sólo abandonó esta lucha cuando finalmente quedó inconsciente.

Una serie de artículos y pequeños libros, tal es toda la herencia de Larisa Reisner. Artículos esparcidos en periódicos y revistas, unas cuantas docenas de cartas que todavía no se han reunido. Pero vivirán en tanto viva el recuerdo de la primera revolución proletaria. Proclamarán lo que significó la revolución para todos los pueblos, para Oriente y Occidente, Hamburgo y Afganistán, Leningrado y los Urales. Y esta guerrera, en cuyo corazón y mente todo encontraba un acorde de respuesta, se alzará desde sus libros después de su muerte como un testigo todavía vivo de la revolución proletaria.

UNA MUERTE

SUMAMENTE ABSURDA

VIKTOR SKLOVSKI

Es muy duro escribir esto. El pretérito es tan poco adecuado para la mujer muerta. Cómo puede escribirse sobre una persona cuando todavía no se ha cerrado su periodo de cuentas. Una muerte sumamente absurda. Estaba Gorki de levita y el pelo muy corto. El astuto y omnisciente Sujánov. Un Maiakovski bastante joven. Hoy no hay gente joven así.

Entonces estaba Larisa Reisner.

Con trenzas rubias. Un rostro septentrional. Timidez y seguridad en sí misma.

Escribía notas para Letopis y un drama en verso que era como tenía que ser a los diecinueve años, de significación mundial, Atlantis, creo.

Estábamos trasladándonos al mundo como a una casa nueva. Larisa Mijáilovna adoraba patinar. Le gustaba que la gente fuera a verla a la pista. Y entonces estaba trabajando en las revistas estudiantiles, Rudin, creo que era, y Bohme, muy de aficionados.

Como escritora, Reisner maduró lentamente, como norteña.

Después, la revolución. Como viento en una vela.

Larisa estaba entre los que tomaron la fortaleza de San Pedro y San Pablo. No fue un asalto difícil. Pero había que acercarse a la fortaleza. Tener fe en que las puertas se abrirían.

La primera reunión de Novaia Zhizn. Reisner estaba diciendo algo. Steklov estaba horrorizado y no dejaba de preguntar a los que tenía cerca: “¿Es

marxista?” Y en aquel tiempo Larisa Mijáilovna ya estaba tomando parte, creo, en la reforma de la ortografía rusa.

Entonces no era una pensadora, tenía veintidós años. Era talentosa y se atrevía a vivir. La gente cree que se está atiborrando de vida cuando sólo la está probando.

Reisner era golosa de vida. Y la vida le hizo sentir sus velas más y más henchidas.

Viró su rumbo acercándose al viento.

Supo describir el Palacio de Invierno muy bien. Supo ver su lado cómico. Estuvo con los bolcheviques cuando a nosotros nos parecían una secta. Blok había dicho amargamente: la mayoría de la humanidad es “Socialrevolucionaria de derecha”.

Recuerdo a Larisa Mijáilovna en el Hotel Loskutnaia. Era entonces la esposa de Raskólnikov. La flota descansaba casi en el río Moscú.

Había tanta gente que casi daba vergüenza.

Yo estaba en el campo enemigo. Cuando hube reconsiderado las cosas y regresé, Larisa me saludó como al mejor de los camaradas. Con su talante norteño benigno, esto fue de algún modo bueno.

Después, partió al Volga con la flotilla.

Empacó afanosamente su vida como amarrándola toda bien para irse a otro planeta.

Los buques-torpedo de Raskólnikov se deslizaban a través de los bancos de arena y trazaban una línea roja a lo largo del Volga.

Allí, en las campañas, Larisa Reisner encontró su estilo literario.

No era el estilo de escribir de una mujer. No era la ironía habitual del periodista.

La ironía es una manera barata de ser listo.

Larisa Mijáilovna se encariñaba con lo que veía y tomaba la vida a fondo. Un poco pesada y sobrecargadamente. Pero la vida estaba entonces tan sobrecargada

como un vagón de ferrocarril.

Reisner creció lentamente y no envejeció. No perfeccionó plenamente su toque. Las mejores cosas no las escribió sino hasta muy recientemente. Las primorosas descripciones de las instalaciones de Ullstein y Junkers.

Entendió muy bien a Alemania.

Ahí había una verdadera reportera que no veía las cosas con ojo editorial.

La cultura de una alumna de los acmeístas y los simbolistas había dado a Larisa Reisner el tino de ver las cosas.

En el periodismo ruso el suyo es el estilo que más ha dejado atrás al estilo del libro.

Esto fue porque era una de los periodistas más cultos.

Así es cuán pródigamente se formó esta periodista.

Larisa Mijáilovna acababa de empezar a escribir. No creía en sí misma, seguía reeducándose.

Su mejor artículo es sobre el barón Steingel. (No es sino hasta ahora, creo, que se publican Los decembristas.)

Acababa de enseñarse a sí misma a no describir ni nombrar el tema sino a desplegarlo.

Y ése es el extraño rostro en una sala familiar de la Casa de Prensa.

¡Se la vio por allí tantas veces!

Una pieza viviente del periodismo ruso parece haber sido arrancada con los dientes.

Los amigos nunca olvidarán a Larisa Reisner.

EN MEMORIA DE REISNER

BORÍS PASTERNAK

Ahora comienzo, Larisa, a lamentarme
de no ser yo la muerte, ni nada parecido.
Me pregunto cómo a estos harapos de los días, sin pegamento,
los capítulos de la vida se adhieren con tal fuerza.

¡Y cómo había pesado yo esa materia prima!
Resbalando los inviernos se apilaban, luego barrían lluvias torrenciales,
y en grueso cobertor las tormentas de nieve arropaban
estrechamente a las ciudades que mamaban de sus grandes pechos.

Los peatones pasaban como apariciones entre viento y lluvia,
los camiones reptaban por la primera curva del camino,
esos años estuvieron hundidos en agua hasta el cuello,
sobre el terreno bajo fluía la inundación de años nuevos.

Y sin embargo siempre persistió la vida terca

bullendo en su alambique mientras se construían los nidos;
rodeados de arbotantes yacían los edificios en construcción apenas,
llenos de luz de estrellas, de palabras, razón.

Mira alrededor, ¿cuál de nosotros no estaba hecho
de escamas y reservas nebulosas?
Porque fuimos criados por exquisitas ruinas
y tú sola estás de pie en lo alto, más allá de alabanza.

Tú sola, desalojada por el conflicto,
estallaste en cerrada andanada azoradora.
Si la vida no hubiera reconocido la fascinación
hubieras estado allí, dispuesta a contestarle.

Te llenaste de viento y dirección, como alguna tempestuosa Gracia
aunque no te demorabas en su vivo fuego.
La mediocridad perdió de inmediato su prestigio,
y la imperfección también provocó tus iras.

Caminarás, heroína, en profundidades de leyenda,
a lo largo de ese sendero tus pasos jamás se borrarán.

Sigue allí, torre enaltecida encima de mis pensamientos;

están muy cómodos a tu sombra ilustre.

[Traducción de Isabel Fraire]

EN MEMORIA DE LARISA REISNER

LEV SOSNOVSKI

Cuando hoy recordamos a Larisa Mijáilovna debemos ser absolutamente francos. Hemos sido injustos con ella y yo soy uno de los que ha sido injusto con ella. Recorrió todo su trayecto entre nosotros como pasando a través de una serie de barreras en las que fue silenciosamente revisada.

En los círculos de nuestro partido, que había salido de la organización clandestina raído, rasgado y poco versado en las elementales convenciones de la vida civilizada, era extraña la figura de una persona cabalmente bella, refinada de pies a cabeza en apariencia, palabras y hechos. Nos habían defraudado tantas veces aquellos que se nos habían acercado que era difícil que nos arriesgáramos a la decepción una vez más. De modo que a Larisa Reisner se le entabló un proceso silencioso e interminablemente repetido que fue transformándose extrañamente a sí mismo. Yo tengo todavía más razones para hablar de esto ya que, en numerosas ocasiones, me sorprendí poniéndola a prueba.

Pasó el primer examen. Esto sucedió cuando, sin que nadie la condujera o enviara, se encontró en uno de esos lugares donde se estaba decidiendo verdaderamente el destino de la revolución. Fue en Sviyazhsk, antes Kazán. Ésa fue la primera prueba. En ese tiempo escribía poco o bien raras veces tuvimos la oportunidad de leerla.

Después de esto, cuando se incorporó a nuestra prensa y se convirtió propiamente en una de nuestras colegas, comenzó el segundo conflicto con Larisa Reisner. Éramos demasiado laboriosos y prosaicos. Había en ella una gran dosis de poesía, de emoción y mucho romanticismo. Se nos ocurrió pensar: ¿no había sencillamente demasiada elegancia en sus escritos, no había demasiadas imágenes y demasiado colorido? A veces los que andábamos tropezándonos por ahí con la vida real nos preguntábamos: ¿era el objeto de su creatividad simplemente este malabarismo de colores, imágenes, líneas y yuxtaposiciones?

La tercera prueba fue cuando aparecieron sus reseñas sobre Afganistán. ¿No estaba siendo arrastrada esta joven mujer hacia el exotismo? ¿Estaba dándole la espalda a nuestra tediosa prosa y a ese color grisáceo tan ruso? ¿No era éste un caso de evasión íntima hacia el exotismo de países y gentes raras? Era una nueva prueba.

Después llegó lo de Hamburgo. Después de Hamburgo yo resolví personalmente la cuestión. Con frecuencia nos abstenemos equivocadamente de tomar las medidas que tenemos el deber de acabar tomando. Estoy hablando por y sobre mí mismo. Pero quizás estoy también transmitiendo las ideas, el talante y los pensamientos de otros. Era imposible no tener opinión sobre Larisa Reisner, ya que en aquel momento no había entre nosotros mejor periodista. Si cada uno de nosotros, periodistas militantes que habíamos pasado por esta gran experiencia revolucionaria, organizativa y práctica del partido, hubiera poseído su pluma, su sentido de color y su visión penetrante, hubiéramos podido hacer diez o cien veces más. Si a esto se añade su educación y su experiencia europea —y esto no pasaba sin dejar huella—, si se hubiera añadido todo esto a nuestro temperamento revolucionario bolchevique, hubiéramos podido realizar verdaderos milagros.

En consecuencia, admitiendo que no he sido el único en pensar así y en poner tan constante y estrictamente a prueba el trabajo y la valía de Larisa Reisner, en el momento en que concluyó el examen, hubiéramos tenido que hablar con ella de esto franca y fraternalmente. No sé si ella lo hubiera necesitado, ni si percibía un extrañamiento sordo, muy contenido y apenas perceptible. Tanto en caso afirmativo como negativo —no estaba lo suficientemente familiarizado con Larisa Mijáilovna para determinarlo—, creo que después de Hamburgo teníamos el deber de entendernos con Larisa Mijáilovna abierta y fraternalmente. Es duro tener que hacerlo cuando ya no está aquí.

Después de Hamburgo abordé sus escritos de un modo bastante diferente. Me di cuenta de que esta persona tan joven esencialmente había pasado por una enorme evolución ante mis ojos. Abarcar a los treinta años problemas, campos y experiencias de tal envergadura y tener el valor de dedicárselo a las minúsculas deficiencias de un minúsculo aparato, tomar a los Krupp y sondearlos desde la cima de las salas secretas de sus consejos de administración hasta las profundidades subterráneas de sus minas, era una prueba para una intelectual joven que dudo que alguien más hubiera pasado.

Cuando me acerqué a su obra más reciente, formalmente ya no encontré ese exceso de imágenes, formas bellas y comparaciones que caracterizaron sus primeros trabajos. Esto me hizo ver que Larisa Mijáilovna estaba trabajando sobre sí misma muy reflexiva y rigurosamente. Tal vez incluso sin haber tenido esa franca discusión a la que me he referido, ella percibió lo que requería de ella nuestro simple y austero lector. De modo que fue a su encuentro.

He mencionado previamente en un artículo mío una de sus últimas reseñas periodísticas, “Leche”, publicada en Gudok. Esta reseña tenía algo muy nuevo. Los que hayan tenido la oportunidad de leer esa nota habrán visto otra nueva etapa en el trabajo creativo de Larisa Mijáilovna. En tanto que gran parte de su trabajo anterior trataba directa o indirectamente de los aspectos heroicos de la vida, en este caso nos encontramos con una prosa terriblemente opresiva, la vida de los más bajos fondos de la sociedad capitalista aplastados bajo el peso de la Paz de Versalles y sus ramificaciones. Ahí había únicamente prosa y no heroísmo. Gente desvaneciéndose en la pobreza. Pero Larisa Reisner utiliza el siguiente artificio. Nos pasea con el lechero subiendo las escaleras de una vecindad a las primeras luces del día y nos muestra los diferentes grados de pobreza de los obreros de Essen. Este artificio nuevo, sencillo, claro y escueto me mostró que todavía no conocemos siquiera ni una pequeña parte de las capacidades de Larisa Mijáilovna. Y, por si todavía nos quedaran dudas, sus recientes fragmentos de un proyecto de trabajo aparentemente a gran escala sobre los decembristas nos mostró horizontes bastante nuevos en Larisa Mijáilovna. Sus dos reseñas sobre los decembristas publicadas en un periódico eran como la constatación de un avance de algo muy grande por venir. Los que están familiarizados con los intentos de retratos artísticos de los acontecimientos históricos reales que existen en nuestra literatura sabrán cómo, en la mayoría de los casos, estas crónicas históricas noveladas son vulgares, planas y falsas. En esas dos pequeñas reseñas ya no había una columnista o una reportera. Había una gran artista y una gran creadora.

Cuando leí su nota sobre Trubetskoi, personalmente pensé que Larisa Reisner era en realidad una escritora invitada en un periódico. Era únicamente su temperamento revolucionario combativo lo que la vinculaba al periódico. Incluso en sus anteriores fragmentos sobre Ullstein y otros se sentía como si estuviera siendo arrastrada hacia la escala mayor. Y este goce anticipado de algo grandioso también nos mostró que era tanto más una visitante —únicamente en el sentido más puro de la palabra— en el periodismo y que tenía que dar al país y al mundo algo mucho más grande (no sé si hubiera abandonado o no los

periódicos) porque, si podía describirnos toda la talla de un hombre al que separa de nosotros un centenar de años, ¡qué imágenes hubiera podido ofrecernos de nuestra época, la gente que ella vio, sintió y comprendió hasta el último pliegue! Y ésa es la verdadera causa de nuestra aflicción y gran pesar: que la literatura rusa y mundial ha perdido a Larisa Reisner.

Me refiero a la literatura mundial y no exagero. Hoy no tendría que haber motivo ni necesidad de decirlo. Mucha gente piensa, y en parte es correcto, que el efímero periódico y los tráfagos del periodista representan algo sumamente transitorio y de poco peso que se desvanece como humo en el aire. Es cierto. Pero sólo en relación con épocas que son en sí mismas triviales, grises, pálidas y monótonas. Los periodistas que viven y describen grandes épocas no mueren tan rápido. De modo que si aprenden fiel y sinceramente a imprimir una pequeña parte de su gran época, preservarán la latitud de esta época de la decadencia y vivirán por muchos años.

En mi búsqueda de un modelo de reseña periodística, me tropecé una vez con un libro, una colección de apuntes de cierto periodista español que vivió en la década de 1830. En los círculos liberales rusos hubo algunas personas que recopilaron las notas de este escritor español tan útiles para inculcar el espíritu cívico en la Rusia prerrevolucionaria y las reeditaron. Yo las leí en un esfuerzo por entender qué había de tan poderoso en este escritor para volverlo tan popular en su época. Aparte de aburrirme no saqué nada de ellos porque los acontecimientos que describía eran una raquítica ondulación en la superficie de un charco si se compara con las tormentas por las que atravesó Larisa Mijáilovna.

Nuestra época necesita establecer una cierta armonía en el espíritu de sus periodistas en consonancia con la clave de toda la época. Quizá sea una elección desafortunada de términos, pero yo creo que lo que identificó y tipificó a Larisa Mijáilovna podría definirse con una tosca combinación de palabras: una pasión salvaje por la vida. Una pasión genuina e indomable por la vida, una sed inextinguible de estar en Hamburgo y en Essen, en los Urales y en el Donbass, en Afganistán y en el Cáucaso. Y precisamente porque en esta persona existía este temperamento y esta gama tan vasta de interés por la vida, cada una de sus líneas, independientemente de cómo tratemos a su autora, agitan a la gente. Dentro de muchos años, si la gente desea sentir algo de la envergadura de la revolución y del gran año de 1918, obtendrán mucho de la lectura de los escritos de Reisner. Piénsenlo por sí mismos: ¿encuentran mucha literatura imaginativa y

vívida sobre 1918 que pueda compararse con las notas de Larisa Reisner? Por mucho que me esfuerzo en recordar algo similar no se me ocurre nada. La verdadera evaluación y la auténtica prueba no pueden expresarse con nuestras palabras sino con las palabras de aquellos que pensarán en la gran época de nuestra revolución con pavor y comulgarán no con áridos hechos y cronologías sino con el espíritu de la época. Esa gente será la que dé una apreciación verdadera, imparcial y autorizada.

El trabajo de Larisa Mijáilovna Reisner en los periódicos y su presencia en las redacciones nos hizo sentir —operarios periodísticos comparados con esta gran artífice del estilo— más precavidos y tensos de algún modo. ¿Cómo se puede tratar con desdén el estilo y la forma cuando notas como las de Reisner se publican junto a las propias? Hasta el que nunca piensa especialmente en la forma empieza a reflexionar. Por mi parte, permítaseme decir que ninguna de las búsquedas de los formalistas (a saber, los que abogan por el formalismo en literatura) dejaron ninguna impresión en mí. Pero los últimos artículos de Larisa Mijáilovna Reisner me hicieron aprender una o dos cosas. Creo también que más de una generación de alumnos-educandos del Instituto Estatal de Periodismo aprenderán de sus notas el modelo de un buen estilo revolucionario.

Lo más importante que me queda por decir es que deberíamos ayudar a otros camaradas y amigos a ponderar el hecho de que durante tantos años, demasiados, hayamos sido tan injustos con ella. ¿Puede esto corregirse con un reconocimiento tan retrasado? Claro que no. Pero quizá nos ayude a ser más justos y a crear un ambiente mejor en el futuro para aquellos otros trabajadores tan singularmente talentosos como Larisa Mijáilovna Reisner.

HOMBRES Y MÁQUINAS,

POR LARISA REISNER

*

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI

Álvarez del Vayo habla en dos de sus libros —Rusia a los doce años y La senda roja— de esta extraordinaria figura de mujer que un libro editado en español por la editorial Cenit nos revela íntegra e impresionantemente: Larisa Reisner.

Las agencias telegráficas, la gran prensa, no han señalado acaso nunca este nombre al público internacional. Larisa Reisner es, sin embargo, una figura histórica, una de las más grandes y admirables mujeres de nuestra época. Muerta en 1925, en plena juventud, en gozosa creación, no ha dejado sino dos libros: el que acaba de publicar la editorial Cenit, Hombres y máquinas, y otro de impresiones y escenas de la guerra civil en Rusia, El frente. Pero, heroína de la revolución social, gran artista, gran escritora, Larisa Reisner no necesitaba escribir sino las páginas vivientes, densas, logradas, de Hombres y máquinas para que su mensaje llegase a toda la humanidad.

El prólogo que Karl Rádek ha escrito para la obra de Larisa Reisner es una magnífica presentación de la revolucionaria y la autora. Larisa nació en una ciudad de la Polonia oriental el 1º de mayo de 1895. Su padre fue un profesor de estirpe báltica que, en sus estudios y exilios en Europa occidental, sustituyó su vago idealismo de intelectual burgués por las sólidas concepciones del intelectual marxista. En Alemania, disfrutó del trato de hombres como Bebel y Liebknecht, mientras la pequeña Larisa se familiarizaba en la escuela con esos niños obreros a los que años más tarde debía reencontrar en las jornadas de la insurrección comunista. En la cátedra de derecho de la Universidad de Petrogrado, persiguieron al profesor Reisner —auspiciador de la doctrina que, predicada por un manípulo heroico, ganaría en Octubre de 1917 el poder— las

sórdidas ojerizas de los profesores que en esa Universidad representaban la ideología liberal o kadete. En esta lucha, librada con voluntad y convicción inquebrantables, se formó el espíritu de Larisa que a los dieciocho años, en 1913, acometió ambiciosamente su primera empresa literaria. Pero la verdadera iniciación de Larisa como escritora se cumplió bajo el signo de la guerra. La familia Reisner, con ese ingente y asombroso espíritu de sacrificio y de combate de que se alimenta la historia de la Revolución de 1917 y que explica todas sus victorias, publicó bajo la guerra una revista que denunciaba la traición de los revolucionarios que en Rusia, como en los otros países, hallaron razones para justificar su consentimiento a la matanza. La revolución tuvo en Larisa a uno de sus intrépidos combatientes. Su instinto revolucionario no le permitía ninguna ilusión respecto al régimen de Kerensky. La preservó, luego, de la hostilidad y la incomprensión de la intelligentsia ante el advenimiento al poder de los consejos de obreros y soldados. “Esta mujer, profundamente creadora —explica Rádek—, penetró en el sentido creador de la revolución y por eso la abrazó en cuerpo y alma”. En los primeros meses de la República Soviética, Larisa colaboró en la obra de Lunacharsky, encargado de salvar de la tormenta revolucionaria los tesoros artísticos de Rusia, guardados en gran parte en las mansiones de la aristocracia caída. Pero Larisa, ansiosa de batallas más activas, no podía contentarse con este rol modesto de experta en materia histórica y artística.

Cuando la reacción, subsidiada y excitada por los ex aliados de Rusia, amenazó a los soviets, Larisa marchó a ocupar un puesto en el frente. El brío de sus veintitrés años no se avenía con un trabajo de conservador de museo. Larisa peleó por los soviets como un soldado. Fue una Juana de Arco proletaria, que milagrosamente escapó muchas veces a la muerte en manos de los enemigos de su fe. El frente es el libro que recoge su testimonio de esta lucha.

En 1920 Larisa Reisner acompañó a Kabul a su marido Raskólnikov, nombrado embajador de los soviets en Afganistán. En la corte del emir, la diplomacia imprevista de los soviets debía sostener difícil batalla con la diplomacia profesional y avanzada de la Entente. Tenía, por fortuna, un aliado: el vigilante sentimiento de independencia nacional, de este sentimiento nacía el lenguaje de la amistad. Toda la primera parte de Hombres y máquinas es una serie de apuntes del Afganistán que conoció Larisa en los días más tormentosos de la revolución. La danza de las tribus campesinas expresa a Larisa mejor que ningún otro mensaje el amor del pueblo afgano a su libertad. Occidental por su educación y su raza, Larisa Reisner descifra, sin más ayuda que la de su aguda intuición de mujer y de artista la sonrisa y el ritmo de Oriente.

A fines de 1923, en los días álgidos de la ofensiva proletaria que siguió a la ocupación del Ruhr y la bancarrota del marco, Larisa Reisner marchó a Alemania, a Dresde, frente más vasto y activo de la revolución. En Rusia, bajo el comando de Lenin, el proletariado consagraba su esfuerzo a las jornadas sin romanticismo y sin alegría de la NEP. Larisa amaba al proletariado alemán, desde los tiempos en que, durante un exilio de su padre, le tocó frecuentar la escuela de Zehlendorf.

La segunda parte de su libro está formada por sus escritos de esta etapa de agitadora “en el país de Hindenburg”. Faltan las páginas de su folleto Hamburgo en las barricadas que la justicia alemana condenó al fuego. No es la batalla proletaria lo que se describe en esta crónica de un viaje por la república alemana. Larisa se propone, más bien, ofrecernos una versión del país de Hindenburg. Las páginas que dedica a la casa Ullstein son un finísimo ensayo de psicofisiología de la gran prensa. A través de las publicaciones de Ullstein —Berliner Morgenpost, La berlinesa práctica, B. Z. am Mittag, Ilustrierte Zeitung Sport—, Larisa analiza sagazmente los gustos del gran público y la técnica del periodismo que lo informa y orienta. Luego, sus cabales bocetos Junkers y Krupp y Essen nos confirman su admirable y certero poder de representación de la Alemania de Hindenburg, mitad monárquica, mitad republicana. No hay en los escritos una sola descripción panfletaria. La buida mirada de Larisa ilumina todos los ángulos internos del caso Junkers y del caso Krupp. Y es imposible decir si la escritora acierta más en las dos rápidas biografías de la Alemania industrial y militar o en los patéticos retratos de tipos vistos “en los campos de la pobreza”.

El drama de la desocupación, de la miseria subvencionada por el Estado con un subsidio que “si es poco para vivir es demasiado para morir” de la pobreza alojada en los viejos cuarteles de los suburbios de Berlín, está entera y terriblemente expresado en estos breves relatos de Larisa.

Pero es la tercera parte del libro —“Carbón, hierro y hombres vivientes”— la que individualiza a la escritora. Sólo las mejores páginas de El cemento de Gladkov son comparables a esta descripción potente de la epopeya obrera en la Rusia de los soviets. El escenario de los hechos que Larisa escruta es mucho más dramático que el de El cemento. No es el proletariado de la usina, de la industria, el que Larisa nos muestra, sino el proletariado de las minas. La tremenda fatiga de las muchedumbres que trabajan en los yacimientos de platino o en las galerías de carbón es el tema de sus relatos. La mina, en la descripción de Larisa, no es sólo el averno negro y pétreo que la literatura corrientemente entrevé: el espíritu

del hombre incansable en el descubrimiento de la belleza sabe iluminarla también con su poesía. La lucha con una naturaleza mineral y violenta consume aquí todas las energías de los hombres, pero aun así, hasta estos oscuros y distantes cauces de la savia humana, llegan inflexibles la voluntad y el esfuerzo de crear un orden nuevo.

---

* ¡Tonterías!

---

* Sándwich.

---

* En Hamburgo en las barricadas el calificativo menchevique se utiliza en un sentido general coloquial de “dominado por la derecha” o “reformista”. [E.]

† Sipo (Sicherheitspolizei): policía de seguridad. Unidad A, rama de la policía de seguridad vestida de paisano. [E.]

‡ Ley de emergencia.

* Dialecto.

---

* Instrucción del ejército prusiano.

† Bebida alcohólica de cúmel.

‡ Jefe de policía.

§ Dirigentes de zona.

¶ Finalmente comienza.

** Apúrate ya.

†† Rufián.

‡‡ Camarada.

§§ ¡Diablos, esto ya no me sirve de nada!

¶¶ Los azules son la policía de seguridad uniformada de este color. Los verdes son probablemente soldados del Reichswehr. [E.]

*** Despejen las barricadas.

††† Mercenarios.

‡‡‡ Corbata.

§§§ Quería morir como es debido.

---

* Perreras.

† Alguaciles.

---

* Retrato de un hombre desconocido.

---

* Conejito.

---

* Bien, ¡vamos!

† Vamos, ¡no es momento de quedarse ahí parados!

‡ Delegación de policía.

§ Es una orden, yo no me muevo de aquí

¶ Puede ser, pero no durará mucho.

** Entonces, vámonos a casa.

---

* Región costera.

† Policía.

---

* Aprende a sufrir sin quejarte.

† El orden rige el mundo.

‡ Intrépidos y leales por Dios, por el káiser y por la patria.

§ Vitrina pequeña.

¶ Periódico comunista.

** Por servicios de guerra tras la línea de fuego.

---

* Apártate compañero o te va a caer una.

† Tienen bastantes carniceros, o sea que nos golpearán como a cachorros de perro.

‡ Nada de Berlín, nada de grandes personajes. ¡Aquí, aquí con nosotros!

§ Trabajando como un esclavo, como un esclavo hasta mi vejez.

¶ Después de eso, todo marchará.

** Si los sindicatos no se unen, estamos perdidos.

†† Cuando marchemos juntos, compañeros, todo estará bien.

---

* Berliner Zeitung.

* Deutsche-Russische Luftlinien, la aerolínea conjunta germano-soviética que operaba en la década de 1920. [E.]

† Se trata sólo de una base. Nosotros todavía no sabemos nada.

* Maquinista.

† ¡Traidora de tu clase!

* En otro lugar (en un artículo para la Enciclopedia Granat) Rádek observa que "un esteta protestó por la prohibición en el periódico liberal Frankfurter Zeitung en vista del gran valor artístico del libro". Observa también que Hamburgo en las barricadas "es una obra única en su género ya que ni el levantamiento finlandés ni la Hungría soviética han producido algo equivalente". [E.]

* Publicado en Variedades (Lima, 28 de agosto de 1929). Y en Repertorio Americano, t. XIX, núm. 14 (San José de Costa Rica, 12 de octubre de 1929), p. 215.

El presente título reúne tres obras de una escritora y activista que incluso para su época resulta subversiva y revolucionaria. Comprometida siempre con las causas de la población más vulnerable en la que veía la chispa que iniciaría el cambio, Larisa narra en *Hamburgo en las barricadas; Berlín, octubre 1923* y *En el país de Hindenburg* el creciente fuego que movilizó a miles de obreros a luchar por una mejora social. Brindándonos un cuadro que ilustra perfectamente la lucha en las barricadas, Larisa también busca plasmar la miserable forma de vida de gran parte de estas personas. Son estos finos escritos los que le valieron por un tiempo la censura alemana.

> El pequeño libro, *Hamburgo en las barricadas*, no está escrito por una artista sutil, sino por una combatiente y para combatientes.
>
> Karl Rádek

Larisa Reisner (Polonia, 1895-Moscú, 1926) fue una poeta y cronista rusa que se desempeñó como miembro del Ejército Rojo durante la guerra civil rusa, de esta experiencia surgió uno de sus escritos más representativos, "Sviyazhsk", artículo publicado en su obra *En el frente*. Desde muy joven comenzó a demostrar interés por la escritura participando en periódicos como *Letopis* y *Novaia Zhizn*, labor por la que es considerada una de las pioneras dentro de la crónica realizada por mujeres.

www.fondodeculturaeconomica.com



